



JEAN
VERDON

Sombras
y luces
de la
Edad Media

se

Jean Verdon se propone analizar los aspectos negativos y positivos de la vida doméstica medieval: los oficios, artes, medicina, enfermedades, la vida de la mujer, la violencia, la iglesia, la vida rural y urbana, ...

Presenta de manera explícita y puntual un compromiso crítico para enfrentar los argumentos peyorativos con los cuales algunos detractores de la Edad Media occidental han abordado estos temas. Para Verdon, la Edad Media estuvo lejos de ser una época oscura e inhabitada y permite al lector eliminar la caricatura del ser crédulo que solamente vivía entre epidemias y guerras, utilizada como arquetipo del hombre de la época.





Jean Verdon

Sombras y luces de la Edad Media

ePub r1.1

Rob_Cole 23.05.2016

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Le Moyen Âge, ombres et lumières*

Jean Verdon, 2004

Traducción: Silvia Kot

Retoque de cubierta: Darthdahar

Editor digital: Rob_Cole

Primer editor: Darthdahar (r1.0)

Corrección de erratas: juanmiguelsc

ePub base r1.2

Edición digital: epublibre (EPL), 2016

Conversión a pdf: FS, 2018



Prefacio

Nada le molesta más al medievalista que oír calificar de «medieval» a una situación retrógrada, a una manera de actuar reprobable. No cabe duda de que la Edad Media presenta muchos aspectos condenables. Pero así como la hoja de papel tiene un anverso y un reverso y la moneda tiene cara y cruz, o más exactamente, así como la montaña posee un lado umbrío y un lado soleado, esa época muestra algunos aspectos oscuros y otros dorados. Después de dedicarme durante cuatro décadas a este período, después de haber intentado familiarizar con él a los estudiantes durante más de treinta años, me pareció útil efectuar un balance de la situación y mostrar sus luces, sin ocultar sus tinieblas.

La tarea no es fácil. Pasemos por alto el hecho de que los prejuicios son tenaces. Y aunque algunos disparates tales como la existencia de una papila, los terrores del año 1000 o el derecho de pernada ya no son admitidos —aunque a veces... —, lo cierto es que la Edad Media se considera generalmente como una época en la que no se vivía bien, en la que los seres humanos sufrieron muchas desgracias. Es cierto que en muchas ciudades se organizan actualmente con éxito jornadas medievales, y que la representación de torneos atrae a mucho público y las comidas medievales están muy difundidas. Pero esas manifestaciones se quedan demasiado a menudo en la superficie de las cosas.

Un verdadero conocimiento implica la comprensión de

una época cuyas mentalidades y sensibilidades, y las consecuentes maneras de actuar, eran muy diferentes de las nuestras. Espero que la lectura de estas páginas disipe la caricatura que con demasiada frecuencia suele hacerse de la Edad Media.

Introducción: Un término impropio

Sólo hacia el final del siglo XVII, el término «Edad Media» adquirió su sentido actual. En 1688, un redactor de manuales llamado Christophe Keller publicó un libro titulado Historia de la Edad Media desde el tiempo de Constantino el Grande hasta la toma de Constantinopla por los turcos. Los límites quedaron establecidos, aunque algunos autores siguieron discutiendo tonterías: el edicto del emperador Constantino en 313 que cristianizó al Imperio romano, o la destitución de Rómulo Augústulo en 476, que marcó el fin de ese Imperio en Occidente, la caída de Constantinopla en 1453 o el descubrimiento de América en 1492... Querellas ridículas, ya que no son las fechas que corresponden a hechos políticos, a veces más simbólicos que importantes, las que determinan un período. En su Ensayo sobre las costumbres, Voltaire escribió: «Lo que ustedes quieren es superar el desagrado que les produce la Historia moderna desde la caída del Imperio romano». Aquí aparece también con toda claridad el juicio despectivo hacia ese período. ¡Por algo la época que siguió se consideró un renacimiento!

La Edad Media no presenta una verdadera unidad. La cultura antigua no desapareció súbitamente en el siglo V, ni los Estados nacieron en el siglo XVI. Es cierto que, en el plano artístico, el Renacimiento representó un punto de inflexión en Francia, pero ya estaba presente en Italia. Observemos sin embargo que la Edad Media corresponde a la formación de

una Europa conquistadora. En el plano geográfico, es evidente que la expresión sólo puede aplicarse realmente a la Europa occidental. A América, esta periodización no le concierne en absoluto.

Entonces, ¿qué habría que hacer? Mantener el término «Edad Media» porque es cómodo, pero no dejarse engañar por él.

1

El marco

La sociedad medieval era una sociedad de campesinos. Los habitantes de las ciudades constituían una ínfima minoría de la población, especialmente durante la alta Edad Media. De modo que, para analizar el marco, empezaremos por caminar a través de los bosques que se extendían sobre vastas superficies.

Un bosque muy útil

Es probable que nuestro viaje se desarrolle con algunas dificultades. Durante la alta Edad Media, Aquitania constituía un conjunto arbolado, aun cuando la atravesaba el río Garona. El bosque continuaba en las regiones del Loire, y de tanto en tanto se veían explotaciones medianas entre vastos bosques y eriales. En la región parisina, los soberanos merovingios y carolingios disponían de grandes espacios boscosos para la caza. En 991, Richer, monje de Saint-Remi de Reims, se dirigía a Chartres. Tras un alto en el monasterio de Orbais, fue hacia Meaux. Pero, escribe, «cuando comenzamos a caminar con

mis dos compañeros por los sinuosos senderos de los bosques, nos ocurrieron muchas desgracias, porque nos equivocamos de camino en los cruces, y nos desviamos seis leguas».

Al norte y al este del Sena, el bosque se espesaba tanto que formaba una verdadera frontera. Nos internamos en el antiguo macizo herciniano que se extiende desde los macizos renanos hasta Bohemia. Al relatar en el siglo XI la lucha entre Enrique IV y los sajones, el benedictino Lambert de Hersfeld menciona al pasar la gran selva primitiva que cubría todavía en esa época amplias zonas de Germania. En la cima de una colina a la que sólo se podía llegar por un camino escarpado, se alzaba el castillo en el que residía Enrique. Las laderas de la montaña estaban «hundidas en la sombra de un inmenso bosque desplegado sobre miles y miles de pasos, inmenso y continuo». De ese modo, el soberano pudo escapar con algunos compañeros. Durante tres días, caminaron «en ese bosque inmenso, siguiendo un camino angosto y poco conocido que había descubierto su guía, un cazador que, gracias a su práctica de la caza, era capaz de orientarse en el secreto de los bosques».

Los textos literarios presentan al bosque del siglo XII como un lugar por el que se circulaba con mucha dificultad. Los Caballeros de la Mesa Redonda iban allí a buscar aventuras. «El azar me llevó hasta la mitad de un bosque espeso, donde los caminos, obstruidos por las zarzas y las espinas, encerraban múltiples peligros», relata Calogrenant. «No sin complicaciones y daños, logré seguir un sendero. Cabalgué por él durante casi un día entero, hasta que terminé por salir del bosque». En pleno siglo XV, también el duque de Borgoña Felipe el Bueno tuvo que enfrentar un contratiempo de esta naturaleza. Había concertado una cita nocturna con algunos amigos nobles, y salió en secreto de Bruselas. Partió al azar, creyendo que encontraría fácilmente su camino, pero lo

sorprendió la noche y ya no podía regresar a su palacio. «Entró en un bosque espeso, largo y ancho, del que no conocía ni la entrada ni la salida», escribe el cronista Chastellain. Deambuló así durante varias horas. De pronto, divisó una casita, pero su ocupante tardó en contestar a pesar de sus violentos golpes a la puerta, porque creía que se trataba de un bandido o de alguna persona de mala vida. Finalmente, el hombre le indicó al duque el camino correcto.

De manera que el bosque parecía ser un lugar realmente peligroso. Pero no lo era. En primer lugar, los peligros surgían principalmente del imaginario. Suger afirma que la imagen del bosque peligroso se basaba en gran parte en recuerdos evangélicos, porque sugería que los ladrones que habitaban en los bosques se parecían a los mercaderes del Templo. El mito persistió incluso después de los desmontes. En 1400, un escudero de Saintonge todavía temía «ir y venir por esos bosques por la presencia de diversos asesinos y ladrones que se guarecen allí». El hecho de tener que justificar que, aunque estaba prohibido, portaba armas —para una expedición punitiva— probablemente lo llevó a aguzar la imaginación. Para encontrar bosques peligrosos, había que ir al Imperio. Cuando en Francia realmente se cometía un crimen dentro de un bosque tupido, el correspondiente pedido de perdón al rey se redactaba con un estilo épico: uno de ellos, por ejemplo, describía la carrera a galope tendido de una pareja de enamorados que huía de sus perseguidores.

Por otra parte, el bosque medieval sólo era impenetrable en algunos lugares poco habitados. En su interior residía toda una población que vivía de sus recursos naturales. La Vida de san Bernardo de Tirón señalaba que, a comienzos del siglo XII, muchos anacoretas tenían sus celdas en las vastas soledades de los confines del Maine y de Bretaña. Entre ellos, un tal Pedro, que no sabía trabajar el campo ni cultivar huertas, debía

buscar comida para varios de sus compañeros. Tomó unos cestos, entró en el bosque que rodeaba su casa y cortó frutos de los avellanos y otros árboles silvestres. Mientras ponía los frutos en sus canastos, vio en el hueco de un tronco un enjambre de abejas con una enorme cantidad de cera y de miel.

El bosque también albergaba animales, que permitían una caza muy apreciada por los soberanos. Incluso existían verdaderas reservas. Una capitular del año 802 prohibía perseguir a las presas dentro de los bosques del emperador, bajo pena de destierro.

Los desmontes, cuyo apogeo se ubica entre el año 1000 y el 1300, pronto transformaron a muchas zonas otrora impenetrables en terrenos cultivados. En 1133, Hugues, arzobispo de Sens, consideraba que el sitio disponible para construir la abadía de Dilo en el bosque de Othe era insuficiente, y autorizó a los canónigos «a ampliar suficientemente ese sitio por medio de desmontes» para poder construir sus talleres y sus casas, plantar sus jardines y sus huertos. En 1202-1203, el cabildo de la iglesia de París le otorgó a Gautier el Joven, hijo del oficial mayor de la casa real, unas ochenta hectáreas de un bosque, «con la condición de desmontarlas y transformarlas en tierra arable en el término de tres años».

Para la cría de animales también se necesitaban los bosques, que los habitantes y los ribereños reservaban para la pastura y los demás usos. El bosque de Yveline, uno de los más importantes macizos de la región parisina, permitía alimentar tropillas de caballos, cerdos y otros animales, según un documento de 1238.

El bosque también proveía la madera que se utilizaba como combustible o como material de construcción. En 1188,

el emperador Federico Barbarroja otorgó a los habitantes de Lübeck el pleno usufructo de varios bosques, para que pudieran «cortar todo lo necesario para la calefacción, y para la construcción de barcos, casas y otros edificios de la ciudad». En el ya mencionado bosque de Yveline, encontró Suger los troncos destinados al armazón de la basílica Saint-Denis (hacia 1143). «A través de los arbustos, el espesor de los bosquecillos y los matorrales de espinos, marcamos doce vigas, es decir, exactamente lo que necesitábamos».

Los bosques también podían servir como refugio para los campesinos expulsados de sus viviendas por los bandidos.

De modo que, contrariamente a lo que se pudiera pensar, el bosque medieval constituía un elemento indispensable de la vida cotidiana de los campesinos, e incluso de los señores.

Una ciudad de dos caras

En nuestro viaje, llegaríamos por fin a una ciudad, preferentemente antes del anochecer, porque no había luces en las calles angostas e irregulares, un verdadero laberinto de callejuelas y jardines. En la Francia de fines de la Edad Media, a causa de las guerras, se construían nuevas murallas y se restauraban las antiguas. A la noche, se cerraban las puertas y se montaba vigilancia.

Las calles eran malolientes. La polución^[1], que tanto preocupa a nuestros contemporáneos, también causaba bastantes problemas a la gente de la Edad Media. Una famosa anécdota, incluida en las Chroniques de Saint-Denis, relataba

algo que le sucedió a Felipe Augusto: «Un día que el rey recorría su palacio [...], se apoyó en el alféizar de una ventana para tomar aire. Pero las carretas que pasaban por los caminos removían tanto el barro y las inmundicias de la calle, que se levantó una hediondez casi insoportable y subió hasta la ventana donde se encontraba el rey. Cuando el monarca sintió ese olor espantoso, se alejó de la ventana, con el estómago revuelto».

Los retretes eran escasos. Sólo las viviendas de los ricos los tenían, y eran rudimentarios. Era habitual vaciar por las ventanas recipientes llenos de orina o agua sucia. Un documento de 1342 relativo a Périgueux recordaba que «para el buen orden de la ciudad, debía cuidarse siempre que no se arrojaran por las ventanas aguas fétidas y podridas que envenenaban el aire y a la gente del vecindario». Pero en Angers se produjeron «graves inconvenientes de peste y mortandad que con frecuencia afligieron a esta ciudad, por el motivo de que algunos campesinos rústicos y habitantes de la misma no tienen retretes [letrinas] en su casa, y hacen poner y tirar al pavimento de tarde y de noche repulsivas y abominables inmundicias, de las que la ciudad está muy infestada». Las plazas públicas tampoco se salvaban. En 1374, la de Châtelet estaba llena de «fango, basura e inmundicias que estaban allí y afluían día tras día». Incluso en 1483, al abrir una calle, el concejo municipal de Rouen señaló que la «había cerrado con dos puertas a causa de las porquerías que hacía el pueblo».

Los animales deambulaban entre los transeúntes. Cadáveres de perros y caballos se esparcían por toda la ciudad y sus alrededores, hasta que el hedor obligó a la administración a intervenir. A veces aparecían también cadáveres de personas que habían sido víctimas de un asesinato, abandonados en las zanjas de desagüe de la ciudad, y

algunos ahorcados permanecían colgados para servir de ejemplo.

La lluvia nos limpió y nos lavó,

Y el sol nos secó y ennegreció: Urracas y cuervos nos perforaron los ojos

Y nos arrancaron la barba y las cejas.

Nunca, en ningún momento, nos quedamos quietos; Hacia aquí, hacia allá, varía el viento,

Y a su antojo, nos mueve sin cesar,

Más picoteados por los pájaros que dedales de coser.

Así se lamentaba Villon en su famosa Balada de los ahorcados.

Como algunos habitantes de la ciudad llevaban a cabo actividades rurales, tenían cerdos en el interior de las murallas, a pesar de las prohibiciones. En 1131, el caballo de Felipe, el hijo mayor de Luis VI el Gordo, chocó contra uno de ellos, arrojó a su jinete contra una enorme piedra, lo pisó con sus patas y lo aplastó bajo el peso de su cuerpo.

Los carniceros y los matarifes trabajaban en el centro de la ciudad: degollaban y descuartizaban los animales, cuya sangre corría por las calles, porque escaseaban los mataderos, que, por otra parte, debían estar fuera de la ciudad. Una ordenanza real de junio de 1366 referida a las carnicerías de la calle Sainte-Geneviève de París —por lo tanto, en el corazón del Barrio Latino— se hizo eco de las quejas de la Universidad y de los particulares: «Los carniceros mataban a sus animales en sus casas, y tiraban la sangre y los desperdicios de esos animales, tanto de día como de noche, a la calle Sainte-Geneviève, y muchas veces guardaban los desperdicios y la sangre de los susodichos animales en pozos o letrinas que tenían en sus casas, durante tanto tiempo que se corrompían y se pudrían, y luego los arrojaban a la susodicha calle de día y de noche, y la calle y la plaza Maubert y todo el aire de alrededor quedaba corrompido, contaminado y hediondo».

Existía ya una polución química. Los talleres de batanes, que utilizaban el alumbre como colorante para teñir telas, se ubicaban a veces en las orillas de los ríos, y la corriente del agua contaminada bajaba hacia las aglomeraciones urbanas. En el interior de la ciudad, la intoxicación debida al plomo, el saturnismo, no sólo atacaba a los fabricantes de vasijas y tubos, sino también a quienes los utilizaban.

El aire viciado provenía a veces de los cuerpos desaseados, de la ropa que la gente casi no se cambiaba, de las viviendas insalubres. Las personas de condición modesta, fuera de la utilización esporádica de los baños públicos, que se transformaban en burdeles, tenían muchas dificultades para lavarse. Por otra parte, en el siglo XV, la mugre se consideraba una protección para la piel.

Las cosas empeoraron durante la guerra de los Cien Años. La construcción de murallas volvió más estrecho el espacio urbano, y mantuvo y aumentó los problemas ambientales, a pesar de las medidas que se tomaron para permitir la evacuación de las aguas residuales y los desechos. La afluencia de visitantes para las fiestas, por ejemplo, en ocasión de las entradas reales, y en particular la llegada de soldados, no contribuyeron precisamente a mejorar la situación. En cuanto a los asedios, eran catastróficos para la higiene urbana. Además, las ciudades estaban abarrotadas de refugiados.

De modo que no hay que hacerse una imagen idílica de las ciudades medievales. Por supuesto, la gente terminó por tomar conciencia del peligro. Una ordenanza parisina de 1374 declaró que determinados alimentos no eran aptos para el consumo a causa de los desechos que se acumulaban en la ciudad. La presencia de desperdicios también se consideraba una afrenta a la dignidad del señor de la ciudad. Por eso, en ese mismo año 1374, la duquesa Margarita ordenó a la

municipalidad de Dijon que procediera a una profunda limpieza. En aquel momento, la calle Grands-Champs de Dijon «estaba absolutamente llena de estiércol, tierra y otras inmundicias, hasta el punto de que los carros sólo podían pasar por allí con grandes dificultades, y esas inmundicias producían un gran hedor e infecciones».

Las autoridades se esforzaron por combatir ese problema en una forma más estructural. En 1231, en las constituciones del reino de Sicilia, llamadas de Melfi, el emperador Federico II prohibió poner a macerar lino o cáñamo en aguas que estuvieran a menos de una milla de un castillo o una ciudad, «para evitar que contamine la composición del aire», so pena de multa. El empedrado de las calles constituía un elemento fundamental para la propiedad urbana. En París, en 1296, la tarea «de controlar que los que trabajan en el adoquinado cumplan jornadas suficientemente largas y completas, como deben hacerlo», estaba a cargo de uno de los miembros de la municipalidad. Los sábados, este debía redactar un informe sobre la cantidad de piedras y de morteros utilizados.

Las municipalidades que tomaban conciencia de los daños ocasionados por la polución encontraban muchas oposiciones. Algunos habitantes no querían que les aumentaran los impuestos, o eran reacios a los cambios. Los propietarios de cerdos querían seguir manteniendo a sus animales dentro de la ciudad. La municipalidad de Troyes aprovechó la peste para recurrir a la autoridad real. En julio de 1349, Felipe VI decretó «que ningún puerco fuera engordado o alimentado en el interior de las puertas de la ciudad, por nadie, y en ninguna casa, eclesiástica, noble u otra». Los habitantes tenían especialmente la costumbre de «hacer enormes pozos en medio de las calles, donde caían los excrementos y los desperdicios de esos puercos». Pero también ocurría que

algunas municipalidades vacilaban ante el gasto que ocasionaba el adoquinado de las calles. En 1427, el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, expresó a los regidores de Dijon su voluntad de que se pusieran de acuerdo y procedieran a pavimentar su ciudad, y les advirtió que no admitiría ninguna excusa.

Los trabajos se llevaron a cabo en forma irregular y discontinua: no existía una política de conjunto. La reiteración de las prohibiciones demuestra que los reglamentos no se cumplían.

De modo que la polución es un problema de todas las épocas. Pero la ciudad medieval, como Jano, ofrecía a sus moradores y a los visitantes, un aspecto completamente distinto, especialmente cuando se producían entradas reales. En esas oportunidades, debía presentar su apariencia más favorable. Se arreglaban los caminos y los puentes, y se limpiaban las calles. Se construían fuentes de las que brotaba hipocrás, vino y agua. En las calles por las que debía pasar el cortejo, engalanaban las casas con lienzos blancos, pero también rojos, a veces de seda, e incluso tapices.

Para la entrada del rey Luís XI en París, en agosto de 1461, relatada por Commynes, y para la solemne recepción al duque de Borgoña en Gante, que describió Chastellain en sus crónicas, se eliminaron por completo las inmundicias. Luís XI, que había sido consagrado en Reims poco tiempo antes, hizo su entrada en la capital «rodeado por una muy noble y muy magnífica escolta». En cuanto llegó, se dirigió a Notre-Dame. «Todos los miembros del cortejo estaban vestidos con telas doradas que les caían hasta los pies, y con bordados de piedras preciosas, así como las gualdrapas de los caballos, de modo tal que el incomparable brillo del oro y la pedrería que resplandecía con mil destellos bajo los rayos del sol

deslumbraba a los espectadores... El pueblo había acudido en masa a París, desde todas las regiones de Francia, atraído por el deseo de ver con sus propios ojos las magnificencias de esa entrada solemne».

En cuanto al duque de Borgoña, al atravesar la primera puerta de Gante, encontró que las calles estaban cubiertas con paño rojo, y en los techos habían colocado antorchas encendidas hasta la entrada de su casa. Cuando cruzó un gran puente sobre el Lys, pudo ver en medio del río una nave «y alrededor del barco habían instalado doscientas antorchas encendidas que ardían en el agua, y en el borde del barco, todas las que se podían plantar». Cerca de allí, había una casa con el techo, las ventanas y los muros completamente cubiertos de oro «brillante». El matadero grande y espacioso estaba tan lleno de antorchas que no se veía otra cosa. El mercado de frutos del mar, ricamente adornado, mostraba la misma apariencia. El campanario lleno de antorchas iluminadas se veía de noche a cinco o seis leguas de distancia, y parecía estar incendiándose completamente, por sus dimensiones, y esa iluminación se prolongó durante tres días. Los hombres y las mujeres cantaron, bailaron y transformaron la noche en día.

Más allá de esas festividades, la ciudad mostraba hermosas viviendas, iglesias espléndidas y hasta magníficos palacios. Un inventario de 1435 describía la casa de Pierre Sureau, recaudador general de Normandía. Se trataba de una mansión de dos pisos, probablemente compuesta por tres cuerpos de construcciones dispuestas alrededor de un patio, en el cruce de dos calles. La vivienda no tenía menos de diecinueve habitaciones o espacios diversos, sin contar los graneros. Los despachos de la planta baja y del primer piso daban a una de las calles, y a la otra calle, una sala baja, y arriba, la gran sala. En el primero y segundo piso, seis habitaciones, además de las

de los empleados y los criados. Una cocina, una despensa, un pequeño depósito, una bodega y una caballeriza ocupaban el resto de la planta baja. El conjunto se completaba con una capilla y una galería en el segundo piso.

En la *Guía del peregrino de Santiago de Compostela*, escrita probablemente por Aimery Picaud de Parthenay en el siglo XII, el autor, al llegar a su destino, quedó deslumbrado frente a la catedral que se alzaba ante su vista. «En esta iglesia, no hay ninguna fisura, ningún defecto. Está admirablemente construida, es grande, espaciosa, clara, de dimensiones armoniosas, bien proporcionada a lo largo, a lo ancho y a lo alto, con adornos bellos y cuidados, e incluso está construida “por duplicado” como un palacio real».

En 1175, Guy de Bazoches escribió su elogio a París. Dos barrios se extendían a la izquierda y a la derecha del Sena, ambos conectados con la Île de la Cité por un puente de piedra. «En el puente que se llama Grande, ancho, rico, comercial, bullen, tienen libre curso, abundan navíos, riquezas, incontables mercancías. Es un lugar que no tiene igual. En cuanto al puente Pequeño, está dedicado a los filósofos que pasan por allí, se pasean o discuten. En medio de esa isla surge la altura dominante del palacio real». Más tarde, Jean de Jandun se maravillaba ante el «espléndido palacio, soberbio testimonio de la magnificencia real», que había mandado construir Felipe el Hermoso en París. Y son conocidas las grandes obras de Carlos V: el palacio Saint-Pol, el nuevo Louvre, Vincennes.

Estas páginas dedicadas a la ciudad no deben hacer olvidar que en la Edad Media, el 90 por ciento de los habitantes vivía en el campo, porcentaje que fue disminuyendo con el tiempo y variando según las regiones. Recorrer Occidente en aquella época era como atravesar un bosque que, con el correr de los

siglos, fue reduciéndose al aumentar los campos cultivados y la extensión de las ciudades.

2

La comida

Raoul Glaber, o el «Calvo», un monje de Borgoña, muerto en 1047, traza en sus Historias un famoso y terrible cuadro de la hambruna de 1032-1033. Esa catástrofe que nació en Oriente, escribe Glaber, devastó Grecia, pasó por Italia, luego atravesó la Galia y por último llegó a Inglaterra. La falta de víveres afectó a todas las categorías sociales. Los productos alimenticios se vendían a precios exorbitantes. Después de alimentarse de animales salvajes y pájaros, los hombres comenzaron a «recoger para comer toda clase de carroñas y cosas horribles de decir». Terminaron por devorar carne humana. «Los viajeros eran secuestrados por hombres más robustos que ellos, que les cortaban los miembros, los cocinaban y se los comían. Muchas personas que iban de un lugar a otro para huir de la hambruna, y en el camino encontraban hospitalidad, eran degolladas durante la noche y servían como alimento a los que los habían albergado. Había quienes les mostraban a los niños una fruta o un huevo, los atraían así a lugares apartados, los mataban y los devoraban. En muchos sitios, sacaban de la tierra los cuerpos de los muertos y saciaban con ellos su hambre... Como si ya fuera habitual ingerir carne humana, uno empezó a venderla ya cocida en el mercado de Tournus, como si fuera la carne de cualquier animal. Cuando lo arrestaron, no negó su crimen vergonzante: lo ataron y lo quemaron en la hoguera. Otro fue

de noche a desenterrar esa carne que habían escondido bajo la tierra, la comió, y también fue quemado».

El cronista describía así el lastimoso estado físico de esa pobre gente: «No se veía otra cosa que rostros pálidos y demacrados. Muchos tenían la piel floja por la hinchazón. Hasta la voz humana se volvió más chillona, parecida a pequeños gritos de pájaros agonizantes. Los cadáveres de los muertos, que por su gran cantidad eran forzosamente abandonados por todas partes sin sepultura, servían de alimento a los lobos, que luego siguieron durante mucho tiempo buscando su pitanza entre los hombres».

Esta descripción no hará más que confirmar a los detractores de la Edad Media. Pero esas catástrofes, aun considerando que Raoul Glaber sea digno de fe, ¿eran frecuentes? ¿Cómo era la alimentación de los hombres de la Edad Media? Hay que recordar que se trata de un período que se extendió durante diez siglos y, por lo tanto, no puede considerarse como un conjunto homogéneo.

¿Hambruna o carestía?

Entre 406 y 690 el territorio de Francia, tal como es hoy, conoció tres verdaderas hambrunas: en 410, en 450 y en 585. Gregorio de Tours describió así a esta última: «Una gran hambruna asoló durante este año a casi todas las Galias. Mucha gente hacía pan con pepitas de uva y con flores de avellano, y algunos, incluso con raíces de helechos: las ponían a secar, las reducían a polvo y las mezclaban con un poco de

harina. Algunos cortaban el trigo antes de que madurara y hacían lo mismo. También hubo quienes, al no tener harina, cortaban algunas hierbas, las comían, se hinchaban y sucumbían. Una gran cantidad de personas murieron, agotadas por la falta de alimentos». Por supuesto, los especuladores estaban de parabienes. «Los comerciantes explotaban severamente a la población... Reducían a los pobres a la esclavitud para darles un poco de alimento».

Al parecer, el siglo VII no sufrió esta calamidad: por lo menos, nuestras fuentes no dan cuenta de ello.

En el periodo carolingio se registraron cuatro hambrunas: en 845, en 873-874, en 916 en Aquitania, y en 995 en Borgoña. En 995, la trágica situación empujó a los desdichados al canibalismo. Raoul Glaber relata: «En esa misma época [en que el rey de Francia Roberto asolaba Borgoña, “incendiando a su paso las casas y las cosechas”], una rigurosa hambruna, que duró cinco años, se extendió por todo el mundo romano, hasta el punto de que ni una sola región se salvó de la miseria y la falta de pan. Una gran parte de la población murió de inanición. Entonces, en muchos lugares del territorio, bajo el imperio de un hambre terrible, no sólo sirvió de alimento la carne de los animales inmundos y los reptiles, sino también la de los seres humanos, mujeres y niños. Nada los detenía, ni siquiera los afectos familiares. El rigor de esta hambruna llegó al punto de que los hijos ya grandes devoraban a sus madres, y las mismas madres, olvidando su amor por sus hijos pequeños, hacían lo mismo».

El período que se extiende desde el año 1000 al 1350 presenta once años de verdadera hambruna: 1005-1006, 1032-1033, 1043, 1076-1077, 1095, 1124-1125, 1139, 1145, 1197, 1233-1234, 1315-1316. En estos casos, intervino un nuevo elemento. Además de los avatares climáticos y los

estragos cometidos por los soldados, mientras la producción experimentaba un escaso crecimiento, la población aumentaba en forma considerable. Por ejemplo, entre los años 1070 y 1170, en las campiñas del bajo Languedoc, cerca de Béziers, las familias numerosas eran frecuentes en la aristocracia: por lo menos cinco o seis hijos, de los cuales tres o cuatro llegaban a la edad adulta. El incremento de la población era algo menor entre los campesinos. En la Francia del norte y del noroeste, ese crecimiento se mantuvo firme hasta las dificultades de los años 1315-1318. En la Francia meridional, continuó hasta los años 1340.

Por todo esto, y por el hecho de que los señores querían sacar el mayor provecho de sus dominios, hacia el siglo XI, la economía agro-silvo-pastoril de la alta Edad Media fue reemplazada por una economía agraria. Entonces la palabra «carestía» adquirió un sentido más estricto, y se aplicó sobre todo a la falta de cereales.

A pesar de las crisis, la complementariedad entre los recursos animales y los recursos vegetales permitió que la población europea subsistiera durante la alta Edad Media. Las carestías forestales eran, además, tan terribles como las agrícolas: los animales necesitaban bellotas, hierba. Por otra parte, aunque en la época carolingia se produjeron cuatro hambrunas, los cronistas y los analistas mencionan dieciséis entre 793 y 995. En muchos casos, no hacen mención de muertes humanas. Se trataba más bien de carestías, períodos en que a los habitantes les faltaban alimentos, más específicamente, pan. Cuando se produjo en Francia una carestía en 779, el monasterio de Aniane entregaba a los pobres que acudían allí en gran número carne de cordero o de vaca, y leche de oveja, hasta que llegaba el tiempo de la nueva cosecha.

En 1125, a pesar de los desmontes y los progresos técnicos, el problema afectó a Flandes. Galbert de Bruges, notario gantés, describió, en el comienzo de su Historia del asesinato de Carlos el Bueno, una «hambruna» con muchos detalles interesantes, en particular, su fecha (el comienzo de la primavera, en la época de la cosecha), su característica principal (la falta de trigo), y los problemas que suscitó (su fuerte incidencia en la campiña, mientras las ciudades y los castillos que contaban con provisiones atraían a los hambrientos). Pero aclaraba: «En esa época, nadie podía alimentarse normalmente en comida ni en bebida. Contrariamente a lo habitual, se consumía de una sola vez, en una comida, todo el pan que, antes de esa hambruna, solía consumirse en el transcurso de varios días. De ese modo, la gente se llenaba sin medida, la excesiva carga de los alimentos y de la bebida distendía los orificios naturales de los órganos, y las fuerzas naturales declinaban. Los alimentos crudos e indigestos descomponían a los individuos, consumidos por el hambre hasta que exhalaban su último aliento. Muchos se sentían asqueados por los alimentos y las bebidas, aunque a veces los tenían en abundancia, y estaban completamente hinchados».

«En la época de esa hambruna, en plena cuaresma, en la región de Gante y de los ríos de Lys y Escaut, se veían personas que carecían absolutamente de pan, y comían carne...».

Las autoridades reaccionaron. El conde distribuyó limosnas, algo nada original, pero también reglamentó la vida económica, tanto en lo concerniente a las semillas, como a la fabricación y la venta. «Un edicto ordenó que, cada vez que se sembraban dos medidas de tierra, la segunda de esas medidas se sembrara con habas y garbanzos: esas dos especies de legumbres fructifican más rápido y más temprano, y los

pobres podrían entonces alimentarse con ellas mucho antes, si la carestía, la hambruna y la miseria no cesaban durante el año... Prohibió la fabricación de cerveza para que, en el caso de que los burgueses y todos los habitantes del país dejaran de fabricar cerveza durante la hambruna, los pobres pudieran ser mejor y más fácilmente abastecidos. En efecto, dispuso que con la avena se hiciera pan, a fin de que los pobres dispusieran al menos de pan y agua para sobrevivir. Ordenó que se vendiera el cuarto de vino a seis denarios, y no más caro, para disuadir a los comerciantes de comprar y almacenar el vino».

Cuando las crisis de los cereales se volvieron demasiado graves, la comuna de Florencia intervino directamente comprando los granos y vendiéndolos luego a un precio protegido. Esa medida coyuntural tomada a fines del siglo XIII, se puso en práctica de manera sistemática en 1329, 1340 y 1347. «Durante esa época [mayo de 1329], hubo en Florencia una muy grande y cruel hambruna y carestía, y las otras partes del mundo no escaparon a ello», escribió el florentino Domenico Lenzi. «Según lo que informan hombres dignos de fe de nuestra ciudad, en todas partes el hambre se hizo tan cruel y tan grave que los pobres recurrían a diversas raíces y frutas de árboles y carnes nauseabundas tanto para la boca como para la nariz. Pero Italia, y especialmente la Toscana, se vieron más llenas y rodeadas de ese flagelo que otras regiones. Y lo que yo puedo decir es que mi patria, Florencia, cuyos campos no son suficientes para abastecerla por más de cinco meses por año, y donde el aprovisionamiento es siempre más caro que en cualquier otro lugar de Italia, pudo mantener, durante esta hambruna, a la mitad de los pobres de Toscana, gracias a la ayuda providencial proporcionada por sus buenos ciudadanos ricos y su dinero. Y hay que recordar —fue y sigue siendo cierto— que, expulsados de los ricos dominios llenos de granos de los alrededores, y sin ningún otro recurso, los

pobres empezaron a afluir, con su pobreza, a Florencia, como su único puerto de esperanza y consuelo».

En general, las verdaderas hambrunas y las carestías fueron escasas. Y en muchas regiones, los rendimientos permitían que los habitantes se alimentaran en tiempo normal. En las tierras del obispado de Winchester, en Inglaterra, de 1200 a 1350, eran alrededor de 4 granos por unidad sembrada para el trigo; 3,9 para la cebada; 2,8 para la avena, y tal vez un poco más si se consideraba el diezmo. El señor que utilizaba mano de obra asalariada ganaba 12 por ciento, cuando eran de 3,5 por unidad. Podían ser más elevados en las regiones de Lille o de Bruselas. Los de las zonas meridionales eran más débiles. Sin embargo, en la región de Aix, a mediados del siglo xv, en las tierras del rey René en Gardanne, el trigo proporcionaba un promedio de 5,7 en el 70 por ciento de las tierras sembradas, y los rendimientos, muy irregulares, oscilaban entre el 3,5 y el 9,5.

Los hombres de la Edad Media podían comer. Pero ¿en qué consistía su alimentación?

Una alimentación bastante adecuada

En lo que respecta a la alta Edad Media, es difícil dar precisiones sobre la alimentación de las personas de condición humilde, pero hemos comprobado que la economía silvo-pastoril les permitía sobrevivir. Y las condiciones climáticas permitían, en determinadas épocas, rendimientos importantes. La Vida de Didier (630-655) afirmaba que «en su época, una

gran cantidad de frutos, tanto de los campos como de los viñedos, crecía con una abundancia excepcional».

Las fuentes permiten conocer mejor las raciones monásticas. En la época carolingia, durante las comidas de fiesta, relativamente frecuentes —los días festivos podían llegar a ser ciento cincuenta y seis—, se distribuían raciones que Michel Rouche intentó contabilizar. El 21 de junio de 837, los canónigos, sacerdotes y clérigos de la ciudad de Mans y sus alrededores recibieron 1,636 kilo de pan y más de 1 kilo de carne (602 gramos de cordero y 602 gramos de cerdo). El 17 de 1 septiembre y el 9 de noviembre, la cantidad de pan no varió (1,636 kilo), pero la de carne se redujo, aunque seguía siendo considerable (sin duda, más de una libra). Cada clérigo de Mans recibió también alrededor de 2,5 litros de vino en esas jornadas festivas, y hasta 3,636 litros el 17 de septiembre. La ración diaria llegaba a las 8000 calorías, y con mayor frecuencia, a las 9000 calorías. Cantidades asombrosas, aun teniendo en cuenta que los administradores pudieran hacer una sobrestimación de las previsiones.

En Corbie, en trece de los veintidós días festivos del año 822, los servidores laicos exteriores recibieron una especie de refrigerio suplementario compuesto por una copa llena de vino o, en su defecto, de la cerveza reservada a los monjes. Para que participaran de la alegría general, recibían, entonces, tres cuartos de litro de vino o cerveza. En los días de las grandes festividades, los monjes de Corbie tenían derecho a beber vino especiado, y en los días de fiestas ordinarias, un vino mezclado con moras. El texto agregado a los estatutos de Adalardo en el siglo x, decía que la distribución de vino mezclado con moras también tenía lugar los sábados y domingos.

Esta abundancia existió sin duda, sobre todo si se tiene en

cuenta una observación de los padres del concilio de Letrán de 1059. Sorprendidos por las prescripciones alimentarias del concilio de Aix-la-Chapelle de 816, declararon: «Considerando el capítulo según el cual cada persona recibe diariamente 4 libras de pan y 6 de vino, el santo concilio de los obispos resolvió que esa decisión debía ser retirada de la institución canónica porque no invita a la templanza cristiana, sino a la canallada de los Cíclopes, que no manifiesta ningún respeto por los hombres, y que esas raciones se habían decidido mucho más para maridos que para canónigos, para mujeres madres de familia que para monjas».

Señalemos que el siglo XI, austero —la reforma gregoriana se produjo en esa época—, concebía la existencia bajo un aspecto menos festivo que el período carolingio. Pero considerando que las raciones indicadas correspondían a maridos, e incluso a madres de familia, podemos pensar que no eran nada incongruentes en los tiempos de Carlomagno o Luís el Piadoso.

Bernardo de Clairvaux se escandalizaba por la abundancia y la riqueza de la comida que se les servía a los monjes de Cluny: «Los platos se suceden unos después de otros, y en vez de un plato único de Carne, de la que se abstienen, repiten los platos de pescados grandes».

«Y cuando te llenas con los primeros, si quieres comer otros, te parecerá que todavía no tocaste los anteriores. Porque todos los platos son preparados por los cocineros con tanto cuidado y arte que incluso después de haber devorado cuatro o cinco, los primeros no impiden comer los últimos y la saciedad no disminuye el apetito».

¡Qué decir entonces de los prelados! Sólo en el día de Pascua de 1290, el registro de gastos del obispo de Hereford mencionaba que se había consumido una vaca y media salada,

una vaca y tres cuartos fresca, 5 cerdos, 4 terneros y medio, 22 cabritos, 3 piezas de caza, 12 capones, 88 palomas y 1400 huevos, a lo que hay que agregar el pan, el queso, la cerveza y 66 galones de vino.

Así se entiende que en el siglo XIII Bertoldo de Ratisbona hubiera vituperado, en uno de sus sermones, al referirse a la gula, o más bien, a la glotonería, esa manera de vivir (aunque los sermones solían caricaturizar en cierto modo la realidad para ejercer una mayor influencia sobre sus oyentes). Pero aclaró: «Ustedes, los pobres, no tienen mucho que ver con esa clase de pecado, ya que casi nunca tienen lo necesario». «Los glotones —siguió diciendo el predicador— devoran en un solo día lo que alimentaría a tres o cuatro personas. Cuando diez de ellos están juntos, derrochan en un solo día lo que necesitarían para vivir cuarenta personas que, por su parte, se ven obligadas a privarse de esa comida que su cuerpo necesita...».

«¡Todas esas enfermedades provienen de la glotonería, y también la muerte, súbita o lenta! Y observad bien una cosa: los hijos de los ricos llegan con menos frecuencia a una edad avanzada, o siquiera a la edad adulta, que los de los pobres. Esto es así por la abundancia con la que se atiborra a la progenie de los ricos, porque aunque los atiborren, siempre creen que no es suficiente». Así, de acuerdo con Bertoldo, algunos comían demasiado, mientras que otros pasaban hambre.

El análisis de las cuentas de señores laicos mostraba prácticamente lo mismo. A fines de la Edad Media, la ración diaria de pan en Auvernia por persona y por día era de alrededor de un kilo: 1050 gramos para el conde en Vic, 1090 gramos para Guillaume de Murol, 1240 gramos para Marguerite de Latour, priora de Toul en el Cantal.

La ración de carne variaba entre una libra y un kilo por día

y por persona: 935 gramos para el conde en Vic, 600 gramos para Guillaume de Murol, 515 gramos para Marguerite de Latour. En cuanto a la ración de vino, el promedio era de 1,82 litros por persona y por día para la corte del conde, de 2 litros para la de Guillaume de Murol y de tres cuartos de litro para Marguerite de Latour y su entorno femenino. El total de calorías correspondía a 4500 para Marguerite de Latour, 4750 para Guillaume de Murol, y más de 5000 para el conde.

En el *Mesnagier de Paris*, obra escrita por un burgués parisino a fines del siglo XIV, en honor a su joven esposa, figuraban diversos menús. Las comidas estaban compuestas por varios platos, entre los que se intercalaban entremeses, y cada plato incluía en sí mismo varios manjares. Seguramente los comensales se servían solamente de los platos que colocaban delante de ellos. ¡Pero de todos modos era una gran cantidad de comida! Veamos el menú de una comida sencilla de dos servicios para los días de carne:

Primer servicio. Puerros blancos con pollo, ganso con lonjas de cerdo y andouilles tostadas, cortes de carne de vaca y de cordero, caldo con trozos de carne de liebre, vaca y conejo.

Segundo servicio. Pollo, perdiz, conejo, chorlito y cerdo relleno, faisán para los señores, carne y pescado en gelatina. Como entremeses, lucios y carpas. Entremeses elaborados: guiso de liebre, pavo, alcaraván, garza y otras cosas.

Para finalizar, jabalí, arroz con leche, patés de pollo, flanes con crema, pastelitos con crema, anguilas, frutas, barquillos, y vino blanco con miel.

Podría creerse que, afortunadamente, esta profusión era compensada por la frugalidad de los días de vigilia. Pero no era así. El mismo autor nos proporciona este ejemplo, entre otros:

Primer servicio. Puré de garbanzos, caldo de legumbres, guiso de ostras, salsa blanca con percas y lucios, picadillo de berro, arenques, grasa de ballena, anguilas saladas, lochas hervidas.

Segundo servicio. Pescado de agua dulce y de mar, rodaballo con salsa (generalmente verde), y anguilas con salsa de pescado.

Tercer servicio. Los mejores y más hermosos pescados asados que se pudieran conseguir, patés blancos, lochas, cangrejos de río, percas con perejil

y vinagre, tencas con rodajas de pan mojadas en caldo, vino o salsa, jalea.

La carne predominaba, a expensas de los alimentos de origen vegetal, en las capas sociales más elevadas. Las personas de condición humilde sólo disponían, por el contrario, de un «acompañamiento» —lo que se come con el pan— restringido. Por otra parte, es más difícil saber qué comían. La ración de una pareja de siervos de la gleba de Beaumont-le-Roger, en 1268, estaba compuesta por una hogaza y dos panes pequeños, es decir, 2,250 kilos, un galón de vino, es decir, 4 litros, 200 gramos de carne o huevos, y un celemín de guisantes. A finales de la Edad Media, 800 a 1500 gramos de pan y 2 litros de vino constituían raciones habituales. Los prisioneros de Saulx-le-Duc, en Borgoña, y sus guardianes recibían, entre 1343 y 1346, raciones de vino que casi siempre correspondían a un promedio de 1,68 litro o 2,56 litros. Hay que agregar que la producción de carne había aumentado en esa época, especialmente para provecho de la población urbana que se beneficiaba con la economía de mercado.

Por supuesto, los ricos siempre comían mucho más que los pobres, seguramente demasiado, de manera que sus organismos se veían amenazados por la sobreabundancia de comida. Pero las condiciones de vida eran muy diferentes de las nuestras. Los ejercicios físicos eran intensos, mientras que nosotros hemos perdido la práctica de caminar. Los medios de calefacción eran reducidos, y la gente debía soportar fríos a veces muy rigurosos.

Es evidente que se comía más y mejor cuanto más alto era el rango social. El proyecto de ordenanza que fijó hacia 1471-1472 las distribuciones de alimentos para el palacio del rey de Inglaterra Eduardo IV, otorgaba a los poderosos más vino y pan, así como un mayor número de platos.

Si bien las raciones parecían generalmente suficientes en

el plano cuantitativo, desde el punto de vista cualitativo eran bastante mediocres. La alimentación de los monjes en la época carolingia se caracterizaba por proporciones inconvenientes en materia de glúcidos, prótidos y lípidos, y por la ausencia de algunas vitaminas.

Louis Stouff señaló con mayor precisión las carencias de la alimentación de los provenzales en los siglos XIV y XV. Estos consumían grandes cantidades de pan y bebían mucho vino. Su plato de base era o bien una sopa de coles con tocino, o una sopa de frijoles y lentejas, o un caldo de carne salado en el que mojaban el pan. Comían carne de cerdo salada, pescados salados, y un poco de carne fresca en las fiestas. Consumían cantidades insuficientes de queso, leche, frutas y legumbres frescas. Les faltaban proteínas animales, calcio, las vitaminas A y C. En cambio, el aporte glucídico era excesivo.

Los desequilibrios de la dieta de los provenzales variaban según las categorías sociales. Cuanto más modesto era el medio, más grande era la insuficiencia de las proteínas animales, y más aumentaba la proporción de glúcidos. Los habitantes de las costas comían más cítricos y pescado, y los montañeses consumían más leche y queso. En algunos aspectos, el campesino estaba más desfavorecido con respecto al habitante de las ciudades, pero en cambio tenía un acceso más directo a los productos de la ganadería y la agricultura.

Los individuos de la Edad Media, que desconocían una buena cantidad de alimentos —pensemos en la importancia que tendría luego la patata—, mejoraban su alimentación gracias a los progresos técnicos y los esfuerzos humanos. Reemplazaron el antiguo arado por el arado con rejas. La fuerza de tracción se efectuaba con las paletillas, y no ya con el cuello del caballo. En la segunda mitad del siglo XIII, aparecieron libros de agronomía escritos en lengua vulgar,

especialmente en Italia e Inglaterra. Los innumerables trabajos de labranza realizados en muchas de las tierras conquistadas por los grandes desmontes de los siglos XI y XII, permitieron una mejor regeneración del suelo. La rotación se hizo trienal, especialmente gracias a los cereales de primavera. De ese modo, aumentaban los rendimientos.

Sin duda, el mal tiempo, los grandes fríos, las sequías y las inundaciones podían estropear las cosechas. Matthieu Paris, un benedictino inglés muerto en 1259, que a partir de 1234 estudió los principales acontecimientos climáticos, escribió que las inundaciones del otoño de 1258 resultaron catastróficas para las cosechas. En toda Inglaterra, se pudrieron las cosechas y los graneros estaban vacíos. Los hombres y los animales sin forraje sufrieron hambre. A pesar de la falta de dinero, el trigo costaba muy caro. Los pobres se debilitaron, y algunos murieron. Hubo que vender los animales, y las tierras quedaron sin cultivar. Pero esos hechos fueron coyunturales. Y habría que revisar la idea de que los hombres de la Edad Media estaban permanentemente hambrientos.

3

La salud

Las epidemias

Tienen lugar en todas las épocas. Pero sus características, su nocividad, su expansión, varían profundamente. La Edad Media, ¿presenta en este sentido rasgos específicos?

Siglos VI-XIII

La lepra, al parecer bastante poco frecuente hasta el siglo VI, se propagó en esta época, a juzgar por los textos legislativos o reglamentarios que se ocupaban cada vez más del tema. Pareció retroceder durante el siglo VII, recuperó su vigor a partir del siglo VIII, y luego disminuyó otra vez entre los siglos IX y XI.

Otra enfermedad que se creía desaparecida, la viruela, resurgió en el siglo VI. Se desvaneció durante algún tiempo y luego volvió a manifestarse. El rey Hugo Capeto de Francia habría muerto por esa enfermedad en 996. La viruela prácticamente desapareció después del siglo XI, al menos en Europa del norte.

Europa sufrió un tercer flagelo: la peste bubónica. Esta pandemia llevaba el nombre de «peste de Justiniano». En efecto, había entrado por el mar Rojo a Pelusio, puerto egipcio sobre el Mediterráneo, llegó a Constantinopla en 542, y desde allí se propagó. Afectó en 543 a Roma e Italia, luego a Marsella, y entró a Tréveris por el valle del Ródano. En su Historia de los francos, Gregorio de Tours escribió: «La muerte en sí era rápida, porque se producía en la ingle o en la axila una herida parecida a la mordedura de una serpiente, y ese veneno provocaba la muerte, de manera tal que el enfermo entregaba su alma al día siguiente o al otro. Pero la violencia del veneno hacía perder el sentido a los hombres». Paul Diacre hablaba de «pequeños ganglios en forma de nuez o de dedo» que aparecían en la ingle o en otras partes. «La aparición de esos ganglios era seguida inmediatamente por una fiebre intolerable, y el enfermo moría en el término de tres días. Pero si el paciente superaba los tres días, tenía esperanzas de sobrevivir».

Jean-Noel Biraben, en su libro sobre la peste, señala que la epidemia de Marsella que describía Gregorio de Tours era la quinta que se había producido sólo en Occidente de 588 a 591. «Una nave proveniente de España con su cargamento habitual, ingresó al puerto de esa ciudad [Marsella] trayendo, desgraciadamente, el germen de esta enfermedad. Muchos habitantes compraron allí diversas mercancías. Una casa en la que vivían ocho personas quedó rápidamente vacía, pues todos sus habitantes murieron por el contagio. Esta epidemia

incendiaria no se extendió en forma inmediata a todas las viviendas, pero después de interrumpirse por algún tiempo, volvió a encenderse como una llama en medio de una cosecha e hizo arder a toda la ciudad con el fuego de la enfermedad». El obispo de la ciudad le suplicó a Dios que pusiera fin a esa mortandad. «La plaga cesó completamente durante dos meses, y mientras la población regresaba tranquila a la ciudad, la enfermedad volvió a manifestarse, y los que habían vuelto, fallecieron. Más adelante, la ciudad fue aquejada en muchas oportunidades por ese flagelo mortal».

Es curioso comprobar que los médicos bizantinos racionalistas insistían en explicar la propagación de la enfermedad por la contaminación del aire, y se negaban a admitir que el contacto con los enfermos pudiera tener alguna importancia.

Se aconsejaba huir. En 571, Gregorio de Tours partió hacia Brioude, pero si bien él mismo no se enfermó, la peste atacó a dos de sus sirvientes. En 588, los habitantes de Marsella abandonaron su ciudad. Existían procedimientos menos racionales. En Auvergne, en 543, dibujaban en las paredes de las casas y las iglesias un signo que los campesinos llamaban Tau. El paganismo estaba lejos de haber sido extirpado, y la propia madre de Gregorio de Tours apelaba a la oniromancia, es decir, a la adivinación de los sueños. «Cuando esa famosa enfermedad de las ingles, que fue expulsada por las plegarias del obispo saint Gall, llegó a Auvergne, y de pronto se vieron los muros de las casas y las iglesias cubiertos de signos y caracteres, mi madre creyó ver en sueños, durante la noche, que el vino que guardábamos en nuestros sótanos se había convertido en sangre. Cuando se lamentó y gritó: “¡Desdichada de mí! ¡Mi casa lleva la señal de la plaga!”, un hombre le dijo: “¿Sabes que pasado mañana, que será el día de las calendas de noviembre, se celebrará la fiesta de la pasión

del mártir Benigno?”. “Lo sé”, dijo ella. Entonces él replicó: “Ve, pues, y vela toda la noche en su honor, haz decir misas, y serás preservada de la plaga”. Cuando mi madre se despertó, hizo lo que le habían ordenado, y nuestra casa permaneció intacta en medio de las casas vecinas marcadas con los signos fúnebres».

Los daños fueron considerables, aunque geográficamente se limitaron a la costa mediterránea de Europa. Pero la peste se repitió varias veces: se produjeron unas veinte recurrencias con espacios de nueve a trece años entre 541 y 767. Luego desapareció, no sólo de Europa, sino también de Asia y África.

A partir del siglo IX, se inició un nuevo período. Mientras la lepra retrocedía, la viruela aparecía en forma más esporádica y la peste desaparecía, aparecieron dos nuevas plagas. En primer lugar, el «fuego sacro», que más tarde se conoció con el nombre de «fuego san Antón», al desarrollarse la orden de los antonianos, fundada en 1095 en la región de Vienne, Francia. Se trataba de una intoxicación por el cornezuelo del centeno que, mezclado con harina, daba origen a dos formas de enfermedad. Cuando la forma de la enfermedad era fuerte o convulsiva, se producían espasmos acompañados por dolorosas contracturas, que provocaban la muerte. Cuando era débil o gangrenosa, los miembros se ennegrecían, se secaban y se rompían en las articulaciones. Las personas de la Edad Media creían que el ennegrecimiento se debía a un fuego interior que quemaba los miembros, y por eso llamaron a la enfermedad «fuego sacro». Como las condiciones climáticas eran propicias, el ergotismo hizo estragos en el siglo X, provocando una gran cantidad de muertos y lisiados. Alemania e Inglaterra se vieron afectadas a comienzos del siglo XII, época del apogeo de esa enfermedad en Europa occidental.

Una segunda epidemia importante, la gripe, apareció súbitamente durante el invierno de 876-877. Síntomas como fiebre, problemas oculares y tos afectaron especialmente a los pobladores de las regiones renanas, tras el regreso de Italia del ejército de Carlomagno. Esa gripe se manifestó en muchas oportunidades.

El paludismo que se propagó en aquel entonces únicamente en las costas mediterráneas de Europa, llegó a las orillas atlánticas y las del mar del Norte, llevado por los vikingos que volvían de las incursiones en el Mediterráneo y en África. Luego la plaga subió por los ríos hasta las regiones pantanosas del interior.

A principios del siglo XII, volvieron a aparecer antiguas epidemias. La viruela, en las zonas mediterráneas. La lepra, por las nuevas relaciones con el Cercano Oriente, donde estaba extendida. En cuanto al fuego sacro, muy frecuente hacia 1100, disminuyó rápidamente.

En esa época se desarrolló el escorbuto, que afectó a las poblaciones que se habían alimentado durante mucho tiempo con carnes y pescados salados. Afectó al ejército del rey de Francia Luís IX en Damietta, en 1248. Joinville relataba: «El único pescado que comimos en el campamento, durante toda la cuaresma, fue locha, y las lochas comen gente muerta, porque son peces voraces. Y por causa de esa desgracia, por causa de la incomodidad del país donde jamás llueve una sola gota de agua, hemos contraído la enfermedad del ejército, por la cual se nos secaba la carne de las piernas, y la piel de nuestras piernas se llenaba de manchas negras y de color tierra, como una bota vieja. Y al contraer esta enfermedad, se nos pudría la carne de las encías, y nadie se libraba de esta enfermedad, sino que debía morir. El signo de la muerte era que cuando sangraba la nariz, la gente moría... La enfermedad

empezó a agravarse en el campamento de tal manera que nuestros soldados tenían tanta carne muerta en las encías que los barberos debían sacarles la carne muerta para que pudieran masticar la comida y tragarla. Daba mucha pena oír en el campamento los alaridos de la gente a la que le cortaban la carne muerta, porque daban alaridos como mujeres en trabajo de parto».

La tuberculosis aparecía en los textos, durante la alta Edad Media, especialmente bajo la forma de la tisis, pero lo que más se mencionaba eran las escrófulas. En el siglo XII se desarrolló en Inglaterra y Francia la idea de que el rey podía curar las escrófulas tocándolas.

A mediados del siglo XIV, apareció la terrible Peste Negra.

La Peste Negra

Esta epidemia era seguramente de origen asiático, pero ningún texto occidental la mencionó antes de su aparición, en 1346, a orillas del mar Negro. En 1347, afectó a la factoría genovesa de Caffa. Después de dejar Constantinopla, atacadas por la enfermedad a mediados de ese mismo año, doce galeras genovesas se dirigieron a su patria. Hicieron escala en Mesina, y de allí la peste se propagó por toda Sicilia. Los diversos puertos del Mediterráneo oriental y occidental fueron afectados a principios de 1348. La peste ingresó luego al interior de las tierras, tanto en Occidente como en Oriente. En junio o julio de 1348, se instaló en Burdeos, y luego, en pocas semanas, llegó a los puertos de Inglaterra, Normandía e

Irlanda. En 1349, atacó los puertos que rodeaban el mar del Norte, y luego se propagó en toda la Alemania septentrional. La ciudad de Lübeck se vio afectada a comienzos de junio de 1350, e inmediatamente después, los puertos y los países ribereños del Báltico. En 1350-1351 fueron afectadas Polonia, Lituania y Curlandia. En 1352, le tocó el turno a Rusia.

La epidemia se manifestaba en general bajo la forma bubónica, con problemas pulmonares o hemorrágicos secundarios, y cesaba, o disminuía su intensidad, en invierno.

Las consecuencias demográficas fueron considerables. Según un libro de cuentas que llevaba el vicario de la parroquia de Givry, cerca de Chalon-sur-Saône, en Borgoña, la peste habría causado la muerte de más de un tercio de la población (que se puede estimar en 2000, y hasta 2200 habitantes) entre fin de julio y fin de noviembre de 1348, es decir, en el término de cuatro meses, y quizá más, tomando en cuenta a los bebés. En la ciudad de Reims, la proporción parece haber sido de un muerto cada tres habitantes, y el campo estaba tan expuesto como la ciudad. «La mortandad fue tan grande en el hospital para indigentes de París que, durante mucho tiempo, llevaban diariamente en canos más de 500 muertos para enterrarlos en el cementerio de los Santos Inocentes», escribió Jean de Venette. Antes de ser afectado por la peste, el reino de Navarra tenía, según algunos historiadores, entre 70 000 y 90 000 habitantes. En 1350, la población había disminuido en un 63 por ciento con respecto a 1330.

Se produjo un gran impacto demográfico, pero también económico, social y mental. El cronista florentino Malteo Villani dio testimonio de ello: «Cuando terminó la peste, los pocos hombres que quedaron, enriquecidos de bienes materiales gracias a las herencias y las sucesiones, olvidando

los hechos pasados como si no se hubieran producido, comenzaron a llevar una vida más escandalosa y desordenada que antes. Se entregaron a la pereza y la disolución, pecaron por glotonería, disfrutando de los banquetes, las tabernas y las delicias de una alimentación delicada, y también de los juegos, dejándose llevar sin freno a la depravación, buscando maneras extrañas y desacostumbradas de vestirse y modales deshonestos, introduciendo novedades en el corte de la ropa. Y la gente modesta, hombres y mujeres, por la excesiva abundancia de las cosas, no querían ejercer más los oficios habituales: exigían la comida más cara y más fina para su mesa cotidiana, y se permitía que los criados y las mujeres de baja condición se casaran engalanados con las bellas y ricas vestimentas de las damas nobles difuntas. Y sin ninguna discreción, casi toda nuestra ciudad se entregó a una vida deshonesta, y, en forma parecida, o peor, actuaron las demás ciudades y los demás países del mundo».

La Peste Negra tuvo varias recurrencias. En el territorio francés, hubo tres pestes muy violentas, en 1361, 1374 y 1400, y tres pestes medianas en 1369, 1382 y 1390. A propósito de la epidemia de 1360-1363, Guy de Chauliac, médico del papa Clemente VI, señaló: «Se diferencia de la anterior por el hecho de que en la primera murieron más personas del pueblo, y en esta, más ricos y nobles, muchos más niños y pocas mujeres». De manera que esta peste, al atacar particularmente a los niños nacidos de las numerosas uniones celebradas en 1349 y 1350, afectó gravemente la recuperación demográfica.

SIGLO xv

Según Jean-Noel Biraben, hubo doce epidemias de peste entre 1412 y 1498, tres de ellas muy virulentas en 1412, 1439 y 1482. Las epidemias y las malas cosechas seguidas de carestías y hambrunas estaban muy relacionadas entre sí. El invierno de 1480-1481, extremadamente duro desde fines de diciembre hasta principios de febrero, provocó el congelamiento de los ríos y la destrucción de las siembras. En primavera y en verano, se produjeron abundantes lluvias que causaron inundaciones y echaron a perder las cosechas, por lo cual subió excesivamente el precio de los granos. En enero de 1482, tuvieron lugar otra vez fuertes inundaciones, y hubo muchas dificultades con las cosechas. Una epidemia, probablemente de meningitis, atacó al mismo tiempo a las poblaciones. Luego vino la peste.

En el siglo xv, la mayoría de las epidemias avanzaron en general, con excepción del fuego sacro y la lepra, como la gripe que afectó a toda Europa en 1438 —con una particular virulencia en Italia—, y atacó sobre todo a Francia en 1482. La viruela pareció regresar a Europa central y septentrional. La disentería causaba cada vez con mayor frecuencia importantes daños en los ejércitos.

El autor del Diario de un burgués de París señalaba que los habitantes de la ciudad sufrían diversas enfermedades, como la tos ferina. «Ocurrió que, por voluntad de Dios, un mal aire contaminado cayó sobre el mundo, que más de cien mil personas en París se encontraron en tal estado que perdían el beber y el comer, el descanso, y tenían fiebre alta dos o tres veces por día, y especialmente todas las veces que comían, y todas las cosas les parecían amargas y muy malas y hediondas, y temblaban todo el tiempo. Y con eso, peor aún, perdían toda

la fuerza del cuerpo, y no se atrevían a tocar nada en ninguna parte, por lo agobiados que están los que padecían ese mal, y duró sin cesar tres semanas y más, y empezó a ciencia cierta al comienzo del mes de marzo en dicho año, y lo llamaron tac o golpe... Sobre todos los males, la tos era tan cruel para todos, día y noche, que a algunos hombres a fuerza de toser se les rompieron los testículos para toda la vida [perdieron su capacidad viril]». O la gripe de 1427: «Empezaba en los riñones y los hombros, y los enfermos creían que tenían cálculos, tan cruel era el dolor, y después a todos les venían los estornudos o fuertes temblores, y durante ocho o diez o quince días no podían beber, ni comer, ni dormir, unos más, otros menos, después venía una tos tan mala que cuando estaban en el sermón, no se podía oír lo que decía el predicador, por el gran ruido que hacían los que tosían».

A fines del siglo xv, apareció la sífilis, cuya expansión, a partir de los años 1493-1494, llenó de angustia a sus contemporáneos. Alexander Benedictus, un médico veneciano que observó a los soldados contaminados en Fornova en 1495, escribió que «por el contacto venéreo, una enfermedad nueva, o al menos desconocida por los médicos que nos precedieron, el mal francés, se deslizó desde Occidente hasta nosotros, en el momento en que publico este libro [en 1497]... Tan repulsivo es siempre el aspecto, tan grandes son los sufrimientos, sobre todo de noche, que esta enfermedad supera en honor a la lepra generalmente incurable o la elefantiasis, y la vida está en peligro». Inmediatamente se entendió que el mal se contraía a través del contacto sexual. Por eso, Johannes Wilmann, que escribió en 1497 un tratado sobre la enfermedad, recomendaba tomar precauciones durante las relaciones sexuales, especialmente con prostitutas. Se publicaron ordenanzas para expulsar a los enfermos de sífilis o «gran viruela». En París, «se intima, en nombre del rey y del

preboste de París, a todos los enfermos de dicha enfermedad, tanto hombres como mujeres, que inmediatamente después de esta proclama, abandonen la ciudad y los suburbios de París, y que los extranjeros regresen a vivir a los países y lugares donde nacieron, y los otros, fuera de la ciudad y los alrededores, so pena de ser arrojados al río si se los atrapa después de este día».

Esta lista es impresionante. Pero la Edad Media duró mil años. En el siglo 20 aparecieron, por no citar más que dos enfermedades, la gripe española, que causó millones de muertes inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, y el sida, que sigue haciendo estragos en todos los continentes. En nuestra opinión, la catástrofe más terrible que conoció la Edad Media fue la Peste Negra y sus recurrencias. Una catástrofe contra la cual los principales remedios parecían ser la huida y la plegaria. Sin embargo, la medicina hizo progresos en aquella época.

Los progresos de la medicina

Por supuesto, la medicina medieval presentaba deficiencias.

En el mundo romano no existía —más que en una forma muy parcial— ni una enseñanza verdaderamente organizada de la medicina, ni un control previo que habilitara para el ejercicio de la profesión. En Roma, quienes se ocupaban de curar a los enfermos eran mayormente esclavos que habían sido médicos antes de ser capturados, y en algunos casos, libertos. En cuanto a los hombres libres, por lo general eran griegos,

como Galeno en el siglo 2, que iban a ejercer a la capital. Además, los textos de medicina de la Antigüedad pocas veces estaban escritos originalmente en latín, ya que el idioma que se utilizaba era el griego. De manera que los textos en latín, una lengua cada vez menos conocida por los occidentales tras la caída del Imperio Romano, eran en su mayoría traducciones, adaptaciones o compilaciones de obras escritas en griego.

Los manuscritos médicos de los siglos 5 a 10, casi siempre copiados en un marco monástico, se limitaban generalmente a proporcionar recetas o a describir en forma sintética las enfermedades, indicando tratamientos, sin justificarlos. Más que el método hipocrático, se seguía un procedimiento metódico. Y, como escribió Isidoro de Sevilla, «los metódicos no toman en cuenta ni los elementos, ni los tiempos, ni las edades, ni las causas, sino solamente las sustancias de las enfermedades». La doctrina metódica tampoco consideraba útil conocer la fisiología ni la anatomía, de manera que no llama la atención que los textos de la alta Edad Media, bajo su influencia y como consecuencia del empobrecimiento intelectual de la época, contengan muy pocas exposiciones sobre esos aspectos.

Antes del siglo XI, la medicina era ejercida en general por los monjes. Desde luego, tenía muchas lagunas. En el siglo IX, el arzobispo de Reims, Hincmar, al escribir sobre el divorcio del emperador Lotario y su esposa Teutberga, declaró que había tenido que investigar sobre temas de ginecología, ya que, por su condición de clérigo, no era demasiado competente en ese terreno.

Sólo una pequeña parte de los textos árabes fue traducida en la Edad Media. Por lo tanto, subsistieron muchas ignorancias referentes a la cronología y a la geografía. El movimiento de traducción que tuvo lugar en los siglos XI–XII

no permite tener acceso a las obras posteriores. Los textos médicos árabes que conocían los latinos eran únicamente los que existían en Italia y España. Casi no hacían referencia a la práctica hospitalaria en las tierras del islam.

Predominaba siempre el saber libresco, y se recurría a la lectura antes que a la observación directa. Se abrían los cuerpos con el objeto de responder a preguntas planteadas con anterioridad.

La formación que recibían los médicos y los barberos era muy reducida en muchos lugares. En Toulouse, por ejemplo, durante los siglos XIII y XIV, no existió ninguna facultad especial de medicina. Se enseñaba medicina en la facultad de artes, junto con la gramática y la lógica. Una bula del 27 de abril de 1306 deploraba que muchos médicos fueran tan poco instruidos, y le encargaba al obispo que a partir de ese momento llevara a cabo exámenes, con la ayuda de expertos. Evidentemente, los profesores no estuvieron de acuerdo con esa medida. Como consecuencia de una demanda de la Universidad, que se quejaba de que, a causa de la mortandad, hombres y mujeres incapaces ejercieran la medicina, y que, en consecuencia, muchos enfermos murieran o no se curaran, las autoridades municipales de Toulouse ordenaron que los médicos fueran evaluados por los profesores. Como el provisor se opuso a esa medida, agitando la amenaza de la excomunión, el rey le pidió al juez, en 1411, que la hiciera aplicar. Pero los textos sobre Toulouse no se refieren con tanta frecuencia a los médicos que tenían títulos universitarios, como a los barberos, que estaban organizados en asociaciones profesionales desde 1391.

Los procesos judiciales demostraban la incompetencia profesional de algunos médicos o que se hacían pasar por tales. Eso sucedió, por ejemplo, en Manosca. En 1310, Miqueu

Aucemant fue llevado ante el tribunal. Ese charlatán no sólo practicaba la cirugía sin tener título, sino que además, según lo confesó él mismo, era analfabeto. Causó lesiones irreparables en el miembro viril de un habitante de Manosca al tratar de curarlo. En 1326, un médico, el doctor Antoni Imbert, fue acusado de haber prometido en forma engañosa curar problemas de esterilidad, especialmente en las mujeres. Tenía un ayudante, que lo elogiaba ante los eventuales clientes. Gracias a esas prácticas, Antoni ganó importantes sumas de dinero en Draguignan, de donde tuvo que huir en medio de la noche. En el transcurso del proceso, se mencionaron sus «remedios». Por ejemplo, le había prometido a Raimunda Veranessa que su hija Roselina se reconciliaría con su marido y daría a luz un hijo. Para conseguirlo, pidió una sábana de la cama de los esposos, un velo que la joven mujer debía usar y un bolso de seda, sobre el cual escribió trece letras en oro y azul. Además, Roselina tenía que escribir los «evangelios» (sic) de san Juan, de Lázaro y de los tres magos. Debía tener relaciones con su marido un viernes. Antoni le pidió un florín de oro y su alianza a Bertranda, esposa de Peire Gasc, cosió esos objetos con un hilo negro en una tela amarilla, sobre la que pegó un papel que tenía el dibujo de una cruz y las inscripciones «Gaspar, Melchor, Baltasar», «Pater Noster, Ave Maria», y «Michael». Después de enganchar a ese papel una piedra redonda y un denario, le recomendó a Bertranda que colocara ese amuleto en el lecho conyugal.

Los hombres de la Edad Media llevaban consigo determinados objetos para alejar las enfermedades. Suponían que las piedras y los metales raros, por ejemplo, gracias a su dureza, su brillo y su pureza, los protegería, alejando las podredumbres externas e impidiendo que las podredumbres internas se desarrollaran. El inventario de los bienes del duque de Berry, hermano de Carlos V, mencionaba que solía llevar

dos piedras «contra el veneno». La misma costumbre existía en la corte de Provenza, donde, algunas décadas más tarde, en los inventarios del rey René se incluían «piedras contra la epidemia». Las reliquias poseían poderes similares. Los huesos de santo Thomas Beckett, en el siglo XII, impedían las enfermedades, los accidentes, y transmitían ese poder a la tumba y al agua que emanaba de ella.

Por otra parte, como escribe Georges Vigarello, «el cuidado de la salud implicaba una afinidad muy especial entre el estado del cuerpo y el de los astros, entre el funcionamiento de los órganos y la marcha de las estaciones, los vientos, los climas y las aguas». En consecuencia, se desarrolló el diagnóstico astrológico, aunque si se compara con la Antigüedad, en la Edad Media esta práctica clínica disminuyó, y se le dio mucha más importancia al análisis del pulso y de la orina. Las explicaciones de Guy de Chauliac ilustraban la forma de pensar de la Facultad. «Diga lo que diga el pueblo, la verdad es que la causa de esta mortandad fue doble: una activa, universal, y la otra, pasiva, particular. El agente universal fue la disposición de cierta conjunción de los más grandes, de tres cuerpos superiores, Saturno, Júpiter y Marte, que en el año 1345, había precedido al vigésimo cuarto día del mes de marzo, en el decimocuarto grado de Acuario. Porque las conjunciones más grandes (como lo dije en mi libro Sobre la astrología) significan cosas maravillosas, fuertes y terribles, como los cambios de reinados, el advenimiento de profetas y las grandes mortandades... Una conjunción tan grande imprimió una forma tal sobre el aire y los demás elementos, que del mismo modo en que el imán atrae al hierro, puso en movimiento los humores densos, calientes y venenosos. Al mezclarlos adentro, se formaban abscesos que provocaban fiebres continuas y esputos de sangre al principio. Dicha forma era tan poderosa que alteraba la naturaleza. Luego,

cuando se atenuó, la naturaleza menos alterada comenzaba a rechazar lo que podía hacia afuera, principalmente hacia las axilas y las ingles, produciendo bubones y otros abscesos, de modo que esos abscesos exteriores eran el producto de los abscesos internos».

En la ginecología y en la obstetricia puede notarse la insuficiencia de los conocimientos médicos que tenían incluso los mejores clínicos. Para Henri de Mondeville (ca. 1270-ca. 1330), cirujano de Felipe el Hermoso, la sangre femenina de las reglas, cuyas propiedades nefastas se complacían en enumerar los autores medievales, constituía un residuo venenoso que era absolutamente necesario evacuar cuando la naturaleza no lo hacía por sí misma. De lo contrario, envenenaba y, según se creía, producía afecciones cutáneas, especialmente la lepra, en niños y adultos. Podía contaminar las operaciones que se realizaran sobre el cuerpo humano. De manera que el cirujano debía evitar todo contacto con esa sangre antes de una intervención.

Los embarazos y los partos planteaban frecuentes problemas. Cuando la salida del niño presentaba alguna dificultad, se podían colocar reliquias sobre el vientre de la futura madre. En un libro que trataba sobre los milagros de santa Catalina de Fierbois, se aconsejaba a una mujer que se hiciera leer la vida de santa Margarita. Esta, antes de su martirio, habría prometido un parto feliz a las mujeres que hubieran leído o que llevaran consigo el libro de su vida. Muchas veces se invocaba a un santo, a quien se le prometía una ofrenda o una peregrinación. Los partos difíciles eran bastante frecuentes. La esposa de Pierre Boutin de Bellac tuvo contracciones durante dos días. Los dolores cesaron durante veinticuatro horas, pero luego se reanudaron y se prolongaron durante casi una semana. Su marido la encomendó a santa Catalina, y poco después, la mujer dio a luz una niña cuyo

rostro estaba vuelto hacia el costado, pero que enseguida encontró una posición normal. La mala posición del niño constituía otra causa de mortalidad y de malformación. Las parteras no eran capaces de impedir un desenlace a menudo fatal para el recién nacido. Como el bebé de una angevina había sacado un brazo por el útero, colgaron a la madre de los pies, esperando que el peso del feto lo hiciera volver a entrar dentro del útero. Al fracasar la operación, llamaron a Jeanne-Marie de Maillé, quien ordenó que descolgaran a la mujer. Finalmente, esta dio a luz a una niña, y falleció al día siguiente.

Con demasiada frecuencia, las infecciones provocaban la muerte de la parturienta, cuyas partes genitales, especialmente durante los partos complicados, eran manipuladas por parteras que no se lavaban las manos.

En general, durante una grave epidemia, recurrir a la medicina sólo constituía un último recurso. Bocaccio describía así las reacciones de los habitantes de la ciudad de Florencia frente a la Peste Negra. «Algunos creían que vivir con moderación y cuidarse de los excesos era una buena manera de resistir a la plaga: se agrupaban entre ellos y vivían alejados de los demás, unidos y reclusos en casas donde no había enfermos, y donde podían vivir mejor, consumían con extremada templanza platos muy finos y excelentes vinos, evitando todo exceso, no dejaban que nadie les hablara, no querían oír ninguna noticia del exterior, de la epidemia o de los enfermos, y se conformaban con tener música y placeres a su alcance. Otros, por el contrario, sostenían que frente a un mal tan grande, nada era más seguro que beber mucho, pasarla bien, andar por todas partes cantando y divirtiéndose, tratar de satisfacer todos sus deseos, reír y burlarse de lo que pasaba... Muchos otros, en un término medio entre los dos grupos descritos, no se restringían tanto en la comida como los primeros, ni se entregaban a la bebida y otros excesos

como los segundos: se servían de las cosas en cantidades suficientes y según su apetito, y en vez de encerrarse en sus casas, circulaban por todas partes. Algunos llevaban en la mano flores; otros, hierbas aromáticas; otros, diversas clases de especias, que olían a menudo, y les parecía excelente reconstituirse con esos perfumes, porque el aire estaba completamente infectado y hediondo por el olor de los cadáveres, de las enfermedades y de los medicamentos».

La medicina medieval no se caracterizó sólo por sus insuficiencias. También supo responder, en cierta medida, a las necesidades de los enfermos. En primer lugar, estaba la medicina monástica, ya que los conventos disponían en sus bibliotecas de textos antiguos, y eran lugares de caridad. San Benito, al tratar a sus hermanos enfermos, pedía que se los cuidara «ante todo y por encima de todo». Raban Maur, eminente teólogo y científico nacido en Maguncia hacia el año 780, fue el autor de una enciclopedia de veintidós libros. En el libro 18, trataba sobre la medicina, «ciencia que protege o restaura la salud del cuerpo: su campo es el de las enfermedades o las heridas». Los cuidados que ofrece la medicina, escribió más adelante, no deben ser menospreciados. Por otra parte, el Eclesiastés recomienda honrar al médico, porque es Dios quien creó la medicina. El nivel de la atención variaba, por supuesto, según los establecimientos. Algunos, como Saint-Pierre-le-Vif en Sens, adquirieron un gran renombre. A mediados del siglo IX, Marcward, abad de Prüm, le envió al abate Didon a sus monjes enfermos, aunque para ello debió hacerles recorrer más de 300 kilómetros. Loup de Ferrières le escribió en nombre de Marcward, en 847: «La singular habilidad con la que ejercéis vuestro arte, y cuya fama corre de boca en boca, nos fue particularmente elogiada por el hermano Nithard [monje de Prüm]... Nuestros hijos padecían una enfermedad corporal

que algunos médicos que habíamos convocado no pudieron ahuyentar... Os los enviamos para que sean atendidos, para que recuperen por vuestro intermedio los consuelos de la salud».

Las reglas monásticas del siglo XI se referían a menudo a la enfermería. El enfermero tenía la obligación de preparar en cada oportunidad lo necesario para el restablecimiento de los enfermos. Después de las oraciones nocturnas, si alguno de ellos no se había levantado, tomaba una linterna y pasaba por su cama para averiguar el motivo. Si alguno no podía levantarse, regresaba con el mayordomo del monasterio al amanecer, para consultar con él sobre las medicinas que convenía preparar para el restablecimiento del enfermo. Pimienta, canela, jengibre y otras raíces medicinales nunca faltaban en el pequeño armario instalado a tal efecto, para poder disponer siempre de remedios. En el caso de que un enfermo se viera atacado por un dolor súbito, se le podía preparar inmediatamente un medicamento.

Las escuelas catedrales, como las de Laon o Chartres, que tuvieron un gran auge entre los siglos IX y XI, se interesaban por la medicina. Fulbert, obispo de Chartres desde 1006 hasta 1028, no podía dedicarse a la práctica terapéutica en razón de su cargo, pero en su correspondencia solía dar algunos consejos, a los que adjuntaba sus preparaciones. Así fue como le envió al obispo de Laon, Adalberón, cuyo protegido Ebale estaba enfermo, tres dosis del antídoto amargo que se le atribuía a Galeno, e igual cantidad de triaca [contraveneno]. «Os enviamos también el vomitivo que nos pedisteis, aunque en nuestra opinión no es necesario que, a vuestra edad, os fatiguéis con este purgante. Pero si sentís la necesidad de aliviaros con un medicamento que se puede tomar con frecuencia y sin peligro, podéis recurrir al oximel [un jarabe de vinagre y miel] y al rábano blanco, que tiene un efecto más

laxante para una persona de edad: se toma en forma de píldoras».

En esa época se introdujo la medicina árabe en Occidente, gracias a la traducción al latín de algunos textos. La traducción de Constantino el Africano (muerto antes de 1098), de un tratado de Ali ibn al-Abbas al-Magusi, el *Pantegni* (Todo el arte), permitió a los occidentales tener informaciones más detalladas sobre la anatomía y la fisiología humanas.

Después de Constantino el Africano, Gerardo de Cremona tradujo, en la segunda mitad del siglo XII, en Toledo, el Canon de Avicena, que fue incluido en los programas universitarios entre los años 1270 y 1320.

«Esas traducciones constituyeron, en cierto modo, el acta de nacimiento de la medicina occidental» (Danielle Jacquart). Se estableció así una base doctrinal que, a comienzos del siglo XIII, permitió sentar las bases de la enseñanza universitaria, cuyos centros de excelencia fueron, hasta principios del siglo XIV, Bolonia, Montpellier y París. Las universidades que proporcionaban conocimientos y diplomas, controlaban las profesiones de la salud, con el apoyo de las autoridades. El emperador Federico II (1231-1240) dictó ordenanzas que reglamentaban estrictamente el ejercicio de la medicina. «Teniendo conciencia del grave peligro y del mal irreparable que podría provocar la ignorancia de los médicos, ordenamos que en el futuro nadie se arriesgue, alegando poseer un título de médico, a practicar la medicina, en ninguna forma, o prodigar tratamientos, sin haber sido previamente confirmado y reconocido como tal, en Salerno mismo, y frente a una asamblea pública, por el fallo de los maestros de medicina... Dado que en ningún caso se puede conocer la ciencia médica si no se ha aprendido previamente la ciencia de la lógica, decidimos que nadie puede cursar

estudios de ciencia médica si no ha estudiado antes, por lo menos durante tres años, la ciencia de la lógica. Después de esos tres años, si lo desea, puede estudiar medicina, disciplina que estudiará durante cinco años. En cuanto a la cirugía, que es una parte de la medicina, su estudio sólo puede realizarse después del mencionado período reglamentario. Y solamente después de ese período, y no antes, se le podrá otorgar la autorización de practicarla, después de dar un examen según las reglas de la corte».

Hacia el final de la Edad Media, se multiplicaron en Francia las universidades en las que se enseñaba la ciencia médica, y se desarrolló una medicina científica que no impedía el recurso a los magos y a los santos sanadores, pero ofrecía una alternativa a los enfermos.

Después de los hombres, los lugares. Se fundaron muchos hospitales durante toda la Edad Media. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió en el Oriente bizantino, y sobre todo islámico, no eran espacios exclusivamente dedicados a los enfermos. Eran lugares de caridad, y por lo tanto, indiferenciados, destinados en principio a recibir a todas las personas que se encontraran en una situación difícil. Más tarde se empezó a hacer una diferenciación según las clases sociales de los enfermos: había espacios privados donde se ofrecía atención a algunas personas, y espacios públicos, donde los demás recibían sobre todo ayuda material y apoyo espiritual. Pero al terminar la Edad Media, el hospital apareció bajo una nueva luz, ya que se había convertido en un lugar para curar, más acorde con el carácter laico de la medicina. Esta evolución se debió al desarrollo de las ciudades y a la presencia de la peste, que llevó a una creciente laicización de la asistencia médica.

¿Cómo se curaba a los enfermos en los establecimientos

hospitalarios? Tomemos el ejemplo del hospital para indigentes, el Hôtel-Dieu, de París, a fines de la Edad Media, basándonos especialmente en los trabajos de Annie Saunier. La hermana portera distribuía a los enfermos en función de su propio pronóstico. En efecto, aquellos que, según ella, tenían una enfermedad mortal, eran enviados a la sala Nueva. Los que sólo tenían una enfermedad leve iban a la sala Saint-Denis. En cuanto a las mujeres embarazadas, eran instaladas en la sala de las Parturientas. Esa fue la división establecida por Jean Henry en 1483. Las actas de fundación y los textos contables permitían distinguir entre enfermedades comunes y epidemias.

Las condiciones materiales eran buenas. El Hôtel-Dieu estaba compuesto por cuatro salas, una enfermería y capillas. La sala de las Parturientas, situada debajo de la sala Nueva, tenía ventanas que daban directamente sobre el Sena. La pequeña sala anexa Saint-Linart, estaba reservada a los niños. Todas esas salas, de 10 a 12 metros de ancho y 6 a 8 metros de largo, estaban revestidas de azulejos. Tenían grandes ventanas, ubicadas sobre las camas de los enfermos, que se manejaban por medio de cuerdas y proporcionaban luz y aire, de manera que no había un ambiente cerrado. A la noche, la iluminación se obtenía mediante una gran cantidad de lámparas de aceite, a las que a veces se agregaban incluso algunas velas. Había doce candeleros de madera que permitían a las hermanas vigilar a los enfermos o asistir a los moribundos. Tres de las salas tenían chimeneas. Además, unos carros rodantes de metal provistos de brasas completaban la calefacción.

Las camas no eran demasiado diferentes de las que utilizaban los particulares. Por otra parte, en los primeros tiempos, los canónigos, los burgueses ricos y algunos príncipes, al morir, solían donar sus camas al hospital. Más adelante, el Hôtel-Dieu prefirió mandar fabricar un mobiliario

más funcional: camas bajas para los que estaban más enfermos, que de este modo podían ser cuidados con más facilidad, camas altas a las que se subía con una escalerilla. Cambiaban las sábanas con bastante frecuencia: todas las semanas se efectuaba en la gran lavandería «el lavado muy trabajoso de las grandes cantidades de sábanas, entre ochocientas y novecientas, que se llevaban a lavar al Sena, aunque hiciera mucho frío, y luego se estiraban, se sacudían, se tendían para secar, e innumerables grandes obras concernientes a la gran lavandería».

La higiene era una obligación. En cuanto llegaba al Hôtel-Dieu, o a cualquier otro establecimiento, el enfermo debía dejar su ropa, que se lavaba, se secaba y se guardaba durante su hospitalización, o era vendida, si fallecía. Le lavaban los pies y la cabeza, le cortaban el cabello, y lo llevaban a su cama. Se velaba permanentemente por su limpieza corporal. Había bañeras de latón montadas sobre ruedas, que permitían tomar baños.

Se controlaba y se adaptaba la alimentación a los diferentes casos. Las comidas consistían generalmente en una porción de carne, una sopa y una porción de legumbres. En el tiempo de cuaresma, se servía arenque o pescados de vivero, y se agregaban frecuentemente alimentos lácteos. Las legumbres que no provenían de la huerta, se compraban en los mercados. Se sazónaba las comidas con especias, sal, manteca salada o aceite. En cuanto a la bebida, los enfermos tomaban habitualmente vino: el Hôtel-Dieu poseía viñas.

Los cirujanos conocían mejor la anatomía humana gracias a las autopsias y a los manuales de los que disponían, como los redactados por Henri de Mondeville o Guy de Chauliac. En 1470, el cirujano Gervais Collot practicó por primera vez la extirpación de cálculos renales en un arquero de Bagnolet

condenado a muerte por robo. El paciente se curó rápidamente, y fue indultado por Luís XI. En el Hôtel-Dieu de París, los partos se practicaban en una sala especial, el «calefactorio», que disponía de una chimenea.

La gran cantidad de epidemias descritas por los cronistas no deben ocultar, entonces, los esfuerzos que se realizaban por combatirlas. Los hospitales contaban con un personal completo, desde el médico universitario diplomado hasta los hermanos enfermeros y las hermanas enfermeras, pasando por las parteras y los boticarios.

La exclusión como remedio

En el caso de los leprosos y los locos, y especialmente en el de los primeros, prevalecía la exclusión.

La lepra es una enfermedad infecciosa causada por un peligroso microbio, el bacilo llamado de Hansen. Por supuesto, en aquella época esta causa aún no se conocía. Los textos médicos publicados entre los años 1180 y 1340 se apoyaban básicamente en los trabajos de Avicena, que mencionaba la *atrabilis*, uno de los cuatro humores principales del organismo viviente (los otros tres son la sangre, la flema y la *bilis*). También intervenían causas secundarias. Las divergencias entre los médicos eran muchas, y algunas opiniones eran bastante graciosas, en particular cuando se referían a los factores alimentarios. Bernard de Gordon, un médico de Montpellier que murió hacia 1320, escribió: «La lepra se contrae *ab utero* o después. Si es *ab utero*, es porque

alguien es engendrado durante la menstruación, o porque es hijo de leproso, o porque un leproso se acostó con la mujer encinta, y entonces el niño será leproso. De estas corrupciones que tienen lugar sobre todo en la concepción, nace la lepra. Si es después del nacimiento, puede ser porque el aire es malo, pestilente, está contaminado, o porque se consumen continuamente alimentos melancólicos, como las lentejas u otras leguminosas, y carnes melancólicas, como las de oso, liebre y cuadrúpedos como los asnos y otros semejantes, y en algunas regiones se comen todos esos animales salvajes. La lepra proviene también de una excesiva frecuentación de los leprosos, del coito con una leprosa, y el que se acuesta con una mujer que acaba de acostarse con un leproso, se vuelve leproso» (texto citado por Françoise Bériac).

La lepra era relacionada con el pecado mortal que separa de Dios. Ricardo de San Víctor, muerto hacia 1173, comentaba de esta manera el siguiente pasaje de san Mateo: «Cuando Jesús bajó de la montaña, lo siguió una gran multitud. Entonces un leproso fue a postrarse ante él y le dijo: “Señor, si quieres, puedes purificarme”» (Mateo 8,1-2). «Este leproso es el género humano que permaneció separado y muy alejado de Dios y de la Ciudad de Dios, es decir, Jerusalén, que es nuestra madre celestial, mientras era leproso».

Los clérigos aceptaban con reservas la idea de la lepra sanción, y entre el final del siglo XI y la mitad del siglo XIII, la enfermedad adquirió un significado más positivo, ambivalente, si no contradictorio: era una imagen del pecado, pero también una invitación a la conversión, un recordatorio de los sufrimientos de Cristo.

Sin embargo, al dedicar tres de sus sermones «a los leprosos y a los rechazados», el franciscano Guibert de Tournai se diferenció de Jacques de Vitry o del dominico

Humbert de Romans. Mientras Jacques de Vitry, por ejemplo, relacionaba a los leprosos con los demás enfermos, a los que en cierto modo representaban, Guibert separaba la palabra destinada a los pobres y a los enfermos, de la que reservaba para los leprosos y los abyectos. Como consecuencia de esta diferenciación, se produjo el rechazo.

Eudes de Chateauroux fue aún más lejos en un sermón pronunciado en una leprosería, durante la fiesta de Juan el Bautista. El tema inicial, extraído del libro de Job, tomaba las palabras de Dios: «Le di una casa en la soledad...». Dios aislaba a los leprosos por amor. «Por el hecho de haberles infligido semejante herida, el Señor procura que estén aislados de los demás y que permanezcan solos, prácticamente solos, lejos de la sociedad de las personas sanas. Y esto, Dios lo hace por amor, como un hombre encierra a su esposa y celosamente la separa de la compañía de las demás mujeres, que podrían corromperla con sus comadreo y sus sugerencias» (texto citado por Nicole Bérou y François-Olivier Touati).

La imagen del buen leproso, símbolo de Cristo sufriente, era reemplazada cada vez más por una representación muy diferente, que se veía tanto en los textos literarios como en otros documentos. La novela sobre los amores de Tristán e Isolda, escrita por Béroul entre 1150 y 1190, describía así a Yvain y sus compañeros: «Había en Lantien un leproso llamado Yvain. Estaba horriblemente mutilado. Había ido allí para asistir al juicio. Había llevado con él a un centenar de compañeros, con sus muletas y sus bastones. Nunca se habían visto criaturas más feas, deformes y mutiladas. Cada uno de ellos llevaba sus tablillas de San Lázaro...». Con voz sorda, le propusieron al rey infligir a su esposa un castigo peor que el fuego, es decir, que se la entregara a ellos. «¡Mira! Tengo aquí cien compañeros. ¡Entréganos a Isolda! Ella será nuestro bien común. Jamás dama alguna habrá conocido final más horrible.

Señor, ardemos con tal pasión que ninguna mujer bajo el cielo podría soportar, ni siquiera un día, hacer el amor con nosotros. La ropa se nos pega a la piel... Si nos la entregas a nosotros, los leprosos, cuando ella vea nuestras exiguas cabañas, cuando vea nuestras escudillas y cuando tenga que acostarse con nosotros (Señor, en lugar de tus bellas comidas, ella tendrá los desperdicios y los mendrugos que nos arrojan frente a las puertas), por el Señor que reina en los cielos, cuando vea nuestro patio, entonces tú verás su desesperación...». Este discurso expresaba el dolor que sentían, la violencia que ese dolor podía producir, en el momento en que Tristán quería recuperar a Isolda. «¡Había que ver a esos leprosos jadeando, sacándose sus capas y retirando sus abrigo! Todos blandían sus muletas en dirección a Tristán. Algunos lo amenazaban y otros lo insultaban». Y el episodio concluía con esta frase despectiva: «Tristán era demasiado valiente y cortés para matar a gente de esa especie».

El miedo al otro, que ya se manifestaba hacia 1260-1270, en la época de los sermones de Eudes de Châteauroux, se exacerbó a principios del siglo XIV. Una serie de calamidades (desastres climáticos, hambrunas, manipulaciones monetarias) provocó un acaloramiento de los ánimos. La búsqueda de causas fue reemplazada por la búsqueda de culpables. Se produjeron vejaciones, persecuciones. En 1321, se rompió el equilibrio entre caridad y exclusión con respecto a los leprosos. En la Francia meridional se pasó, según la expresión de Françoise Bériac, «de las fantasías a la masacre». Se acusaba a los leprosos de querer envenenar o contaminar a los cristianos. En Périgueux, se produjeron los primeros arrestos a mediados de abril, pero el comienzo del enardecimiento quizá deba ubicarse antes de esa fecha. Los incidentes locales, difundidos por los rumores públicos, podían terminar en una

persecución. Una persecución que el rey generalizó a través de su ordenanza del 21 de junio. La represión se extendió poco a poco a todo el reino de Francia y a las comarcas vecinas o bajo influencia francesa, como Navarra. Se manifestó con una gran crueldad, como lo muestra una noticia dada por un monje de Uzerche, sobre los acontecimientos que habían tenido lugar en la jurisdicción de su abadía. «Todos los que confesaron fueron condenados a la hoguera... En junio, el martes anterior a Corpus Christi, fueron quemadas por la misma razón quince personas, tanto hombres como mujeres. Algunas de estas tenían niños muy pequeños, y haciendo caso omiso de la decisión del juez, los llevaron con ellas a la hoguera y los pusieron debajo de ellas y los protegieron del fuego, mientras fue posible. Además, el 27 de agosto, las quince personas que quedaban, mujeres embarazadas y sus hijos, niños y niñas, fueron encerradas en una leprosería de Coursières, para terminar allí sus días a pan y agua, y al entrar a la casa, todos fueron igualmente marcados con hierro candente en el hombro, para que si uno de ellos escapaba, se lo pudiera reconocer entre los demás. Y durante ese mes, los soltaron, por pedido de la opinión pública, y son tan libres ahora como en el pasado».

Las persecuciones de 1321, que no se repitieron, a diferencia de los pogromos, manifestaban una malevolencia colectiva hacia el otro. Y los testimonios en el sentido de que la lepra convertía a todos los que tocaba en marginales, fueron cada vez más frecuentes en los años que siguieron.

En 1371, ocho años después de que el cirujano Guy de Chauliac fundamentara la obligación de aislar a los leprosos en el carácter contagioso de la enfermedad, una ordenanza real los expulsó del país. Las razones sanitarias ocupaban un segundo lugar, después de los motivos de orden económico y político. Desde el comienzo de la guerra, los leprosos «vienen

todos los días a nuestra buena ciudad, en gran cantidad, mendigan, beben y comen en las calles, en los cruces de caminos y en otros lugares públicos, los más frecuentados, de manera que a menudo obstaculizan o desvían a las personas, que no pueden pasar e ir a sus trabajos, y estas deben pasar entre ellos o muy cerca y sentir el olor de su aliento, y eso es malo, porque nuestros buenos súbditos y las personas del pueblo, que son gente sencilla, por causa de la frecuentación y de la multitud de esos leprosos que frecuentan, vienen y permanecen en nuestra buena ciudad, podrían ser contaminados y contraer el mal de san Lázaro, cosa que puede o podría provocar enormes males e inconvenientes». En 1377, apareció en Occidente la cuarentena. El miedo a la enfermedad se expresaba claramente en las fórmulas que se empleaban: «La conversación entre personas leprosas y personas sanas es muy peligrosa, porque esta enfermedad de la lepra es abominable y contagiosa, y la frecuentación de los enfermos puede causar muy grandes inconvenientes mortales y manchas de la enfermedad sobre los cuerpos de las otras criaturas humanas», declaraba una ordenanza dirigida en 1404 al preboste de París.

Pero la medicina reaccionó. Muchas leproserías albergaron a una gran cantidad de esos desdichados excluidos. Aunque ya se las mencionaba en la primera mitad del siglo XII, aumentaron mucho entre 1250 y 1350 aproximadamente. Los leprosos se diferenciaban de los otros enfermos en el sentido de que su permanencia en los establecimientos se prolongaba durante mucho tiempo, meses, y hasta años. Por ejemplo, en Limoges, dos de seis leprosos que habían ingresado al hospital en 1475, aún seguían estando allí en 1482. De modo que en realidad constituían una comunidad particular con respecto a los demás enfermos. Esos grupos de leprosos dieron origen a las leproserías que se establecieron en forma institucional, que

diferían de acuerdo con las circunstancias: entre 1150 y 1250 tuvo lugar una primera gran ola de fundaciones. Esta enorme cantidad de leproserías constituía la señal de un importante aumento de la cantidad de enfermos. Hacia 1108-1124, el abad de Saint-Pierre-le-Vif de Sens le informó al rey Luís VI que, por la propagación de la enfermedad y el riesgo de contagio, el arzobispo había aceptado que la leprosería originalmente instalada en las tierras del monasterio fuera trasladada a un terreno de su propia iglesia. «Su número aumentó tanto que es absolutamente intolerable para nosotros y nuestros habitantes».

Aunque los clérigos y los religiosos desempeñaron un papel muy importante en las fundaciones de leproserías, su intervención era a menudo algo ambigua. Las congregaciones que, como lo hacían los cistercienses, se instalaban en lugares aislados, de ninguna manera querían tener a los leproso como vecinos. Pero los clérigos y los laicos hacían donaciones. Más tarde, en el siglo XIII, se generalizaron las compras.

¿Cómo podía detectarse la enfermedad? En Lille, no se recurría a los médicos, sino a leproso. La detección parecía una investigación policial que terminaba en un procedimiento judicial. El leproso era tratado más o menos en la misma forma que un condenado de derecho común. Después de ser denunciado, el sospechoso era encarcelado u obligado a permanecer en su casa. Luego comparecía ante expertos que los regidores elegían entre los miembros de las grandes leproserías. Esos expertos pinchaban o quemaban la piel de los enfermos para tratar de determinar las zonas insensibles. Después del veredicto, el leproso era separado de las personas sanas.

Esa separación era experimentada dolorosamente, por supuesto. Algunos trataban de ganar tiempo. William, un

monje de Canterbury que relató los milagros de Thomas Beckett, escribió a propósito de un normando: «Tenía en el rostro las manchas reveladoras de la lepra, y por su negligencia culpable, tardó dos años en paliar su defecto de naturaleza, y en suprimir los principios de efecto y causa, hasta que la presencia de la enfermedad incitó al desprecio, el desprecio a la vergüenza, y la vergüenza lo obligó a reducir sus encuentros con la gente». A veces, el enfermo contaba con el apoyo de su familia. Un ujier del Parlamento de Toulouse, que fue reconocido leproso en 1456, fue autorizado a quedarse en su casa: sólo podía salir para asistir a la primera misa. Al parecer, la decisión disgustó a los vecinos, porque, dos años después, la corte le ordenó que viviera en una casa aislada, y prohibió a su esposa y a sus hijos que lo recibieran. Estos se obstinaron, y en 1459, el hombre pudo regresar a su casa.

Todas las clases sociales podían ser víctimas de la enfermedad, pero la actitud hacia los enfermos solía depender de su posición. Volvamos a Lille. Indudablemente, los miembros de la oligarquía se enfermaban, igual que los pobres. Pero en primer lugar, en lo referente a la detección, la calidad de los análisis variaba según el lugar que ocupaba el enfermo en la sociedad. Por lo general, el procedimiento era expeditivo. Cuando se trataba de patricios, se realizaban varios estudios y análisis comparativos. Siempre se apartaba al enfermo de las personas sanas, pero había matices. En el caso del simple particular, se efectuaba una exclusión simple y llana. El destino de los forasteros (extranjeros) era un poco mejor. A partir de 1373, la ciudad les otorgó subvenciones y un local. Los burgueses eran recibidos en una de las dos leproserías, a las que denominaban, respectivamente, «pequeña» y «grande». Para los patricios, los regidores financiaron en parte la edificación de pequeñas casas ubicadas en las afueras de la ciudad, y les dieron subvenciones. De este modo, los patricios

enfermos podían evitar la promiscuidad de las grandes leproserías.

Las leproserías se construían lejos de las aglomeraciones urbanas, para que los habitantes de estas no tuvieran contacto con los enfermos, o por lo menos, el menor contacto posible. La leprosería de Narbona estaba situada al norte de la ciudad, aproximadamente a un kilómetro de distancia. Un río o un pantano permitían una separación adecuada. Hacia 1020, en Chauvigny, los enfermos residían en una orilla del río Vienne, y los habitantes de la ciudad, en la otra. Lo mismo ocurría en Chatellerault en 1120. Cuando la ciudad se extendió, no vacilaron en trasladar la leprosería. Sin embargo, se permitía que los enfermos circularan, e incluso que se acercaran a las ciudades, pero en general se les fijaban límites. Los estatutos de la leprosería de Lille, en 1239, prohibían a los enfermos ingresar en la ciudad sin autorización: no podían atravesar la plaza situada frente al establecimiento, ni acercarse a las casas vecinas. En cambio, tenían derecho a ir al campo, con la condición de no entrar en ninguna vivienda.

La libertad de desplazarse tenía a veces como requisito la obligación de usar una insignia muy visible. En algunos lugares, los enfermos debían llevar incluso ropas especiales, largas y cerradas, para que se los pudiera reconocer de lejos y para que no difundieran su olor pestilente. El concilio de Lavaur, en 1368, impuso al mismo tiempo la insignia y la ropa especial.

También se temía el contacto indirecto. Los leprosos no debían tocar los alimentos, ni acercarse a los lugares en los que se almacenaban las provisiones. Se creía que esos alimentos podían contagiar a quien los comiera. El reglamento de Saint-Hippolyte de Périgueux, en 1217, prohibía que los leprosos vendieran su ganado, sus aves de corral o sus huevos. Se temía

aún más el hecho de usar los mismos recipientes. Por eso, los leprosos llevaban una copa de madera en la que se les podía poner monedas o comida sin ningún contacto, o con la que bebían agua. En la novela de Bérroul, Isolda le indicaba a Tristán cómo podía hacer para que nadie lo tocara, y fijaba una cita. «Que se disfrace de leproso. Que lleve una taza de madera con una cantimplora atada abajo con una correa. Que lleve una muleta en la otra mano y que aprenda en qué consiste la astucia. En el momento oportuno, se sentará sobre la colina, con la cara hinchada. Que extienda la taza y pida simplemente limosna a todos los que pasen por allí. Le darán oro y plata».

Las precauciones recomendadas se aplicaban en las grandes leproserías, pero en las pequeñas, situadas en el campo, no ocurría lo mismo. En el siglo XIII, en la diócesis de París, un documento aconsejaba al archidiácono que no dejara de pasar por «las pequeñas granjas de los leprosos cuando visitara las parroquias», y que tuviera cuidado «en el caso de leprosos errantes, ebrios o lujuriosos que van por todas partes, de localidad en localidad, de plaza pública en plaza pública. A la noche, se reúnen en las mencionadas granjas o en otras casas de leprosos, y corrompen a los demás con su mal ejemplo, y por causa de las mujeres que frecuentan, muchos corren el riesgo de contraer la lepra». De hecho, se podía comprobar el incesante desplazamiento de algunos enfermos que todavía se valían por sí mismos. A fines de la Edad Media, aunque ya existía una mayor preocupación por la higiene pública, las restricciones a los desplazamientos de los leprosos no siempre se aplicaban. Los regidores de Poitiers repitieron ocho veces, de 1413 a 1466, que los leprosos no tenían derecho a entrar en las ciudades. Pero como solían mendigar cerca de las iglesias, entre dos tentativas de aplicar los reglamentos, se los toleraba. A pedido de las ciudades de

Toulousain y de todo el Languedoc, en 1407, Carlos VI confirmó las disposiciones locales, es decir, el hábitat separado y el signo distintivo. Algunas décadas más tarde, los senescales constituyeron comisiones para atender a los enfermos. Pero todo fue en vano.

Finalmente no se aplicó ninguna política global para los leprosos, a quienes la sociedad rechazaba sin vacilar. Y el contexto político y económico de los siglos XIV y XV provocó un deterioro de las leproserías. El estado de abandono de muchas de ellas dejó a los enfermos en asilos lamentables.

En cuanto a los locos, la sociedad medieval adoptó hacia ellos una actitud compleja. Es cierto que a veces les prestaban atención y les prodigaban cuidados. Pero al mismo tiempo se manifestaba cierta repulsión hacia ellos. En el 70 por ciento de los relatos de milagros referentes a la Francia de los siglos XI y XII, la enfermedad se relacionaba con la presencia del demonio, mientras que otros textos insistían en la alienación mental. Los hagiógrafos consideraban la locura como una enfermedad, como posesión y, por lo general, como posesión demoníaca.

Como el enfermo mental era considerado impuro, evidentemente era preciso impedir en lo posible todo contacto con él, y por lo tanto, a veces la solución radical consistía en encerrarlo. Además, el loco podía resultar peligroso, y eso implicaba restricciones en el plano jurídico, y reacciones individuales o colectivas de burla o de odio. Los locos se fueron convirtiendo así en seres marginales: algunos incluso estaban sometidos a una verdadera exclusión.

Pero ¿qué era un loco? Eran los actos los que manifestaban la alienación mental. Muchos textos jurídicos asociaban la locura con la prodigalidad, porque un hombre no podía gastar como quería los bienes correspondientes a sus herederos. En

el siglo XIII, el Gran Consuetudinario de Normandía, que dedicaba un capítulo entero a los locos, se preocupaba mucho más por la paz pública que por el enfermo. Si este mataba o hería a alguien, iba a prisión, sus allegados se ocupaban de mantenerlo y, si no tenían los medios para hacerlo, recurrían a la limosna. Si se consideraba que era potencialmente capaz de llevar a cabo un crimen, aunque no pasara a la acción, era puesto bajo la guarda de parientes, amigos o vecinos que administraban sus bienes. Además, tenían derecho a encerrarlo, y hasta a atarlo.

A fines de la Edad Media, la situación de los locos estaba bien organizada en el plano jurídico. Cuando un enfermo mental era incapaz de administrar su patrimonio, a pedido de sus parientes, o más a menudo, de los futuros herederos, la corte podía designar un tutor o un curador para ocuparse de su persona y de sus bienes. Pero antes había que efectuar una investigación seria, y la decisión debía hacerse pública, para informar a los terceros.

El derecho canónico, por su parte, limitaba el acceso de los locos a los sacramentos. El Decreto de Graciano, una compilación terminada en 1142, indicaba que «ni un loco ni una loca pueden contraer matrimonio». En efecto, era necesario gozar de plena razón para consentir una unión. Por lo tanto, todos aquellos que, en la edad normal del matrimonio, sufrían ya trastornos mentales, estaban condenados al celibato, y eso no hacía más que aumentar su soledad y agravar su enfermedad. Más aún: muchos pedidos de nulidad utilizaban ese argumento. «Un hombre le entregó su hija como esposa a un loco, pero no lo sabía. Por lo tanto, este no podía tenerla, ya que no podía consentir. Entonces el padre pidió que el matrimonio se considerara nulo. El papa ordenó que, si los hechos eran exactos, se separara a los esposos» (Libro de justicia y procedimiento, fines del

siglo XIII).

En lo concerniente al bautismo, la posición de la Iglesia era más flexible, si tomamos en cuenta el análisis de santo Tomás de Aquino: «¿Hay que bautizar a los locos y los dementes?», se preguntaba el sabio dominico. No se podía equiparar a los locos con los animales, porque «los locos y los dementes están privados del uso de la razón accidentalmente, a causa de algún obstáculo proveniente de los órganos corporales, y no, como los animales, porque no tengan un alma razonable». Hay que tratarlos como a los niños, a quienes se bautiza «en virtud de la intención de la Iglesia». En cambio, «los que tuvieron en algún momento el uso de la razón, o lo tienen ahora, son bautizados según su propia intención, que tienen ahora o que tuvieron cuando estaban sanos de espíritu».

Como se comparaba a los que nunca habían tenido uso de razón con los niños recién nacidos, no debían recibir el sacramento de la eucaristía. Pero podían comulgar los que se habían vuelto locos pero cuando estaban en posesión de sus facultades habían mostrado devoción por ese sacramento, aunque solamente «en artículo de muerte, salvo si se teme que lo vomiten o lo escupan».

Si bien el derecho canónico trataba de impedir el aislamiento espiritual del loco, en la práctica este no podía acceder al matrimonio ni a la eucaristía, y por lo tanto se encontraba marginado. Aunque se ocuparan de su salud. Sobre todo durante el periodo que precedió al crecimiento urbano, porque entonces el núcleo familiar se volvió más amplio. Los terribles acontecimientos del final de la Edad Media no Podían dejar de perturbar los espíritus. Según el Monje de Saint-Denis, «había en el reino muchos nobles y gente de pueblo que estaban afectados por la misma enfermedad [que el rey Carlos VI]».

El rechazo al loco se hacía aún más evidente cuando estaba encerrado. Era el caso de los enfermos peligrosos tanto para los demás como para ellos mismos. En las Costumbres de Beauvaisis, que escribió entre 1279 y 1283, Philippe de Beaumanoir señalaba: «Los locos furiosos deben ser atados por los que los cuidan, y todos deben colaborar con ello, para evitar los daños que podrían causar, porque no tardarían en matarse o en matar a los demás...». Pero no se conocen las condiciones reales del encierro en el marco familiar. Algunos alienados eran tratados con afecto. Pero es probable que muchos locos peligrosos estuvieran confinados en algún granero o en algún cobertizo, atados y forzados a permanecer allí para siempre, sin salir nunca. Esa forma de exclusión era mucho más frecuente que el encierro en los hospitales o las prisiones.

En efecto, algunos alienados seguían siendo encerrados en las prisiones. Se decía que era por razones de orden público. A título preventivo, cuando se trataba de locos furiosos: «Si no se puede tener a un loco, hay que buscar consejo y remedio para que se lo ponga en prisión» (Libro de justicia y procedimiento). Con más razón, si había cometido un homicidio: «Si un insensato mata o hiere a un hombre por su estado de loco furioso, debe ser puesto en prisión» (Antigua costumbre de Normandía). Se mencionaba especialmente el parricidio, lo que demuestra que ese acto, extremadamente grave en una época en que la autoridad paterna era omnipresente, no era excepcional. Sin embargo, la locura constituía una circunstancia atenuante, por lo cual, con excepción de la cárcel, las penas eran reducidas. Pero se planteaba el problema de dejar o no al loco en la cárcel. Las Costumbres de Beauvaisis le permitían salir si recuperaba la razón, pero debía permanecer allí mientras durara su demencia.

Generalmente los locos se mezclaban con los prisioneros de derecho común en las prisiones, que en su mayoría no eran edificios específicos, sino lugares especiales dentro de los castillos. Pero al parecer, a partir del siglo XIII, los locos peligrosos eran encerrados en ciertas torres de las murallas urbanas. Por ejemplo, en los textos de los siglos XIV y XV, aparecen la torre Chatimoine en Caen, el pequeño castillo de Melun, la torre de la puerta Saint-Pierre de Lille, y muchos otros. Según Muriel Laharie —a quien estas páginas le deben mucho—, esos sitios constituían no sólo un espacio ubicado entre el mundo civilizado y el mundo salvaje, entre la seguridad de la ciudad y los peligros del bosque cercano, sino que además, en el plano espiritual, se asemejaban al purgatorio: un lugar intermedio entre el paraíso y el infierno. También era posible que los locos cada vez más numerosos fueran ubicados en esas torres desocupadas por razones de comodidad. Es probable que las condiciones carcelarias fueran deplorables. La mayoría de los locos, abandonados por sus familias, atados en calabozos insalubres, debían de morir rápidamente.

Como en el caso de los leprosos, la medicina no podía permanecer indiferente. El primer hospital de Occidente que recibió locos parece haber sido el de Montpellier. En los estatutos de la orden del Espíritu Santo, fundada hacia 1178-1179, que administraba ese establecimiento, decía: «si hay locos en la ciudad, los recibiréis y buscaréis el origen de su locura para encontrarle remedio. Los pondréis solos para que no se hagan daño los unos a los otros». En Alemania, se construyó una casa de locos en 1326, como anexo del Georgshospital de Elbing, sobre terrenos pertenecientes a los caballeros teutónicos. En Londres, el hospital Santa María de Belén albergaba, en 1403, a seis hombres privados de razón. Seguramente se trataba de un hospital especializado, porque

en 1441 se hizo una donación al establecimiento para que se ocupara de los «pobres locos de Belén». Pero al parecer esas ciudades se interesaban solamente por los enfermos mentales provenientes de su comunidad. Cuando llegaba un loco que no era nativo de la ciudad, lo expulsaban y lo devolvían a su lugar de origen: una práctica especialmente difundida en Alemania. Los registros municipales de Hildesheim de 1384 a 1480, que detallaban los gastos ocasionados por 82 lunáticos, señalaban la expulsión de 43 de ellos. En Nuremberg, de 1377 a 1397, sobre 37 locos alojados y alimentados por la ciudad, 17 fueron reenviados a otras ciudades. Antes de su expulsión, todos esos locos habían sido encarcelados.

Concluimos señalando que la mortalidad en el nacimiento y en el transcurso de los primeros años de vida era muy alta en la Edad Media, de manera que por lo general sólo sobrevivían los individuos más robustos. Pero, de todos modos, estos debían recurrir de vez en cuando a la medicina, que a pesar de sus falencias no permanecía inactiva, y experimentó algunos progresos especialmente después de la traducción de los tratados árabes. Los conocimientos y las técnicas de esa época pueden parecer ridículos en comparación con los nuestros. Pero los hombres de la Edad Media estaban particularmente informados sobre las virtudes de las plantas medicinales. Y la dedicación y el amor que prodigaban a los enfermos no eran, por cierto, menores que en nuestros días.

4

La Iglesia

La religión estructuraba toda la vida medieval. Se pensaba que la vida terrenal no era más que una preparación para la vida eterna. Por lo tanto, había que conducirse de acuerdo con los principios que enseñaba la Iglesia, que poseía la Verdad. Por eso, la Iglesia ejercía una profunda influencia sobre los cristianos, combatía a los herejes, y trataba de convertir a los paganos, por la fuerza si era necesario. A pesar de sus imperfecciones, se esforzaba sin embargo por poner en práctica la doctrina evangélica.

El peso de la religión

El pecado

A diferencia de las religiones y las filosofías de la Antigüedad,

el cristianismo puso al pecado en el centro de su reflexión. Sócrates afirmaba, con la pluma de Platón, que «nadie es malo en forma voluntaria». El cristianismo, después del judaísmo, considera el pecado como una oposición del hombre a la voluntad de Dios. Adán desobedeció deliberadamente a su creador.

La reflexión sobre la gravedad de los pecados estuvo llena de vacilaciones hasta san Agustín, que distinguió claramente los pecados veniales de los pecados mortales. Los primeros no ponen en riesgo la salvación eterna. Los segundos, por el contrario, merecen la condenación. Se entiende que san Luís haya reprendido a Joinville, cuando este decía que prefería cometer un pecado mortal antes que ser alcanzado por la lepra. En los detalles, las listas de faltas graves podían variar un poco, pero a la cabeza había tres crímenes mayores: la idolatría y el sacrilegio, el homicidio y la fornicación. Pero los pecados mortales podían ser perdonados por la Iglesia, en virtud del poder que Jesús le había conferido a san Pedro.

En el sistema que prevalecía en la época carolingia, cada falta estaba tarifada. Las tarifas figuraban en los libros llamados Penitenciales (siglos VI-XI). No existía ninguna clasificación de las faltas, y las penitencias variaban según los libros. La religión aparecía en cierto modo en negativo. No se hacían alusiones a las infracciones al amor por el prójimo. En cambio, los clérigos otorgaban un lugar de privilegio a los pecados relativos a la sexualidad, y se inmiscuían incluso de una manera muy detallada en la intimidad conyugal. «El hombre casado se abstendrá de relaciones conyugales cuarenta días antes de Navidad y de Pascua. Lo mismo los domingos, los miércoles y los viernes. También se abstendrá desde el comienzo del embarazo de su mujer hasta el trigésimo día después del nacimiento, si es un varón, o hasta el cuadragésimo día, si es una niña. Del mismo modo durante las

reglas. Relaciones conyugales inversas, pero no sodomitas... Relaciones sodomitas entre esposos...» (Penitencial de Beda el Venerable, hacia 672/673-735).

Luego, se ponía el acento en el arrepentimiento redentor. La absolución venía inmediatamente después del reconocimiento de la culpa, porque lo más importante era la confesión, y por lo tanto, el examen de conciencia. Esta clase de procedimiento llevaba lógicamente a la confesión frecuente. Por eso, el cuarto Concilio de Letrán, en 1215, prescribió la confesión anual obligatoria.

Como lo señala Jean Delumeau, esa evolución hacia la culpabilización coincidió con otra que, en la misma época, determinó la teología de los sacramentos y, como consecuencia, aumentó el poder del clero. Por medio de la absolución, el sacerdote concedía el perdón de Dios, pero también múltiples gracias que confortaban al pecador arrepentido. De este modo, el clero obtenía un medio de presión extremadamente importante sobre los cristianos, es decir, en principio, sobre la casi totalidad de la población.

Para combatir algunos hábitos muy arraigados, muchos hombres de la Iglesia trataban de culpabilizar a los fieles insistiendo en el pecado y sus consecuencias. Los Penitenciales fueron reemplazados por las Sumas de los Confesores y los Manuales de confesión. Los redactores de las Sumas eran canonistas que consideraban a los confesores como jueces, y, por lo tanto, daban a sus obras un tono represivo. Por su parte, los Manuales de confesión que indicaban cómo administrar y recibir el sacramento de la penitencia, ponían el acento en el interrogatorio y la confesión. Y la tendencia a complicar las cosas llevó a un considerable aumento de la cantidad de pecados, cuyas circunstancias generalmente agravantes eran estudiadas en detalle. El interrogatorio se volvió cada vez más

minucioso. Por ejemplo, para volver al problema de la sexualidad, se mencionaban sucesivamente, por orden de gravedad, dieciséis clases de pecados: el beso impuro; la manera impura de tocar; la fornicación; la impudicia, especialmente la seducción de una virgen; el adulterio simple, cuando uno solo de los culpables era casado; el adulterio doble; el sacrilegio voluntario, cuando uno de los integrantes de la pareja había formulado votos religiosos; el rapto y la violación de una virgen; el rapto y la violación de una mujer casada, pecado que incluía también el adulterio; el rapto y la violación de una religiosa; el incesto; la masturbación; las posiciones inconvenientes, incluso entre esposos; las relaciones sexuales contra natura; la sodomía; el bestialismo. Los Manuales de confesión exacerbaron el temor de hacer una confesión insuficiente, y por lo tanto, sacrílega. Dios se convirtió en un acreedor que llevaba una cuenta rigurosa de todas las deudas. La culpabilización nunca era demasiado grande, pues, como escribió Gerson (1363-1429), que fue rector de la Universidad de París, «es una mala cosa, censurable y peligrosa, olvidar por negligencia sus pecados».

El infierno

La angustia por los castigos del infierno, exacerbada por los clérigos, oprimía a los hombres de la Edad Media.

En el transcurso de los primeros siglos, para decirlo sencillamente, la fe era el elemento esencial de la salvación, y la línea de demarcación se situaba entre los cristianos

perseguidos y los paganos, cuyo castigo consistía en los suplicios infernales. Pero una vez que el cristianismo se convirtió en religión oficial, la división entre elegidos y condenados se ubicó en el interior mismo de la comunidad de cristianos. San Agustín estableció los fundamentos del concepto de castigo eterno, especialmente en el libro 21 de la Ciudad de Dios. Allí señalaba que la idea de tiempo no constituía un elemento pertinente para la justicia divina. Lo que debía tomarse en cuenta era la gravedad del pecado. El castigo debía ser eterno porque, a través del pecado, el hombre destruía la promesa de un bien eterno. Agustín trató detenidamente la naturaleza del fuego infernal, un fuego corporal que tortura a los seres espirituales.

El *Elucidarium*, atribuido a Honorato d'Autun (ca. 1080-ca. 1157), y redactado alrededor del año 1098, fue la primera exposición sistemática de la fe católica. El libro obtuvo un éxito prodigioso entre el bajo clero y los laicos de condición modesta, para quienes desempeñó en cierto modo el papel de un catecismo hasta la Reforma. Muy pronto fue traducido a las lenguas vulgares, en todos los dialectos que se hablaban en Occidente:

«Cuando mueren los malos, los demonios, horribles, se reúnen, sacan el alma del cuerpo, la torturan y la arrastran al infierno».

«Existen dos infiernos. El infierno superior es este mundo, que está lleno de tormentos. El infierno inferior es un lugar espiritual colmado de un fuego inextinguible. Dicen que está bajo tierra porque las almas de los pecadores están enterradas allí».

«Nueve castigos son propios de este infierno. Son: un fuego tal que el mar entero no podría apagarlo y que, aunque no brilla, supera al fuego material de la misma manera en que este supera a la imagen pintada del fuego; un frío intolerable, capaz de congelar a una montaña de fuego[...]; gusanos inmortales, es decir, serpientes y dragones, que viven en el fuego, horribles de ver y oír; un hedor extraordinario; los redobles de los demonios golpeando como los herreros golpean el hierro; tinieblas palpables; la vergüenza de los pecados descubiertos ante todos; la visión de demonios y dragones y el clamor de víctimas y verdugos; ataduras de fuego en todos los

miembros. Los condenados merecen [...] el fuego a causa del fuego de sus concupiscencias, el frío a causa de su fría malicia: el fuego los quemará por fuera y el frío los congelará por dentro. Los gusanos los morderán como los han roído la envidia y el odio. Sufrirán el hedor porque se deleitaron en el hedor de la lujuria. Los golpearán porque se negaron a ser torturados en este mundo. Soportarán las tinieblas porque prefirieron las tinieblas de los vicios a la luz de Cristo. Se avergonzarán de sus pecados porque no quisieron confesarlos. Serán atormentados por espectáculos terribles y lastimosos clamores porque despreciaron ver y oír el bien. Sus miembros serán atados con cadenas porque se entregaron a todos los vicios. “Desearán morir y la muerte huirá de ellos”. Son colocados en el infierno con la cabeza hacia abajo completamente flojos».

Los sermones hacían frecuentes alusiones a los suplicios que sufrirían los condenados. Se estableció una pastoral del miedo. Hacia 1150, Julien de Vézelay declaró: «Tres cosas me aterran, y ante su sola mención, todo mi ser interior tiembla de miedo: la muerte, el infierno, y el juicio futuro».

El arte no se quedó atrás. El frontón de la abadía de Conques (primera mitad del siglo XII) le dedica al infierno un lugar fundamental. El eje central, constituido por Cristo, separa a los elegidos y los condenados ubicados a su izquierda. La zona inferior del infierno se refiere a varios pecados capitales: el orgullo es representado por un caballero que se cae del caballo; la lujuria, por una pareja unida por el nudo doble de una cuerda; la avaricia, por una bolsa que cuelga del cuello de un ahorcado; la maledicencia, por un condenado a quien un diablo le toma la lengua para cortársela; la gula, por un hombre sumergido en una marmita. El personaje acostado dentro de las llamas, y sobre el que camina Satán, seguramente representa la pereza.

En la parte superior, ya no es el pecado lo que caracteriza a los condenados, sino su lugar en la sociedad. A la derecha, un condenado sentado sostiene un trozo de tela que termina en la cara de un demonio. Probablemente se tratara de un artesano o un comerciante deshonesto. No se pone el acento en el

suplicio, sino que se trata de mostrar la condición social o la naturaleza del pecado. Pero los dos últimos versos del poema grabado transmiten la misma moraleja que los sermones: «Pecadores, si no cambiáis de conducta, sabed que seréis severamente juzgados».

La Iglesia intervenía en todos los niveles para custodiar la enseñanza de su doctrina. En 1215, el cardenal Robert de Courçon, legado pontificio en Francia, impuso estatutos para los maestros y los escolares de París: «Que nadie sea autorizado a hacer lecturas solemnes o prédicas en París, si no se ha examinado su vida y sus conocimientos. Que nadie sea estudiante en París si no tiene un maestro determinado». Los contraventores eran excomulgados. En 1496, los vicarios generales del obispo de Saint-Brieuc, en nombre de este, emitieron un edicto: «Cada rector deberá controlar por lo menos una vez por año, por sí mismo o por medio de sus curas, a todos sus parroquianos individualmente en cuanto a su Credo, su Confiteor, su Pater Noster y su Ave, bajo pena de excomunión y de una multa de 10 libras. Deberán invitarlos cada domingo a instruir a sus hijos, a alentarlos a que los reciten devotamente todos los días. Que nos comuniquen todos los arios por lo menos la lista de los nombres de todos aquellos que ignoren el Pater, el Credo y el Confiteor».

La Iglesia pretendía ejercer su influencia sobre todos los hombres, y no sólo sobre los cristianos. Por eso se esforzaba en convertir a los paganos y perseguir a los herejes.

En el siglo 4, el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio Romano, en un mundo que hasta entonces había sido pagano. Las huellas de ese paganismo perduraron mucho tiempo en Occidente, pero los misioneros intentaron extirparlo, a veces cristianizando costumbres paganas. Algunos soberanos persiguieron el mismo objetivo, pero

recurrieron muchas veces a la violencia.

En el siglo VII Agustín de Canterbury, con el apoyo de Gregorio el Grande, cristianizó Inglaterra. Este papa, que envió como refuerzo al abate Mellitus, que luego sería obispo de Londres, le pidió que transmitiera sus instrucciones: «No se deben destruir los templos consagrados a los ídolos en esta nación, sino solamente los ídolos que allí se encuentran. Se hará agua bendita, se rociará con ella el interior, se construirán altares y se colocarán reliquias en ellos... Por otra parte, como los bretones tienen la costumbre de sacrificar muchos bueyes a sus demonios, se debe transformar para ellos esta costumbre en una solemnidad religiosa: se colocarán en esos lugares las reliquias de los santos mártires, el día de la consagración de los templos o de la natividad de los mártires; alrededor de los templos transformados en iglesias, se erigirán especies de tabernáculos hechos con ramas de árboles y se celebrará esa fiesta de una manera solemne con una cena religiosa. De este modo, ellos no le sacrificarán esos animales al diablo, sino que los inmolarán para su propia alimentación y en alabanza a Dios... En efecto, y sin duda alguna, es imposible proceder a una extirpación total de las costumbres en las almas aún toscas, pues aquel que quiere subir a un lugar muy elevado, sólo puede llegar gradualmente, paso a paso, y no por saltos».

Gregorio no hablaba de coerción, pero no tenía en cuenta la libertad de conciencia, y evidentemente los bretones no renunciaron a sus tradiciones sin cierta resistencia.

En el continente, después de atacar los reductos de paganismo que subsistían en el mundo franco, los misioneros se dedicaron, a partir del siglo VIII, a las regiones hostiles de Frisa, Turingia, Hesse o Suabia. Generalmente, cuando los príncipes paganos se hacían bautizar, provocaban la conversión de sus pueblos. Sajonia sólo fue cristianizada

después de muchas campañas militares llevadas a cabo por Carlomagno entre 774 y 804, caracterizadas por sus masacres.

Los sajones, cuyo país correspondía a la Baja Sajonia actual, eran inveterados paganos, a juzgar por lo que afirman los autores carolingios, y especialmente Eginhard. Según ellos, no muy lejos de Weser, cerca del castillo de Heresburg, había un tronco que sostenía la bóveda celeste, el Irminsul. En ese lugar, los sajones enterraban oro y plata, y se libraban a sangrientos sacrificios. Odiaban a los francos, pero por motivos políticos, además de religiosos.

En 772, Carlomagno conquistó la fortaleza de Heresburg, saqueó el Irminsul y derribó los ídolos. Los sajones, por su parte, arrasaron Hesse y convirtieron la basílica de Fritzlar en una caballeriza. Durante el verano de 775, Carlomagno no se limitó a luchar contra ellos, sino que se propuso convertirlos, y de ese modo, pacificar la región. La campaña de 776 fue tan terrible que muchos sajones se entregaron y pidieron el bautismo. Carlos instaló su cuartel general en Paderborn, y allí, en el verano de 777, durante una gran asamblea, le encomendó al abad de Fulda que preparara una misión. Así terminó la primera campaña de Sajonia.

Pero una sublevación general de los sajones los llevó hacia el Rin: la abadía de Fulda fue saqueada. Hasta 782, Carlos intentó someterlos: fue hasta el Elba e instaló allí misioneros y condes para apaciguar la región. Pero por instigación del jefe westfaliano Widukind, las nuevas iglesias fueron devastadas. El ejército franco sufrió un verdadero desastre. La reacción de Carlos fue terrible: hizo decapitar a cuatro mil quinientos sajones. Luego, para someter definitivamente a sus adversarios, decidió convertirlos por la fuerza. La famosa capitular de Carlomagno de 785 decía: «Quien libre a las llamas el cuerpo de un difunto, según el rito pagano, y reduzca

sus huesos a cenizas, será condenado a muerte. Desde ahora, todo sajón no bautizado que trate de esconderse entre sus compatriotas y se niegue a hacerse bautizar, queriendo permanecer pagano, será ejecutado...».

Todos se alegraron. Según Alcuin, Europa conoció la paz gracias a la conversión de los sajones y los frisones. El papa Adriano envió sus felicitaciones a Carlos por haber hecho «doblegar bajo su poder el corazón de los sajones y conducir a toda su nación a la fuente sagrada del bautismo». Y ordenó que se celebrara un triduum los días 23, 26 y 28 de junio en todo el mundo cristiano. Pero esa conversión obtenida por medio de la violencia no duró demasiado. Los sajones volvieron a sus antiguas costumbres. A los sacerdotes les resultaba imposible cumplir su tarea. Y los métodos empleados no eran precisamente los más adecuados para ganar el corazón de los nuevos conversos.

Por lo tanto, se produjo otra revuelta. «Como el perro que regresa a su vómito, los sajones volvieron al paganismo, mintiendo tanto a Dios como a su señor el rey, aunque este los colmó de beneficios, y arrastrando con ellos a los pueblos paganos que los rodean... Todas las iglesias que se encontraban en su territorio fueron destruidas o incendiadas. Rechazaron a sus obispos y a sus sacerdotes, hasta apresaron a algunos de ellos y mataron a otros, y volvieron a hundirse en el culto a los ídolos» (texto citado por Pierre Riché).

Entre 794 y 799, la guerra hizo estragos. Pero Carlos, comprendiendo que el empleo de la fuerza no era suficiente, incorporó políticamente a los sajones al resto del reino, aunque ellos poseían un derecho privado particular. Junto con los funcionarios, llegaron sacerdotes y monjes. Se crearon los primeros obispados.

Después de su conversión, el emperador Constantino

había señalado con toda claridad que el privilegio otorgado a los cristianos sólo debía beneficiar a los católicos, es decir, a los que aceptaban las afirmaciones del concilio de Nicea y el magisterio del obispo de Roma. En cuanto a los herejes y los cismáticos, «no solamente se les debe negar esos privilegios, sino que deben ser sometidos a diversos servicios obligatorios». San Agustín se dedicó a justificar la coacción religiosa y la conversión que se obtiene con ella. El emperador Justiniano puso en práctica las medidas tomadas por sus predecesores, que excluían a los herejes del servicio público, de las profesiones del derecho y de la enseñanza, de la capacidad de heredar y la facultad de dar testimonio contra católicos ante un tribunal.

Una vez resuelta la cuestión del arrianismo, ningún documento usó la acusación de herejía contra laicos en Occidente, hasta fines del siglo X. Fue el monje de Cluny Raoul Glaber quien rompió el silencio.

En 1022, se produjo en Orléans una famosa herejía, que llevó a la hoguera, por primera vez en Occidente, a muchas personas, y especialmente, a clérigos que pertenecían al capítulo de la catedral. «Se les dijo que si no volvían lo más rápido posible a un sano concepto de su fe, serían entregados sin tardanza a las llamas, por orden del rey y el consentimiento unánime del pueblo. Pero ellos, absolutamente aferrados a su locura, se jactaban de no tener miedo a nada, y anunciaron que saldrían indemnes del fuego, y se reían con desprecio de quienes les daban mejores consejos. El rey, al ver, junto con todos los que se encontraban allí, que no podría hacerlos regresar de su locura, mandó encender cerca de la ciudad una gran hoguera, esperando que quizás ante su vista ellos renunciaran a su malignidad. Mientras los llevaban, agitados por una demencia furiosa, proclamaban en todos los tonos que aceptaban el suplicio, y se precipitaron dentro del

fuego, empujándose entre ellos para llegar antes. Por último, entregados en número de trece a las llamas, empezaban ya a arder más fuerte cuando se pusieron a gritar a voz en cuello desde el medio de la hoguera que habían sido terriblemente engañados por las artimañas del demonio, que sus recientes ideas sobre el Dios y Señor de todas las cosas eran malas, y que como castigo por la blasfemia de la que eran culpables, soportarían mil tormentos en este mundo, a la espera de los tormentos eternos que sufrirían en el otro... A partir de ese momento, en todos los lugares donde se descubrían adeptos a esas creencias perversas, se les infligía el mismo castigo vengador». En realidad, el proceso de Orléans tuvo más que ver con la política que con la herejía, ya que constituyó el episodio central de una disputa entre el rey Roberto el Piadoso y el conde Eudes de Blois.

Sólo el azar de las fuentes permitió conocer ciertos temas. Los monjes se oponían a los laicos que deseaban imitarlos, y la jerarquía luchaba contra sus adversarios, que recusaban su autoridad. La herejía cátara del siguiente siglo sacaría a la luz la voluntad de la Iglesia de terminar por cualquier medio con aquellos que ponían en duda sus dogmas y se negaban a obedecer a su jerarquía. Sin embargo, no habría que limitarse a la idea simplista de una religión únicamente coercitiva.

El discurso clerical sobre el infierno —como lo señala Jérôme Baschet— no tendía tanto a «hacer temer» como a «hacerse temer». Siguiendo el ejemplo de los clérigos, algunos laicos, nobles o mercaderes ricos, pensaron que la imagen del infierno tenía su utilidad. El miedo al infierno impulsaba a la confesión, que a su vez llevaba al perdón de los pecados. El proceso de Gilles de Rais —ejecutado en 1440— demostró que un terrible criminal podía tener la esperanza de entrar en el paraíso. Gilles les pidió a sus cómplices que creyeran «que el hombre no puede cometer pecado tan grande que Dios no

perdone en su bondad y su benignidad, siempre que el pecador tenga en su corazón un gran arrepentimiento y una gran contrición, y le implore su gracia con mucha perseverancia». Más que de temor, quizás haya que hablar de misericordia. Cuando lo que persiste es el temor, por ejemplo en el caso de los escrupulosos, se trata de una desviación. Gerson, aunque insistía en el pecado y el miedo al infierno, se preocupaba por los excesos a los que podía llevar el escrúpulo.

A partir de fines del siglo XII, con el *Purgatorio de san Patricio* —texto redactado entre 1180 y 1220 por un monje cisterciense de Saltrey—, aparece un espacio intermedio, el purgatorio, que separa al infierno del paraíso, adonde las almas purgadas irán después. Los que no merecían ir directamente al paraíso ya no estaban automáticamente condenados.

Pero existía un espíritu crítico. Abelardo (1074-1142), en su tratado *Sic et non* (Pro y contra), trataba de resolver las dificultades provenientes de opiniones contradictorias sobre temas teológicos y morales. «Es preciso distinguir cuidadosamente, cuando las opiniones sobre el mismo tema difieren, las diversas intenciones de los santos: obligación apremiante, permisividad indulgente, consejo de perfección, para encontrar en la diversidad de esas intenciones una salida a las oposiciones. Si se trata de una obligación, hay que discernir si es general o particular, si está dirigida a todos o a algunos en especial... Se encontrará fácilmente una solución a las controversias si se puede alegar que los mismos términos han sido empleados por diferentes autores con sentidos diferentes».

Entre los laicos existían espíritus antirreligiosos. El emperador Federico II puso en duda todas las creencias que no le parecían fundadas en la razón. Especialmente lo

desconcertaba la naturaleza del alma. El monje Salimbene escribió que «si él hubiera sido un buen católico, si hubiera amado a Dios y a la Iglesia y a su alma, habría tenido muy pocos pares entre los soberanos del mundo».

La incredulidad se manifestaba también entre la gente del pueblo, por ejemplo, entre los campesinos de Montailou a principios del siglo XIV. Arnaud de Savignan, un albañil instruido, era uno de los que creía en la eternidad del mundo. «Oí decir a muchas personas, habitantes de Sabarthes, que el mundo siempre había existido y que existirá siempre en el futuro». En Jaquette den Carot, mujer sencilla de Ax, el rechazo al más allá iba acompañado de un gran escepticismo con respecto al dogma de la resurrección. «¿Volver a encontrar a nuestro padre y nuestra madre en el otro mundo? ¿Recuperar nuestros huesos y nuestra carne a través de la resurrección? ¡Vamos!».

Esta incredulidad se desarrolló a fines de la Edad Media. Incluso en el caso de no oponerse a la enseñanza de la Iglesia, los preceptos morales solían ser objeto de crítica con mucha frecuencia.

Por lo demás, «no hay que imaginar una implacable domesticación del pueblo por parte de las élites clericales. Las cosas no habrían funcionado sin cierto consentimiento» (Jacques le Goff).

Aunque parecía indispensable convertir a los paganos, la fuerza no constituía el único recurso. El obispo de Treves, Nicetus, al escribirle, en 565, a Clodosvinda, reina de los lombardos, empezaba por recordarle cómo Clotilde había llevado a Clodoveo a la fe católica. ¿Por qué no se convertiría entonces el rey Albuino? «Te suplico que no permanezcas inactiva. Ya sabes lo que suele decirse: “El marido no creyente será salvado por la esposa creyente”».

La posición del Cuarto Concilio de Toledo (633) referente

a «la distinción entre los judíos que no están obligados a creer, y los que lo están» era interesante. En efecto, el canon 57 de esa asamblea indicaba: «Con respecto a los judíos, el santo concilio ha prescrito que de ahora en adelante, nadie emplee la violencia para hacer conversiones... Pero en el caso de aquellos que ya fueron obligados a venir al cristianismo... por el hecho de que es seguro que, al recibir los sacramentos divinos y al ser bautizados han obtenido la gracia, han sido ungidos con el crisma y participan del cuerpo y la sangre de Cristo, es importante obligar a esos hombres a conservar su fe, aunque la hayan recibido por la fuerza».

Francisco de Asís se dirigió a Oriente en 1219 y se unió en Damietta, Egipto, a la quinta cruzada. Aprovechando una tregua, dejó el ejército cristiano con un solo compañero. Fue conducido ante el sultán Malik Al Kamil, y al parecer, le propuso soportar una ordalía para mostrar la superioridad de la religión cristiana sobre el islam. Pero el sultán se habría negado, y lo habría enviado de vuelta, sano y salvo, con los cristianos. En la primera regla, que data de 1221, ya no se hablaba de martirio ni de discusiones doctrinales que pudieran irritar a los musulmanes. Se aconsejaba adoptar la siguiente actitud: «Los hermanos que se van así [a vivir entre sarracenos e infieles], pueden conducirse espiritualmente de dos maneras. Una manera consiste en que no entablen litigios ni contiendas, sino que estén sometidos a toda humana criatura por Dios y simplemente confiesen que son cristianos. La otra manera consiste en que, cuando vean que agrada al Señor, anuncien la palabra de Dios, para que los paganos crean en Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, creador de todas las cosas, y en el Hijo, redentor y salvador, y para que se bauticen y se hagan cristianos».

En algunas regiones de Occidente, cristianos y miembros de otras religiones debían vivir juntos. Las relaciones no

estaban forzosamente teñidas de hostilidad. Ibn Jobair, secretario del príncipe almohade gobernador de Ceuta, y luego de Granada, vivía en Mesina en diciembre de 1184. Eso le permitió describir a Sicilia al final de la dinastía normanda que se había instalado allí un siglo antes. «La actitud del rey es verdaderamente extraordinaria. Tiene una conducta perfecta hacia los musulmanes: les da empleos, elige entre ellos a sus funcionarios, y todos, o casi todos, mantienen en secreto su fe y permanecen fieles a la fe del islam. El rey tiene plena confianza en los musulmanes y delega en ellos sus asuntos y sus preocupaciones más importantes, hasta el punto de que el intendente de su cocina es un musulmán...».

Una actitud ambivalente

¿Observaba la Iglesia los preceptos evangélicos que pretendía enseñar? A primera vista, parecía que no, tanto en lo referente a la paz como a la pobreza.

San Agustín, que ejerció una influencia muy importante sobre el pensamiento medieval, desarrolló el concepto de guerra justa. El Imperio «convertido» al cristianismo sufría la presión de los pueblos bárbaros. En 410, Roma fue incluso saqueada por los visigodos. San Agustín quiso tranquilizar a los creyentes. Por supuesto, la Iglesia no desaparecería con el Imperio, pero era preferible que este, garantía de paz, sobreviviera. Pero el cristianismo no prohibía todas las guerras. ¿Acaso no había intervenido el propio Dios en forma beligerante en el Antiguo Testamento? Sin embargo, para que

una guerra fuera justa, debía cumplir ciertas condiciones. Sus objetivos debían estar de acuerdo con la justicia, por ejemplo, oponiéndose a los perjuicios provocados por un enemigo, tratando de restablecer esa justicia, recuperando territorios invadidos, castigando a quienes hubieran cometido delitos. No debía guiarse por un afán de venganza o el interés personal. La guerra debía ser pública, por lo tanto, debía emprenderla una autoridad legítima. Así como los magistrados del Imperio empleaban la fuerza para castigar a los criminales, era normal que los soldados la usaran en el exterior con un objetivo de justicia. Una guerra así era justa porque la llevaba a cabo un Estado cuyo poder provenía de Dios. «La guerra ordenada directamente por Dios no puede ser más que santa. La que proclaman las autoridades legales sólo pueden alcanzar cierto grado de legitimidad: es justa si está al servicio de la justicia» (Jean Flori).

En la época carolingia, los normandos, los húngaros y los sarracenos invadieron el Imperio. Los centros de cultura que constituían los monasterios fueron saqueados, devastados. Como allí era donde se escribía la historia, se produjo una especie de demonización de esos saqueadores en los textos, y en consecuencia, una valorización de quienes los combatían. También se hizo una sacralización de la lucha destinada a rechazar a esos «paganos». En 879, el Papa respondió de este modo a unos obispos que le preguntaron si los que morían combatiendo por la Iglesia serían salvados: «Nos atrevemos a responder que quienes caen en el campo de batalla guerreando valientemente contra los paganos y los infieles, llevando en su corazón el amor por la religión católica, entrarán en el descanso de la vida eterna».

Hasta esa época, el santo era ante todo una víctima. Era alguien que prefería morir antes que renegar de su fe. Pero ahora los relatos monásticos mostraban santos que no

dudaban en emplear la fuerza para castigar no solamente a los infieles, sino también a los cristianos que faltaban a sus deberes, intentando apoderarse de los bienes de la Iglesia. Además había santos militares, generalmente de origen oriental, que habían sufrido el martirio especialmente por haber rechazado la conscripción. Georges, muy conocido en Occidente, era considerado el campeón de los cristianos contra los musulmanes. A esos santos, había que agregar al arcángel Miguel.

En estas condiciones, surgieron las cruzadas. La guerra justa se convirtió en guerra santa.

Según Foucher de Chartres, el papa Urbano II habría declarado en el concilio de Clermont de 1095: «¡Que vayan pues al combate contra los infieles —un combate que vale la pena emprender y que merece terminar en victoria— aquellos que hasta ahora se dedicaban a las guerras privadas y abusivas, poniendo en riesgo a los fieles! ¡Que sean desde ahora caballeros de Cristo, aquellos que no eran más que bandidos! ¡Que luchen ahora, con razón, contra los bárbaros, aquellos que combatían contra sus hermanos y sus padres! Ganarán recompensas eternas quienes antes se hacían mercenarios por algunas miserables monedas».

El término cruzada, que al principio sólo designaba a las expediciones efectuadas contra los musulmanes de Tierra Santa, se empezó a usar con un sentido más amplio. Por ejemplo, en 1208, el papa Inocencio III lanzó una cruzada de una gran crueldad contra los albigenses. El ejército cruzado que partió en julio de 1209 puso sitio a Béziers. Tomaron la ciudad y masacraron a toda la población. Escuchemos a Guillermo de Tudela y a su continuador anónimo, autores de un largo poema compuesto entre 1212 y 1219.

Convierten, pues, a Béziers en una carnicería ejemplar:

Ni un solo sobreviviente. ¿Quién puede decir algo mejor, o peor?
¿La iglesia? Un matadero. La sangre baña los frescos.
Niños y ancianos, todos masacrados, os digo.
¡Que Dios reciba sus almas en su santo paraíso!
Creo que nunca, desde los sarracenos,
Conoció el mundo matanza más feroz.

Las poblaciones aterrorizadas se refugiaron en Carcassonne, que luego también fue tomada. Y la guerra continuó, marcada por muchos episodios sangrientos.

Como señaló Dominique Barthélemy, a veces los intereses de los caballeros y de los representantes de la Iglesia parecían unirse en el seno de la sociedad feudal. Y habría que revisar las ideas sobre la oposición entre esas dos categorías, una violenta y la otra pacifista.

En 1038, Aimon, arzobispo de Bourges, convocó a los obispos de su provincia para promover la paz en los territorios colocados bajo su autoridad. No dudó en predicar la lucha armada y la confiscación de los bienes de los recalcitrantes, y para eso, reclutó a todos los hombres mayores de quince años, y también a sacerdotes. André de Fleury, que narró el episodio, se mostró horrorizado ante esa actitud, pero siendo él mismo de origen aristocrático, se mofaba de la gente de pueblo que se montaba en asnos para imitar a los caballeros. El partido episcopal fue derrotado por Eudes de Déols. Los anales del monasterio de Déols ofrecieron, sin embargo, una versión diferente del asunto. Según ellos, se trató de una «lucha feudal», en la que el arzobispo de Bourges, aliado al vizconde de su ciudad contra un señor local, intentó apoderarse de una fortaleza de la región.

La Iglesia no sólo justificaba ciertas guerras, sino que no parecía practicar demasiado la virtud de la pobreza, puesto que era rica. La época carolingia nos ha dejado documentos extremadamente interesantes en el plano económico y social:

los polípticos. Se trata de la descripción de los bienes inmuebles que a menudo pertenecían a un monasterio. El más conocido y más completo es el de Saint-Germain-des-Prés, redactado entre 825 y 829, bajo la dirección del abad Irminon. La abadía poseía bienes que se extendían por varias decenas de miles de hectáreas, sobre todo en Parisis, pero también en otras regiones, como Anjou, Blésois, Chartrain, Orléanais...

Personas de todas las clases sociales hacían donaciones, a veces muy importantes, especialmente en su lecho de muerte, para conquistar el favor de Dios por intermedio de la Iglesia y sus representantes. Por otra parte, una buena administración permitía acrecentar esa riqueza. Existen muchos documentos que muestran las donaciones, las adquisiciones, los intercambios...

En la segunda mitad del siglo XIII, una suma de 4 a 5 libras tornesas era suficiente para que una persona de condición modesta pero independiente, pudiera vivir convenientemente. En Inglaterra, el ingreso imponible de las iglesias se elevaba a 760 000 libras tornesas, y eso permitía mantener decentemente entre 152 000 y 190 000 personas. El país tenía alrededor de 65 000 clérigos, que, por lo tanto, disponían de medios económicos adecuados.

Al final de la Edad Media, la Iglesia, gran propietaria rural, fue afectada por la crisis, como el resto de la sociedad, pero su fortuna siguió siendo considerable.

Con el desarrollo económico, creció la codicia, porque el dinero ocupaba cada vez más el centro de las preocupaciones de la Iglesia. Algunos poemas de Carmina Burana (1220-1250) estigmatizaban esa actitud:

La codicia es lo que más abunda en Roma. Es despiadada con el avaro que da con mezquindad; Allí el dinero es dios, el marco reemplaza a san Marcos, Y se acercan con más frecuencia a la caja que al altar.

Gautier Map (1130/1135-1210), en sus *Cuentos para los*

cortezanos, afirmaba que el mismo nombre de Roma estaba formado con las iniciales de la avaricia y su definición, porque, según decía, la palabra ROMA significaba «la Raíz Omnipresente de los Males es la Avaricia».

En realidad, los miembros de la corte pontificia tenían la costumbre de recibir donaciones tanto en dinero como en especie. Giraud le Cambrien relataba que cuando fue recibido por primera vez por el papa Inocencio III, en 1199, le ofreció seis tomos de sus obras. Sus finanzas no le permitían hacer más, y se disculpó diciendo que había preferido darle libros antes que libras. En cuanto a Hubert, arzobispo de Canterbury, con quien estaba en pleito, le había enviado a Roma 11 000 marcos de plata y le propuso al Papa que lo ayudara a fijar un impuesto a la Iglesia de Inglaterra.

La fuente de todos los males de la Iglesia, decía Nicolás de Clamanges en un famoso libelo, *De la ruina de la Iglesia* (hacia 1401), el afán de poseer bienes terrenales se había apoderado de la curia, de los cardenales, de los obispos, de los cabildos, e incluso de los monjes. Clamanges criticaba las exigencias fiscales de los papas, la institución de los recaudadores, la injerencia de los príncipes, las atribuciones simoníacas. Y la cuestión de los privilegios desempeñó un papel muy importante en este final de la Edad Media.

Conquistar un beneficio servía para cumplir una función. Al darles más importancia a las ventajas de la función que a la función misma, y como consecuencia de las dificultades materiales y el deseo de vivir bien, se llegaba a privilegiar el beneficio por encima del ministerio. Algunos recurrían a sus relaciones para conseguir por lo menos una gracia en suspenso, es decir, la promesa de un puesto que todavía estaba ocupado, lo que los llevaba a desear la muerte del titular. Según Petrarca, «era vergonzoso ver que algunos estaban

sobrecargados de ingresos, y muchos otros, mejores que ellos, vivían en la necesidad».

A pesar de las apariencias, la Iglesia promovía la paz y la pobreza.

Jesús había tomado la palabra para enseñar a sus discípulos diciendo las Bienaventuranzas: «Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios» (Mt. 5,9). La Iglesia establecía la paz de Dios, mientras se producían muchas guerras privadas en los siglos X y XI. «En el año mil de la Pasión del Señor —escribió Raoul Glaber— en primer lugar en las regiones de Aquitania, los obispos, los abates y los demás hombres consagrados a la santa religión comenzaron a reunir al pueblo en asambleas plenarias, a las que se llevaba muchos cuerpos de beatos y relicarios llenos de santas reliquias. Ese ejemplo cundió en la provincia de Arles, y luego en la de Lyon. Y así, poco a poco, por toda Borgoña, y hasta las comarcas más alejadas de Francia, llegó el día en que se anunció en todas las diócesis, que en determinados lugares, los preladados y los nobles de todo el país celebrarían asambleas para el restablecimiento de la paz y la consolidación de la santa fe». En efecto, algunos obispos y abates, en particular Odilon de Cluny, iniciaron ese movimiento por la paz, y luego intentaron sumar a él a los señores.

El punto de partida, en el actual estado de nuestros conocimientos, se ubica en 989-990 en Charroux. En 989, durante un concilio celebrado en ese lugar, los obispos de la provincia eclesiástica de Burdeos se refirieron a las iglesias violadas o saqueadas, los campesinos y demás pobres privados de sus animales, los clérigos capturados, atacados o golpeados.

Después de difundirse en el norte de Francia, el movimiento inició en las regiones meridionales una segunda fase, que se desarrolló especialmente entre 1027 y 1041.

Las disposiciones de los primeros concilios tuvieron como objetivo proteger contra la violencia de los poderes laicos que se formaban y combatían, a los establecimientos religiosos, luego a los clérigos, y por último, a los pobres. Sin duda, los soberanos carolingios perseguían el mismo objetivo, pero el nuevo contexto político obligó en cierto modo a los responsables religiosos a paliar las deficiencias de las autoridades laicas. El movimiento por la paz llevó a diferenciar entre los laicos, a los pobres, los que no estaban armados, y los caballeros. Los primeros concilios de paz no rechazaban el derecho de combatir de estos últimos. Se limitaban a restringir ese derecho. «La paz de Dios, en sus comienzos, tendió solamente a circunscribir las violencias militares a un sector del pueblo cristiano, el de los hombres que llevaban la espada y el escudo, y montaban a caballo» (Georges Duby).

Hacia 1020, la paz de Dios empezó a transformarse. La Iglesia propuso a los caballeros que ya no se limitaran a las prescripciones anteriores relativas a la paz, sino que renunciaran a las alegrías del combate en determinados períodos, de manera que al respeto por la paz se agregara la tregua, es decir, un cese de las actividades militares. Desde la noche del miércoles hasta el lunes por la mañana, todos los cristianos, fueran amigos o enemigos, debían vivir en paz. Se aplicaban sanciones contra aquellos que no respetaban esas prohibiciones.

Durante los siglos siguientes, la Iglesia intervino cuando se declaraban treguas entre soberanos cristianos. Eso ocurrió durante la guerra de los Cien Años. En 1340, el ejército inglés, reforzado por contingentes flamencos y brabantones, puso sitio a Tournai, que formaba parte de los dominios del rey de Francia. Los legados del Papa y la abadesa de Fontenelles, que era parienta tanto de Eduardo III como de Felipe VI,

aprovecharon el cansancio de los combatientes para conseguir que ambos reyes acordaran la tregua de Esplechin, una tregua que se prolongó y se mantuvo hasta 1342. Una conferencia franco-inglesa, que se llevó a cabo entre octubre y diciembre de 1344 a instancias del papa Clemente VI, terminó en un fracaso. Entre 1372 y 1377, por iniciativa del papa Gregorio XI, representado por sus nuncios, se llevaron a cabo negociaciones franco-inglesas en Calais y Brujas. Como resultado de ello, en julio de 1375 se declararon treguas que se prolongaron hasta 1377, pero el problema de la soberanía de la Guayana impidió llegar a una solución. En la conferencia de Arras, en 1435, los cardenales de Santa Cruz y de Chipre representaron al Papa, deseoso de restablecer la paz entre Francia e Inglaterra bajo su égida, y al concilio.

En general, la Iglesia se comprometía en favor de la paz. Pero en este punto seguiremos a Dominique Barthélemy, quien escribe a propósito de la sociedad feudal: «Una verdadera aspiración a la paz y a la equidad no impide atribuir la prioridad a las aspiraciones señoriales y sociales del propio clero».

Socorrer a los pobres es socorrer al mismo Jesús (Mt. 25, 34-46). Aunque los bienes eclesiásticos servían para mantener a los clérigos y a los establecimientos religiosos, ante todo se destinaban a luchar contra la pobreza. La Iglesia no dejó de cumplir su tarea.

El concilio de Orléans de 511 ordenó a los obispos que entregaran la cuarta parte de sus ingresos a los pobres, y en las parroquias rurales, se les debía dar la tercera parte de las ofrendas. Alrededor del año 500, no menos de cuarenta y un concilios o sínodos, dieciocho de ellos realizados en Francia, se preocuparon por el destino de los pobres. Gregorio de Tours mencionaba a muchos obispos caritativos.

En el terreno práctico, la asistencia a los pobres se presentaba en particular bajo la forma de la matrícula que existía en todas las ciudades importantes en el siglo VI. Se trataba de listas de nombres de personas socorridas por las iglesias. Por supuesto, no incluían a todos los indigentes. A cambio de algunos servicios, las personas inscritas en esas listas recibían muchas ventajas: se les aseguraba alimentos, ropa y techo. Pero se producían abusos, y a veces se inscribían en las matrículas hombres sanos, capaces de trabajar. En el siglo IX, los hospitales, y especialmente las maisons-Dieu se ocupaban de los pobres. Muchos de esos establecimientos habían sido fundados por obispos, pero algunos se debían a laicos. Algunas hospederías monásticas desempeñaron en ese momento un papel fundamental.

Ya san Benito le otorgaba en su regla una importancia particular a recibir a los pobres. «Al recibir a pobres y peregrinos se tendrá el máximo de cuidado y solicitud, porque en ellos se recibe especialmente a Cristo, pues cuando se recibe a ricos, el mismo temor que inspiran, induce a respetarlos». La distribución de víveres constituía el elemento esencial, pero también se proveía ropa y madera para la calefacción.

Todo esto costaba caro. El portero tenía a su disposición la décima parte de los ingresos del establecimiento. Pero sus numerosas funciones, y probablemente el aumento de la cantidad de huéspedes, llevaron a que, a partir de la segunda mitad del siglo XI, debiera compartir su cargo. Se estableció un guardián encargado del hospedaje de los ricos y un capellán que se ocupaba del hospedaje de los pobres. Cada uno de ellos contaba con recursos separados. Desde mediados del siglo XI, el capellán adquirió cada vez más importancia. Las hambrunas y las epidemias provocaron un aumento del número de personas que se beneficiaban con las distribuciones.

«Entonces se sacaron los adornos de las iglesias para venderlas a beneficio de los indigentes. Se repartieron los tesoros que, como se ve en las instrucciones dejadas por los antiguos abades, se habían constituidos en el pasado para ese efecto», escribe Raoul Glaber.

Los monasterios no mantuvieron en el siglo XII esa especie de monopolio de la beneficencia demasiado cara, ni siquiera en Cluny, que le dedicaba alrededor de la tercera parte de sus ingresos. Las transformaciones de la sociedad produjeron cierta falta de adaptación. Los monjes, retirados del mundo, ya no tenían los mismos contactos con los pobres que deambulaban o se encontraban en ciudades en desarrollo. Surgieron algunas respuestas originales: eremitas o predicadores ambulantes, canónigos que seguían la regla de san Agustín... Se establecieron hospicios en los caminos que recorrían los peregrinos, especialmente en los que llevaban a Santiago de Compostela o a Roma. El desarrollo de esta clase de hospitalidad, durante la segunda mitad del siglo XII, correspondió evidentemente al aumento de los intercambios. No todos los viajeros eran pobres, pero todos corrían los mismos riesgos en la montaña. También en las zonas boscosas había religiosos que se ponían al servicio de los indigentes y de los viajeros. Pero ahora los laicos intervenían en forma activa, por ejemplo, fundando fraternidades filantrópicas urbanas. Algunas órdenes se especializaban en el rescate de cautivos, y estos aparecían entre los destinatarios más frecuentes de las donaciones y los legados que figuraban en el Libro Negro de la catedral de Coimbre, a fines del siglo XI.

Para san Francisco de Asís y santo Domingo, el pobre no era una entidad, sino un ser vivo cuya clase de vida querían imitar: para hacerlo, se dirigieron a las ciudades. No se oponían al mundo creado por Dios, y cuya belleza cantaba Francisco con mucha emoción, sino al egoísmo, al odio, a la

violencia que debían soportar los más humildes. En una sociedad en la que el poder se basaba en gran parte en el dinero, ellos enseñaban que el pobre tenía un valor humano por sí mismo, y que no era solamente un instrumento de la salvación del rico. En pleno centro de Asís, Francisco se despojó de toda su vestimenta para expresar su deseo de llevar una vida de pobre. Francisco y Domingo no vivieron en ermitas o en un monasterio, porque deseaban estar en medio de los indigentes. El sistema vertical del clérigo que se dirigía a sus fieles desde lo alto del púlpito, fue sustituido por la fraternidad de los Mendicantes, en concordancia con las solidaridades horizontales de los pobres de la ciudad.

«La “revolución de la caridad”, inaugurada en el siglo XII, tuvo su auge en el XIII» (Michel Mollat). Las obras de ayuda siguieron siendo más o menos las mismas, pero se multiplicaron, y al hacerlo, se organizaron, se volvieron más sólidas, y se adaptaron más a las nuevas condiciones económicas y sociales.

Los obispos organizaron mejor su asistencia. Durante sus giras pastorales, Simon de Beaulieu, arzobispo de Bourges (1281-1294), llevaba consigo a un limosnero para entregar sus donativos, cuando veinte años atrás el arzobispo de Rouen, Eudes Rigaud, no contaba con ninguno. Algunas sedes episcopales tenían incluso limosneros estables. Los papas de Avignon poseían un servicio especializado (llamado pignotte) que administraba las obras de caridad, bajo el control del camarero papal. También tenían limosneros algunos soberanos, empezando por los reyes de Francia, y los grandes señores.

Algunos de esos servicios y cofradías se ocupaban de los establecimientos hospitalarios, cuyo número aumentó en el siglo XIII en toda Europa. Intervenían en ellos clérigos y laicos.

En París, en 1220, el hospital para indigentes contaba con treinta y ocho hermanos (de los cuales treinta eran laicos) y veinticinco hermanas.

La gran cantidad de fundaciones se explica por la atención que los laicos prodigaban a los indigentes y por el deseo de las autoridades eclesiásticas, y luego civiles, de organizar en una forma más coherente las instituciones de caridad. Como la jerarquía desconfiaba de los pequeños grupos devotos que escapaban a su control, poco a poco las tareas hospitalarias empezaron a ser realizadas por religiosos. Por razones de orden público, las autoridades municipales se interesaban en las obras asistenciales. Todavía no intentaban reemplazar a las autoridades eclesiásticas, pero trabajaban en conjunto con ellas. En todo caso, el derecho de fiscalización de los magistrados urbanos era cada vez más reconocido.

La pobreza, y por lo tanto la asistencia, planteaba algunos problemas a fines de la Edad Media. ¿Cómo aceptar, por ejemplo, que un hombre sano, apto para el trabajo, se pusiera a mendigar? ¿Cómo ver el rostro de Cristo en el de un bandido? El mendigo no espantaba tanto por su indigencia como por su ociosidad, su anonimato, los delitos que podía cometer. El concepto de pobre se vio afectado, sobre todo porque las órdenes mendicantes competían entre ellas, y su manera de vivir la pobreza suscitaba la crítica. El humanismo sustituyó el elogio de la riqueza por el de la pobreza. Pero sin exagerar: se seguía haciendo la diferencia entre los verdaderos pobres agobiados por la desgracia y los que trataban de sacar partido en forma fraudulenta de la bondad de la gente.

Surgió una reflexión sobre las relaciones entre el deber de caridad y la justicia. San Antonino (1389-1459), arzobispo de Florencia, hijo de un notario florentino, estaba vinculado al mismo tiempo a la burguesía mercantil y al mundo de los

Mendicantes. Habiendo entregado todos sus bienes a los pobres, se sentía con toda la autoridad para dictarles su conducta a los mercaderes. Había que dar limosna. Existía lo superfluo cuando las necesidades de una persona y su familia estaban cubiertas. La solidaridad humana y la moral cristiana exigían acudir en ayuda de los indigentes. Había que donar bienes adquiridos honradamente, y a los verdaderos pobres. La pobreza era un mal, pero la limosna era una obligación que debía tomar en cuenta el grado de pobreza y las necesidades del indigente. Muy pronto, la reflexión llevó a preconizar un crédito honesto, punto de convergencia entre la caridad cristiana y la fraternidad humanista.

En ese final tan conmovido de la Edad Media, como la Iglesia no podía hacer frente a todas las necesidades de la gente humilde, las autoridades civiles intervinieron para reemplazarla o cubrir una parte de sus funciones. Pero siempre eran los obispos quienes controlaban las obras de caridad. En Italia, los montepíos, fundados por los franciscanos de la Observancia, tuvieron un gran auge bajo la influencia de Bernardino de Feltre. Al mismo tiempo, otro observante, Andrea de Faenza, creó establecimientos que les prestaban semillas a los campesinos y distribuían granos en los tiempos de hambruna.

A pesar de sus imperfecciones, y de todo lo que se ha dicho, la Iglesia supo encarnar el amor de Cristo en la Edad Media.

¿La Inquisición difamada?

Para estigmatizar a la Edad Media, sus detractores suelen poner el acento en los crímenes cometidos por la Inquisición. No se trata de justificar los excesos en los que esta incurrió, pero la realidad fue mucho más matizada de lo que aparece a primera vista. Tampoco debemos olvidar que para la gente de esa época, la salvación del alma era más importante que ninguna otra cosa.

En 1229, el tratado de París puso fin al problema albigense, en el plano político. Pero en el plano religioso, la cuestión no estaba resuelta. Por eso, se instaló un dispositivo de represión a la herejía. Al establecer contra la herejía jueces que dependían sólo de él, el papa Gregorio IX (1227-1241) le reservaba a la Iglesia el poder de decidir en materia doctrinal, y les quitaba a los que tenían el poder público una importante manifestación de autoridad. La Inquisición fue temible tanto por su jurisdicción excepcional como por sus prácticas.

Los inquisidores gozaban de una absoluta independencia. Sólo respondían ante el papa, y cuando un conflicto los enfrentaba con el obispo, eran ellos quienes tomaban la decisión final. Disponían de un derecho de fiscalización universal. Los obispos y los rectores, así como los funcionarios civiles, tenían la obligación de ayudarlos, si ellos lo pedían. Su llegada a una ciudad suscitaba terror en la población. Los herejes tenían algunos días para entregarse. Por temor a la hoguera, muchos confesaban en forma espontánea. Entonces eran condenados a penas bastante leves, e incluso se los reconciliaba inmediatamente. Pero debían prometer que denunciarían a los demás herejes. En Principio, se necesitaban dos testimonios para inculpar a un sospechoso. En la realidad, uno solo era suficiente para iniciar un proceso. Los testigos eran interrogados a solas. Los nombres de los delatores se mantenían en secreto para evitar eventuales represalias.

Y junto a los delatores ocasionales, existían verdaderos profesionales. En efecto, la Inquisición tenía una especie de policía secreta cuyo objetivo era espiar y perseguir a los fugitivos. Algunos cátaros cuyas familias habían sido expoliadas, se pusieron a su servicio para recuperar la fortuna familiar. Por ejemplo, Arnaud Sicre se infiltró y consiguió que arrestaran al cátaro Bélibaste, refugiado en San Mateo. Para eso, el inquisidor Jacques Fournier, obispo de Pamiers, le había dado dinero y le había permitido actuar como los herejes, con la condición de no adherir a su doctrina. Como recompensa, Arnaud obtuvo la absolución y el restablecimiento de todos sus derechos.

El famoso inquisidor Bernard Gui (1261-1331) nos servirá de guía en la caza de herejes. Gracias a su *Práctica*, podemos seguir el procedimiento inquisitorial.

Primer acto: la citación. En cuanto alguna sospecha o alguna denuncia ponía a alguien en su mira, nuestro inquisidor lo citaba a comparecer ante él en Toulouse. El cura, que era quien normalmente recibía la citación, iba a ver a su feligrés para comunicárselo. El domingo siguiente, a veces durante tres domingos seguidos, informaba sobre ello a los habitantes en el transcurso de la misa mayor. Si la persona inculpada no comparecía ni se hacía representar por un procurador, sufría una excomunión provisoria, que se volvía definitiva después de una nueva citación sin respuesta. Sus vecinos debían dejar de tener tratos con esa persona, y, bajo pena de sanciones, tenían que señalar el lugar donde se escondía. La citación sólo se utilizaba en el caso de personas que podían ser dejadas en libertad provisional. En los otros casos, Bernard Gui solicitaba a los poderes civiles que arrestaran a los acusados y los entregaran a su representante. A veces, el poder secular se limitaba a ayudar a sus agentes. Todos los gastos estaban a cargo del sospechoso, incluyendo la

comida que le daban mientras estaban en prisión.

A continuación, el inquisidor procedía al interrogatorio, con la ayuda de dos religiosos, mientras un notario redactaba el acta de los testimonios. El inquisidor gozaba de privilegios especiales que lo autorizaban a proceder sin abogados ni figura de juicio. La culpa podía demostrarse de dos maneras: por la confesión del sospechoso o por medio de testigos. Contrariamente al derecho común, se aceptaban testimonios de criminales o excomulgados. Si las declaraciones de los testigos no concordaban, el juez se limitaba a verificar que estuvieran de acuerdo en la «sustancia de la cosa o del hecho». Sólo él tenía la facultad de decidir si podían recibirse los testimonios. Los interrogatorios se llevaban a cabo según un modelo fijado de antemano, y sólo se referían a los hechos. Se le preguntaba al acusado si había visto herejes, si había hablado con ellos, si había escuchado sus prédicas. Como tenía que proporcionar los nombres de todos aquellos con quienes se había encontrado en alguna ceremonia cátara, una sola declaración podía producir muchas detenciones.

Los herejes se encontraban solos frente al juez, sin defensores. Los concilios de Valencia, en 1248, y de Albi, en 1254, prohibieron su presencia, porque; según se dijo, no harían más que demorar el desarrollo del proceso.

El dominico Nicolau Eymerich (1320-1399), en su *Manual de los inquisidores*, sostenía que la astucia era la mejor arma, y describía «los diez trucos para desbaratar los de los herejes». Veamos, a manera de ejemplo, el noveno truco: «Si el hereje se obstina en negar, el inquisidor hará que le traigan a uno de sus antiguos cómplices que se haya convertido, y que se supone será aceptado por el acusado. El inquisidor se arreglará para que puedan hablar entre ellos. El converso podrá asegurar que sigue siendo un hereje y que sólo abjuró por temor, y que por

temor, le contó todo al inquisidor. Cuando el acusado entre en confianza, el converso se ingeniará para prolongar la conversación hasta que caiga la noche. Entonces dirá que es demasiado tarde para irse, y le pedirá al acusado que le permita pasar la noche en la prisión con él. Seguirán hablando durante la noche, y seguramente cada uno de ellos contará lo que hizo. Para esa noche se habrán apostado testigos, incluso al notario inquisitorial, en un buen lugar —con la complicidad de las tinieblas— para escucharlos».

Se prefería la confesión del acusado a la prueba testimonial. Para conseguirla, existían diversos medios de coacción. Bernard Gui recomendaba a los prisioneros que se convirtieran y denunciaran a sus correligionarios. Había, además, toda una graduación de penas: los ayunos, las ligaduras en los pies, las cadenas en las manos lograban vencer muchas resistencias. Y si el detenido no confesaba, estaba la tortura. Es cierto que la mutilación y la amenaza de muerte estaban prohibidas. Pero se trataba sobre todo de una cláusula de estilo para que no se molestara al inquisidor. La tortura fue tan utilizada con los albigenses, que Clemente V decidió, a principios del siglo XIV, que los interrogatorios, la promulgación de las sentencias y la vigilancia de los prisioneros estuvieran a cargo en forma conjunta por los obispos y los inquisidores. Una disposición que a Bernard Gui no le agradó en absoluto.

Por su parte, Nicolau Eymerich escribió:

No hay reglas precisas para determinar en qué casos se puede proceder a la tortura. A falta de jurisprudencia precisa, he aquí siete reglas de referencia:

1. Se tortura al acusado que vacila en sus respuestas, que dice a veces una cosa y a veces lo contrario, al tiempo que niega los puntos más importantes de la acusación. En esos casos, se presume que el acusado oculta la verdad, y que, hostigado por los interrogatorios, se contradice. Si negara una vez, y luego confesara y se arrepintiera, no

sería considerado como «vacilante», sino como un hereje penitente, y sería condenado.

2. El difamado que tenga aunque sea un solo testigo en su contra, será torturado. En efecto, un rumor público más un testimonio constituyen en conjunto una semiprueba, cosa que no sorprenderá a nadie, puesto que un solo testimonio ya vale como indicio. ¿Puede decirse «un solo testigo, ningún testigo»? Eso vale para la condena, pero no para la presunción. Un solo testimonio de cargo es, pues, suficiente. Sin embargo, reconozco que el testimonio de uno solo no tendría la misma fuerza en un juicio civil.
3. El difamado contra el que se haya logrado establecer uno o varios indicios graves debe ser torturado. Difamación más indicios son suficientes. Para los sacerdotes, sólo la difamación basta (no obstante, sólo se torturará a los sacerdotes infames). En ese caso, las condiciones son bastante numerosas.
4. Será torturado aquel contra quien declare uno solo en materia de herejía, y contra quien existan además indicios vehementes o violentos.
5. Aquel contra quien pesen varios indicios vehementes o violentos será torturado, incluso si no se dispone de ningún testigo de cargo.
6. Se torturará con mayor razón al que sea semejante al anterior, y tenga además en su contra la declaración de un testigo.
7. Aquel contra quien sólo haya difamación, o un solo testigo, o un solo indicio, no será torturado: cada una de esas condiciones, por sí misma, no es suficiente para justificar la tortura.

Una vez que la herejía era admitida (¿y cómo no lo sería en esas condiciones?), sólo restaba pronunciar la sentencia.

Las penas dictadas por la Inquisición eran proporcionales a la falta. A los simples creyentes cátaros se les imponía generalmente castigos arduos, largos pero temporarios. Debían llevar signos infamantes: dos cruces amarillas cosidas sobre la ropa, una en el pecho y otra en la espalda. A menudo se les imponían peregrinaciones. Por último, podían ser encarcelados durante varios años, pero su régimen no era tan duro como el de los que eran encerrados para toda la vida. El hereje era excomulgado, excluido de la comunidad. Y a las penas religiosas, se agregaban las penas civiles. A los cátaros

les expropiaban las tierras y les destruían las casas. De manera que una aldea, como fue el caso de Montaillou, podía ser arrasada en parte si albergaba a muchos condenados. La mayoría de los cátaros «perfectos» no confesaban, no abjuraban. Eran condenados por la Inquisición, y entregados a la justicia secular, que se encargaba de castigarlos y quemarlos.

Un testigo ocular describió la ejecución de Juan Huss en Consta, en 1415. El desdichado, de pie sobre un haz de leña, estaba fuertemente atado a un gran poste con cuerdas que le apretaban los tobillos, debajo de las rodillas, en la ingle, en la cintura y en los brazos. Le habían puesto una cadena alrededor del cuello. Como miraba hacia el este, y por lo tanto, hacia los lugares santos, lo dieron vuelta hacia el oeste. Apilaron leña y paja hasta su mentón. Frente a su obstinada negativa a retractarse, los verdugos encendieron el fuego. Luego, el cuerpo carbonizado fue completamente destruido, quebraron sus huesos y arrojaron los pedazos a otra hoguera.

La Inquisición fue más terrible en España, a fines del siglo xv. El miedo a la tortura provocaba rápidas confesiones de culpa, y los inquisidores condenaban fácilmente a la hoguera después de un breve interrogatorio. En 1499, en Córdoba, el inquisidor Lucero hizo quemar a 300 personas en pocas semanas. Según Béatrice Lerpy, en España hubo, de 1478 a 1490, 2000 quemados y 15 000 reconciliados.

Hay que agregar que los tribunales de la Inquisición estaban muy interesados en los bienes, y que gracias a las multas, confiscaciones y otras sanciones del mismo tipo, participaron en una política de acaparamiento de las riquezas de Languedoc, en beneficio del rey, y luego de los obispos y de los señores laicos provenientes del norte.

El inquisidor castigaba, pero también podía indultar, siempre que esa medida fuera útil para la fe, y que no actuara

movido por algún sentido de lucro o contra la justicia o su conciencia. Según la Práctica de Bernard Gui, los jueces de Toulousain y de Carcasses usaron ampliamente ese derecho. Prometían salvar la vida y eximir de la prisión, del exilio o de la confiscación de bienes a los que confesaran voluntariamente sus faltas y las de otros, en un plazo que se indicaba en el sermón general, que era casi siempre de un mes. Esas medidas permitían detener a los herejes, que de otro modo habrían podido escapar. Sin embargo, las confesiones espontáneas no aseguraban una remisión completa.

Las penas primitivas eran conmutadas por otras que se consideraban menos duras. Bernard d'Ortel, de Ravat, no creía en la resurrección de los cuerpos: fue condenado a cinco años de prisión. Lo encerraron en agosto de 1324, y luego, en enero de 1329, conmutaron su pena por la de llevar una cruz. Guillemette Benet, de Ornolac, asimilaba el alma con la sangre. Fue condenada al Muro (prisión de la Inquisición) en 1321, pero su pena fue conmutada en enero de 1329 por la de llevar cruces dobles. Bernard Gui solía reemplazar las peregrinaciones por la realización de obras piadosas cuando se trataba de ancianos, inválidos, muchachas jóvenes o mujeres encintas. Las remisiones y las conmutaciones completas eran excepcionales.

Los inquisidores hacían figurar en sus actas las razones que los llevaban a la indulgencia... muy relativa. Invocaban la duración de la detención, la humildad del detenido. Un cautivo fue liberado porque posibilitó la detención de varios perfectos cátaros. Otro reveló un complot contra la vida del inquisidor. Un tercero despertó a los guardias cuando unos prisioneros trataban de escapar. Un hombre, cuya familia estaba en estado de mendicidad a causa de su cautiverio, fue autorizado a dejar momentáneamente su prisión. Se eximía de llevar los signos infamantes a algunas personas por razones

familiares o de salud, a veces, a pedido de personas de bien.

¿A qué se debía esa actitud? Al hecho de que a los inquisidores les importaba más conseguir conversiones que quemar a los herejes. «Y si después de ser entregado a la curia secular o incluso mientras se lo lleva a la hoguera, o cuando ya está atado a la estaca para ser quemado, el hereje declara que quiere abjurar, creo que por misericordia se lo podría recibir como hereje penitente y encerrarlo a perpetuidad, aunque no se ajuste demasiado al derecho y no haya que darle demasiado crédito a esa clase de conversión», decía Nicolau Eymerich.

Las prisiones degradantes, las confiscaciones, las penitencias humillantes, el temor a ser denunciado, constituían finalmente armas eficaces que permitían hacer regresar a los sospechosos al buen camino. Para el juez eclesiástico, el castigo tenía como función curar el alma del acusado. Cuando la curación resultaba imposible, en el caso de los obstinados y los reincidentes, se recurría a la hoguera para erradicar la enfermedad, pero sólo en ese caso. «Una vez dictada la sentencia, los asistentes del inquisidor se disponen para la ejecución. Durante la preparación de la ejecución, el obispo y el inquisidor, por sí mismos o por boca de algún creyente ferviente, intimarán al acusado a confesar espontáneamente. Si el acusado no lo hace, ordenarán a los verdugos que le quiten la ropa, cosa que harán inmediatamente, pero sin alegría, como embargados por cierta turbación. Lo exhortarán a confesar mientras los verdugos lo desvisten. Si sigue resistiendo, será llevado aparte, completamente desnudo, por esos buenos creyentes, quienes lo exhortarán una y otra vez. Al exhortarlo, le dirán que, si confiesa, no lo matarán, si jura que no volverá a cometer esos crímenes... Muchos confesarían si les prometieran salvar su vida. Entonces, que el inquisidor y el obispo se lo prometan, ya que podrán mantener su palabra (salvo si se trata de un

relapso, y en ese caso, no se prometerá nada)». Eso era en cierto modo lo que ya decía Bernard Gui, quien repetía a su vez las frases de un predecesor anónimo de los años 1270: «El objetivo del oficio de Inquisición es destruir la herejía, y esto sólo puede hacerse si se destruye a los herejes, y no se los puede destruir si al mismo tiempo no se destruye a quienes los reciben, los ayudan y los defienden... Los herejes pueden ser destruidos de dos maneras: por una parte, convirtiéndolos de la herejía a la verdadera fe católica... por la otra, cuando, entregados al brazo secular, son realmente quemados».

Analícemos más detenidamente las sentencias de este famoso inquisidor. En diecisiete años de función, Bernard Gui se ocupó de alrededor de 647 acusados de herejía. Por lo general, pronunciaba su veredicto durante un sermón general. Por ejemplo, en 1310, en el domingo de la Pasión. Tras dictar algunas medidas de clemencia, estableció condenas, como llevar la cruz en el caso de 20 personas, y la prisión para otras 62. Seis difuntos, muertos en estado de herejía, fueron condenados póstumamente. Luego se dictó una sentencia colectiva para 16 relapsos. Por último, se le aplicó una sentencia a un hereje notorio, impenitente y relapso. Alrededor de 65% de los acusados sólo confesaron después de ser arrestados. Otro 10%, después de ser citados por el inquisidor. Al parecer, sólo 2 personas, es decir, aproximadamente el 3%, fueron a confesar por su propia voluntad. Los demás casos son inciertos.

Bernard Gui, como lo señaló Jacques Paul, no era sanguinario. En efecto, al condenar a prisión a los herejes penitentes por fuerza, sin deseo de conversión, los equiparaba con las personas que hacían penitencia por temor a la muerte. No agravaba los castigos, sino al contrario, como en el caso de Alasais, por ejemplo, citada por primera vez en 1307. Tras haber prestado juramento, mintió, ocultando todo lo que

pudo. Primero fue arrestada, luego liberada, y se escondió durante varios meses. La volvieron a detener y la interrogaron por segunda vez. La Inquisición obtuvo contra ella los testimonios de sus antiguas cómplices. Alasais sólo confesó después de haberse enterado de esto. Fue condenada a prisión. Pero no se arrepintió. Bernard Gui, a quien no se podía calificar de ingenuo, la trató como si fuera una penitente por miedo a la muerte. No la consideró como una impenitente, porque finalmente ella había hablado. Sólo consideraba cátaros impenitentes a los que hacían declaraciones grandilocuentes. A los demás les evitaba la pena de muerte, aplicando las cláusulas más formales del procedimiento.

En general, no hay que representarse a la Inquisición de una manera demasiado rígida. Estaba dirigida por hombres cuyo objetivo principal era convertir a los herejes. Con excepción de algunos sádicos, la hoguera constituía para ellos un último recurso destinado a evitar la contaminación de una enfermedad del alma que era, a su juicio, mucho más peligrosa que una enfermedad del cuerpo.

Clérigos insertos en la sociedad

Evidentemente, los clérigos actuaban muy a menudo como los laicos que tenían a su cargo, ya que compartían sus defectos. La verdad es que muchos de ellos no habían ingresado a las órdenes por vocación religiosa.

La simonía prosperaba: a veces el clérigo ofrecía dinero para conseguir una dignidad eclesiástica, y a veces se hacía

pagar por un acto de su ministerio. En los siglos X y XI, los obispados daban lugar a un verdadero tráfico. En 1032, a la muerte de Lietry, arzobispo de Sens, Gelduin le compró esa sede metropolitana al rey Enrique I. En 1038, Bernard, vizconde de Albi, y Frotaire, su hermano, le vendieron el obispado a un tal Guillaume. El contrato estipulaba: «Nosotros, Frotaire y Bernard, le damos a Guillaume, hijo de Bernard, este obispado a la muerte del obispo Ameil, de manera tal que Guillaume, si se hace obispo o hace bendecir a otro obispo, obtenga este obispado a la muerte de Ameil». El precio de venta fue de 5000 sueldos. Se indicaba que Frotaire y Bernard retendrían en garantía aproximadamente la mitad del territorio del obispado hasta el pago completo de los 5000 sueldos prometidos. En 1053, dos candidatos se disputaban el obispado de Puy, y el rey se lo otorgó a Bertrand de Mende, que le pagaba una cantidad mucho mayor de dinero.

Según Raoul Glaber, «al igual que casi todos los príncipes, que desde hacía mucho tiempo estaban enceguecidos por el amor a las vanas riquezas, el mal también afectó a todos los prelados de las iglesias diseminadas por el mundo... Incluso los reyes, que habrían debido ser los jueces de la dignidad de los candidatos a los empleos sacros, corrompidos por los obsequios que les prodigan, optan por cualquiera para gobernar las iglesias y las almas, cuando es aquel de quien esperan los más ricos regalos. Y si todos los turbulentos, todos los que están henchidos de vanidad, son los primeros en abrirse paso en cualquier prelatura, es porque su convicción está atada a las cajas donde guardan su dinero, y no a los dones que trae consigo la sabiduría. Una vez que consiguen el poder, se entregan con mayor asiduidad a la codicia, sobre todo porque deben a ese vicio la coronación de sus ambiciones. Lo sirven como a un ídolo que ocupa para ellos el lugar de Dios».

Los eclesiásticos, que a veces desembolsaban grandes

sumas, se sentían tentados a recuperar sus fondos y obtener dinero de lo espiritual. Algunos metropolitanos vendían la consagración episcopal a la persona elegida por el clero y el pueblo, o escogida por el soberano. Hacia 991, Dagbert, arzobispo de Bourges, aceptó consagrar, a cambio de una suma de dinero, al abad de Beaulieu, Bernard, como obispo de Cahors. Guifred de Narbona actuó en la misma forma. Al incriminarlo, el vizconde Bérenger declaró que Guifred «vendió todas las órdenes y, por hablar solamente de los obispos que consagró en mis tierras, les sacó hasta el último céntimo. Si dudáis de estos hechos, interrogad a los obispos de Lodève y de Elne, a quienes él ordenó, y que podrían dar testimonio». Gerbert ponía en boca de un obispo estas palabras: «Ese oro que entregué, si vivo fielmente, no pierdo la esperanza de recuperarlo. Ordeno a un sacerdote y recibo oro. Designo a un diácono y recibo mucho dinero. Por las otras órdenes, por la bendición de abades y de iglesias, confío en obtener mi ganancia. De manera que el oro que yo entregué, está intacto en mi tesoro» (estos dos textos son citados por Auguste Dumas).

¿Por qué no seguiría ese ejemplo el bajo clero? A fines del siglo IX, era común ver en algunas regiones que un cura rural le pagara un derecho al señor para que le confiara su iglesia. Esta costumbre fue condenada por el concilio de Vienne de 892. En 895, el concilio de Tribur declaró que «se ha insinuado una costumbre que horroriza y que debe ser evitada por todos los cristianos: se vende a un precio determinado la sepultura que les es debida a los muertos, y se vuelve venial la gracia de Dios».

Para conseguir más rápidamente un lugar en el paraíso, convenía atraer la misericordia de Dios. La Iglesia era una intermediaria obligada, y las donaciones constituían un excelente medio para ello. De modo que en su lecho de

muerte, el pecador se mostraba generoso, especialmente porque sus riquezas ya no le servían. Y cuando no era suficientemente generoso, el sacerdote podía instarlo a ser más magnánimo.

Los clérigos no observaban la continencia. A través del matrimonio, por lo menos hasta el siglo XII, y del concubinato, durante toda la Edad Media, el clero secular violaba sus compromisos.

El concilio llevado a cabo en Bourges en 1031 declaró que ningún sacerdote, diácono o subdiácono debía tener mujer ni concubina. Todos los clérigos que eran ordenados subdiáconos debían prometer que no tomarían esposa ni concubina. En adelante, los hijos de los sacerdotes, diáconos o subdiáconos no serían admitidos en el clero. Se prohibió dar una hija en matrimonio a un sacerdote, a un diácono, a un subdiácono o a sus hijos, y casarse con la hija o la viuda de un sacerdote, de un diácono o de un subdiácono. El concilio celebrado en Limoges ese mismo año renovó algunos cánones, especialmente sobre el celibato. La frecuente repetición de esas interdicciones mostraba que la continencia no se cumplía. Por otra parte, el clero jerárquico daba el ejemplo. El arzobispo de Rouen, Robert, hijo del duque de Normandía Ricardo I, tenía tres hijos con una mujer llamada Herlève. En 1049, el obispo de Langres fue acusado ante el concilio de Reims de haber raptado a una mujer casada y con la que vivía desde mucho tiempo en adulterio. Ese mismo concilio afirmó que los sacerdotes tampoco querían abstenerse de cortesanas y guardar la continencia.

En Bretaña existían verdaderas dinastías de obispos. En Quimper, a principios del siglo X, la casa condal se apoderó del obispado y, durante tres generaciones, los condes y los obispos pertenecieron a la misma familia. Benedicto (1008-1029), al

mismo tiempo obispo y conde de Cornouailles, le dejó el condado a su hijo Alain Canhiart y el obispado a su otro hijo Orscant. Este se casó con Onven, hija de Rivelen de Crozon. Su hijo también fue obispo de 1065 a 1113. En Rennes, en el siglo XI, se sucedieron cuatro prelados, de padre a hijo: el primer Tébaut era hijo de un sacerdote llamado Loscoran, que había seducido a una joven de la nobleza. Los padres de ella ayudaron a su hijo a convertirse en obispo de Rennes. Tébaut, obispo en 990, se casó en primeras nupcias con una hija del archidiácono de Nantes y tuvo con ella un hijo llamado Gautier. Lo hizo obispo de Rennes y luego se retiró a la abadía de Sainte-Melaine. La segunda esposa de Tébaut le dio dos hijos, Mainguené de la Guerche y Triscan. El obispo Gautier se casó y tuvo varios hijos, entre ellos Guérin, a quien hizo obispo mientras él vivía. A la muerte de Guérin, Triscan fue obispo, después de suceder a Tébaut en la dirección de la abadía de Sainte-Melaine.

La situación cambió con la reforma gregoriana que estableció el matrimonio para los laicos y el celibato para los sacerdotes. Pero la prohibición del nicolaísmo, o casamiento de los sacerdotes, encontró bastante resistencia. El casamiento de los obispos y los sacerdotes era todavía tan frecuente en el siglo XI que esa conducta no parecía deshonrosa, decía Bonizo de Sutri en la segunda mitad del siglo. De acuerdo con el sínodo de París celebrado en 1074, la ley del celibato era intolerable. A principios del siglo XII, sin embargo, triunfó la reforma gregoriana. La regla del celibato eclesiástico ya no podía transgredirse impunemente. Yves de Chartres le dijo a Galon, obispo de París, uno de cuyos canónigos acababa de casarse, que este debía perder las atribuciones de su cargo.

Pero subsistió el concubinato, que perduró durante toda la Edad Media. Al final de este período, por ejemplo, en Poitou, Pierre Barriou, párroco de Asnières, era considerado «hombre

de vida disoluta y deshonesta», y Guillaume Rodier, archipreste de Ambernac y párroco de Pressac durante nueve o diez años, había llevado durante ese tiempo «una vida muy mala y deshonesta» y «continuamente tuvo mujeres en concubinato, incluso entre sus feligresas».

Entre las monjas, la clausura raras veces era absoluta. En muchos casos, entraban en el convento por motivos económicos o por razones de seguridad, y la vida espiritual no podía dejar de resentirse por ello. Muchas monjas se convirtieron prácticamente en mujeres públicas, según señaló el concilio de Aix-la-Chapelle de 836. Los concilios de Meaux-París (845-846) estipularon que las religiosas acusadas de vida licenciosa debían vivir en lugares donde pudieran hacer penitencia bajo vigilancia. La abadía Saint-Jean de Laon mostraba un relajamiento material y moral tan grande que en 1060, el obispo Elinand expulsó a la abadesa sin siquiera escucharla. En 1098, Yves de Chartres le escribió al obispo de Meaux, Gautier, que los monjes de Tours y la condesa Adela le habían advertido que las monjas de Faremoutiers se prostituían (una expresión empleada quizá de manera excesiva por el prelado). En Saint-Eloi de París, el obispo Galon se vio obligado a expulsar a las religiosas a causa de sus desórdenes. Los reyes Felipe y Luís dieron su consentimiento. En el siglo XIV y durante la primera mitad del XV, la guerra y las dificultades económicas contribuyeron al desorden.

Como podemos comprobar a través de las cartas de remisión, los monjes se comportaban en la misma forma que los sacerdotes. Pierre Tenebrer, llamado el Capellán, fue «engendrado del hermano Guillaume Braer, abad de Absie de Gatine, y Marion Tenebrere, mujer difamada». El hermano Jean Tranchée, religioso de Saint-Hilaire de la Celle, y el hermano Jean Pinot, religioso de Talmont, fueron sorprendidos en flagrante delito por los maridos de sus

amantes. Louis de Nesson, prior de Saint-André de Mirebeau, el hermano Nicolas de Gironde y Jean de Redout raptaron a la marquesa de Bulhon, que tenía catorce o quince años, e hicieron lo que quisieron con ella durante cinco días.

La homosexualidad parece haber estado muy difundida en el mundo religioso. En el siglo XI, Pedro Damiano acusó a los sacerdotes de tener relaciones con hombres a quienes dirigían en el plano espiritual. Yves de Charles le dijo al legado del Papa, y luego al propio Papa, que el arzobispo de Tours, Raoul, había convencido al rey de Francia Felipe I para que nombrara a un tal Jean, obispo de Orléans. Se trataba de un amante del arzobispo. «Es un ser ignominioso cuya deshonesta familiaridad con el arzobispo de Tours y su difunto hermano, y muchos otros libertinos, es públicamente condenada en todas las ciudades de Francia».

Los clérigos eran violentos. «El difunto Étienne Merceron era un hombre de mala vida y deshonesto, que durante mucho tiempo mantuvo y llevó por el país a la mujer de Jean du Brueil, tuvo cuatro hijos con ella o algo así, y fue acusado el susodicho Merceron de haber asesinado a un tal Ogis y haberle robado siete francos y medio, y arrojó a su padre al fuego y le pegó, así como a su madre en varias oportunidades, y a Pierre, su hermano, le rompió dos costillas... [fue acusado de diversos robos] y con eso arruinó y dilapidó bienes, solía reprender sin causa, fue un gran pleitista y mortificador de personas, era malévolos y estaba lleno de odio hacia todos sus parientes y vecinos, o la mayor parte de ellos» (1395).

Muchos sacerdotes se mostraban particularmente iracundos. Un día de Pascua, Lyonard Aladouce encontró en su casa a su hermano Benedicto, sacerdote, hombre de mala vida, que había pasado todo el día en la taberna. Después de intercambiar insultos, el sacerdote quiso atacar a su hermano

con un cuchillo. Lyonard le suplicó «No me mates», le arrebató el arma y salió para evitar la pelea. Pero Benedicto lo siguió hasta el patio, lo tomó por los cabellos y lo arrojó al piso gritando: «Gran villano, toma esto». Y le propinó bastonazos en la cabeza a Lyonard, causándole una herida de cuatro dedos (1498).

Los textos que mencionaban las acciones reprobables de los clérigos eran en general documentos de orden legislativo y judicial, y algunos expresaban una indignación de moralistas. En consecuencia, constituían testimonios de cargo.

Pero al estudiar las relaciones de la Iglesia con la pobreza, hemos comprobado, en un plano general, que frente a la codicia de algunos, había muchos clérigos que se desprendían de los bienes terrenales.

Las recomendaciones que hacían algunos obispos de la zona lotaringia o renana (en el siglo IX o a comienzos del siglo X), y frecuentemente repetidas, con variantes, en muchos manuscritos canónicos y litúrgicos, muestran un esfuerzo de la jerarquía por establecer un marco de conducta para sus clérigos y elaborar una ética, especialmente en materia de dinero. Transcribimos algunos pasajes: «Primera admonición: vuestra vida y vuestra conducta deben ser irreprochables. Para eso, vuestra residencia estará cerca de la iglesia y no tendréis mujer en casa [...] Ninguno de vosotros exigirá retribución ni obsequios para el bautismo de los niños, ni para la absolución de los enfermos, ni el entierro de los difuntos [...] No entreguéis en prenda a un comerciante o a un tabernero los recipientes sagrados ni las vestimentas sacerdotales [...] Ninguno de vosotros pagará usura ni prestará a interés. Los bienes y las riquezas que adquirís después de vuestra ordenación pertenecen a la Iglesia. Ninguno de vosotros podrá adquirir una iglesia sin que nosotros lo sepamos y aceptemos.

Ninguno podrá adquirir una iglesia haciendo intervenir un poder secular. Ninguno podrá abandonar la iglesia de la que es titular, ni irse a otra por la ganancia. Ninguno podrá tener varias iglesias sin la ayuda de otros sacerdotes. Nunca se podrá dividir una iglesia entre varios titulares [...] Ninguno percibirá el diezmo correspondiente a otro [...] Ninguno tendrá la audacia de vender, cambiar o enajenar de ninguna manera los bienes, las posesiones o las propiedades de su iglesia».

La biografía de san Norberto (1080-1134), el fundador de los premonstratenses, redactada hacia 1160, que relata su vida de predicador en 1118-1120, antes de establecerse, señalaba que había dado pruebas de una absoluta pobreza. «No le pedía nada a nadie, pero entregaba a los pobres y a los leprosos todo lo que le ofrecían».

Los mendicantes, evidentemente, y en particular los franciscanos, por sus mismas constituciones, se ubicaban en primera fila entre quienes despreciaban las riquezas de este mundo. En 1234, Domingo fue canonizado por el papa Gregorio IX, después de un proceso en el que desfilaron muchos testigos. Uno de ellos, el hermano Stefano, prior provincial de la Orden de los Predicadores en la provincia de Lombardía, declaró: «El hermano Domingo era un verdadero amante de la pobreza. Este testigo lo oyó predicar con mucha frecuencia esa virtud a los hermanos, y recomendársela insistentemente. Si le ofrecían mansiones, a él o a la comunidad, las rechazaba y prohibía a los hermanos aceptarlas. Sólo quería para su orden casas pequeñas y pobres, y él usaba un hábito miserable y ropa interior ordinaria... Amaba la pobreza en sí mismo, y también la amaba en sus hermanos. Por eso, les dio el precepto de usar solamente vestimentas de poco valor, no llevar nunca dinero en los viajes, sino vivir en todas partes de limosnas. Y eso lo hizo escribir en su regla, en sus constituciones».

Así como las fuentes legislativas y judiciales destacaban las faltas de los clérigos, los textos hagiográficos insistían en la fidelidad a las enseñanzas de Cristo y de la Iglesia. Gregorio de Tours describía a Dalmas, obispo de Rodez, muerto hacia 580, como «un hombre eminente, por su absoluta santidad, que se abstenía de la buena comida y los placeres de la carne, muy generoso en sus limosnas, bueno para todos y muy asiduo en la plegaria y los ayunos». Pero no faltaban las dificultades. El beato Marzio de Gualdo, discípulo de san Francisco de Asís, «domaba su cuerpo bajo el peso de las piedras [reconstruyó una pequeña iglesia], se ejercitaba y se sometía a los trabajos del campo para que ningún vicio pudiera germinar en su cuerpo, y así pensaba someter la carne rebelde al espíritu». San Francisco de Asís no solamente vivía en la pobreza. Thomas de Celano escribió: «Cada vez que predicaba, antes de exponer frente a los asistentes la palabra de Dios, invocaba la paz: “Que el Señor, decía, os dé la paz”. Anunciaba esa paz constantemente, con la mayor devoción, a los hombres y a las mujeres, a los que encontraba, o lo encontraban». Se trata, evidentemente, de personajes excepcionales. Pero hubo muchos sacerdotes y monjes oscuros que llevaron una vida digna y honraron sus compromisos, aunque, por supuesto, no son mencionados en los textos.

Los miembros del clero actuaban como sus feligreses, y estaban completamente integrados en la sociedad del lugar, como lo atestiguan algunas cartas de remisión concernientes a Poitou. También intervenían en la vida económica. Guillaume de Limoges, sacerdote, deseaba fervientemente adquirir unos terrenos situados cerca de Niort, que pertenecían a uno de sus hermanos. Jean Sicault, que le había prestado a André Damguille dos escudos, intentaba recuperarlos: un sacerdote llamado Jean Paingot le propuso tomar su crédito, a cambio de seis blancas. Una carta de remisión de julio de 1498 señalaba

que en el tiempo de la vendimia, un molinero que pasaba por la aldea de Berthinville vio en un jardín a dos sacerdotes cosechando, que lo invitaron a beber. El cura de Seuilly, cerca de Mirebeau, los sacerdotes Pierre Mapault y Jacques Girier tenían una taberna. Gracias a su instrucción, los sacerdotes podían ejercer profesiones que exigieran cierta cultura. En una oportunidad, como el notario de Civray estaba demasiado ocupado, un tal Moriset fue a buscar a Jean Gaudre, sacerdote y notario de Charroux.

Los sacerdotes —pocas veces los monjes, que no estaban tan en contacto con los habitantes de la aldea— compartían la vida de sus rebaños. Muchos textos relatan que almorzaban o cenaban con sus feligreses, y se divertían con ellos. Jean Botard fue a una hostería a almorzar, y compartió su vino con dos sacerdotes. Como se sintió mal, fue a acostarse a un pajar que estaba cerca. Luego llegaron sucesivamente los curas de Melleran y de Sainte-Ouene, y el vicario de La Chapelle, que lo invitaron a ir a almorzar con ellos, y una hora más tarde, el sacerdote Perrot Davy, un molinero y dos arqueros, acompañados por una mujer pública, también lo invitaron (1491).

Los miembros del clero participaban de las distracciones de los aldeanos, como Pierre Fourné, cura de Aulnay, que se reunía con varios compañeros de esa ciudad, «para ciertos juegos, esparcimientos y diversiones que suelen hacer el día de la fiesta de san Nicolás, yendo de casa en casa para pedir lo que las buenas gentes quieran darles, como huevos, tocino, queso y otras cosas, para ir a beber juntos a la taberna u otras cosas». El 31 de diciembre de 1500, en la ciudad de La Rochefoucauld, hacia las nueve de la noche, el sacerdote Jean Guyonnet, llamado Descuratz, se paseaba disfrazado, armado con un sable corto, y con una cofia de seda amarilla bajo una capucha blanca para ocultar su rostro. Lo acompañaban otras ocho o

nueve personas, clérigos y laicos, disfrazados como él y muy ruidosos.

Los sacerdotes y los fieles se reunían también para cumplir sus deberes religiosos. Según una carta de 1394, el domingo posterior a la Trinidad, los feligreses de Nieul-le-Dolant, junto con su párroco, se dirigieron en procesión y peregrinación a la iglesia de Sainte-Flaive, a aproximadamente una legua de distancia. Al llegar a destino, «hicieron su ofrenda y oyeron la misa devotamente como lo deben hacer los buenos cristianos, y después salieron de la iglesia y fueron a casa del cura de la parroquia, donde bebieron y comieron, y luego regresaron».

Es muy difícil conocer la proporción de clérigos que se ajustaban a las exigencias de Cristo y de la Iglesia. ¡Habría que sondear los corazones! Algunos elementos incitaban, ciertamente, a la desobediencia. ¿Hasta qué punto tenían vocación los clérigos? Poseían una superioridad tanto material como intelectual con respecto a los laicos, y eso les ofrecía ventajas, pero también les ocasionaba inconvenientes, porque podían abusar de ellas. Y durante la larga Edad Media, las situaciones fueron cambiando. La reforma gregoriana del siglo XI trajo como consecuencia un mayor control sobre el clero. El complicado contexto de los siglos XIV y XV engendró desórdenes. En todo caso, el clero ordinario, que vivía en medio de los campesinos, tenía tendencia a comportarse como ellos. Y justamente no correspondían a la imagen que se solía tener de ellos.

La acción de la Iglesia fue en última instancia positiva en la Edad Media. Compuesta por personas falibles, evidentemente cometió excesos, y en ciertos momentos su actitud puede parecer incomprensible, incluso detestable, para nuestros contemporáneos. Sin embargo, cuando se mostró fiel a las enseñanzas de Cristo, aportó humanidad a un mundo

demasiado a menudo violento.

5

Los débiles

El mito de Pedro el Labrador

Una obra alegórica inglesa de la segunda mitad del siglo XIV —*Pierce the Ploughman's Creede*— describía así a un pobre campesino hacia 1394-1399: «Vi a un pobre hombre aferrado a su arado. Llevaba un tosco jubón. De la capucha agujereada sobresalían sus cabellos. Cuando caminaba, sus zapatos gastados, de gruesas suelas, dejaban ver los dedos de los pies. Las polainas le colgaban de las pantorrillas a ambos lados y, como caminaba detrás del arado, estaba todo embarrado. Tenía mitones confeccionados con tela rústica, gastados y llenos de estiércol. El hombre se hundía en el fango casi hasta los tobillos y llevaba delante de él cuatro novillas de aspecto miserable, tan flacas que se les podía contar las costillas. Su mujer caminaba a su lado, llevando una larga aguijada en la mano, vestida con una túnica encogida y envuelta en una criba de tela para protegerse del mal tiempo. Caminaba descalza sobre el hielo, y le salía sangre. Al final del surco, había un pequeño canasto, y adentro, un niño pequeño cubierto de

trapos, y del otro lado, dos mellizos de dos años, y todos cantaban una canción que daba pena oír: todos emitían el mismo lamento de acentos miserables. El pobre hombre suspiró amargamente y dijo: “¡Silencio, niños!”».

En 1464, un viajero inglés escribió, a propósito de los campesinos de Francia: «Los pobres de Francia beben agua, comen manzanas, con pan muy oscuro, hecho de centeno. No comen carne, salvo a veces un poco de tocino, o entrañas y cabezas de los animales que matan para la alimentación de los nobles y los mercaderes del país. No usan nada de lana, salvo una pobre camisa de tela rústica debajo de su vestimenta superior. Sus polainas son de una tela semejante, y no sobrepasan las rodillas, a las que se ajustan con una liga: los muslos quedan desnudos. Sus mujeres y sus niños van descalzos. No pueden vivir de otra manera, porque los granjeros, que debían pagar cada año un escudo de arriendo al señor, ahora pagan además cinco escudos al rey. Están así obligados por necesidad a vigilar, labrar, roturar la tierra para su subsistencia, hasta el punto de consumir sus fuerzas, y su especie es reducida a la nada. Están encorvados y son débiles, no son capaces de combatir y defender al reino. Tampoco tienen armas, ni dinero para comprarlas. Viven en la más extrema miseria, y sin embargo habitan el reino más fértil del mundo».

A fines de la Edad Media, la situación económica y social (guerras, epidemias) explica muchas de las dificultades, pero los detractores de esta época esgrimen argumentos que no tienen relación directa con ese contexto.

Algunos campesinos no eran libres. El término latino *servus*, que en la Antigüedad designaba al esclavo, se aplicaba ahora al siervo. Existía una gran variedad de servidumbres en esta época, pero ninguna de ellas correspondía a la esclavitud.

El políptico de Saint-Germain-des-Prés, redactado en tiempos del abad Irminón, a principios del siglo IX, mostraba que en las posesiones de la abadía vivían campesinos, entre los cuales algunos eran colonos, es decir, independientes, mientras que los otros, los siervos, dependían administrativamente del abad. Los siervos debían realizar prestaciones personales a veces humillantes, y podían sufrir castigos corporales.

Los criterios de servidumbre fueron cambiando, como lo muestra Dominique Barthélemy. En las épocas carolingia y poscarolingia, consistían en primer lugar en la dependencia corporal: pago de un tributo anual, impuestos sobre el matrimonio y la herencia. Luego, se los reemplazó o se les agregó, en Francia, la talla arbitraria; en Inglaterra, la prestación personal pesada, y en Cataluña, toda una serie de derechos, entre ellos, el «derecho a maltratar». A partir del siglo XIII, todos los siervos eran campesinos, mientras que antes no había sido así.

Antes del año 813, aproximadamente, las uniones entre siervos eran consideradas concubinatos. Durante muchos siglos más, aunque esas uniones ya se consideraban verdaderos matrimonios, fueron controladas por los amos. Cuando los esposos no tenían el mismo amo, el destino de la descendencia planteaba problemas. Por ejemplo, durante la primera mitad del siglo XI, se suscitó un conflicto entre el abad de Saint-Florent de Saumur y el conde de Anjou, Foulque Nerra, a propósito de la descendencia de Landry, siervo de Saint-Florent, quien, a espaldas del abad, había tomado una esposa entre los siervos del conde, con la que tuvo cinco hijos y seis hijas. Los amos de ambos fueron a la justicia porque no se ponían de acuerdo con respecto a esos niños: el abad decía que toda la descendencia pertenecía a Saint-Florent según la costumbre del lugar, y el conde, por su parte, reivindicaba la

mitad para sí mismo. «Finalmente, ante la desmesurada violencia del conde, el abad consintió, con la conformidad de los monjes, en que los hijos de Landry, el susodicho siervo, fueran repartidos». Del mismo modo, en 1196, los monasterios de Saint-Denis y de Saint-Lucien de Beauvais suscribieron un acuerdo referente al casamiento entre sus dependientes y la división de su descendencia. «Si nuestras mujeres se unen en matrimonio a hombres de Saint-Denis, o a la inversa, mujeres de Saint-Denis a nuestros hombres, deseamos y fijamos de común acuerdo que todos los herederos provenientes de tal unión sigan absolutamente la condición de su madre, excepto algunos de ellos, a voluntad o por decisión de la iglesia a la que pertenece el padre, que quedarán totalmente bajo la condición del padre, en compensación por la pérdida del padre». De este modo, los «hombres» de las abadías del sur de la Picardía y de Île-de-France no podían casarse libremente, y las parejas no tenían derechos sobre sus hijos, que se repartían entre las abadías.

Las herencias eran controladas y gravadas, y la condición infamante de dependencia corporal de los siervos, todavía numerosos en Borgoña en el siglo XIV, subsistió a través de tasas de reconocimiento, como la de los bienes de «manos muertas»: cuando un siervo moría sin descendientes directos, sus bienes eran tasados y vendidos a beneficio del señor.

En 1496, un estatuto del rey Juan Alberto suprimió la mano de obra libre en Polonia. «Con el fin de prevenir el relajamiento de las costumbres de los jóvenes del pueblo, y al mismo tiempo impedir el abandono de las tierras, pues las explotaciones se vacían como consecuencia de la escasez de mano de obra en el campo, porque los jóvenes campesinos dejan a sus padres... decretamos que, en cada explotación, un solo hijo podrá dejar a su padre para convertirse en criado, o, preferentemente, para estudiar letras o un oficio. Los demás

permanecerán en su heredad con sus padres».

Los campesinos debían pagar pesados impuestos. El hermano Ludwig, franciscano alemán, declaró, a fines del siglo XIII, que los agricultores eran amados por Dios en razón de injusta opresión a que los sometían sus señores. «Se dejan atormentar y oprimir por ellos bajo la carga demasiado pesada de sus prestaciones, tan insoportables que podrían decir con Joel: “Los labradores están consternados porque se ha perdido la cosecha”. Porque todo lo que recogen es tomado y devorado por los señores». Por los señores, pero también por el rey y la Iglesia.

¿Qué cargas pesaban sobre los campesinos? Las prestaciones de las que hablaba el hermano Ludwig consistían en un servicio gratuito que imponía el dueño a todos sus arrendatarios, libres o no. Dada la escasa cantidad de moneda, no se podía pagar en efectivo, especialmente durante la alta Edad Media. En las grandes posesiones de aquella época, esas prestaciones podían representar para cada dominio varios días por semana. En los siglos X y XI, se hicieron menos indispensables. Entonces fueron reemplazadas en muchos casos por prestaciones públicas, como el mantenimiento de los caminos. El registro del priorato de Hurtsbourne, en Hampshire, redactado hacia 1050, daba una idea de esas prestaciones y de las exigencias de los señores. «Por cada hide [ciento veinte acres], los campesinos deben cuarenta denarios en el equinoccio de otoño, y seis medidas de cerveza, y tres sextarios de trigo para el pan. Deben cultivar tres acres, sembrarlos con su propia semilla y almacenar la cosecha. Deben tres libras de cebada como censo, tienen que segar medio acre de prado y hacer haces con el heno, proveer cuatro cargas de madera partida, ponerlas en pilas y proveer dieciséis estacas para cercas. En Pascua, deben entregar dos ovejas, con dos corderos (se cuentan dos animales jóvenes por cada

adulto); deben lavar y esquila los corderos, y trabajar bajo prescripción todas las semanas, excepto tres: en Navidad, en Pascua y durante las Rogaciones». Como puede observarse, no estaba definido el trabajo semanal.

El arrendatario libre debía un censo, que constituía el arriendo que le pagaba al propietario de la tierra que usaba. Hasta los siglos X y XI, ese alquiler incluía también los servicios, que, como vimos, luego empezaron a disminuir. El censo podía ser pagado en dinero o en especie.

Los ingresos feudales estaban compuestos por el diezmo que percibía la Iglesia o personas que lo acaparaban. En efecto, cuando los laicos echaron mano sobre los bienes de la Iglesia en los siglos 8 y 9, se consideró que los diezmos formaban parte de los dominios. Al final de la Edad Media, el cobro del diezmo dio origen a muchos conflictos.

En cuanto a los impuestos propiamente dichos, al principio eran recaudados por los que ejercían la autoridad. Sólo en 1357 —Juan el Bueno había sido tomado prisionero en Poitiers en 1356, y hubo que pagar un enorme rescate a los ingleses—, apareció el impuesto real. Esos impuestos derivaban del derecho feudal de vasallaje, del poder de mando. Al principio, fueron acaparados por los señores feudales, pero luego se percibían a favor del rey. Citemos, entre otros, la prohibición a los habitantes de un territorio de vender su vino por un tiempo determinado (generalmente, tres semanas o un mes), durante el cual el señor era el único que tenía derecho a negociar su cosecha, cuando los precios eran más altos.

Cuando la economía se hizo monetaria, la talla, que apareció en la segunda mitad del siglo XI, le permitió al señor feudal hacer participar a sus hombres de los impuestos que pesaban sobre sus dominios. Su objetivo era, en principio, retribuir la protección que proporcionaba el señor, pero muy

pronto perdió su justificación. La talla «a voluntad» era fijada de manera arbitraria. La talla real se originó en parte en esta talla señorial. Al principio servía para compensar el servicio armado, pero luego se extendió a todos los súbditos del príncipe. La talla se convirtió en un impuesto distributivo, que se fijaba para una comunidad y se repartía entre sus miembros. Además estaba el fogaje, que consistía en una carga fija, ya que todos los hogares se gravaban de la misma manera.

A fines del siglo XIV, la talla era el impuesto directo por excelencia, mientras que los impuestos indirectos eran los concernientes al transporte o la venta de ciertos productos alimenticios.

Los impuestos que se consideraban excesivos provocaban conflictos. Sin embargo, la idea de un mundo campesino indefenso no resiste ningún análisis.

La imagen del campesino sujeto a la gleba también debe ser revisada. Se puede aplicar, por cierto, a las poblaciones serviles, pero no a los campesinos libres. Algunos incluso poseían alodios, es decir, tierras libres de cargas señoriales. Eran propietarios en el sentido actual del término.

La condición servil no era tan mala como se ha sostenido. Los siervos de Saint-Germain-des-Prés del siglo IX, diferían profundamente de los cautivos paganos llevados por los traficantes a la península ibérica. Eran explotados, pero no se los podía comparar con los esclavos. Debían prestar servicios personales, pero sólo eran más humillantes que los que se les exigía a los campesinos libres. Por ejemplo, en las proximidades de Saint-Maur-des-Fossés, hacia 870, tenían que esparcir el estiércol que traían los campesinos libres en sus carretas. Conservaban una porción de tierra para cultivar. Desde el comienzo del siglo IX, contraían uniones que se consideraban legítimas. Y los hombres gozaban de derechos

paternos. El problema de los siervos que se casaban con personas de otro feudo se resolvía de distintas maneras. La mejor consistía en armonizar el estatus de los dos miembros de la pareja, es decir, darle a la mujer un estatus similar al del marido con el cual iría a vivir. En cuanto al reparto de los hijos que mencionamos anteriormente, no provocaba exactamente la división de la familia, sino que otorgaba a dos amos derechos sobre las personas que vivían juntas.

Quedaría por considerar la coacción, los impuestos serviles. Pero también había impugnaciones, olvidos... y manumisiones. «Les hemos concedido y les concedemos por la presente la manumisión o libertad perpetua y la libre residencia en todo el reino, liberándolos totalmente a partir de este momento, a ellos y a sus hijos y sus herederos en línea directa de los vínculos de servidumbre», puede leerse en un acta de principios del siglo XIV. Esas manumisiones demuestran que algunos siervos habían podido adquirir cierta fortuna, pues si bien en muchos de los documentos no se habla de ello, la liberación por parte de los señores se hacía de manera onerosa.

Los arrendatarios tenían derechos sobre las tierras que cultivaban. Por ejemplo, durante más de veinte años, una pequeña aldea «de Saint-Julien», cerca de Burdeos, estaba completamente despoblada y sin cultivar. El señor debió esperar que los derechos de los poseedores o de sus herederos prescribieran para volver a otorgar las tierras. «Los arrendatarios murieron, y no se presentó ningún heredero, ni otras personas a quienes pertenecían o debían pertenecer las casas, ante los señores prior y capítulo, ni les informó sobre sus derechos, ni pagó los censos debidos por sus bienes, y esto sucedió durante veinte años y más... El señor provisor de Burdeos mandó hacer citaciones, denuncias, anuncios públicos y perentorios en la iglesia mayor y en las quince

capillas parroquiales de Burdeos, una, dos y tres veces, y la cuarta por añadidura, después de tres faltas de respuesta, para anunciar lo que sigue». Como nadie compareció, en 1364, el provisor de Burdeos entregó al prior y capítulo de la iglesia Saint-André de Burdeos «licencia y autoridad para disponer de los emplazamientos para provecho y utilidad de su iglesia».

Y los campesinos se desplazaban. Los desmontes, la fundación de aldeas rurales que servían como refugios, de «villanuevas» y de fortificaciones en los siglos XI y XII, muestran que no tenían ningún problema en viajar a centenares de leguas de su lugar de residencia. Esas migraciones se volvieron a producir durante la guerra de los Cien Años, pero esta vez en un contexto de desolación.

En la región de Chartres, los desplazamientos, de una duración muy variable, y a veces definitivos, se realizaban a escala local, interregional o internacional. Colin-Gayet, de Bois-Rouvray, fue a instalarse a la parroquia Saint-Saturnin de Chartres, a unos veinte kilómetros de su lugar de origen. Hubo un importante movimiento migratorio de bretones, a los que se agregaron normandos y lemosinos en la segunda mitad del siglo XIV. Durante la segunda mitad del siglo XV, una vez terminada la guerra, cada vez más gente emigraba, probablemente para trabajar las tierras que quedaban sin cultivar. Para muchos, la región de Chartres representaba sólo una etapa antes de partir hacia una ciudad más importante.

También debe relativizarse la carga excesiva de los impuestos. El censo era un alquiler, no un impuesto, y en muchos casos era muy bajo. Cuando se otorgaban tierras en arriendo a perpetuidad, y el censo se pagaba en dinero, la devaluación de la moneda hacía que el alquiler tuviera un valor de reconocimiento: este era un elemento favorable para el campesino, pero desastroso para el señor feudal, cuyos

ingresos disminuían considerablemente.

El diezmo no se aplicaba a todas las cosechas, sino sobre todo a los cereales, y no siempre representaba la décima parte. Y este diezmo no sólo servía para el ejercicio del culto, sino también para la asistencia pública y la enseñanza en las parroquias.

Es cierto que los impuestos sobre las ventas presentaban a veces graves inconvenientes, pero los peajes, por ejemplo, permitían mantener las rutas y los puentes. A veces se usaban en forma incorrecta, ya que sin duda existían señores feudales corruptos. Pero no hay que generalizar.

La talla «a voluntad» que percibía arbitrariamente el señor se practicaba cada vez menos, ya que muchas veces el campesino conseguía su abolición. La talla fija que se pagaba anualmente gravaba al arrendatario, y no a la tierra arrendada. Podía suceder a la talla arbitraria o aplicarse a arrendatarios de un feudo nuevo, cuyo contrato estipulara una talla que se sumaba al censo rural. De este modo, estaba más o menos vinculada a la tierra, dejaba de ser personal y se volvía real.

Por otra parte, los señores solían aligerar los tributos para atraer a los campesinos o retenerlos en un contexto difícil. Por ejemplo, cuando en 1182 Felipe Augusto creó en uno de sus bosques una «villanueva», un terreno virgen para cultivar, ofreció a los futuros colonos cargas señoriales reducidas: ninguna talla, un servicio de milicia moderado, disminución de las multas. «Los habitantes estarán exentos y eximidos de censo, talla y toda otra exacción injusta. No irán a la milicia ni a los desfiles, a menos que puedan volver a su casa el mismo día, salvo en caso de guerra. Podrán usar la madera seca de nuestro bosque de Cuise. En caso de delito, las multas serán: para los delitos pasibles de 60 sueldos, 5 sueldos; para los delitos de 5 sueldos, 12 denarios. Quien desee disculparse bajo

juramento podrá hacerlo y no pagará nada».

La Peste Negra y la guerra de los Cien Años provocaron el despoblamiento de las aldeas. En el transcurso de la segunda mitad del siglo xv en particular, durante la reconstrucción, los propietarios rurales debieron ofrecer ventajas convenientes para que los campesinos regresaran.

Existían campesinos propietarios y ricos. Ya hemos mencionado a los que poseían alodios, tierras en plena propiedad, es decir, no sometidas a ningún canon pecuniario, y sólo debían realizar algunas prestaciones o servicios públicos. Es probable que esta pequeña propiedad haya sido mayoritaria hasta los siglos x y xi, frente a los grandes dominios. Cuando se instituyó el régimen señorial, muchos campesinos dueños de alodios perdieron su estatus, por la fuerza o la necesidad, con diferencias según los países. En efecto, ese movimiento de absorción fue mucho más débil en las regiones meridionales de la Europa occidental, donde podía observarse que campesinos modestos vendían libremente sus tierras.

Algunos campesinos poseían fortunas nada desdeñables. Por medio de matrimonios, herencias o usurpaciones, habían podido adquirir tierras, y por lo tanto, aumentar su producción. Como solían prestar semillas o dinero a sus vecinos, a veces terminaban por comprar o confiscar sus tierras, cuando ellos no podían pagar sus deudas. Los libros de contabilidad de las casas rurales inglesas muestran que algunos arrendatarios sembraban menos de una hectárea, mientras que otros, en la misma aldea, sembraban más de cincuenta.

De este modo se creaba toda una jerarquía que iba del gran agricultor hasta el miserable asalariado agrícola que en invierno se dedicaba a trabajos complementarios, como el

tejido de telas. Y como el labrador rico, junto con los miembros de su familia, no podía realizar todas las tareas agrarias, recurría a los trabajadores agrícolas de los alrededores.

Los campesinos no eran individuos aislados. Las comunidades rurales que se formaban les permitían hacer valer mejor sus derechos. Al igual que los habitantes de las ciudades, especialmente en Inglaterra y en el norte de Francia, se organizaban e instituían una reglamentación que los responsables debían aplicar, y gozaban de libertades individuales o colectivas. La comunidad campesina no se formó contra el señor feudal: en Máconnais se organizó al mismo tiempo que el feudo. «La necesidad de luchar y defenderse fortaleció en esa época [siglos XI a XIII] la solidaridad campesina. En todo Occidente, la comunidad rural, esa asociación de todos los jefes de familia nacida de las relaciones de vecindad y unida más estrechamente por la necesidad de regular las relaciones entre la posesión privada de los campos y la posesión colectiva de las tierras sin cultivar, se solidificó aún más» (Georges Duby).

A veces, los campesinos se defendían de una manera bastante discutible. No hablamos de rebeliones populares, sino de una resistencia cotidiana, sin violencia. Eso hacía, por ejemplo, el trabajador asalariado que había podido comprar una fracción de tierra para plantar en ella algunas filas de cepas, y hacía trampa al cultivar su viña, ya que normalmente su jornada de trabajo comenzaba con la salida del sol y terminaba cuando oscurecía. En Sens, en 1383, los hombres de Iglesia, los nobles, los burgueses y los habitantes de la ciudad y los alrededores, se quejaron ante Carlos VI de que los «trabajadores y los cultivadores de viñas, que cobran por trabajar durante el día [...] abandonan su labor y parten entre el mediodía y alrededor de la hora nona, especialmente un

gran espacio de tiempo antes de la caída del sol, y van a trabajar a sus viñas», donde hacían para sí mismos «tanto trabajo o más que el que hicieron todo el día para quienes les pagan». Más aún: durante el tiempo que pasaban en las viñas eclesiásticas, nobles o burguesas, ahorraban sus fuerzas porque querían guardarlas para trabajar después de partir. Y sólo aceptaban el trabajo si podían actuar de ese modo. En Auxerre, cuando el reloj de la catedral hacía sonar la hora nona, es decir, a las tres de la tarde, los viñateros, según decían los burgueses de la ciudad, gritaban muy fuerte «para que a su grito, todos se fueran, dejando su trabajo». Eso provocaba conflictos, que los soberanos trataban en vano de apaciguar.

Un relato de un ciudadano florentino, escrito a principios del siglo xv, muestra que ser dueño de una aparcería exigía una gran vigilancia. «Y además, lo que obtuve de él como compensación por las cosas que me quitó con tanta frecuencia. A saber, mi parte de un cerdo que vendió sin avisarme, y que teníamos a medias, y las cañas que vendió durante dos años y la leña que vendió sin decirme nada. Además, los granos: durante dos años no sembró su parte, que iba a medias, y no sembró los que le di de mi parte, o apenas. Y además, la parte que me correspondía de un cerdo que tenía, y no me entregó. Luego, las bellotas cosechadas, que le dio al cerdo y a los carneros que tenía él, y no me dio nada a mí. También la paja que se llevó a su casa. También dos maderas de arado que me quitó y un tronco de nogal de tres brazas. También muchas estacas que hizo en su casa y vendió a otros. También muchas estacas que había comprado en Cerracchio y que se llevó. También las habas que había sembrado, que cosechó y comió, sin darme nada. Además, las cadenas que eran mías, y sacó de mi casa. Y también, como reparación por el grano que me robó, cuando cosechaba y escondía las gavillas en el bosque, por todas partes, y que encontramos en muchos lugares».

Las condiciones de vida de los campesinos eran, pues, mejores —en todo caso, menos malas— que lo que se suele decir. Sin embargo, a fines de la Edad Media, mientras por un lado aumentaba la influencia de un campesinado pudiente, por el otro, la condición de los pobres sufrió un deterioro.

Artesanos hábiles

También habría que revisar el punto de vista habitual sobre el mundo del artesanado. Su misión era producir obras bellas, incluso verdaderas obras de arte. Además, precisamente era obligatorio producir una obra de arte para convertirse en maestro. En cuanto a las condiciones de trabajo, seguramente les parecerían muy duras a nuestros contemporáneos. Pero a veces, las apariencias engañan.

Los estatutos de los oficios parisinos, especialmente el famoso Libro de los oficios de Étienne Boileau, preboste de París en la época de san Luís, al igual que los reglamentos de otras ciudades, definían los límites de la jornada de trabajo. Comenzaba normalmente al salir el sol, o una hora más tarde, y finalizaba cuando se iba la luz, es decir, a la hora de la queda, o cuando sonaban las completas, es decir, a las 6 o 7 de la tarde. Pero la duración variaba según los oficios. Los bataneros y los tejedores de telas trabajaban en invierno desde las 6 de la mañana hasta las 5 de la tarde, y —desde Pascua hasta san Remigio—, de 5 de la mañana a 7 de la tarde. Las hilanderas de seda estaban aún más desfavorecidas, ya que su jornada comenzaba en verano a las 4 de la mañana (en

invierno, a las 5), y terminaba a las 8 de la noche.

Quiere decir que el trabajo nocturno estaba prohibido, aunque esa prohibición no se respetaba demasiado. Y algunos oficios pedían exenciones. En 1467, los guanteros le hicieron saber al rey que en invierno existía una fuerte demanda para sus productos, y le rogaron que les permitiera trabajar de 5 de la mañana a 10 de la noche. La autorización les fue concedida. ¡Entre sus argumentos figuraba el de que los compañeros y los aprendices que estaban desocupados durante demasiado tiempo, frecuentaban lugares inconvenientes y luego trabajaban mal!

No todos los asalariados se hallaban en la misma situación. Cuando los empleaban por períodos prolongados, dependían mucho más del empleador. Este sólo estaba restringido por la prohibición de trabajar a la luz de las velas, y por los límites físicos de su empleado. Además, el estatuto de los tundidores especificaba que las horas de trabajo indicadas sólo eran válidas para los compañeros contratados «por día».

En verano, la jornada de trabajo podía extenderse a 16 o 17 horas, mientras que en invierno no superaba las 11 horas. Esto se refiere a la cantidad de horas entre el comienzo y el final del trabajo. Había que restarle, por lo tanto, los períodos de descanso y los que se dedicaban a las comidas. El estatuto de los tundidores de paños de 1384 les otorgaba en invierno media hora al comienzo del día «para su bebida matutina»; una hora para desayunar, a las 9 de la mañana; y una hora para comer, a la 1 de la tarde. En verano, los períodos de pausa y de comidas para los tundidores se elevaban a tres horas y media.

Como lo muestra Bronislaw Geremek, incluso quitando las horas de pausa, la jornada laborable del artesanado parisino llegaba —en verano, es decir, durante más de siete meses—, a los límites de la resistencia física.

Los talleres estaban integrados por aprendices, compañeros y maestros. Todos ellos tenían problemas.

Los aprendices, que habían gastado dinero para su mantenimiento y la iniciación en su futuro oficio, solían ser explotados. En efecto, a partir de la firma del contrato, debían plena obediencia al maestro, que podía usarlos como mano de obra cuando adquirían cierta competencia. Esto puede verse en las numerosas referencias de los estatutos a las fugas. Se invocaban la juventud y la inestabilidad del carácter. Pero los tejedores admitían que el maestro podía tener una parte de responsabilidad. En esos casos, intervenían los jurados. Los maestros tenían derecho a castigar corporalmente a los aprendices, y a veces, abusaban de esa facultad. En 1382, un tendero golpeó a su aprendiz con una llave en la cabeza con tanta violencia que este falleció unos días más tarde. Lo mismo sucedió en Arras en 1424, cuando un albañil golpeó cruelmente a un aprendiz que se había mostrado grosero con sus empleadores, y este murió a causa de las heridas.

Los compañeros eran llamados generalmente valets en el Libro de los oficios, lo que mostraba su situación de dependencia, una dependencia muy grande, si se tiene en cuenta especialmente que por lo general se los contrataba por todo el año. En realidad, podían ser empleados por períodos más cortos, pero en ese caso quedaban más expuestos a los azares de la coyuntura.

A menudo, los obreros asalariados tenían que desplazarse para encontrar trabajo. En 1469, Jean Piot el joven, trapero de veinticinco o veintiséis años, que vivía en París con su mujer y sus hijos, declaró que había nacido en París, que había vivido allí durante su infancia y había aprendido el oficio de jubonero hasta los dieciocho años. Una vez formado, partió en busca de una buena fortuna, especialmente a Brujas, donde vivió

durante algún tiempo. Más tarde fue a Arras, donde trabajó y se casó. Luego ambos esposos se dirigieron a París. Al parecer, Jean Piot no hizo fortuna, puesto que no pudo pagar los honorarios de la maestría. Entonces pidió autorización para ejercer el oficio de trapero. Con mucha frecuencia, en efecto, los compañeros no disponían de los medios necesarios para acceder a la maestría.

Entre los maestros, los que ejercían a domicilio mantenían una cierta independencia, porque no vendían más que el producto de su trabajo. Pero había otros —especialmente en los oficios textiles— que se convertían en verdaderos asalariados: hilanderas, tejedores, bataneros. Cuando contraían deudas con sus patrones, a veces con los propietarios de las casas en las que vivían, terminaban por caer en una completa dependencia.

Se producían disputas entre los diferentes oficios. Durante decenas de años, los talabarteros y los guarnicioneros se enfrentaron por el derecho a fabricar sillas de montar. Al final del siglo xv, los talabarteros pidieron que se pusiera fin a la corporación común de la que formaban parte ambos oficios: «Y tienen los susodichos guarnicioneros que son grandes comerciantes ricos a los susodichos peticionarios en tal sujeción que los susodichos peticionarios no pueden vender sus productos y obras sino a vil precio y por menos de lo que valen». En cuanto a los compañeros, no siempre se entendían entre ellos en lo concerniente a las condiciones de trabajo ni al reparto de tareas dentro de un taller. También existía cierta antipatía entre compañeros de profesiones diferentes. Pero por lo general, los antagonismos tenían lugar entre los maestros y los asalariados.

Por ejemplo, en el siglo xv, los compañeros y los maestros tundidores de paños se enfrentaron a propósito de la duración

del trabajo. Este asunto fue relatado por Bronislaw Geremek. En 1047, los compañeros presentaron una demanda ante el tribunal civil de Châtelet, argumentando que los maestros los obligaban a trabajar de noche. Protestaban así contra los mismos reglamentos, ya que estos permitían comenzar el trabajo a medianoche en invierno (estatuto de 1348). En 1411, todavía regía la ordenanza en la que figuraba esta cláusula, pero se otorgaba a los compañeros una pausa de media hora a las 9 de la mañana para desayunar. Los maestros no estaban de acuerdo, y se negaban a reconocer esta pausa. Una sentencia de 1415 decretó que, en invierno, la jornada laborable comenzara a las 6 de la mañana y terminara a las 5 de la tarde, con dos pausas: media hora para desayunar y una hora para comer. En los considerandos de la sentencia, se mencionaban las frecuentes discusiones que se producían entre los maestros y los compañeros a propósito de la duración de la jornada laboral. En caso de infracción, se estipulaban multas. Pero no se solucionaron todos los problemas, puesto que en 1489 se decidió que la jornada de trabajo de invierno no debía comenzar antes de las 6 de la mañana ni terminar después de las 7 de la tarde, y esto la prolongaba en dos horas con relación a la sentencia de 1415. Al año siguiente, después de tomar conocimiento de las sentencias de 1410 y 1415, el Parlamento de París declaró que los compañeros debían trabajar fuera de las horas definidas por las antiguas ordenanzas. Por lo tanto, los compañeros no lograron sus pretensiones en este punto. En cambio, el Parlamento les dio la razón en 1495, cuando los maestros violaron el reglamento de 1490, según el cual estos debían a dar prioridad a los compañeros de París sobre los extranjeros. Al mismo tiempo, el Parlamento estipuló que los maestros debían mantener y alimentar durante todo el año a los compañeros contratados en forma anual, incluso si no prestaban servicios durante la temporada baja.

Las disputas referentes al salario eran menos frecuentes, y eso se explica por el hecho de que su monto se fijaba de una manera más rígida. Los conflictos se suscitaban más bien por el pago, por ejemplo cuando el empleador no pagaba los salarios a tiempo.

Al final de la Edad Media, se cerró el acceso a la maestría. El Libro de los oficios no mencionaba en forma explícita la necesidad de presentar una obra maestra. Pero eso no significa que se hubiera dejado de verificar las aptitudes. En los siglos XIV y XV, se seguía exigiendo a los candidatos a la maestría que conocieran su oficio, pero también debían aprobar un examen frente a los jurados, y se comenzó a exigir cada vez más una obra maestra, una exigencia que se generalizó en el siglo XV. Pero la realización de ese trabajo exigía al mismo tiempo medios financieros para comprar los materiales y el tiempo necesario para su elaboración.

Para cerrarles el camino a los candidatos, los maestros disponían de dos medios: rechazar la obra maestra con el argumento de que no correspondía a los criterios técnicos, o aumentar los costos. Además, para entrar a una corporación, había que pagar una suma importante, a la que se agregaban los gastos de la comida. Sin hablar de los regalos a los jurados... Por lo general, los compañeros no podían esperar una promoción. La maestría estaba reservada, cada vez más, a los hijos de los maestros.

Con la perspectiva de un trabajo ilimitado, una vivienda deficiente o un salario miserable, ¿cómo entender que algunos emprendieran la carrera de artesano?

Es cierto que las jornadas de trabajo eran largas y las vacaciones pagas no existían todavía, pero no hay que creer que los artesanos trabajaran 365 días por año. Los domingos eran feriados, los sábados y las vísperas de algunas fiestas

religiosas se trabajaba medio día. Y esas fiestas, en las que obviamente no se trabajaba, eran muchas en la Edad Media, alrededor de cuarenta, aunque esa cifra podía variar según las regiones, por la celebración de los santos locales. Los sábados, el trabajo terminaba generalmente a partir de las 3 o las 4 de la tarde.

Tomemos el ejemplo de los panaderos. Tenían prohibido cocer el pan aproximadamente ochenta días por año. Las fiestas que figuraban en el Libro de los oficios de Étienne Boileau eran, en primer lugar, la de la Ascensión y la de los Apóstoles, los lunes de Pascua y de Pentecostés, y los dos días posteriores a Navidad. A estas se añadían las siguientes: santa Genoveva y la Epifanía, los días 3 y 6 de enero; la Purificación de la Virgen, el 2 de febrero; la Anunciación, el 25 de marzo; Santiago el Menor y san Felipe, y el Descubrimiento de la Santa Cruz, el 1 y el 3 de mayo; el día de san Juan el Bautista, el 24 de junio; santa María Magdalena, Santiago el Mayor y san Cristóbal, los días 22 y 25 de julio; san Pedro en cadenas, san Lorenzo, la Asunción y san Bartolomé, los días 1, 10, 15 y 24 de agosto; la Natividad de la Virgen María y la Exaltación de la Cruz, los días 8 y 14 de septiembre; san Dionisio, el 9 de octubre; el Día de Todos los Santos y de los Muertos, y san Martín, los días 1, 2 y 11 de noviembre; san Nicolás y Navidad, los días 6 y 25 de diciembre.

Incluso sin tomar en cuenta el mal tiempo, que implicaba la interrupción del trabajo en algunos oficios, tenemos de una manera general alrededor de ciento noventa días completamente laborables, y alrededor de setenta días de media jornada de trabajo. Algunos hechos inesperados, como la muerte de un miembro de la corporación, podían disminuir aún más esa cifra. Por último, el estatuto de los «trefiladores de latón» estipulaba que los compañeros tenían derecho a un mes de vacaciones en agosto, probablemente para realizar

trabajos agrícolas.

Estas cifras no corresponden exactamente a la realidad, ya que eran frecuentes las demandas por la falta de cumplimiento de los feriados, así como las sanciones que se tomaban contra los artesanos que trabajaban en esos días. Las cuentas de la construcción del hospicio Saint-Jacques mostraban que los obreros trabajaban en promedio unos veinte días por mes, es decir, cuatro o cinco días por semana.

Los salarios permanecían prácticamente invariables cuando perturbaciones monetarias eran leves. Pero no sucedía lo mismo épocas de crisis, por ejemplo, después de la epidemia de la Peste Negra. Juan el Bueno tuvo que tomar medidas, y la gran ordenanza 1351 decretó que los salarios no debían ser superiores al tercio de 1 niveles anteriores a la Peste Negra. Por supuesto, los obreros exigían aumentos. Unos años más tarde, otra ordenanza mostró la ineficacia de la «gran ordenanza»: «por el alto costo de los obreros que no quieren realizar las tareas si no se les paga según su voluntad». Para, evitar las tarifas de los salarios diarios, los obreros no querían ser empleados por día, y preferían trabajar a destajo.

Las tarifas no se respetaban. Mientras que la ordenanza de 1351 prescribía no pagar a los artesanos de la construcción más de 32 denarios en verano y 26 en invierno cuando se trataba de un maestro, y más de 20 denarios en verano y 16 en invierno si se trataba de un ayudante, en el hospital Saint-Jacques pagaban, en 1349-1350, entre 48 y 60 denarios a un maestro y 30 denarios a un ayudante. En 1352-1353, un maestro recibía entre 60 y 96 denarios, y un ayudante, entre 32 y 42.

Cuando la situación era normal y había suficiente mano de obra, los salarios se fijaban a partir de reglas no escritas, de cuyo cumplimiento se encargaban los empleadores.

No todos los trabajadores eran tratados de la misma manera. La deplorable condición de los obreros textiles contrastaba con la situación privilegiada de los mineros. Las ventajas que se concedían a estos últimos se debían a los ingresos que producían las minas. Los señores feudales de Europa, especialmente los de Europa Central e Inglaterra establecieron una administración minera, independiente de las autoridades locales, que dirigían los mismos mineros.

Esos mineros estaban exentos de los impuestos habituales, de diversos derechos de peajes y del servicio militar. Se les acordaban concesiones, y lo que el concesionario descubría en su terreno le pertenecía, podía negociarlo y transmitirlo a sus herederos. En 1198, cuando el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León reorganizó las minas de estaño de su país, favoreció a los mineros para obtener un mejor rendimiento. El rey Juan sin Tierra continuó esa política. En 1201, decretó: «El antiguo derecho de los mineros de excavar la tierra para extraer el estaño en cualquier momento, en cualquier lugar, en paz y libremente, sin ninguna clase de prohibición, incluso en las dunas o en tierras de un abad, un obispo o un conde... les da también el derecho de recoger y colocar en haces toda la leña menuda que necesiten para su fundición, sin causar daños a los bosques, así como el derecho de desviar el curso de los ríos si necesitan el agua para las curtiembres, como establecen las costumbres antiguas» (citado por Jean Gimpel). Y los mineros no dependían de la justicia local, sino de sus propias cortes de justicia.

Los compañeros se organizaron, y así pudieron resistir mejor a las exigencias de los empleadores.

Existían cofradías de oficios que agrupaban a maestros y compañeros. Por supuesto, los primeros preferían que los compañeros no crearan sus propias cofradías. Pero los

intereses de ambos grupos se oponían en muchos puntos. Señalemos que el término «compañero» que, hasta los siglos XIV y XV, designaba en Francia a los miembros de las corporaciones, y por lo tanto, también a los maestros, se aplicó después solamente a los oficiales. Empezó a surgir la solidaridad. Cuando en 1407 los compañeros tundidores de paño intentaron un proceso contra sus empleadores, todos ellos tuvieron que aportar dinero para cubrir los gastos. En 1415, una de las partes que se presentó ante el Châtelet fue la «comunidad de los compañeros tundidores».

En algunos oficios, la dirección incluía a representantes de los compañeros. Estos, además de la defensa de los intereses de sus colegas, se encargaban de determinadas tareas, por ejemplo, de velar por el cumplimiento de las horas de trabajo. Las cofradías de oficiales se hicieron cada vez más numerosas, y eso permitió a sus miembros oponerse a los empleadores con alguna probabilidad de vencer o de llegar a un acuerdo satisfactorio. Eso ocurrió en 1425, al producirse un conflicto entre los maestros y los compañeros del oficio de los herreros de Tréves. A veces, los compañeros llegaban a usar la Suspensión del trabajo como medio de protesta. En Troyes, en 1358, estalló una disputa dentro de los oficios de los paños a propósito de la duración de la jornada laboral. Los pañeros declararon que los asalariados se negaban a trabajar antes del final de la misa, y que, después de ponerse de acuerdo, impedían que todos los asalariados, aprendices y compañeros, fueran a trabajar más temprano. Una carta de remisión de 1472 relataba que, quince años atrás, los cinco obreros de una herrería dejaron de trabajar después de nueve meses, porque el herrero no les pagaba el salario: el diferendo terminó con el asesinato del herrero.

Sin los artesanos, no habrían existido esas catedrales cuyas altas bóvedas admiramos en la actualidad. Sin ellos, no habrían

existido esos vitrales cuyos brillantes colores resplandecen bajo el sol. Sin ellos, no tendríamos esos manuscritos ricamente ornamentados de los que se vanaglorian nuestras bibliotecas.

El maestro albañil desempeñaba un papel fundamental en la construcción de un edificio. Lo atestigua la crónica del monje Gervais, cuando relata los trabajos de Guillaume de Sens, maestro albañil francés, constructor del nuevo coro de la catedral de Canterbury (segunda mitad del siglo XII). «Se comprometió a conseguir piedras allende los mares. Construyó aparatos para cargar y descargar los barcos, y para transportar el cemento y las piedras. Entregó los modelos para tallar la piedra a sus obreros, que estaban reunidos, y sin pérdida de tiempo, preparó otras piezas semejantes». El maestro, que disponía de una sólida experiencia después de haber sido oficial durante varios años, adquirió una mayor importancia a medida que la arquitectura de los edificios se tornaba cada vez más complicada. En el siglo XIII, Pierre de Montreuil, maestro albañil de la abadía de Saint-Germain-des-Prés de París, era tan importante que su lápida llevó la inscripción *doctor latomorum* (maestro de los talladores de piedras) y su mujer fue enterrada junto a él. Algunos maestros albañiles gozaban de tanta fama que los convocaban lejos de su país de origen. Mathieu de Arras, primer arquitecto de la catedral de Praga, fue llamado a Narbona.

Los maestros albañiles también eran dibujantes, y se los consideraba responsables de todos los detalles. Hubo mecenas que enviaron a algunos de ellos a estudiar otros monumentos. En 1412-1413, la Obra de la catedral de Troyes le pidió a Jehan de Nantes que fuera a dibujar las torres de las catedrales de Mehun y de Bourges, con el objeto de copiarlas eventualmente para su propia catedral.

Hacia 1290, se decidió agrandar el palacio de la comuna de Macerata (en la región de Marcas, Italia). El nuevo edificio debía duplicar la superficie del palacio original. Sería de piedra, pero se encontraba en una región de arquitectura de ladrillo. Hubo que recurrir entonces a un maestro constructor de otra ciudad, que fuera al mismo tiempo albañil y carpintero. Aquí transcribimos algunos fragmentos del contrato: «Construirá los cimientos y las paredes de esta casa del mismo espesor que los del antiguo palacio, hasta el parapeto, adelgazando esa pared hasta el parapeto, en forma idéntica al palacio antiguo [...] Elevará el palacio sobre tres pisos [...] Y hará construir sobre esa casa un armazón para el techo con buenas y largas vigas y tablas de pino del mismo grosor que las vigas y las tablas del armazón del palacio antiguo».

Los vitrales de las iglesias eran realizados por otros artesanos talentosos. En el prefacio del tercer libro de su Ensayo sobre diversas artes, redactado entre 1110 y 1140, el monje Théophile escribió: «Porque el ojo humano es incapaz de decidir en qué obra fijar primero su vista... Si considera la profusión de luz que emana de los vitrales, se maravilla ante el inestimable esplendor del vidrio y del trabajo infinitamente rico y variado». El éxito de un vitral dependía ante todo del artesano. El pintor vidriero debía equilibrar y combinar los diversos colores. Por lo tanto, tenía que controlar la llegada de la luz al interior del edificio, y elegir las piezas de vidrios de colores necesarias para obtener el efecto que deseaba. Analicemos el papel que desempeñó John Thornton de Coventry, que dirigió la ejecución de la gran vidriera este del monasterio de York entre 1405 y 1408. Mide 23,4 por 9,8 metros, y se encuentra detrás del altar principal. Hay diversos paneles que representan escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, así como figuras legendarias e históricas. No se

conoce exactamente el papel de John Thornton en lo concerniente a la concepción del tema iconográfico, pero es evidente que demostró mucha creatividad e imaginación. Tomando en cuenta la distancia entre el observador y los paneles, cambió las formas habituales de representación para hacerlas más visibles. Pero el sentido del detalle y el virtuosismo técnico no pueden apreciarse plenamente desde el piso.

Según el contrato, la tarea de Thornton consistió en dibujar la vidriera y pintar una parte del vitral. Esto significa que el trabajo fue realizado por todo un equipo, aunque sólo se conozca al responsable general.

Como el vidrio era al mismo tiempo caro y valioso, había que mantener los vitrales. Por eso, el abad Suger, al describir los de la fachada este de Saint-Denis, construida entre 1140 y 1144 aproximadamente, estipulaba: «Como estos son de un trabajo maravilloso y de una gran riqueza de vidrio pintado y material de vidrio azul, instituímos el cargo de un maestro que los cuidará y los reparará, y que será retribuido, al igual que el maestro orfebre encargado del tesoro, con una prebenda tomada de las ofrendas del altar, y de los ingresos del granero común de los monjes, con el objeto de tomar todas las precauciones para que nunca se ausenten».

En el transcurso del siglo XVI, empezaron a diferenciarse claramente el aspecto artesanal y el aspecto artístico de la confección de un vitral, ya que el vidriero fabricaba los vidrios engastados en plomo, y el pintor vidriero elaboraba el vitral.

Muchos otros artesanos fueron los autores de las maravillas artísticas medievales, por ejemplo, los orfebres. Y si alguien cometía un fraude, recibía un castigo. Los maestros jurados visitaban los talleres para controlar la producción. En 1348, «sucedió que un comerciante a quien llamaban maese

Remon de Tournon tenía muchas joyas falsas que había preparado y embalado para llevarlas fuera del país. Había hecho forjar esas joyas, y con sus propias manos, las adornó con piedras falsas y orfebrería, y esmaltes que no eran ni buenos ni suficientes, los pegó con cola y los ocultó entre los esmaltes de hojas de oro que eran como oro fino. Por la falsedad de esas joyas, maese Remon fue detenido y encarcelado, y además, fue puesto en la picota. Las mencionadas joyas pesaban 85 marcos y dieron (en la fundición) 56 marcos, que fueron adquiridos al rey para los delitos arriba mencionados».

La condición de los artesanos era, pues, mejor de lo que parecía a primera vista. Y gracias a esos artesanos —y en aquel entonces, los artistas eran considerados artesanos—, la Edad Media nos ha legado obras maestras.

Los campesinos y los artesanos ocuparon, a pesar de su situación modesta, un lugar fundamental en la sociedad medieval, haciendo posible que los nobles y los clérigos —menos de un diez por ciento de la población— se dedicaran a sus funciones: la guerra y la oración.

6

Los poderosos tan caricaturizados

Señores activos

Los señores feudales tienen mala fama. Generalmente han sido considerados seres crueles, codiciosos y lujuriosos. Claro que no todo es falso en esta afirmación, pero muchos de ellos tuvieron una utilidad social innegable.

Se dice que eran crueles. Según Gregorio de Tours, en tiempos de los merovingios, Rauching «cometía maldades abominables. Si un sirviente sostenía frente a él una vela mientras estaba comiendo, como era la costumbre, hacía que le desnudaran las piernas y aplicaran sobre ellas la vela hasta que se apagaba. Y otra vez, cuando volvían a encender las velas, repetía su acción hasta que las piernas del sirviente se quemaban por completo. Si este lanzaba un grito o trataba de moverse hacia otro lado, lo amenazaban con una espada desnuda, y el resultado era que mientras él se lamentaba, el otro manifestaba una gran alegría». Dos de sus sirvientes, un muchacho y una joven, se habían enamorado y se unieron ante un sacerdote. Rauching le pidió a este que se los devolviera,

con la promesa de no separarlos nunca. Después de haberlos recuperado, regresó a su casa. De inmediato, hizo cortar un árbol y vaciar su tronco. Luego, ordenó depositar el ataúd en una fosa. «Colocó allí a la joven como si estuviera muerta y ordenó arrojar sobre ella al sirviente. Luego tapó el ataúd, llenó la fosa de tierra y los enterró vivos diciendo: “No violé mi juramento en virtud del cual nunca debían ser separados”». A pedido del sacerdote, los jóvenes fueron desenterrados: el sirviente aún estaba vivo, pero la joven había muerto asfixiada.

Alrededor de cinco siglos más tarde, la Historia eclesiástica de Orderic Vital mostró que la sociedad aristocrática no había cambiado demasiado. Orderic nació en Inglaterra en 1075, y en 1085 fue enviado por su padre a la abadía normanda de Saint-Evroult. Allí hizo toda su carrera y murió poco después, en 1141. En su libro, la crueldad de los señores feudales aparece con total claridad. Guillaume, apodado Talvas, hijo de Gillaume de Bellème, invitó a su boda a Guillaume Giroie y «sin más trámite, le hizo saltar los ojos; llevó su crueldad al extremo de arrancarle, por medio de una humillante mutilación, los tendones de las orejas y los órganos de la reproducción». Eustache de Breteuil, yerno del rey Enrique I de Inglaterra, le arrancó los ojos a un joven rehén, hijo de Raoul-Harenc, y se los envió a su padre. Entonces este fue a ver al rey, quien le entregó a las dos hijas de Eustache. Para vengar a su hijo, Raoul, con el permiso del soberano, les arrancó los ojos y les cortó la punta de la nariz.

A estos siniestros retratos se agrega el de Thomas de Marle, señor de Coucy (muerto en 1130), como nos lo presenta Guibert de Nogent en su Autobiografía, redactada a principios del siglo XII. Thomas, hijo presunto —en razón de la conducta de su madre— de Enguerran de Coucy, y propietario del castillo de Marle, «desde su primera juventud, asaltaba a los pobres y los peregrinos de Jerusalén. Se había fortalecido

gracias a matrimonios incestuosos, y llegó a tener un poder considerable, para aniquilar a una enorme cantidad de personas. Mostró una crueldad inaudita para nuestro tiempo, hasta el punto de que algunos que son considerados crueles se mostraban en realidad más humanos cuando mataban animales, que él cuando mataba a seres humanos. Porque no se conformaba con ejecutar simplemente por medio de la espada, como es la costumbre, a los que se reconocían culpables, sino que los hacía perecer en horribles suplicios. Cuando quería obligar a algunos prisioneros a pagar rescate, los colgaba de los testículos, a veces con sus propias manos. Entonces ocurría a menudo que sus partes cedían bajo el peso del cuerpo, e inmediatamente los intestinos saltaban hacia afuera. Otros eran colgados de los pulgares, o también de los órganos genitales, y les sobrecargaban los hombros con el peso de una piedra, y él iba y venía por debajo. Cuando no conseguía arrebatarles lo que no podían poseer, se encarnizaba contra ellos golpeando sus cuerpos con un bastón hasta que le prometían lo que exigía o morían por los golpes. Una cantidad incalculable de hombres perecieron, encadenados en sus calabozos, por hambre, infecciones o tortura». Guibert relataba muchos otros casos que mostraban la crueldad de Thomas. Por ejemplo, una vez llegó a la montaña de Soissons para ayudar a alguien contra los campesinos, y tres de estos se refugiaron en una caverna. «Él llegó a la entrada de la gruta, armado con una lanza, hundió su arma en la boca de uno de los fugitivos y la apoyó tan fuerte que el hierro de la lanza, después de atravesar sus entrañas, salió por el ano». Luego mató él mismo a los otros dos.

Se dice que eran codiciosos. Gregorio de Tours mencionaba siete veces en sus obras esta expresión tomada de la *Eneida* (III, 56) de Virgilio, y que se convirtió en un proverbio: «detestable hambre de oro». Mummole, general

merovingio, dejó a su muerte 250 talentos de plata y más de 30 de oro, en forma de piezas o de platos: esto representaba 6250 kilos de plata y 750 kilos de oro.

Según Jacques de Vitry, los señores cometían robos y exacciones en forma personal o por intermedio de sus auxiliares.

«Los hombres de nuestro tiempo, especialmente los que recibieron el poder de gobernar a los demás, no se conformaban con llenar sus manos ávidas de dones ilícitos, sino que además arrebatában para su perdición el dinero a sus súbditos por medio de impuestos y de exacciones inicuas...».

«Pero ellos, esos perros impuros que no conocen la saciedad, y dejan que los cuervos voraces escarben los cadáveres, oprimían a los pobres por intermedio de sus prebostes y de todos sus adictos, despojando a las viudas y a los huérfanos, tendiendo trampas, difundiendo sus calumnias, lanzando toda clase de acusaciones para quedarse con el dinero de sus víctimas. Con demasiada frecuencia arrojaban a la prisión y hacían encadenar a víctimas que no tenían nada que reprocharse. Muchos inocentes eran torturados sin otro motivo que poseer algún bien. Esto sucedía sobre todo cuando sus señores, inclinados en su ociosidad a la prodigalidad y al lujo, se encontraban expuestos a gastos superfluos por sus torneos y a la vana pompa del mundo, víctimas de deudas y usureros».

Los peajes de la época feudal servían más para enriquecer a los señores que para reparar caminos y puentes. Landri el Grueso reconoció haber detenido a mercaderes de Langres que pasaban por sus tierras y haberse apoderado de sus mercancías. Fue necesaria la intervención del obispo de Langres y del abad de Cluny para que devolviera una parte de lo que había tomado. A partir de entonces, para poder

atravesar sin temor sus dominios, los mercaderes aceptaron pagarle una determinada cantidad de dinero. Entonces, Landri decidió gravar con un pesado impuesto llamado peaje a los comerciantes y peregrinos que pasaban por sus tierras. Los señores de Cluny lo eludieron mediante el pago de 300 sueldos. Para evitar esa clase de abusos, el Concilio de Letrán de 1179 amenazó con la excomunión a aquellos que crearan nuevos peajes o aumentaran las tarifas de los antiguos sin autorización de los príncipes.

A fines de la Edad Media, las necesidades habían aumentado —pagos de rescates, un tren de vida más lujoso—, mientras que los capitales —ingresos territoriales fijos, y por lo tanto, bajos— disminuían. Había que utilizar todos los recursos, sacar provecho de la guerra y de los altos cargos, conseguir pensiones, vender la fidelidad al mejor postor, tomar préstamos. En una palabra, se daba rienda suelta a la codicia.

Los matrimonios tenían ante todo motivaciones económicas. Jeanne de Boulogne, apenas núbil, fue literalmente vendida por su tutor Gaston III Phébus al duque de Berry, que tenía unos cincuenta años. En efecto, en abril de 1389, en la plaza fuerte de Morlaas, Jeanne fue entregada a los embajadores del rey a cambio de 25 000 francos en especie, que fueron transportadas hasta ese lugar.

Se dicen que eran lujuriosos. Clotario I, hijo de Clodoveo, tuvo muchas esposas, sucesivamente o al mismo tiempo. La lista (sin orden cronológico) es la siguiente: Ingonda, Aregonda, Chunsina, Gondioque —exesposa de su hermano Clodomiro—, Radegunda, Vulderade —exesposa de su sobrino Tedebaldo—. Gregorio de Tours relató cómo tomó Clotario por esposa a Aregonda, hermana de su mujer Ingonda. Esta le había pedido que buscara un marido para su hermana, y «al

oírlo, el rey, que era lujurioso en exceso, se encendió de amor por Aregonda, fue hasta la casa en la que ella residía y la unió a él por medio de un matrimonio». Cuando regresó junto a Ingonda, le dijo: «Al buscar un hombre rico e inteligente para casarse con tu hermana, no encontré a nadie mejor que a mí mismo». Sus hijos, con excepción de Sigeberto, no le iban en zaga.

La situación no cambió demasiado bajo el reinado de los carolingios, salvo que la Iglesia trató de intervenir cada vez más en materia matrimonial y de hacer respetar la concepción cristiana del matrimonio. Pero no estaba en una posición de fuerza frente a los poderosos de la época. Uno de ellos era, sin duda, Carlomagno, que a su vez tuvo una gran cantidad de esposas y concubinas. El emperador Lotario, su nieto, quiso casarse con su amante Waldrada, con quien tenía un hijo. Entonces repudió a su esposa Teutberga, a quien calumnió para hacer anular su unión con ella, lo que originó una importante crisis.

Según relata Orderic Vital, tras la muerte de Guillermo el Conquistador en 1087, y la del papa Gregorio en 1085, la sociedad feudal atravesó una grave crisis moral. «La juventud petulante adopta la delicadeza femenina. Los hombres de la corte se esfuerzan por agradar a las mujeres mediante toda clase de lascivias». Guibert de Nogent pintó un cuadro muy sombrío de las damas de su época. ¡Por supuesto, todo tiempo pasado es mejor, y su madre, cuyas virtudes relatava, era la antítesis de las mujeres de su época! «Lamentablemente, desde aquellos tiempos hasta nuestros días, se produjo una caída progresiva y lamentable de la pudicia y la honradez en la condición virginal. ¡Cómo desapareció la vigilancia —real, o sólo aparente— en las mujeres casadas! Todo su comportamiento es pura simulación: sus guiños, sus palabras, son sólo bromas. Su manera de caminar es desvergonzada...

Creen haber tocado el fondo de la miseria si parecen no tener un amante, pero se jactan de tener nobleza y cortesía si sus pasos son acompañados por muchos pretendientes».

Para apoyar sus palabras, mencionaba el caso de Sibylle, segunda esposa de Roger, conde de Porcien. Durante una ausencia de su marido, ella permaneció en el castillo de Thour Porcien. Y al quedar embarazada como consecuencia de un adulterio, tomó a Enguerran de Boyes, primo de su marido, como nuevo amante, y pronto comenzó a vivir públicamente con él. Su conducta no mejoró en los años siguientes, y siguió coleccionando amantes.

La fornicación simple o adúltera, incluso incestuosa, continuó durante toda la Edad Media. El duque de Borgoña, Felipe el Bueno, se atribuía dieciocho bastardos, que todos conocían. Agnès Sorel fue la primera amante oficial de un rey de Francia, en este caso, Carlos VII.

Los señores feudales eran ociosos y vanidosos. Evidentemente, «vivir noblemente» era distraerse, en sus propios palacios o en la corte del rey, gracias a los juegos, la caza y los torneos, y viajar para adquirir gloria y riqueza. La clase de vida que llevaban habitualmente se reveló en varias oportunidades durante el proceso al borgoñón Jean Didier, que se desarrolló entre 1436 y 1456: «Lo único que hacían era vivir de sus rentas».

Los personajes anteriormente citados quizá no fueran excepciones, pero tampoco constituían una mayoría.

El feudalismo y la Iglesia fueron los dos elementos que convirtieron a la Edad Media en una época «negra», según sus detractores. Jacques Heers ha mostrado muy bien la génesis del odio hacia este período. Mencionemos solamente el hecho de que, continuando sobre todo a los pensadores del Siglo de las Luces o a los adversarios de los privilegios de la época

revolucionaria, la escuela histórica francesa, después de la Restauración, manifestó una violenta hostilidad hacia el Antiguo Régimen. Los actos reprobables del feudalismo fueron denunciados con virulencia por Michelet y muchos otros autores. Se trata de libros que no llegan demasiado al gran público, pero las mismas ideas suelen encontrarse en los manuales escolares, e incluso en novelas. Ahora, desde hace algunas décadas, los historiadores tratan de restablecer la verdad, en la medida de lo posible.

¡Señores tiránicos! Hemos visto que la condición campesina no era tan deplorable como la presentan los detractores del feudalismo, un término que, por otra parte, suele confundirse con el de señorío. «El señorío rural nació antes del feudalismo, y lo sobrevivió» (Robert Boutruche).

¡Señores codiciosos! Su relación con el dinero era normalmente diferente de la de otros miembros de la sociedad. Debían dar muestras de generosidad. Guillermo el Mariscal, «el mejor caballero del mundo» gracias a sus numerosas victorias, ganó en los torneos sumas importantes, pero no las guardó, sino que las gastó inmediatamente en fiestas y donaciones. Una memoria de los herederos de Gilles de Rais —de siniestra reputación, dicho sea de paso—, escrita hacia 1460, lo acusaba de haber dilapidado su fortuna y desprenderse de muchos señoríos. Al parecer, había llevado un tren de vida de un lujo extravagante. En su residencia, donde había 200 hombres a caballo, su capilla empleaba de 25 a 30 personas. Los administradores de la mansión de Gilles de Rais vivían en su casa «con grandes y excesivos gastos, y como grandes señores». Por negligencia, los productos consumidos en su residencia se compraban a un precio mucho mayor de lo que valían. Las estadias en las ciudades eran muy costosas. En cuanto Gilles recibía algún dinero, lo distribuía entre sus sirvientes. Y no olvidemos los gastos ocasionados por su

búsqueda de la piedra filosofal y su actividad de mecenas. En general, «él nunca quería oír explicaciones ni razones ni saber cómo y en qué se distribuían sus denarios, porque no le preocupaba en absoluto cómo se utilizaba, con tal de que él siempre tuviera dinero para gastar frenéticamente».

Este es un ejemplo extremo, pero los argumentos esgrimidos contra los herederos merecen analizarse. Tener doscientas personas a caballo no era nada anormal, «sobre todo si se tomaba en cuenta su oficio de mariscal de Francia y el tiempo de guerra que corría entonces, y especialmente porque no hay corte en este reino que tenga tantos ingresos como el susodicho señor Gilles». Además, los nobles tenían que redistribuir sus riquezas: «Los que tienen tan grandes ingresos no deben guardarlos en sus bolsas: es necesario para la cosa pública que los gasten, pues de otro modo el pueblo sencillo no tendría nada, y también el dinero por su naturaleza quiere ser gastado y distribuido en varios lugares». En lo concerniente a la capilla, nada era demasiado para el servicio divino. Por último, «si el difunto señor Gilles entregaba sus tierras en usufructo por menos de lo que valían, si vendía los cereales, los vinos, la sal y otros frutos de sus tierras a menor precio que su valor, si a veces iba a las ciudades y allí hacía gastos y a veces pedía prestada una parte de los víveres que consumía, o si daba algunas de sus joyas en prenda por menos de los que valían», eso no significaba que fuera de una extraordinaria prodigalidad, «porque muchas personas, reconocidas como sabias y nobles, actúan de la misma manera en función de las circunstancias» (textos citados por Jacques Heers). «Dicho de otro modo —escribe Philippe Contamine— la característica, o al menos, la tentación del noble, sobre todo el de alto rango, era más bien administrar su fortuna con generosidad y liberalidad, sin hacer demasiadas cuentas».

¡Señores lujuriosos! Según los detractores de la Edad

Media —¡o los ignorantes!—, poseían el «derecho de la primera noche», es decir, el famoso derecho de pernada. Se trata de un mito arraigado que algunos insisten en sostener todavía en nuestros días. Alain Boureau reveló cómo se fabricó este mito entre los siglos XIII al XX. ¡No todos los aristócratas pensaban en fornicar! Había quienes respetaban las reglas del matrimonio. Orderic Vital dijo, al hacer el retrato de un caballero modelo, Ansoud de Maule, a principios del siglo XII, que «se limitaba a una unión legítima, le gustaba la castidad. No criticaba la obscenidad del deseo como un laico con una verbosidad vulgar, sino que la condenaba delante de todos por medio de argumentos refinados, como un doctor de la Iglesia».

La función de los nobles era, en primer lugar, la de combatir, pero además desempeñaron un papel político fundamental durante todo el período medieval. Como escribió Antoine de la Sale hacia mediados del siglo XV, en su juventud aprendían a comportarse «en la corte y en la guerra». Esto es demasiado evidente para insistir en ello.

Y muchos aristócratas se preocupaban por la administración de sus dominios. Hacia 830, Eginhard le envió la siguiente carta a su administrador: «Debes saber que deseamos que envíes algunos hombres a Aix para mejorar y restaurar nuestras viviendas. Harás que lleven en tiempo oportuno todo lo que necesitamos, es decir, harina, cereales para hacer cerveza, vino, queso y lo demás, como de costumbre. En cuanto a los bueyes que hay que matar, queremos que los hagas llevar a Lanaeken para faenarlos. Queremos que hagas entregar uno de esos bueyes a Hruotlounge, y que los trozos y los restos, que no sirvan para nuestro uso, les sean entregados a los domésticos que se encuentran allí. En cuanto a nosotros, queremos ir al palacio hacia el día de san Martín».

Si las ferias de Champagne eran tan prósperas en el siglo XIII, se lo debían en gran parte a las medidas tomadas por los condes para garantizar la seguridad de los comerciantes y cuidar que se mantuvieran en buenas condiciones. Por ejemplo, en 1137, Thibaud, conde de Blois, concedió a perpetuidad a los hombres del antiguo mercado de Provins la feria de San Martín. «Lo hago con la condición de tener la mitad del precio de todos los hospedajes y todas las demás costumbres, y percibir los mismos ingresos que cuando tenía la feria».

Los nobles favorecían el florecimiento de la vida cultural y aristocrática. El duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que sin embargo ha sido tan difamado, encontraba en los libros una fiel compañía. El cronista Molinet dijo sobre él: «Después de alimentar el cuerpo, daba alimento a su alma, y empleaba sus días no en una insensata vanidad, en espectáculos mundanos, sino en sagradas escrituras, historias aprobadas y de elevada recomendación». Decían que nunca se iba a dormir sin que le hubieran leído algo de las proezas de los Antiguos. Como los derechos de autor no existían en esa época, Cristina de Pisan no habría podido vivir de su pluma sin el mecenazgo de los miembros de la familia real, entre ellos, Jean de Berry, hermano de Carlos V, que tenía en su biblioteca casi todas sus obras y poseía notables colecciones.

Algunos señores de menor importancia mostraban interés por la creación literaria. Parece un poco limitado considerarlos solamente brutales guerreros. Según Orderic Vital, a principios del siglo XII, Ansoud de Maule «aprendía de memoria los hechos pasados tal como aparecían en los antiguos manuscritos, los leía en los textos de los cronistas eruditos y confiaba a su sólida memoria las biografías de sus antepasados que había oído».

Aunque los moralistas no siempre se equivocaban cuando alertaban a los nobles contra el ocio, lo cierto es que «en general, los nobles seguramente no se sentían inactivos, y menos, inútiles o marginales... Su vida estaba llena de actividades, sus actividades llenaban su vida» (Philippe Contamine).

No deberíamos juzgar el comportamiento de los señores de la Edad Media a la luz de nuestra mentalidad, ni de nuestra sensibilidad. Por otra parte, la nobleza no constituía una categoría homogénea, y había muchas diferencias entre el gran señor que vivía fastuosamente y el pequeño noble cuyos medios de existencia no diferían demasiado de los de un agricultor más o menos acomodado.

Funcionarios reales competentes

Al igual que los príncipes, también sus representantes podían sentir la tentación de abusar de su poder.

Leudasto, hijo de un esclavo, después de haber abandonado varias veces la cocina real, en la que trabajaba, huyó a casa de Marcovefa, esposa del rey Cariberto, que le confió el cuidado de sus mejores caballos. «Habiendo recibido el cargo de condestable, escribió Gregorio de Tours, desdeña y trata con desprecio a todos los demás. Se torna sumamente vanidoso, se abandona a la lujuria, está lleno de codicia y, como confidente personal de su patrona, se desplaza por aquí y por allá atendiendo sus asuntos». Después de la muerte de Marcovefa, intentó conservar el mismo lugar con el rey

Cariberto gracias a los regalos que le hacía. Luego, para castigar los pecados de la población, fue destinado como conde a Tours: «allí se pavoneaba aún más, con el orgullo que le daba una gloriosa dignidad, y se mostraba rapaz en sus pillajes, colérico, porque le gustaban las peleas, inmundo en su vida licenciosa. Sembrando la discordia y lanzando acusaciones calumniosas, amasó tesoros que no eran módicos».

Había sobre todo dos categorías de funcionarios que tenían relación con el dinero: los de la justicia y los de las finanzas.

Varios elementos explican sus prevaricaciones. En primer lugar, los cargos pertenecían a sus titulares, que cobraban salarios bajos porque les estaba permitido cobrar dinero — esto se admitía— a expensas de sus administrados. Además, algunos tenían la costumbre de recibir sobornos. Y los funcionarios tenían otras ventajas: los jueces, por ejemplo, se quedaban con una parte de las multas. Por último, gracias a la acumulación de empleos, aumentaban las ganancias: un funcionario de la Casa de la Moneda podía trabajar al mismo tiempo como cambista.

Hugues de Filaines, magistrado de Amiens bajo el reinado de Felipe IV el Hermoso, convicto por corrupción al menos una vez, y por abuso de poder en varias oportunidades, fue condenado a una multa y se le prohibió ejercer su cargo de por vida. Pierre Roche, juez de Limoux, y luego de Minervois, condenado en 1310 después de un primer sumario, y luego indultado, fue ejecutado en 1318, después de un nuevo sumario. Sus bienes confiscados fueron vendidos por la enorme suma de 11 000 libras tornesas, lo que sugiere un afán de ganancia poco común.

Después de los funcionarios judiciales, estaban los de las

finanzas, que fueron estudiados por Jean Kerhervé en Bretaña. Según él, los hombres de finanzas participaban en diferentes actividades comerciales. Entre estas, las especulaciones de los recaudadores ordinarios sobre los productos del Dominio. Compraban cereales de sus jurisdicciones en condiciones muy ventajosas, y los revendían con grandes ganancias en la mejor época del año. Cuando la operación se realizaba sobre cantidades pequeñas, dejaba un apreciable margen de ganancia, del orden del 32% —el cereal que se compraba a un poco más de 40 libras, se revendía a más de 59—, equivalente a la tercera parte del sueldo anual del personaje.

Los funcionarios financieros, en las localidades francesas que contaban con instituciones comunales, se interesaban en los ingresos por arriendos, y buscaban los más ventajosos. Las cuentas municipales de Rennes ofrecen muchos ejemplos de funcionarios que intervenían de manera muy activa en la adjudicación de fincas urbanas. Del mismo modo, los mercados de trabajos públicos permitían obtener importantes beneficios. En Rennes, los funcionarios se ocupaban también de construir murallas y torres, pavimentar los caminos de los suburbios, excavar pozos... La moneda, el préstamo a interés, también constituían fuentes de ingresos nada desdeñables. El testamento de Yvonne Flourée decía que en el momento de su muerte le debían 3729 libras —de las cuales, 622 eran por atrasos de salarios—, repartidas entre 35 acreedores que involucraban a 22 personas. A veces, los funcionarios aceptaban depósitos de dinero, pero no se sabe si les producían utilidades. En general, la mayoría de ellos trataban de enriquecerse, y no tenían reparos en especular sacando provecho de su cargo.

La codicia llevaba a algunos a efectuar malversaciones. Muchos recaudadores se dedicaban a realizar extorsiones de fondos. Guillaume Le Gall y Nicolas Brest, que trabajaban

como recaudadores cerca de Hennebont en 1397, llegaron a exigir 3 escudos a los habitantes más ricos —que eran colonos exentos de impuestos, por otra parte—, cuando la cuota parte individual era de sólo 3 sueldos. Y para conseguir sus objetivos, los funcionarios financieros no dudaban en usar la fuerza. Por su parte, ellos mismos hacían fraude en sus rendiciones de cuentas. Jean Beauceporte, recaudador de Rennes, tenía que recuperar 90 libras que su predecesor Michel Le Breton decía haberle pagado a Perrin Regnaud por diversos trabajos, pero comprobó que esos gastos no se habían efectuado. La investigación demostró que Perrin, que era un pobre criado de Le Breton, no había recibido nada, y que este había tenido como cómplice a otro hombre, que aceptó confirmar la realización del pago. Algunos recaudadores de Huelgoat hicieron otorgar tierras comunales «a mucho menor precio de lo que valen, cobrando grandes comisiones para dejarlas a un precio bajo». Estas eran pequeñas malversaciones, si se comparan con las que cometían los funcionarios superiores. Jean Mauléon, tesorero de Juan V, fue acusado inmediatamente después de la muerte de este, especialmente por dos cosas: «Haber practicado y expoliado indebidamente en la distribución de las finanzas que manejó [durante la guerra contra los Penthièvre en 1420, es decir, veintidós años atrás], más de veinte mil escudos de oro»; haber violado su juramento de no enajenar bienes de la Corona y «poner fuera de las manos y la posesión del difunto duque Juan varios anillos, joyas, vajilla de oro y plata, piedras preciosas y riquezas, que estaba encargado de custodiar y administrar».

Los sobornos eran moneda corriente. Los particulares ofrecían regalos para obtener favores: pequeñas sumas de dinero para «ser favorable a los burgueses», podía leerse en las cuentas de Guingamp. ¿Qué hicieron los regidores de Saint-

Omer cuando la ciudad necesitó ayuda? En 1448, Nicolas Rollin pidió cuatro ayudantes a los Estados, y como deseaba una respuesta rápida, los regidores enviaron delegados para señalar la pobreza de la ciudad, y para que «se esforzaran e hicieran lo mejor que pudieran, y para poder esforzarse más convenientemente y ser tratados con delicadeza, y los asuntos de la ciudad fueran más agradables, que a monseñor el canciller de Borgoña los susodichos diputados le presentaran y entregaran cien escudos de oro».

Los soberanos tomaron medidas para que sus funcionarios ejercieran sus cargos con competencia y honestidad.

En el transcurso de una asamblea de grandes eclesiásticos y laicos celebrada entre 823 y 835, el emperador Luís el Piadoso promulgó una capitular dirigida a todas las órdenes del reino. Entre los veintiséis artículos que integraban esa admonición, había varios que se referían a los condes.

6. A vosotros, los condes, os decimos y os advertimos... debéis establecer vosotros mismos la paz en vuestros ministerios, y controlar que se ejecute escrupulosamente en vuestros ministerios lo que nuestra autoridad haya decidido públicamente hacer.

7. Además, advertimos a vuestra fidelidad que guarde en la memoria la fe que nos habéis prometido, y en la parte de nuestro ministerio que os ha sido encomendada, es decir, establecer la paz y la justicia, mostraros como sois, ante Dios y ante los hombres, que se os pueda llamar con justicia nuestros verdaderos auxiliares y los «conservadores» del pueblo; y que ninguna causa —soborno o sentimiento (amistad, odio, temor o agradecimiento) hacia nadie— os impulse a desviaros del recto camino, de modo que podáis juzgar con justicia no sólo entre vuestros prójimos. Debéis ser, según vuestras posibilidades, ayudantes y defensores de los huérfanos, las

viudas y todos los demás pobres, y honrar en todo lo posible a la santa Iglesia y sus servidores. Debéis reprimir como conviene, con vuestro celo y vuestra corrección, a aquellos, sean ladrones o bandidos, que intenten perturbar la paz común del pueblo usando temerariamente la violencia. Y si alguien os impide ser capaces de ejecutar lo que os decimos, debemos ser informados a tiempo, para que con la ayuda de nuestra autoridad, podáis cumplir dignamente vuestro ministerio.

No bastaba con prescribir: era necesario controlar. El artículo 14 proporcionaba los medios: «Queremos investigar, por medio de los que presentan una denuncia, por medio de cualquier otra indicación cierta, o por nuestros enviados, que habremos designado y enviado a tal efecto, de qué manera se esfuerza cada uno, y queremos saber a través del testimonio común, de los obispos con respecto a los condes, y de los condes a propósito de los obispos, cómo los condes aman e imparten justicia, y la devoción con la que los obispos viven y predicán, y conocer por boca de los obispos y de los condes qué sucede con la equidad, la paz y la concordia entre nuestros fieles establecidos en sus circunscripciones. También deseamos que, si son interrogados por nosotros sobre la sociedad y el estado comunes, unos y otros puedan aportar recíprocamente un testimonio verídico».

Según Joinville, en enero de 1247, san Luís comenzó a enviar «clérigos de la puerta» por todo el reino, con la misión de anotar «las quejas relativas a las injusticias, exacciones y otras faltas de las que sean culpables nuestros magistrados, prebostes, guardabosques, recaudadores y sus subordinados, desde el inicio de nuestro reinado». Otras investigaciones tenían como objetivo poner fin a las violencias y vejaciones infligidas por los agentes del rey.

Joinville transcribía el texto de una ordenanza general establecida por el rey sobre sus súbditos en todo el reino de Francia. Estos son algunos fragmentos sugestivos:

Nosotros, Luís, rey de Francia por la gracia de Dios, establecemos que todos nuestros magistrados, vizcondes, prebostes, alcaldes y todos los demás, en cualquier asunto que sea y en cualquier cargo que ocupen, presten juramento de que, mientras estén en su cargo o magistratura, harán justicia a todos, sin excepción de personas, a los pobres como a los ricos, al extraño como a los allegados, y que conservarán los usos y costumbres que son buenos y están probados. Y si sucede que los magistrados o los vizcondes u otros, como recaudadores o guardabosques, actúan en contra de sus juramentos, y están convencidos de ello, queremos que sean castigados en sus bienes y en sus personas, si la falta lo exige. Y los magistrados serán castigados por nosotros, y los demás, por los magistrados.

Además, los otros prebostes, magistrados y recaudadores [...] jurarán que no tomarán ni recibirán, por sí mismos ni por intermedio de otra persona, ni oro ni plata, ni ventajas indirectas, ni ninguna otra cosa, con excepción de frutas, pan o vino, u otro presente, hasta llegar a la suma de diez sueldos, y esa suma no debe ser superada.

A partir de 1297 o 1298, la Cámara de Cuentas controlaba dos veces por año las cuentas de ingresos y gastos que presentaban quienes habían sido nombrados magistrados y senescales. Todos los años, durante diez meses, la Cámara procedía a examinar las cuentas. Los comisarios y los investigadores también estaban sometidos a su control.

Había consejeros competentes y fieles, como Philippe de Mezières o los hermanos Jean y Bureau de la Rivière, que fueron asistentes del rey de Francia Carlos V.

Philippe de Mezières, perteneciente a la nobleza picarda, nació hacia 1327. En 1369, tras el asesinato de Pierre de Lusignan, rey de Chipre, de quien había sido canciller, se retiró a Venecia, donde frecuentó los ambientes devotos. Luego fue convocado por Carlos V y se dirigió a París en 1373. Fue miembro del consejo del rey durante siete años, y trató, en vano, de hacer abolir la costumbre que excluía del sacramento

de la penitencia a los condenados a muerte. Para poner fin al Gran Cisma de Occidente, alentó la realización de un concilio general que al mismo tiempo reformara también la cristiandad. A la muerte del rey, se retiró a vivir con los celestinos. Allí redactó algunos años más tarde *El sueño del viejo peregrino*, donde planteaba los fundamentos teóricos de un programa, que los monigotes (antiguos consejeros de Carlos V, que fueron convocados nuevamente al poder por su hijo en 1388) intentaron realizar.

Los hermanos De la Rivière pertenecían a una familia que había dado muchos leales servidores al rey. Jean y Bureau se acercaron al delfín en 1358. Jean se convirtió en su chambelán, mientras que Bureau, más joven, fue solamente su escudero y criado trinchante. Siempre fueron leales al soberano. Cuando el duque de Borgoña Felipe el Audaz le ofreció a Bureau, en 1373, una pensión de 80 o libras por año a condición de que le jurara lealtad, Bureau rechazó la lealtad y la pensión. Tanta fidelidad mereció una recompensa por parte del rey. A partir de 1364, Jean fue primer chambelán, mientras que Bureau lo reemplazó en su cargo. Jean se hizo cruzado y murió en Famagusta. En cuanto a Bureau, cumplió funciones militares y diplomáticas. Fue, ante todo, el confidente del rey, y se esforzó por cumplir sus deseos. Después de la muerte de Carlos V, regresó al poder en la época de los monigotes.

Estos antiguos consejeros de Carlos V iniciaron toda una serie de reformas durante los cuatro años transcurridos desde el día en que Carlos V tomó el poder hasta el día en que perdió la razón, es decir, desde el Día de todos los Santos de 1388 hasta agosto de 1392. Ellos no se limitaron a recordar los antiguos reglamentos, sino que crearon instituciones que faltaban, y para que el servicio del Estado quedara bien establecido en la sociedad, otorgaron a sus servidores, y por lo tanto, a los funcionarios, algunos privilegios, que no estaban

vinculados a su persona sino a su cargo. Trabajaron para que el reino fuera gobernado por personal competente al servicio de los administrados, y dirigido por una jerarquía. Querían la elección de los funcionarios, porque de ese modo el rey podía seleccionar entre candidatos capaces. «Cambiar el Estado por medio de la ley, por medio de ideas, más aún, en el corazón de sus servidores, eso anhelaban los monigotes con pasión, y si por haber nacido demasiado temprano, no lo lograron, por lo menos, al crear la función pública, sentaron las bases sobre las que siempre se apoya el Estado» (Françoise Autrand).

La dedicación de los funcionarios dependía en gran parte de la autoridad superior que los nombraba, los controlaba e incluso los sancionaba, llegado el caso. «Teniendo en cuenta la reciente investigación, sería presuntuoso negar que hubo en el espacio francés, sucesivamente, un Estado de los Carolingios, un Estado de los Capetos, un Estado de los primeros Valois, a cada uno de los cuales correspondieron sus propios funcionarios», escribió con mucha razón Philippe Contamine en la presentación de un coloquio sobre Los funcionarios del Estado en la Edad Media.

Ilustrados hombres de negocios

Los negocios tenían como objetivo el enriquecimiento y, en consecuencia, podían llevar incluso a las personas competentes a la codicia y la deshonestidad.

«En aquel tiempo, los comerciantes explotaban severamente a la población... Reducían a la esclavitud a los

pobres a cambio de un poco de comida», escribió Gregorio de Tours a fines del siglo VI. Ocho siglos más tarde, en 1421, el *Diario de un burgués de París* decía: «Y vendía cada comerciante del modo que quería, todas las mercancías». A lo largo de toda la Edad Media, los comerciantes, que ejercían su oficio para vivir, se sintieron tentados de ganar más dinero del que convenía.

Las profesiones vinculadas al comercio y a las nuevas condiciones de la economía durante los primeros siglos de la Edad Media eran criticadas a menudo por los predicadores, que no vacilaban en presentarlas bajo los colores más negros. A juzgar por las denuncias presentadas por algunos responsables flamencos en la Hansa, algunos comerciantes alemanes de vino del Rin hacían probar a la entrada de sus establecimientos productos que no correspondían a los que se vendían en el interior. A la mañana, abrían un tonel de buena calidad, pero cuando afluían los clientes, lo reemplazaban por vino mediocre. Cuando llegaban vinos nuevos, se negaban a entregar las llaves de sus bodegas a los inspectores hasta no haberlos mezclado con vinos viejos de calidad inferior. Compraban a otros comerciantes en Flandes vinos que revendían al por mayor, convirtiéndose así en intermediarios inútiles. En Gante, los toneles que vendían contenían cenizas «y a veces otras inmundicias». Mezclaban los vinos: la prueba está en que compraban vino de Poitou al por mayor, y nunca lo vendían al por menor.

Analicemos la conducta de tres hombres de negocios: un flamenco, Jehan Boinebroke en el siglo XIII; un italiano, Francesco di Marco Datini de Prato en el siglo XIV; y un francés, Jacques Coeur, en el siglo XV.

Los textos que utilizó Georges Espinas le permitieron trazar la descripción de Jehan Boinebroke, patricio y pañero

de Douai, muerto hacia 1286, codicioso hombre de negocios que no se detenía ante ninguna acción deshonesta para aumentar su fortuna. En el transcurso de su vida causó daños a diversas personas. Algunas murieron, y sus viudas y sus hijos reclamaron justicia en su nombre, tras el deceso del odioso personaje. Las concesiones otorgadas por los ejecutores testamentarios tenían valor sobre todo porque pertenecían al mismo medio que el difunto. No rechazaron los reclamos, y de esta manera, reconocían las culpas de este último.

Jehan Boinebroke mostraba desprecio hacia sus interlocutores, y cuando alguien se le resistía, no dudaba en emplear la fuerza. Una vez encontró a una tintorera que le debía dinero, a la que le había incautado una cantidad de glasto fijándole un precio muy inferior a su valor. Le ofreció un trabajo diciendo que lo hacía porque le dolía verla en la necesidad. La mujer no pudo hacer otra cosa que aceptar, aunque se trataba de un trabajo mal remunerado. Cuando le pidió una ayuda, él le respondió con soma que lo escribiría en su testamento. Y se quedó con el bien indebidamente adquirido.

Cuando encontraba resistencia, Boinebroke montaba en cólera y amenazaba con recurrir a la Justicia. Un día quiso obligar a un hombre con quien había hecho un trato, a recibir una entrega de lana esquilada de cordero, pero cuando el pequeño fabricante abrió la bolsa, vio que aunque la mercadería colocada arriba correspondía al precio convenido, la de abajo no valía nada. Rechazó el envío. Boinebroke le ordenó aceptarlo, pues de lo contrario apelaría a la Justicia. Seguramente tenía alguna relación con el juez, o en todo caso, esperaba amedrentar a sus interlocutores gracias a sus amenazas. El otro, temeroso, recibió la lana, que de este modo estaba pagando a más del doble de su valor.

La fuerza estaba por encima del derecho. Un granjero había cultivado a las puertas de Douai un campo de rubia, cuyo valor parecía ignorar. La vendió a razón de 30 sueldos la medida, diciendo: «No me atrevería a pedir más en buena conciencia». Pero Boinebroke, que había sido informado sobre la venta, dijo que él quería tener la planta. Justamente, la cotización de esta aumentó, y la medida valía 100 sueldos. ¿Qué hizo Boinebroke? Fue con dos obreros, se apoderó de la rubia y se la llevó, sin preocuparse por el pago. Por supuesto, le dijo muchas veces al granjero que lo indemnizaría, pero nunca lo hizo. De este modo cometió un doble perjuicio, al vendedor, a quien no le pagó, y al primer comprador, quien al parecer no hizo la denuncia.

Los asalariados directos de su empresa eran quienes sufrían las peores vejaciones de parte del pañero. Este utilizaba contra ellos toda clase de procedimientos. Les vendía mercadería de mala calidad, hacía trampas con el peso, compraba a un precio inferior a la cotización normal, y vendía más caro. Cualquiera que fuera el trabajo, lo pagaba mal o no lo pagaba. Por tres días de trabajo, pagaba el salario de dos. Ejercía un verdadero poder absoluto que le permitía actuar con total deshonestidad. Si un asalariado le compraba una bolsa de lana y no podía pagarla al contado, debía pagar un 25% más. Algunos asalariados de Boinebroke también eran sus arrendatarios, otros eran sus deudores. Todo eso le permitía sacar provecho de su poder. Un hombre le alquiló una casa por 8 libras anuales: sin ninguna razón válida, lo obligó a pagarle 12. Además, al no darles a sus asalariados el trabajo que les permitiera pagar su alquiler, los tenía doblemente a su merced.

Trataba a las personas independientes de la misma manera. Un deudor le pagó dos veces por error: Boinebroke se quedó con todo a sabiendas. En cambio, él no se sentía

obligado a pagar sus deudas. Como propietario inmobiliario, no pagaba las facturas de sus compras de materiales ni de la realización de trabajos. En cuanto a los bienes contiguos a los suyos, si estaban en juego sus intereses, los trataba como si le pertenecieran. Hizo derribar un muro de una de sus casas, y para apuntalar la construcción, sacó materiales del patio del vecino.

«Sólo conoce una cosa: los negocios. Sólo aprecia una cosa: la riqueza. Sólo desea una cosa: la fortuna... El interesado no solamente quiere enriquecerse, sino enriquecerse de cualquier manera» (Georges Espinas).

Por su parte, Francesco di Marco Datini y Jacques Coeur también emplearon procedimientos a veces poco honestos, pero generalmente conformes a las costumbres de la época, y no mostraron la misma rapacidad que Jehan Boinebroke.

El problema de los impuestos preocupaba mucho a Francesco. Como había vivido durante mucho tiempo en Avignon, no tenía demasiados amigos en Florencia y, por lo tanto, no podía esperar una gran complacencia por parte de las autoridades. Cuando se recaudaron los impuestos en 1401, Francesco se encontraba en Bolonia, y su notario, Ser Lapo Mazzei, le aconsejó que se quedara allí: si regresaba, debería mostrar sus libros de cuentas a las autoridades, y de ese modo, revelar su fortuna. En cambio, al estar ausente, Ser Lapo podía luchar y mentir para defender sus intereses «afirmando y desmintiendo, prometiéndolo y amenazando, predicando y viviendo en el infierno, un demonio entre los demonios». Preparó el borrador de una carta en la que Francesco afirmaba que sus negocios de Avignon y Cataluña se encontraban en tan mal estado que estaba considerando liquidarlos, y que todos sus bienes, con excepción de sus residencias, no llegaban a 2500 florines: una desvergonzada mentira, sin duda.

¿Practicaba Francisco la usura? Este término era un poco confuso en aquella época, y cualquier préstamo, incluso con un interés mínimo, se denominaba usura. Este es un punto de vista que compartía Ser Lapo Mazzei, quien le escribió a Datini a propósito de un préstamo que este había efectuado, «porque me parece que esa transacción contraviene las leyes y los preceptos de Dios, que son que no debe pedirse ningún interés por un préstamo de dinero». Y poco tiempo después, añadió: «Me parece que es tu deber devolverle ese dinero a Ludovico, porque es el fruto de un contrato usurario: me parece que yo también debo confesarme y hacer penitencia».

A pesar de las afirmaciones de Francesco, en todas sus cartas se sentía su amor por el dinero. Así lo veían sus allegados. «¿Por qué siempre quieres más?», le había escrito su madre adoptiva cuando él era joven. Y su esposa no dejaba de repetirle: «Aprende a moderar tus deseos». En cuanto a su socio Domenico di Cambio, le decía: «Con total buena fe, Francesco, te lo digo: un hombre debe pensar en ganar dinero, pero también en disfrutar con sus amigos. Y tú te equivocas al pensar que todos se parecen a ti». Lapo Mazzei trataba de moderarlo: «Me da pena ver que te dedicas a tus negocios con tanta avidez, obstinación, frenesí, incluso tormento. Eso no es bueno. El sabio debe aprender a dominarse... a no obedecer a todos sus deseos, sino comportarse con discreción y moderación... Tú sabes hasta qué punto desagrada a los hombres una casa en la que la sirvienta le da órdenes a la dueña: tanto más le desagrada a Dios el alma que permite que sus deseos dominen a su razón» (todos estos textos son citados por Iris Origo).

«Las “exacciones financieras” que se le reprocharon a Jacques Cœur en su proceso, sólo parecían diferenciarse de las prácticas de sus contemporáneos en su diversidad y su amplitud» (Michel Mollat). En efecto, Jacques Coeur, rico

comerciante y tesorero del rey, mezclaba con frecuencia sus bienes personales con los del reino. A veces llegaba a realizar verdaderos desvíos de fondos públicos. Por ejemplo, cuando utilizó una parte de la talla de los hombres de armas de la baja Auvernia para comprar el señorío y las tierras de Saint-Gérard-de-Vaux.

Fue en Languedoc donde más se notó esta mezcla de las finanzas. Al parecer, Jacques Coeur se benefició con los sobornos más o menos voluntarios de los miembros de los Estados, de las asambleas diocesanas, de las municipalidades. Uno de sus acusadores declaró «que obtuvo ganancias en todas partes». Aunque podía haber alguna exageración por parte de los enemigos del hombre de negocios, sus críticas no carecían de fundamento. De las gratificaciones en especie que los Estados ofrecían a los comisionados del rey, tomó una parte cada vez más importante, tal vez la mitad en 1451. Los recibos que llevaban su firma mostraban que algunas sumas pagadas por determinadas ciudades tenían como objetivo reducir impuestos. Durante cinco años seguidos, de 1440 a 1445, la municipalidad de Montpellier le pagó a Jacques Coeur 250 libras tornesas, y le hizo regalos para que se ocupara de los intereses de la ciudad.

El tesorero del rey retiró grandes ganancias de los impuestos que pesaban sobre las ferias de Pezenas y de Montagnac. Y cuando fue encargado general de las gabelas, participó en el tráfico de la sal en el Rhône, pero, como su nombre no debía aparecer entre los comerciantes, usaba un seudónimo.

Jacques Coeur se interesó por la fabricación de moneda y las operaciones de cambio. Ubicó en puestos estratégicos a hombres a quienes podía controlar. Reconoció haber fabricado escudos y lingotes. Explotaba yacimientos de plomo

argentífero en la región de Lyon. De este modo, utilizó «todas las maneras y sutilezas posibles de las finanzas».

Sus finanzas le permitieron prestar dinero y practicar el oficio de la banca. Al investigar sus bienes, el procurador Dauvet encontró muchas facturas impagadas, entre ellas, algunas concernientes a rescates de prisioneros ingleses.

De manera que la especulación aparecía por todas partes. La especulación con el trabajo de los demás, con las mercancías, con las monedas. Poco antes de la devaluación monetaria, algunos notables de Brujas recibieron informaciones secretas de algunos funcionarios y tomaron las medidas necesarias. Luego, para que no se supiera nada, les aconsejaron «quedarse muy tranquilos y en silencio en sus casas». En cuanto a la usura, había «buenos cristianos» que la practicaban...

Entre 1164 y 1170, apareció en Arras el primer representante de la familia Crespin. A partir de 1185, el Crespin de la época fue llamado «usurero», es decir, banquero. Mientras que en el siglo XII, los grandes comerciantes dominaban la ciudad, en el XIII fueron los financistas quienes ocuparon el lugar más destacado. Enrique III de Inglaterra le pidió a uno de ellos un préstamo de 1200 libras a 20% de interés. Los hombres de negocios de Arras se habían vuelto suficientemente ricos como para prestar dinero a los soberanos, empezando por el rey de Francia. A pesar del temor que inspiraba el infierno que castigaba la usura, daban pruebas de deshonestidad. A pedido del «común», el conde de Artois ordenó una investigación sobre la administración de la ciudad desde 1282 hasta 1289, y descubrió que la oligarquía urbana desviaba a su favor el producto de los pesados impuestos. En el siglo XIII, la ciudad estaba floreciente y los ricos de Arras prestaban a una tasa del 15% al 20%, al punto

que el papa Inocencio III le pidió al obispo que aplicara a la ciudad las sanciones relativas a los usureros. La ciudad se endeudó cada vez más, pero los regidores se enriquecían. Al finalizar el siglo, uno de los oligarcas, llamado Juan el Tuerto, tomó dinero de las cajas y se hizo adjudicar a precio reducido las fincas de la ciudad. Hacía préstamos a la nobleza y al clero, y vendía muy por encima de su valor real los productos de sus dominios. La ciudad de Brujas se endeudó con Robert V Crespin y Baude XV Crespin por un valor de 110 000 libras. En 1311, la ciudad de Ypres se vio obligada a usar un carruaje tirado por cuatro caballos para llevar a Arras todo el dinero que le debía a Baude Crespin.

Algunos hombres de negocios no veían en su oficio sólo un medio para ganar dinero.

Hinrich Castorp (ca. 1420-1488), nacido en Dortmund, comenzó su carrera comercial en Brujas, donde vivió durante nueve años, y se instaló en Lübeck a la edad de treinta años. Se casó con la hija de un rico comerciante, fue miembro del Consejo en 1462, y alcalde diez años después. Entonces se casó en segundas nupcias con una mujer proveniente de una de las familias más importantes. Era un buen cristiano y se interesaba también por cuestiones intelectuales: coleccionaba crónicas y él mismo escribió una. Sus actividades comerciales, que estaban fundamentalmente relacionadas con Flandes, el Este (Prusia y Livonia) y Brandeburgo, fueron gradualmente reemplazadas por las operaciones de crédito y las compras de rentas. De este modo, se volvió muy rico.

Hinrich Castorp también desempeñó un importante papel político y diplomático, especialmente hacia el final de su vida. En 1464, formó parte de una delegación que intentó poner fin al conflicto entre Polonia y la Orden Teutónica. Dirigió la delegación que negoció la paz de Utrecht en 1474. Como lo

señala Philippe Dollinger, una de sus frases expresaba el espíritu de la Hansa: «Reunámonos para deliberar, porque es fácil izar el pabellón de la guerra, pero cuesta mucho arriarlo con honor».

Cosme de Médicis fue sin duda uno de los más notables hombres de negocios de fines de la Edad Media. Cuando murió su padre, en 1429, tenía cuarenta años. Hacía veinte años que recorría Occidente, y conocía perfectamente tanto la situación general como las empresas de su padre. Junto con su hermano Lorenzo, heredó negocios prósperos que incluían compañías comerciales y sociedades industriales constituidas en filiales, cuya sede principal estaba ubicada en Florencia. Cosme administró la totalidad de los bienes de su padre, pues Lorenzo tenía una absoluta confianza en él. Tras la prematura muerte de su hermano, Cosme, tutor de su sobrino, siguió ocupándose de la fortuna de las dos ramas. Cuando el hijo de Lorenzo, Pier Francesco, llegó a la mayoría de edad, dejó sus capitales en las empresas tan bien administradas por su tío.

Poderoso gracias a su riqueza, Cosme ejerció funciones públicas, incluyendo la magistratura suprema de la Justicia, pero se mantuvo al margen de la vida política activa. Sus adversarios lograron, sin embargo, que lo desterraran, aunque sus negocios no dejaron de prosperar. Para regresar a Florencia, tenía que hacer política. Volvió en 1434 a su ciudad, se convirtió en su amo y siguió siéndolo durante tres décadas. Pero no ejerció el poder en forma personal.

Por otra parte, mantuvo la dirección de sus negocios, que se desarrollaron cada vez más. En 1458, formaba parte de once sociedades comerciales e industriales. Las dirigía efectivamente, y para las compañías lejanas reclutó directores de condición modesta, pero muy competentes, y les asignó, como ayudantes, a jóvenes de su familia. Esos directores de

filiales debían ir a Florencia cada dos o tres años para rendirle cuentas y recibir sus directivas. Lo ayudaba un director general, pero Cosme se reservaba las decisiones fundamentales.

Una parte de su fortuna estaba invertida en inmuebles: un palacio en Florencia, mansiones en las colinas vecinas. En esas viviendas, acumuló una gran cantidad de obras de arte, así como un conjunto de manuscritos, no para revenderlos, sino para disfrutar de los textos que contenían, porque tenía inquietudes culturales. Apoyaba el *studium florentino*, que, gracias a la aprobación del Papa, logró convertir en universidad. Fundó la Biblioteca Marciana, y hacia el final de su vida, reunió a su alrededor a diversos humanistas, para conocer las ideas de Platón y Aristóteles sobre la vida y la muerte. Protegió a los artistas. Brunelleschi y Donatello fueron sus amigos.

Cosme practicaba la caridad, hizo restaurar y ampliar muchas iglesias, en particular las de las órdenes mendicantes. Probablemente, como muchos otros hombres de negocios, no tenía buena conciencia y trataba de conseguir el perdón de Dios. «Amo político de Florencia, sin fundar un señorío ni abandonar sus negocios, cristiano tradicional muy interesado en las investigaciones de los humanistas, hombre de buen gusto inclinado tanto hacia los conservadores como hacia los innovadores» (Yves Renouard).

Estamos muy lejos de la rapacidad de un Jehan Boinebroke.

Muchos hombres de negocios se preocupaban por la manera en que habían construido su fortuna. Algunos se limitaban a realizar donaciones piadosas en su lecho de muerte para ganar la misericordia divina. Otros tenían más escrúpulos. Pero estas dos actitudes no eran contradictorias,

según decía Francesco di Marco Datini. Datini, cuyo espíritu de lucro hemos conocido, antes de morir, legó su fortuna y su casa al hospital que había hecho construir para los pobres de Prato, pero con la condición de que ese establecimiento conservara sus archivos a perpetuidad. «A diferencia de otras casas y del hospital de la tierra de Prato, esta se llamaría La Casa de los Pobres de Francesco di Marco». Este mismo Francesco di Marco interrumpió sus negocios durante diez días para hacer una peregrinación, que reseñó minuciosamente. «Vestido de tela de lino blanco y calzado como la mayoría de las personas en ese tiempo» —estaba prohibido cambiarse la ropa durante toda la peregrinación y dormir en una cama—, Francesco, que ya era un septuagenario, atravesó Florencia muy temprano —comulgó en Santa Maria Novella, la iglesia de los dominicos—, luego abandonó la ciudad, y se unió a los grupos de peregrinos. Todos caminaban descalzos, cosa que no olvidó mencionar. En la abadía de Ripoli, el obispo de Fiesole celebró una misa para ellos. El grupo siguió camino hacia la mitad de la tarde. A la noche, el cansancio ya se hacía sentir.

El último día, a la hora de las vísperas, Francesco atravesó la puerta Santa Croce. A la noche, estaba de regreso en su casa. «No descansamos de noche en una cama, ni nos cambiamos la vestimenta blanca antes del domingo por la mañana, cuando el crucifijo fue transportado a Fiesole con las pocas personas que lo seguían. En la plaza de Fiesole, el obispo celebró una misa solemne. Luego predicó y dio la bendición a todos. Entonces todos regresaron a sus casas, y así se completó el viaje de peregrinación. Quiera Dios que valga para el alma de todos, si así le place. Amén» (citado por Jean Favier).

Francesco no olvidó llevar sus cuentas. La novena había costado 35 libras. Pero lo importante es que un comerciante acomodado, de edad avanzada, había hecho casi doscientos

kilómetros en diez días, descalzo el primer día, y sin acostarse en una cama durante toda la peregrinación. Él había anotado todo porque no podía perder sus costumbres, y dirigió su peregrinación como un negocio.

Hubo también quienes lo abandonaron todo. Algunos hasta fueron canonizados. Hacia 1173, un comerciante de Lyon llamado Valdés decidió llevar una vida religiosa más ferviente. Cuando un sacerdote le expuso las enseñanzas de Cristo en materia de pobreza, dejó su profesión y distribuyó sus bienes entre los pobres. Después de estudiar la doctrina cristiana, se separó de su esposa, puso a sus hijas en un monasterio y comenzó a predicar. Pronto comenzó a seguirlo un grupo de hombres y mujeres. Él los envió en misión a la región lionesa. Pero surgieron dificultades, porque los simples laicos no tenían derecho a predicar. Finalmente, como Valdés se negó a someterse, sus seguidores, los valdenses, fueron condenados como herejes en 1184.

En la misma época, Homebon de Cremona (muerto en 1197) tuvo un destino completamente diferente. Según los hagiógrafos, habría nacido hacia 1117 en una familia de la mediana burguesía de Italia del norte. Siguió la profesión paterna, al mismo tiempo sastre y vendedor de trajes. Algunos textos afirmaban que se habría dedicado al comercio lejano, pero no parece muy probable, y quizá se haya dicho eso para aumentar su mérito. Estaba casado y tenía varios hijos. En una fecha que se desconoce, abandonó su profesión y sus bienes para consagrarse por completo a la beneficencia. Según cuenta una anécdota, un día vio que sus manos se ponían negras, y quedaban así después de lavárselas. Fue a consultar a un hombre santo, y este le recordó las palabras de Cristo, que había ordenado: «Vende todo lo que tienes y distribúyelo entre los pobres». Este mismo pasaje había provocado la conversión de Valdés, y también intervino de manera decisiva

en la de san Francisco de Asís, hijo de un comerciante, y él mismo vendedor de telas. Tal vez sea un lugar común. En todo caso, la anécdota muestra que muchos laicos que se ocupaban del comercio podían tener escrúpulos por sus actividades, en relación con las enseñanzas de la Iglesia. La caridad de Homebon conmovió a todos sus contemporáneos: Inocencio III lo canonizó poco después de su muerte (1199).

Había una gran distancia entre los mercaderes ambulantes de la alta Edad Media y los hombres de negocios italianos del final de ese período, que dirigían desde su escritorio sociedades —tanto en Occidente como en Oriente— en las que, siendo jóvenes, habían efectuado su aprendizaje. Las técnicas habían evolucionado profundamente. Ahora era indispensable tener aptitudes muy concretas. El dinero intervenía cada vez más, no sin suscitar problemas de conciencia, pero la Iglesia comprendió, a partir de los siglos XI y XII, que debía tomar en cuenta las realidades económicas, y que la enseñanza de Cristo no impedía ganarse la vida por medio de los negocios, siempre que se respetaran ciertos principios. De modo que a fines de la Edad Media, los hombres de negocios aparecían como un elemento indispensable de la sociedad. Y se puede decir, con Yves Renouard, que la acción de los hombres de negocios —él se refería a los italianos, pero la observación también era válida para los de otros países, aunque en menor medida— «tendió, por el desarrollo de los intercambios, a mejorar las condiciones de vida del hombre en la tierra, a permitir que todos conocieran y utilizaran los productos de regiones lejanas, a acrecentar la suma de bienes puestos a su disposición». Y los de las ciudades marítimas hicieron conocer países lejanos. De manera que «posibilitaron que el hombre de Occidente fuera un poco más independiente de las condiciones naturales. Contribuyeron a que fuera más dueño

y señor del universo».

En el séptimo círculo del Infierno, Dante encuentra a unos usureros que pertenecen a grandes familias, como los Gianfigliuzzi, güelfos florentinos; los Obriachi, gibelinos florentinos; los Scrovegni, de Padua: mientras espera a Vitaliano del Dente, paduano, alcalde en 1307, o a Giovanni di Buianente dei Becchi, magistrado judicial en 1293: «Vi que una bolsa les pendía del cuello». Ellos no dudaban en explotar a los pobres.

Sin embargo, salvo excepciones, no existía un antagonismo virulento entre débiles y poderosos. La «lucha de clases» no existía en la Edad Media, aun cuando esporádicamente se manifestaran tensiones.

Las mujeres

Régine Pernoud, cuyas ideas son conocidas por un amplio público gracias a las novelas de su discípula Jeanne Bourin, afirma que las mujeres ejercieron una considerable influencia en todos los terrenos, especialmente desde el siglo X hasta fines del siglo XIII. Pero Georges Duby escribe en su libro sobre Guillermo el Mariscal: «Ese mundo era masculino. Sólo los varones tenían importancia. Hay que destacar desde el comienzo este primer rasgo fundamental: hay muy pocas figuras femeninas en ese poema, y sus apariciones son fugaces».

Dos tesis contradictorias. Intentaremos aclarar la cuestión.

La misoginia: ¿un falso problema?

En primer lugar, debemos terminar con una necesidad todavía muy difundida: que la Iglesia le negaba a la mujer la posesión de un alma inmortal. Esta afirmación que los anticlericales del siglo XIX enunciaban con gran placer proviene simplemente de la mala interpretación de un pasaje de la Historia de los

francos de Gregorio de Tours (libro 8, c. XX). Durante el concilio celebrado en Mâcon en 585, «uno de los obispos se puso de pie para decir que una mujer no podía ser llamada hombre». Ese obispo parecía ignorar que la lengua latina designa *vir* al ser masculino, y *homo* al ser humano. Sus colegas le mostraron, a través de varios ejemplos, que se podía designar a la mujer con la palabra *homo*. «Él se calmó, pues los obispos le explicaron que el libro sagrado del Antiguo Testamento enseña que en el principio, cuando Dios creó al hombre, “creó un varón y una mujer, y les dio el nombre de Adán”, que significa hombre hecho de tierra, designando de este modo tanto a la mujer como al hombre. Además, se llama hijo del hombre al Señor Jesucristo porque es el hijo de una virgen, es decir, de una mujer...». La cuestión era tratada sólo en el aspecto lingüístico: el problema del alma de las mujeres no estaba en discusión. Por otra parte, las actas del concilio de Mâcon no mencionan este incidente.

Pero también es cierto que muchos textos medievales manifestaban hostilidad hacia las mujeres.

Según el Génesis, la mujer se encuentra en el origen del pecado, pues convence al hombre de desobedecer a Dios. A causa de la menstruación, a la que los hombres del medioevo adjudicaban un poder maléfico, ella era impura en determinados períodos, cosa que dice el Levítico. Los apóstoles fueron influidos por la concepción judía de la mujer, que estaba excluida de las funciones sacerdotales y, por ese hecho, ubicada en una situación inferior. Aunque san Pablo no podía hacer otra cosa que afirmar la igualdad de todas las personas ante Dios, consideraba que en realidad el hombre era superior a la mujer.

De ahí el recelo y el sentimiento de superioridad del hombre. Tertuliano (ca. 155-ca. 222) mostraba una gran

agresividad hacia la mujer. «Deberás llevar duelo siempre, estar cubierta de harapos y sumida en la penitencia, para redimir la culpa de haber causado la perdición del género humano... Mujer, eres la puerta del diablo. Tú eres la que tocó el árbol de Satán y violó por primera vez la ley divina». Entre los clérigos, existía un verdadero odio a la sexualidad, apenas tolerada en el marco del matrimonio. Era absolutamente preferible la virginidad, que negaba la función esencial de la mujer: la maternidad. San Jerónimo (ca. 347-419 o 420) consideraba con desprecio el pasaje bíblico que ordena a los hombres crecer y multiplicarse. Le recomendó a una joven que permaneciera virgen: «¿Te atreves a rebajar al matrimonio que ha sido bendecido por Dios?, dirás. No es rebajar al matrimonio preferir la virginidad... Nadie compara un mal con un bien. Que las mujeres casadas se enorgullezcan de estar en segundo lugar, detrás de las vírgenes».

La cultura estaba en manos de clérigos a quienes se les negaba una sexualidad normal, y que veían en la mujer el instrumento de Satán, una tentadora, cuya seducción temían. Los monjes lanzaban diatribas contra los engañosos atractivos de esa pérfida criatura, como la de un tal Odon de Cluny, en el siglo X: «La belleza física no va más allá de la piel. Si los hombres vieran lo que hay debajo de la piel, la visión de las mujeres les causaría repugnancia. Si no podemos tocar ni con la punta de un dedo un escupitajo o la mierda, ¿cómo podemos desear abrazar esa bolsa de excrementos?».

A comienzos del siglo XI, Burchard, obispo de Worms, insistía en la libido insaciable de las mujeres, y pedía a los confesores que les hicieran las siguientes preguntas:

Lo que sigue concierne directamente a las mujeres.

¿Has hecho lo que algunas mujeres acostumbran hacer? ¿Te fabricaste un objeto, un instrumento en forma de miembro viril, del largo que deseas, para, después de sujetarlo con un lazo, introducirlo en tu sexo, o en el de alguna otra, y fornicar con otras mujeres, o bien otras contigo, con ese mismo

instrumento o con otro? ¿Has hecho lo que suelen hacer algunas mujeres, fornicar solas con el susodicho objeto o algún otro?

¿Has hecho lo que suelen hacer algunas mujeres, que cuando quieren calmar el deseo que las hostiga, se unen como si fueran a copular —y consiguen hacerlo— y sucesivamente, acercando sus sexos, tratan de calmar su excitación frotándose?

¿Has hecho lo que algunas mujeres suelen hacer: fornicar con tu hijo muy pequeño, colocando, digamos, al niño sobre tus partes pudendas, como sustituto de la fornicación?

¿Has hecho lo que suelen hacer algunas mujeres: acostarte debajo de un animal y excitarlo al coito, por cualquier medio, para que copule contigo?

Muchas mujeres apelaban a la magia para despertar el amor de su marido, o al contrario, para volverlo impotente. «¿Has bebido el semen de tu marido para enardecer por medio de tus actos diabólicos su amor por ti?».

Las mujeres, pecadoras e instigadoras al pecado para los hombres, eran manifiestamente inferiores a ellos. Graciano (muerto antes de 1179), cuyo Decreto constituye una base del derecho canónico, dedicaba algunos pasajes a las incapacidades femeninas. «Es el orden natural de la humanidad que las mujeres sirvan a los hombres y los hijos a sus padres, pues en esto la justicia quiere que el más pequeño sirva al más grande». «La mujer debe seguir en todo la decisión de su marido. Ella no tiene ninguna autoridad: no puede enseñar, ni ser testigo, ni prestar juramento, ni juzgar».

En el transcurso de los siglos XI y XII, se afirmó verdaderamente la incompatibilidad entre sacerdocio y matrimonio, se exaltó la virginidad y se preconizó el desprecio por el mundo. La mujer era tolerada porque permitía la propagación de la especie. ¿Cómo era percibida por los clérigos en el siglo XIII?

Tomás de Aquino (muerto en 1274), cuya influencia ha sido tan grande en la Iglesia, intentó efectuar una síntesis entre el pensamiento de Aristóteles, por un lado, y por el otro, las Escrituras y la tradición patrística. «Con relación a la

naturaleza particular, la mujer es una cosa imperfecta y ocasional, porque la virtud activa del sexo masculino tiende a producir su semejante perfecto del mismo sexo; y la causa de que resulte engendrada mujer es la debilidad de la virtud activa, o alguna indisposición de la materia, o acaso alguna transformación procedente de fuera, como de los vientos australes, que son húmedos, como dice Aristóteles. Pero relativamente a la naturaleza universal, la mujer no es un efecto ocasionado, y sí intentado por la naturaleza con destino a la obra de la generación: porque la intención de la naturaleza universal depende de Dios, que es su autor; y así, al crear la naturaleza, no sólo produjo el individuo masculino, sino también la mujer» (*Suma teológica*, I, q. 92, a. I, sol.).

Se llegó a un punto máximo con Gilles Bellemere (muerto en 1407), eminencia jurídica en los tiempos de Avignon y del Gran Cisma. «¿Por qué las mujeres son apartadas de los oficios civiles? Son frágiles y normalmente menos reflexivas. En la justicia, hay una razón especial: el juez debe ser constante e imperturbable. Y la mujer es cambiante y frágil: no es ni sagaz, ni sabia... La mujer promete fácilmente, pero no suele dar... La condición de la mujer es inferior. No puede enseñar en público, ni predicar, ni oír confesiones, ni ocuparse de lo que tenga que ver con las llaves de la Iglesia. No puede recibir las órdenes. No puede acercarse al altar cuando se celebran los oficios. Así debe entenderse la ley que dice que, en muchos aspectos, la condición femenina es menos buena que la de los hombres».

Estos ataques provienen de un distinguido jurista y están tomados de una obra seria. No sorprende entonces que, en esas condiciones, se manifestara a fines de la Edad Media una verdadera demonización de la mujer.

Hacia 1330, el franciscano Alvaro Pelayo, en ese momento

penitenciario de la corte pontificia de Avignon, escribió a pedido del Papa un libro titulado *El llanto de la Iglesia*. La segunda parte incluía un catálogo de ciento dos «vicios y fechorías» de la mujer. Además de los que compartía con el hombre, tenía algunos que le eran propios. Por ser descendiente de la madre del pecado, constituía un abismo de sexualidad, un monstruo de idolatría, un conjunto de defectos y a veces una vidente impía. Su marido debía desconfiar de ella. Por otra parte, la mujer perturbaba a la Iglesia. Aunque muchas acusaciones no parecían nuevas, el conjunto marcaba la aparición de otra fase del antifeminismo clerical. El autor insistía, en particular, en el hecho de que la mujer era idólatra y alteraba la vida de la Iglesia. De ahí a justificar la caza de brujas, no había más que un paso.

Algunos autores laicos, siguiendo el ejemplo de los clérigos, consideraban a la mujer como un ser inferior lleno de defectos. Sin embargo, como se les permitía tener relaciones con ella en el marco conyugal, con el fin de procrear, sus motivaciones eran diferentes. El matrimonio convertía en cierto modo al hombre en un prisionero: por lo tanto, estaba tentado de estigmatizar a aquella de la que, en principio, no podía separarse.

El poeta Eustache Deschamps, que ejerció diversos cargos administrativos durante unos treinta años en tiempos de Carlos VI, es el autor de *El espejo del matrimonio*, un largo poema de más de doce mil versos, escrito en los años 1380. Su crítica estaba llena de frases hechas. Era mejor frecuentar a las prostitutas que casarse. El marido no mandaba en su casa, y si su esposa era bonita, corría el riesgo de que lo engañara. Por otra parte, la belleza no duraba demasiado. La mujer sólo pensaba en arreglarse, y cuando estaba bien vestida, quería mostrarse en público y divertirse. El marido no podía oponerse a ello. Cuando la mujer regresaba a la casa,

empezaba a discutir con él. Empleaba artimañas para obtener sus fines. Además, era difícil soportar la vida en familia: los hijos constituían una pesada carga.

Es evidente que en la Edad Media la mayoría de los textos eran hostiles a la mujer. Pero muchas críticas eran estereotipadas. En uno de sus poemas, Eustache Deschamps se declaraba feliz de tener una esposa. En otros textos, escribió que el matrimonio permitía evitar el concubinato y llevar una vida ordenada. Y había muchos otros textos con argumentos a favor del sexo débil.

En nuestra época existe una tendencia a reducir la influencia del amor cortés y del culto mariano. En la Edad Media, el amor cortés sólo aparecía en el medio aristocrático y constituía ante todo un juego. Georges Duby afirma incluso que, al servir a su esposa, las jóvenes buscaban fundamentalmente ganar los favores del príncipe. En cuanto al culto mariano, se dirigía a la mujer que constituía un ideal: un ideal que las mujeres de este mundo no podían realizar, puesto que María es al mismo tiempo virgen y madre.

Pero también se escribieron en la Edad Media obras que defendían a la mujer. La cantidad de estas obras fue en aumento, y se estabilizó en los siglos XII y XIII. Alcuin Blamires sostiene que es peligroso considerar en forma sistemática que el discurso masculino sobre las mujeres era misógino, ya que en realidad ellas mismas habían interiorizado los conceptos que regían aquella sociedad. Los que toman la defensa de las mujeres ponen el acento en la ingratitud de sus acusadores, que olvidaban el hecho de que todos ellos le debían la vida a su madre, en la generalización abusiva —no todas las mujeres son iguales—, en el papel que han tenido algunas mujeres en la historia y en la leyenda —Débora, Esther, María Magdalena... —, en la dureza de la acusación a Eva, cuya responsabilidad

atenúan, en las virtudes femeninas que contrastan con los defectos masculinos. Pero mientras una tradición que provenía principalmente de autores antiguos afirmaba la inestabilidad fisiológica y moral de las mujeres, se desarrolló la tesis inversa con Fortunato en el siglo VI. Pedro el Venerable en el siglo XII, y Cristina de Pisan a fines de la Edad Media. Este equilibrio aparecía en muchos autores: Hrotsvitha con su pieza *Gallicanus*, Chrétien de Troyes con *Yvain*, Chaucer con la historia de Griselda. Sin embargo, el hombre seguía siendo el punto de referencia. Esto no llama la atención, ya que fue el hombre quien elaboró la ideología. Además, la defensa de las mujeres se ubicaba en el plano de la moral, y las cualidades que se les reconocían eran las tradicionalmente atribuidas a su sexo (amor a los hijos, amor por la paz...).

En su Libro de sentencias, el famoso teólogo Pedro Lombardo (fines del siglo XI-1160) mostró lo que creaba la igualdad de los esposos en la Escritura: «La mujer no fue formada de una parte cualquiera del cuerpo del hombre, sino de su costado, para mostrar que era creada con vistas a una asociación fundada en el amor. Si hubiese sido hecha a partir de la cabeza, habría parecido que ella domina al hombre; si hubiera sido a partir de los pies, parecería que está sometida a él para servirlo. Ni soberana ni sirvienta; lo que se le da al hombre es una compañera. Tenía que salir de su costado, y no de la cabeza ni de los pies, para que él supiera que debía poner a su costado a la que sabía que había sido sacada de su costado».

La «Corte de Amor» de Carlos VI, fundada en enero de 1400, tenía como objetivo el elogio a las damas, que debían juzgar los poemas compuestos en su honor. Estaban prohibidas las expresiones antifeministas. Había sanciones: los individuos que se mostraban irrespetuosos hacia las damas eran excluidos. Pero esa corte era sólo un entretenimiento

surgido de la nostalgia de una aristocracia caballeresca, y esto parecía muy claro desde el momento en que entre sus miembros figuraban dos notorios adversarios de la mujer: Jean de Montrueil y Pierre Col.

El problema de la igualdad de los sexos se abordó con mayor seriedad cuando se produjo la querrela del Libro de la rosa. Esta obra, escrita en el siglo XIII, que tuvo un enorme éxito y ejerció una gran influencia en los siglos XIV y XV, está compuesta de dos partes, escritas por dos autores diferentes. Mientras que la primera era de inspiración cortés, Jean de Meun, autor de la continuación, manifestaba su escepticismo con respecto a la fidelidad en el amor y la honradez de las mujeres. Y se empeñaba en desvalorizar la imagen del matrimonio, predicando la libertad sexual.

Jean de Montreuil leyó el Libro de la rosa al finalizar el invierno de 1401. Entusiasmado, trató de compartir su admiración con otros. Pero como «un amigo, notable clérigo» y Cristina de Pisan se escandalizaron, les envió un tratado sobre el tema. Se produjo un intercambio de cartas. El 1 de febrero de 1402, Cristina le pidió a la reina Isabel de Baviera que mediara en la querrela que sostenía con Jean de Montreuil y Pierre Col, a quien De Montreuil había llamado en su auxilio. Ella tomó como testigo a la corte, y el debate, que hasta ese momento se había desarrollado en el ámbito privado, fue llevado a la plaza pública.

Según la poetisa, la debilidad física de las mujeres no demostraba de ninguna manera su inferioridad. Esta se debía a la educación que recibían. ¿Acaso las campesinas no eran más vigorosas que las burguesas? Y el espíritu de las mujeres estaba a la misma altura que el de los hombres. La tiranía masculina las obligaba a ocuparse solamente de cositas insignificantes. Esta situación irritaba a Cristina de Pisan, que no había

podido estudiar tanto como habría deseado. «Tu padre, que fue gramático y filósofo, no pensaba que las mujeres tuvieran menos valor a causa de su ciencia, y le daba mucho placer el hecho de verte interesada en las letras. Pero la opinión de tu madre, que quería que te dedicaras a hilar, según la costumbre de las mujeres, fue la causa de que en tu infancia no pudieras llegar más lejos en el camino de los estudios». Las mujeres, pensaba Cristina de Pisan, debían estudiar y participar en la vida de la ciudad.

En una época en que, a pesar de las apariencias, los caballeros no defendían demasiado a las mujeres, Cristina tuvo el mérito de instar a sus lectores a tomar en serio las virtudes que elogiaban.

La misoginia medieval es un concepto que hay que manejar con cuidado. Aparecía sobre todo en la literatura clerical. Pero ¿hasta qué punto correspondía a una realidad?

Un lugar fundamental dentro de la familia

La vida conyugal era bastante difícil para muchas mujeres. En primer lugar, no se hacía demasiado caso de lo que quería una joven con respecto a su futuro esposo, al menos en el ambiente de la aristocracia, en la que el matrimonio era un acuerdo entre los padres de los contrayentes, más que la unión voluntaria de dos personas. Thietmar de Mersebourg relató los acontecimientos que llevaron al matrimonio de Liutgarde (†1012), hija de Ekkehard de Meissen, con Werner de

Walbeck. «Cuando el conde Liuthar observó la belleza y la sabiduría de la joven, no dejó de pensar, en el secreto de su espíritu, en la manera de unirla a su hijo. Finalmente, no pudo resistirlo y le manifestó al margrave Ekkehard, por intermedio de algunos fieles, el anhelo que había ocultado durante tanto tiempo. Recibió inmediatamente una respuesta positiva. Durante un encuentro entre ambas familias, Ekkehard prometió con total legitimidad a Liuthar que entregaría su hija como esposa al hijo de este, y lo confirmó delante de todos los nobles presentes según la ley y la costumbre». Ese era el procedimiento. Un jefe de familia se ponía en contacto con otro aristócrata. La aceptación del padre de la joven permitía la *desponsatio*: las dos familias se reunían, y el padre prometía solemnemente dar a su hija en matrimonio. Nadie hacía ninguna alusión al consentimiento de ambos jóvenes.

Incluso en familias relativamente modestas, intervenían muchas veces elementos ajenos a la voluntad de la futura esposa. En el registro del inquisidor Jacques Fournier figuraban las circunstancias del segundo matrimonio de Raymonde d'Argelliers, a principios del siglo XIV, tras el deceso de su primer marido. Cuando se negoció esa nueva unión, Raymonde era una mujer de cierta edad. Sin embargo, sus parientes y sus amigos intervinieron en el asunto. Raymonde fue, en cierto modo, el objeto de una transacción.

La esposa debía soportar la violencia y las infidelidades de su cónyuge. Jonas, obispo de Orléans (antes de 780-843), es el autor del tratado *Sobre la educación de los laicos*, redactado hacia 830, cuya segunda parte estaba dedicada al matrimonio. Los hombres, escribía el obispo, buscan en sus esposas cuatro cosas: la cuna, la sabiduría, la riqueza y la belleza. Si ellos las creen de condición libre, y ellas luego caen en servidumbre, las repudian inmediatamente. Otros actúan de la misma manera si ven que tienen problemas de salud o se vuelven pobres.

Entonces buscan mujeres más hermosas y más ricas. Está prohibido repudiar a la esposa, salvo que ella se haga culpable de fornicación, y quien se casa con una mujer repudiada, comete adulterio. Sin embargo —afirmaba Jonas— muchos actúan sólo en función de su placer.

En un libro sobre el «divorcio» del emperador Lotario II, el arzobispo de Reims, Hincmar, escribió: «Los hombres nunca deben mostrar amargura ante sus esposas, pero mucho menos deben ser salvajes, crueles, sanguinarios, no respetando con respecto a ellas la ley, la razón y la justicia que la religión cristiana debe defender incluso con respecto a los esclavos. Sin embargo, cuando les viene en gana, en los arrebatos de la excitación y de un furor impío, las mandan despedazar como en la carnicería y dan la orden de inmolarlas bajo el cuchillo de sus cocineros como si fueran corderos o cerdos, y a veces las matan con sus propias manos o con su espada... En la perturbación de su voluntad, las hacen desaparecer para siempre, se manchan criminalmente con su sangre, cuando en un asunto de esta clase habría sido más justo esperar una sentencia conforme a la ley, sobre todo por lo fácil que es para la violencia del marido perpetrar un homicidio. Algunos de ellos son tan feroces que no se encuentra en ellos ningún sentimiento humano, sino la crueldad de las fieras. Por una sospecha de adulterio, sin ley ni razón, ni juicio, sólo bajo el influjo de la animosidad y la crueldad, o también impulsados por el deseo hacia otra esposa o concubina, mandan matar a su primera esposa, y mojados con su sangre todavía fresca, se acercan sin escrúpulos al altar».

Las cartas de remisión muestran que hacia el final de la Edad Media la situación no había evolucionado demasiado. El hecho de golpear a la mujer parecía haber entrado en las costumbres. Colin Cartau, furioso contra su esposa, la golpeó. Cuando ella salió de la casa con el cabello en desorden y el

rostro lleno de rasguños, Jean Savary le dijo a Cartau que no debía pegarle a su esposa, pero sólo «porque era vieja y anciana y ya no podía corregirse». Guillemette Clergue de Montaillou, que tenía un ojo hinchado, sin relación con su vida conyugal, se cruzó en la calle con el tejedor Prades Tavernier. «¡Eh, Guillemette! —le gritó este—. ¿Qué pasó? ¿Te pegó tu marido?». Una pregunta que revela las costumbres atribuidas a los maridos.

Esa brutalidad masculina existía en todos los niveles de la sociedad. También entre los campesinos. Guillaume, un labrador que vivía en Saintonge, no encontró a su esposa Jeanne al regresar a su casa: ella había ido a ver a un religioso para tratar de resolver un conflicto que tenía con su marido. Cuando volvió a su casa a la noche, él le preguntó de dónde venía. La mujer le explicó la razón de su ausencia, pero Guillaume se enojó, porque ella había actuado sin su autorización. Le reprochó por haber hecho una locura. Jeanne, disgustada, se puso a gritar. Cuando Guillaume quiso ir a dormir, encontró la cama sin hacer, lo que reavivó su cólera. Ante sus reproches, su mujer empezó a hacer la cama profiriendo insultos. Guillaume buscó un bastón para castigarla, y encontró uno de esos zancos que los labradores usaban en invierno para cruzar las ciénagas, y que tenían una punta de hierro. Lo arrojó contra Jeanne por encima de la cama para hacerla callar, pero la punta de hierro golpeó a la mujer en la sien. Cayó al suelo perdiendo mucha sangre, y pronto falleció.

No se trataba mejor a las burguesas y a las damas nobles. El escudero Pierre Léau casó a su hija con André de Parthenay. Pero este llevaba una vida disoluta, porque tenía una concubina a la que recibía todos los días en su casa, y con quien tuvo un bastardo. Para estar tranquilo, después de muchos insultos y golpes, hacía salir de su casa a su joven

esposa, que tenía unos quince años, y la obligaba a dormir con los animales o en otros lugares sórdidos. Los amigos de Jeanne y André le reprocharon a este su conducta, pero él no les hizo caso. El 26 de mayo de 1381, hacia la medianoche, André echó a su esposa de su casa, la llevó lejos, a los bosques, y le ordenó que fuera adonde quisiera. Cuando ella intentó volver con él, le pegó violentamente. «Si vuelves a casa, te mato», le dijo.

El mismo comportamiento se observaba en la alta nobleza. Brunissent, la hija mayor del conde Périgord, se casó hacia 1385 con Jean II Larchévêque, señor de Parthenay, por intermediación del duque de Berry. En cuanto se llevó a cabo la unión, Jean Larchevêque mantuvo prisionera a su esposa, la hacía poner de rodillas y besar el suelo que él pisaba. Tras el fallecimiento de su suegro, ella fue llevada al castillo de Parthenay, donde su situación no hizo más que empeorar. Harta de los malos tratos que sufría, se refugió en el palacio de la reina de Sicilia. Pero su marido consiguió encerrarla en Vouvant «y ordenó que nadie entrara allí, ni para hacer vigilancia ni por ninguna otra razón, si no tenía más de cuarenta años; y como alimentaba sospechas sin fundamento hacia ella, le apoyó su espada sobre el cuerpo diciendo que la mataría».

Las mujeres estaban subordinadas a sus maridos. La obediencia era escrupulosamente recomendada por todos los autores, que eran hombres. Philippe de Novare escribía, en tiempos de san Luis: «Nuestro Señor ordenó que la mujer estuviera siempre subordinada: en la infancia, debe obedecer a los que la alimentan; cuando se casa, debe estar sometida a su esposo; y cuando entra en la religión, debe seguir una regla». A fines del siglo XIV, el caballero de la Tour-Landry les enseñaba a sus hijas que «ninguna mujer debe rechazar ni desestimar el mando de su señor, si quiere conservar su amor y su paz. Porque la humildad debe venir en primer lugar de parte de

ella». En la misma época, el autor del *Mesnagier de Paris* le decía a su joven esposa que toda mujer debía amar y servir a su marido. En consecuencia, ella debía obedecerle, ocuparse de su persona, ser discreta y hacerle notar suavemente sus errores. Era conveniente que ella siguiera sus órdenes, y que no lo contradijera, sobre todo delante de extraños.

Los textos aquí mencionados son esencialmente de orden normativo y jurídico. No dan una imagen exacta de la vida conyugal de la mayor parte de las mujeres, puesto que los pueblos felices no tienen historia.

Es bastante probable que existiera una especie de flirteo prematrimonial en los ambientes campesinos entre los jóvenes de la misma aldea y de la misma edad. Por ejemplo, en los últimos siglos de la Edad Media, en ocasión de la fiesta del 1 de mayo, o del 14 de febrero, el día de san Valentín, los hombres y las mujeres jóvenes ponían sus nombres en trozos de papel de diferente color para cada sexo: el muchacho y la joven cuyos nombres se sacaban al mismo tiempo quedaban unidos por un año. Pero sólo en situaciones de ciertas características (endogamia, posiciones sociales equilibradas) podía manifestarse alguna libertad de elección, y por lo tanto, un sentimiento amoroso.

La Iglesia trataba de lograr que los jóvenes consintieran su unión con total libertad. El hecho de que desempeñara un papel cada vez más importante en la jurisprudencia matrimonial resultaba beneficioso para las mujeres. El derecho canónico contenía muchas disposiciones tendientes a asegurar la libertad del consentimiento, so pena de nulidad. La violencia se admitía con bastante facilidad cuando se trataba de la mujer. Los libros Penitenciales decían que una joven, a partir de los quince, dieciséis o diecisiete años, no podía estar comprometida contra su voluntad. Aunque sus padres la

hubieran comprometido en forma válida, sin pedirle su consentimiento, ella tenía derecho a no cumplir esa promesa. Para que el procedimiento matrimonial fuera respetado, la Iglesia daba publicidad los casamientos y luchaba contra las uniones clandestinas. Una vez que se contraía matrimonio, el mismo era indisoluble. Evidentemente, esos eran los principios enunciados. En la realidad, existía una relación de fuerza entre la Iglesia y la nobleza. En todo caso, a mediados del siglo XI, la Iglesia afirmó el principio de su competencia exclusiva en materia de «divorcio» (habría que decir, más exactamente, «anulación», porque el divorcio en el sentido moderno del término, no existía).

Sin duda, la influencia de la familia era preponderante en la mayoría de los casos. Pero de todos modos, la Iglesia profesaba la doctrina del consenso. El derecho consuetudinario lo admitía a veces. Una de sus reglas enunciaba: «El matrimonio es un vínculo propiamente dicho, que se realiza con el consentimiento del hombre y de la mujer, ya que los corazones de ellos consienten tenerse uno al otro en matrimonio».

La esposa tenía algunas ventajas, especialmente en el plano económico. Hasta el siglo X, la mujer disponía en principio libremente de sus bienes. En una carta cluniacense de 974, Dominique le daba a su segundo esposo, David, el usufructo de los bienes que le había asignado su primer marido, Angelard, al casarse. En 994, Ulrich le dio a Eimengarde una parte de sus bienes situados en la zona de Mâcon: estipuló que le transmitía esos bienes a perpetuidad, con la facultad de conservarlos, venderlos, donarlos, cambiarlos o hacer lo que su libre albedrío le indicara. En el siglo X, fue surgiendo poco a poco la idea de que la esposa sólo tenía el usufructo de los bienes que el marido le entregaba al contraer matrimonio. En el siglo XI, esa costumbre se impuso. Por otra parte, la mujer

aportaba su propia dote. Esta constituía su patrimonio, que le pertenecía a ella y más tarde pasaba a sus herederos propios. Cuando Françoise, hija de Louis Breschart, se casó con Jean de Villers, su padre le dio una renta de 100 libras, por la cual le cedió la tierra de Saint-Aubin en Charollais. Como los esposos vendieron ese dominio, Jean le asignó a su esposa 55 libras de renta sobre su tierra de Villers-La-Faye. Su hijo Louis de Villers reclamó, tras el fallecimiento de su madre, la renta y los pagos atrasados (1474).

La mujer preparaba la comida, fabricaba la vestimenta, educaba a los hijos pequeños. En Baillet-en-France, las construcciones eran muy probablemente *mansiones*, fincas integradas por una vivienda familiar y un campo, cuya ocupación databa del siglo X y principios del XI. La trilla y el tamizado de los cereales se realizaban aparentemente en el interior de las fincas, a juzgar por la presencia de restos de espigas. El grano triturado en los molinos producía una harina gruesa, con la que se fabricaban galletas y panes. Se cocían caldos en vasijas que podían contener uno o dos litros y colocarse sobre el fuego. De todos modos, en esos caldos solía introducirse preferentemente piedras que se pasaban antes por el fuego. También se encontraron sartenes de hierro con mangos largos y picos vertedores. Las galletas y los panes se cocinaban en hornos domésticos, donde se los introducía con palas de madera. Las carnes, algunas de las cuales se conservaban saladas en grandes recipientes o se secaban en las campanas de las chimeneas, se comían casi siempre hervidas. De ese modo obtenían al mismo tiempo la carne y un caldo grasoso en el que cocinaban las legumbres de las huertas. Los fogones interiores, además de proporcionar calefacción, permitían preparar los alimentos. Los fogones exteriores se usaban para las artesanías.

Las excavaciones de Colletière, en Charavines, en las aguas

del lago de Paladru —algunos caballeros rurales se instalaron allí en 1003 y se fueron hacia 1035— atestiguan la práctica del hilado, y permitieron descubrir una gran cantidad de variadas herramientas. Se cardaban fibras vegetales (lino, cáñamo) y animales (de oveja) usando peines de madera con dientes de hierro. Luego se colocaban las madejas en las ruecas. A pesar de la ausencia de bastidores para tejer, seguramente las mujeres los utilizaban, ya que se encontraron dos lanzaderas. El tejido terminado se alisaba con bolas de vidrio.

Según el registro de Jacques Fournier, se establecía una especie de matriarcado cuando la mujer se convertía en jefa de familia en ausencia de un heredero varón. En ese caso, el hombre sólo era el yerno. Guillaume de l'Aire, de Tignac, «tomó mujer en Lordat, y al entrar a la familia de su mujer, se lo empezó a llamar Guillaume de Corneillan». Este personaje abandonó su propio apellido y tomó el de su esposa. Si además la mujer tenía cierto temperamento, al marido no le quedaba otra alternativa que mostrarse sumiso. Sibylle Baille recibió en herencia una casa en Ax-les-Thermes. Se casó con un notario de Tarascón, Arnaud Sicre. Violentamente anticátaro, éste debió sufrir las iras de la autoritaria Sibylle, que lo expulsó de su casa de Ax, donde vivían juntos. El hombre se vio forzado a volver a trabajar a Tarascón.

En general, incluso sin tener en cuenta las fórmulas estereotipadas de las cartas, como «a mi queridísima esposa», parece ser que la mayoría de las parejas llevaba una vida tranquila. Eginhard le escribió en 836 a su amigo Loup, abad de Ferrières: «El dolor tan profundo que siento por la muerte de la que, después de haber sido mi fidelísima esposa, se había convertido luego en mi amada hermana y mi compañera, me quitó y me hizo perder todo gusto y todo interés por los asuntos de mis amigos, y también por los míos. Y esto, al

parecer, no tendrá fin, porque mi memoria conserva con tal obstinación el recuerdo de esa muerte tan bella que no puede, por decirlo así, desviarse de ese objeto».

La esposa, aun oprimida, era venerada en su papel de madre. En la aldea de Montailou, hacia 1300-1320, toda joven más o menos tiranizada por un marido más viejo pasaba a ser la madre respetada por sus hijos, varones y niñas. Estas últimas, en los medios rurales, manifestaban una gran deferencia hacia sus madres, que, por otra parte, las ayudaban mucho cuando se casaban, especialmente con el cuidado de los niños.

La viuda del siglo X gozaba de cierta autonomía, pero no podía disponer de sus bienes sin control. Sin embargo, su papel era cada vez más importante. Esto era evidente en Cataluña, hacia el año 1000, en el corazón de la Edad Media. Al morir su marido, la mujer recibía el usufructo de sus bienes, que se agregaban a los de ella. La viuda administraba sola el patrimonio familiar, y ejercía al mismo tiempo la tutela de sus hijos menores de edad. Su lugar eminente en la aristocracia está demostrado por el hecho de que los nobles, en su juramento de fidelidad, sólo mencionaban su filiación materna.

¿Qué pasaba cinco siglos después, cuando los documentos permiten tener una idea más clara de la situación? Marie Thérèse Lorcin estudió la condición de las viudas lionesas a fines de la Edad Media. Las situaciones variaban según las clases sociales. La campesina que había trabajado toda su vida al lado de su marido solía ser designada para reemplazarlo. Pero la cohabitación con los herederos tenía un tiempo limitado. Cesaba automáticamente si la viuda se volvía a casar. En ese caso, ésta podía partir manteniendo su estado, «si no podía o no quería vivir con el heredero».

La mujer que no volvía a casarse podía disponer de su dote y administrar sus bienes propios. Esa era la solución más corriente en Lyon y en la nobleza rural. Pero a los campesinos no les gustaba demasiado devolverle su dote a su madre viuda. De modo que a medida que se avanza en el siglo XV, puede verse que los testadores intentaban disuadir a la mujer de adoptar tal solución. Muchos de ellos preferían otorgarle una pensión. Esta solución de la pensión vitalicia ofrecía muchas ventajas. La viuda seguía viviendo en su aldea, y así podía conservar sus amistades. Permanecía en contacto con sus hijos y sus nietos. Finalmente, el problema residía sobre todo en la naturaleza de las relaciones que mantenía con ellos. Todo iba bien cuando la pensión se pagaba regularmente. Pero no siempre sucedía esto.

Sin embargo, gracias a la viudez, las esposas de artesanos, al heredar el taller y el oficio, adquirían poder en el plano familiar y profesional. Y algunas viudas recibían el apoyo de sus hijos. Un notario de Lyon que vivía cerca del palacio, hospedaba a su abuela. En el burgo Saint - Vincent de Lyon, el navegante Pernet Drille le dio alojamiento a su suegra. Guillaume Champoseau, pobre labrador de Poitou, casado y padre de tres niños pequeños, se hizo cargo de su madre de alrededor de setenta años. André Hommet, carnicero de Loudun, casado y padre de un niño de un año, recibió en su casa a su madre ciega.

Los autores, generalmente hombres, no se interesan por la vida privada de las mujeres, en particular las que pertenecían a las categorías más modestas de la sociedad. Pero lo cierto es que en los ambientes campesinos, las mujeres ocupaban un lugar esencial dentro de la familia. Ese lugar era sin duda menor en las clases superiores, ya que los sirvientes se encargaban de los niños y de las tareas domésticas.

Su papel en la sociedad

El mundo medieval era fundamentalmente masculino. ¿Hasta qué punto podían ejercer las mujeres alguna influencia fuera del marco familiar? Para responder a esta pregunta, analicemos los diferentes aspectos de la vida social.

Vida económica

Las campesinas participaban en los trabajos agrícolas. En la primavera, o a comienzos del verano, las mujeres, con grandes tijeras, ayudaban a sus maridos a esquila las ovejas. En junio tomaban parte en la siega del heno: una miniatura del libro de las horas del duque de Berry muestra unas mujeres armadas de horquillas y rastrillos de madera, apilando hierba, mientras los hombres segaban. A fin de julio, varias familias se reunían habitualmente, y todos, hombres y mujeres, provistos de hoces, participaban en la cosecha. Un poco más tarde, en el momento de la trilla, los hombres desgranaban los cereales con mayales, mientras las mujeres sacudían con una horquilla los tallos para hacer caer los granos. En septiembre, los hombres y las mujeres iniciaban alegremente la vendimia, y ellas se encargaban de cortar los racimos. Antes de la vinificación, había que limpiar los toneles: eran las mujeres quienes ejecutaban ese trabajo durante la semana previa a la vendimia. Cuando llegaba el invierno y la época de matar cerdos, el marido se ocupaba de atrapar al animal y matarlo, y la mujer, de recoger la sangre y revolverla para evitar una

coagulación demasiado rápida. También estaban los trabajos menos puntuales, por ejemplo, el cuidado de los animales de la granja, la horticultura. En efecto, mientras que el campo y los viñedos estaban a cargo del hombre, la huerta solía ser habitualmente el terreno de la mujer. El autor del *Mesnager* de París le dedicó un largo pasaje a la horticultura, señal de que su esposa, aunque no cuidara la huerta ella misma — pertenecía a la alta burguesía—, seguramente se ocupaba de que lo hicieran sus sirvientes.

Entre los artesanos, las mujeres desempeñaron un papel discreto pero importante. Esto puede comprobarse al leer el Libro de los oficios de Étienne Boileau. Había seis oficios relativos a la seda que sólo empleaban a mujeres. Pero en general, el gremio era mixto o estaba compuesto por maestros. En cuanto a París, el registro de impuestos de 1313 mencionaba 672 casos de mujeres contribuyentes: eran solteras o viudas que proveían a sus necesidades sólo con su trabajo.

Las mujeres también intervenían en el pequeño comercio. En Montailou, Fabrisse Rives ejercía el oficio de tabernera. En Toulouse, algunas viudas o esposas de hombres ajenos a esa actividad, trabajaban por su cuenta: Guillemette, viuda de Odinet Boutone, en *L'Écu de Bretagne*; la señora Navarre de Rieux, esposa de un notario y secretario del conde de Armagnac, en *L'Homme sauvage*.

Entre las profesiones llamadas liberales, las parteras ocupaban un lugar preponderante. Jean Mouchard, que recorrió el Arcedianato de Josas entre 1458 y 1470, señaló que sobre 149 parroquias visitadas, correspondientes a 138 aldeas, en 74 parroquias, es decir, en 67 aldeas, había una partera. La primera mención conocida de matronas profesionales data de 1333. Se trata de Mabelle la Ventrière y Emeline Dieu La Voie.

Las parteras solían ser convocadas como peritas ante los tribunales, para examinar a jovencitas que decían haber sido desfloradas. Carlos VI dijo, a propósito de Perette, partera diplomada de París, «su servicio, oficio o industria es muy necesario para la cosa pública, y las mujeres encintas tienen gran confianza en su ciencia y diligencia».

En cuanto a otras profesiones, Cristina de Pisan contaba en *La ciudad de las damas* que había convocado a Anastaise, la mejor iluminadora de París, pero también la más cara, para realizar bordes de páginas y miniaturas. «Juana tocando el órgano» figura en el libro de cuentas del hotel de Artois del día de Todos los Santos de 1320.

No hay que olvidar la gran cantidad de sirvientas, mal pagadas pero muy útiles. Las funciones de la camarera, por ejemplo, estaban claramente definidas en El libro de las propiedades de las cosas. «La camarera es una sirvienta encargada del servicio de la esposa o del señor de la casa para hacer las tareas más viles y trabajosas».

Cuando el señor viajaba o hacía la guerra, su esposa tenía que ocuparse de sus dominios. Hacia mediados del siglo xv, Jeanne de Chalon, noble borgoñesa, concedió tierras y casas sujetas en arriendo, a perpetuidad, cosa que no constituía, por otra parte, la solución más ventajosa. En cambio, realizó operaciones financieras provechosas gracias a la cría de ganado, porque les entregaba a los campesinos no solamente la tierra sino también los animales y las herramientas de cultivo. Pero no se limitó a la agricultura. También prestaba dinero en el campo, y sobre todo en París, por lo cual tuvo que enfrentar largos procesos. Trataba con grandes comerciantes. El dinero que prestaba provenía de los ingresos de sus tierras, y sobre todo de las ventas. En su persona, el noble ya no era alguien que pedía un préstamo, sino un prestamista.

Sin embargo, hay que aclarar las cosas. En principio, la campesina no podía realizar ciertos trabajos. No solamente por su debilidad física, sino también porque de una manera simbólica no eran propios del sexo débil. La tierra era mujer, y era el hombre quien debía fecundarla. En la vida de san Géraud d'Aurillac, atribuida al abad Odon de Cluny, se relataba la siguiente anécdota: durante un viaje, san Géraud vio a una campesina que conducía una carreta por un pequeño campo. Entonces le ordenó a su sirviente que le diera dinero para que pudiera contratar a un agricultor, que reemplazara a su marido enfermo. Porque no era conveniente que una mujer realizara un trabajo viril.

La situación de las artesanas y las comerciantes se deterioró a fines de la Edad Media. En París, prohibieron a las mujeres ejercer la profesión de barberas. Más adelante, las autorizaron a ejercerla, pero sólo en el caso de ser hijas o esposas de maestros del oficio. En las ferias de Chalon-sur-Saône, las mujeres, que constituían el 4,8% del total de los vendedores, siempre vivían en las cercanías. Como no podían hacer viajes largos, tampoco podían hacer grandes negocios. Sus oficios eran casi siempre una prolongación de sus actividades domésticas. Si querían continuar la profesión de sus maridos, debían ser asistidas por un valet calificado, y aun en este caso, con restricciones.

La que suscitaba más reticencias era la viuda, porque se la consideraba una competidora, mientras que la esposa se limitaba generalmente a ayudar a su marido. De ahí las prohibiciones. La viuda de un carnicero, según un estatuto de 1381, sólo podía vender la carne entregada en vida de su marido. Lo que más se temía era que transmitiera a un segundo marido los conocimientos recibidos del primero. En 1454, el Parlamento autorizó a una viuda a ejercer la profesión de su difunto esposo, con la condición de no volver a casarse o

de casarse con un hombre que ejerciera el mismo oficio. Por razones similares, se le prohibía a la viuda entrar al servicio de un burgués a quien pudiera darle informaciones.

En cuanto a los salarios, variaban según el sexo. Una ordenanza de 1351 señalaba que las camareras de los burgueses de París ganaban 30 sueldos por año, más sus calzados, y los mejores carreteros cobraban 7 libras, es decir, 140 sueldos. En Lyon, Jean le Codurier y su esposa, que alquilaban una casa a 2 florines, es decir, alrededor de 24 gros, le pagaban la misma suma a su sirvienta. Por ocupar una habitación independiente, Anthonia Sussieu pagaba 14 gros. Muchas familias se limitaban a darle casa y comida a su sirvienta, sin pagarle salario. Y el salario, que por lo general se pagaba en forma anual, a veces era retenido por los patrones durante el tiempo que la sirvienta permanecía bajo su techo. Esto podía verse en los testamentos, que estipulaban desembolsos de fuertes sumas por atrasos en el pago del salario.

Las mujeres no tenían acceso a la educación superior, y eso las excluía de las profesiones jurídicas o médicas, salvo en una categoría subalterna en este último caso. De 7647 profesionales de la medicina registrados en Francia desde el siglo XII hasta el final del siglo XV, 121 (es decir, aproximadamente 1,5%) eran mujeres. Entre ellas, 44 están identificadas con los títulos de matronas, parteras o ventreras, mientras que las otras ejercían como barberas, cirujanas o médicas. Tres de ellas eran consideradas hechiceras. El primer texto conocido referido al ejercicio ilegal de la medicina data de 1312: se trata de la condena a una mujer llamada Claire de Rouen.

Vida política

Al principio, las mujeres probablemente no estaban capacitadas para poseer feudos, porque no podían cumplir el servicio militar. Mientras los feudos fueron concesiones temporarias o vitalicias, esa costumbre persistió. Cuando se volvieron hereditarios, como el servicio militar estaba relacionado con el usufructo, y no con el dominio, las mujeres podían tener feudos. Si no estaban casadas, el soberano les servía de tutor. Ese tutor, que tenía el usufructo del feudo de su pupila, le entregaba a veces su derecho a un caballero, que en retribución debía cumplir los deberes militares. De modo tal que, antes en las regiones meridionales que en las septentrionales de Francia, las mujeres desempeñaron un nuevo papel en el gobierno. Cuando poseían con anterioridad importantes propiedades, aparecían subordinadas a sus maridos o a sus hijos en el ámbito de la vida política. Pero las cosas fueron diferentes a partir del momento en que el cargo se convirtió en cierto modo en una propiedad privada. En el siglo X, en el sur de Francia, se las consideraba en general como iguales de sus esposos. Además, desde la segunda mitad del siglo IX, en el sur de Francia y en Cataluña, participaban del título. En 865, se encontró en Languedoc la primera mención de una viuda que participaba del título y del honor, si no de la función, y se la mencionaba antes que a su hijo. A partir de 885, las esposas de los condes de Barcelona eran condesas, y seguían siéndolo cuando enviudaban.

Mahaut, condesa de Artois, muy conocida por los lectores de *Los reyes malditos*, de Maurice Druon, era un ejemplo de esas aristócratas que mostraban fuerza y tenacidad en el manejo de los dominios que debían dirigir. Tras el deceso de Felipe el Hermoso, se produjo una revuelta de la nobleza,

especialmente en Artois, donde los confederados se alzaron contra la administración de la condesa. Las reivindicaciones, al principio pacíficas, pronto degeneraron bajo la influencia de Robert d'Artois. Mahaut les hizo frente, y reaccionó de inmediato, tanto contra las reivindicaciones de los señores como contra los requerimientos de su sobrino: resistió ante el Parlamento y combatió en Artois. En el transcurso de un largo proceso, por consejo de Luis X y, luego, de Felipe el Largo, Mahaut y los aliados llegaron a un acuerdo. El regreso de Mahaut, en julio de 1319, constituyó para ella una gran victoria. En las ciudades, los burgueses se unieron a los clérigos para ir en procesión a su encuentro. La misma nobleza, agotada, quizá se alegraba de terminar de una vez con ese conflicto. En el plano comunal, las relaciones estaban impregnadas de confianza y respeto: el gobierno de la condesa se limitó a autorizar asambleas, a restaurar la paz pública o a permitir el libre desarrollo de las elecciones municipales.

Pero cuando consideraba que sus derechos eran amenazados, Mahaut no dudaba en reaccionar enérgicamente e iniciar procesos que seguía con perseverancia contra miembros de su familia, contra los funcionarios del rey, contra las ciudades y los señores de Artois. Por otro lado, los funcionarios del rey no tenían miramientos con ella, de modo tal que, a pedido de la condesa, Felipe VI les ordenó que pusieran fin a sus vejaciones. No siempre la espada vencía a la rueda. Cuando el señor de Oisy, al penetrar en tierras pertenecientes a monasterios colocados bajo la protección de la condesa de Artois, saqueó, mató y cometió muchas acciones violentas, Mahaut reaccionó con vigor. Como él no quiso recibir a su delegado y lo mandó encarcelar, la condesa decidió volver a tomar el feudo que él había recibido en el condado de Artois y destruir su castillo de Oisy.

La condesa no participaba en forma activa en la política

del reino, pero tenía mucha influencia. Interveníó para arbitrar conflictos. En 1327, por ejemplo, envió a uno de sus clérigos y uno de sus capellanes a entrevistarse con su nieto, el delfín de Viennois, para obtener la liberación de Robert de Bourgogne y del conde de Auxerre.

Los aristócratas también tenían que ser expertos en derechos de armas, decía Cristina de Pisan, porque Francia atravesó una situación difícil en la época de la guerra de los Cien Años. «No cabe duda de que conviene a todo barón, si quiere ser honrado de acuerdo con su rango, estar la menor cantidad de tiempo posible en su casa... La dama que con tanta frecuencia y durante tanto tiempo queda como única dueña de los dominios, debe tener corazón de hombre». Ella tenía que tener conocimientos en materia militar para ser capaz de dirigir a sus vasallos, tanto para atacar como para defenderse. Debía controlar que no faltaran víveres, ni municiones, ni dinero, para conservar la fidelidad de sus hombres. Tenía que dar pruebas de firmeza hacia ellos, ponerlos al tanto de las decisiones tomadas por el consejo, y de ese modo, gracias a la lealtad y disciplina de sus hombres, triunfaría en sus empresas. No debía bajar la guardia, ya que los ofrecimientos del enemigo podían tentar a muchos guerreros y llevarlos a la traición.

Sin embargo, el privilegio de la masculinidad hacía que los varones excluyeran en algunos casos a las mujeres de la sucesión. Hacia fines del siglo X, Adèle, esposa de Elbodon, que dio origen a los señores de Ardres, tenía dos hijas de un primer matrimonio. A su muerte, sus nietos pidieron compartir sus tierras alodiales con el hijo nacido del segundo matrimonio: su solicitud fue rechazada. Les respondieron que sus madres ya no podían heredar a Adèle porque esta había transformado sus tierras en feudos.

En las ciudades, las funciones municipales (de cónsules o magistrados) eran ejercidas por hombres. En las listas de las asambleas plenarias, salvo contadas excepciones, no figuraban mujeres.

Había un caso en el que la ausencia de función política se vinculaba con los impedimentos religiosos: el de la sucesión a la corona de Francia. En 1328, Felipe VI fue elegido rey, por sobre las pretensiones de Eduardo III de Inglaterra, que invocaba los derechos heredados de su madre. En un diálogo imaginado por Gerson entre un francés y un inglés, el primero decía que una mujer no podía ser sucesora al trono en el reino de Francia «porque este ha sido edificado en la fe de Cristo con admirables dones y prerrogativas celestiales, como la sagrada ampolla llevada por un ángel a san Remigio para ungir a Clodoveo y a sus sucesores. Gracias a esta sacrosanta unción, el rey de Francia puede curar enfermos de una determinada dolencia sólo tocándolos con sus manos. Una mujer no puede hacer eso, desde que le está vedado administrar los sacramentos». De este modo, en opinión de los franceses, como la mujer no tenía acceso al sacerdocio, tampoco era apta para la corona.

Vida cultural

Existían aristócratas cultivadas, como Dhuoda, esposa de Bernard de Septimanie, quien hacia mediados del siglo IX redactó un manual para la educación de su hijo. Hrotsvitha, canonessa de Gandersheim, nacida hacia 935, compuso obras

de teatro, escritas, según ella, a la manera de Terencio: «Sin que nadie lo supiera, por así decir, en secreto, yo trabajaba sola. A veces escribía, a veces destruía lo que había escrito con aplicación, pero que sin embargo era malo». Cristina de Pisan, nacida en Venecia en 1365 y educada en Francia, tuvo que escribir al enviudar para subvenir a sus necesidades y las de su familia. La lista es mucho más larga.

Sin embargo, según los autores —hombres—, las mujeres laicas no debían dedicarse al estudio. El conocimiento de las letras no les era útil, y hasta podía ser perjudicial. Philippe de Novare, en la segunda mitad del siglo XIII, desaprobaba que se les enseñara a leer y escribir. La instrucción las exponía al mal y no les servía para nada. Pero era muy distinto para las que se consagraban a la vida religiosa. Según él, una mujer instruida corría el riesgo de perderse. Un hombre que no se atreviera a declararse de viva voz podía escribir una canción, un cuento, una novela o un poema, y si la dama aceptaba esa clase de homenaje, podía tentarse de actuar en la misma forma. El italiano Francesco da Barberino, que viajó a Francia de 1309 a 1313, hacía una diferenciación entre las clases sociales. Las niñas de la alta nobleza debían aprender a leer y escribir porque podían llegar a gobernar sus tierras. En el caso de las niñas de la pequeña nobleza, el autor creía que las opiniones estaban divididas, pero él se pronunciaba de manera negativa, salvo en el caso de las religiosas. En cuanto a las hijas de mercaderes o de obreros, no convenía que supieran leer y escribir. El caballero de la Tour Landry permitía que las mujeres aprendieran sólo a leer, para conocer mejor las Sagradas Escrituras. Esta concepción parecía corresponder a cierta realidad, ya que el autor del *Mesnagier de Paris*, un burgués rico, le aconsejaba a su esposa que leyera en secreto las cartas que él le enviaba, y que le contestara con su propia mano si sabía escribir, o que recurriera para ello a una persona

discreta.

Vida religiosa

En el siglo XI, el cardenal Humbert escribió en un libro dedicado a la simonía, que en Occidente las mujeres disponían de los bienes de la Iglesia, y daban la investidura de la cruz y el anillo a los obispos y abades que obtenían su dignidad a cambio de dinero. Las mujeres celebraban concilios, tenían la pretensión de legislar sobre todo, consideraban que tenían derecho a promover y deponer a los obispos, y a lavar de toda acusación a las más indignas de ellas: constituían el senado de la Iglesia. Las palabras del malhumorado cardenal eran bastante exageradas, pero su carácter excesivo deja entrever que las mujeres intervenían en los asuntos de la Iglesia. Por otra parte, ¿no tenía Gregorio VII entre sus más fieles partidarias a la condesa Matilde?

A fines de la Edad Media, las voces de algunas mujeres se hacían oír con toda claridad en la Iglesia. En esa época, el cristiano no tendía tanto a venerar a Dios como a imitar a Cristo, de modo que la vida religiosa, que ya no se limitaba a los monasterios, se hizo accesible a todos los fieles. El Gran Cisma y el desorden que sobrevino después, engendraron un clima propicio para los discursos de las mujeres, principalmente laicas, que pretendían haber recibido revelaciones directas de Dios, a la manera de Juana de Arco. Esas mujeres se consideraban elegidas por Dios para ser sus intérpretes ante los hombres. La generación de los años 1385 a

1400, la de Constance de Rabastens y Marie Robine, representaba una amenaza, pues la Iglesia, al igual que la sociedad, se negaba a obedecer las órdenes divinas que ellas les comunicaban.

Otra tendencia de naturaleza mística, nacida en los Países Bajos y en Alemania, se extendió a partir de 1250 por Italia y Provenza con Douceline de Aix, y se desarrolló posteriormente en Francia e Inglaterra. Esas mujeres querían unirse a Dios profundizando su devoción. Para los clérigos, constituían una amenaza más grande que la de los visionarios. En efecto, su vida religiosa, que se manifestaba como una relación amorosa, presentaba además el peligro de desarrollarse en forma solitaria, por lo general alejada de toda manifestación litúrgica. Mientras que en el pasado las monjas vivían en dependencia de una comunidad masculina, desde su celda de clausura, Delphine de Puimichel o de Sabran, cuyo proceso tuvo lugar en 1363 en Apt, ejerció un gran ascendiente sobre muchos clérigos de Provenza y del Condado. Las místicas tenían como interlocutores privilegiados a los grandes de este mundo, tanto en el plano religioso como político.

Pero las mujeres no podían acceder al sacerdocio. Y en este punto, la posición de la Iglesia permanece inalterable. Al analizar los términos «sacerdotisa» y «diaconisa», Atton, obispo de Verceil aproximadamente entre 924 y 960, dijo que se trataba de las esposas de los sacerdotes y de los diáconos que practicaban la continencia. Además, las mujeres prácticamente no podían tomar parte en el culto público. El mismo Atton incluyó en un manual de prescripciones litúrgicas una regla tomada de un libro de Teodulfo de Orléans (750/760-821), según el cual las mujeres debían permanecer alejadas del altar, ya que un artículo del IV Concilio de Cartago les prohibía enseñar a los hombres en

público, aunque estuvieran capacitadas para hacerlo, así como algunos sínodos y concilios les prohibían tocar los vasos sagrados, las vestimentas litúrgicas y el incensario del altar.

La conclusión es que, paradójicamente, la inmensa mayoría de las mujeres que no aparecían mencionadas en los textos porque sus actividades no les interesaban a los hombres, desempeñaron un papel eminente en el marco familiar. En cuanto a las que ocupaban el centro de la escena, especialmente grandes damas, fueron pocas. Señalemos que a fines de la Edad Media, la condición femenina tendió a deteriorarse. Fue el preludio de una larga declinación que, con altibajos, se prolongó hasta el siglo XIX.

8

La violencia

La violencia engendra sufrimiento, así como la intolerancia genera violencia. Por eso es tan difícil tratar estos conceptos en forma separada. La religión, la guerra y la justicia constituían en la Edad Media tres formas de violencia a veces estrechamente ligadas, mientras que en nuestra época, al menos en el Occidente cristiano, pretenden estar diferenciadas.

La violencia física no era la única que existía. Podía ser precedida, como lo muestran las cartas de remisión, por una violencia verbal. Y la presión ejercida por un padre sobre su hija con el fin de obtener su consentimiento para un matrimonio que él consideraba ventajoso, tenía que ver tanto con la violencia como con la intolerancia. En este sentido, había muchos aspectos y grados. La violencia contra las personas no debe hacer olvidar la que se ejercía contra los bienes, sobre todo porque el robo con premeditación era castigado en la Edad Media con más severidad que el homicidio, ya que se consideraba que existía un estrecho vínculo entre las personas y las cosas.

Violencia colectiva

De las guerras privadas a las guerras que enfrentaban a los Estados, pasando por las guerras civiles, la violencia parecía omnipresente en la Edad Media.

Guerras privadas

La venganza, el deseo de apoderarse de los bienes de otro, dieron origen a guerras privadas, que se prolongaron durante toda la Edad Media. Normalmente, los protagonistas estaban unidos por lazos de sangre o de amistad, pero podían reclutar a extraños. Por otra parte, durante muchos siglos, la violencia que los hombres no eran capaces de refrenar tampoco pudo ser contenida por los poderes establecidos.

La dislocación del Imperio carolingio produjo cierta anarquía. Por eso, entre los siglos XI y XIII, se multiplicaron las guerras privadas, que, en cierto sentido, permitieron la estructuración de la sociedad. La primera de las que enfrentó al conde de Anjou, Geoffroy Martel, con Gervais, obispo de Mans y señor del Château-du-Loir, entre 1035 y 1039, terminó mal para el angevino, quien, mientras yacía herido en el castillo de Vendôme, debió ceder a su adversario algunos de sus feudos. Gervais desencadenó entre 1045 y 1047 una segunda guerra, durante la cual fue capturado. Pero gracias a sus caballeros, Château-du-Loir resistió por lo menos hasta 1056. Tras la muerte de Geoffroy Martel, su sobrino Geoffroy el Barbudo le entregó la plaza al hermano de Gervais.

Orderic Vital se refirió abundantemente a la familia que, hacia mediados del siglo XI, restauró el monasterio de Saint-Evroult en la región de Ouche (Normandía), donde pasó, como monje, una gran parte de su vida, y donde murió en 1141. «Entre otras notables proezas, Giroie, junto con Guillaume de Bellème, llevó adelante una vigorosa guerra contra Herbert, conde de Maine. Guillaume, derrotado, se vio forzado a emprender la fuga cuando Giroie apareció con los suyos, soportó vigorosamente todos los esfuerzos del enemigo, hasta que finalmente logró hacer que Herbert y sus tropas perdieran terreno, obtuvo la victoria, y mereció hasta el día de hoy el elogio de quienes conocieron sus hazañas». Tuvo siete hijos y cuatro hijas con su esposa Gisèle. Cuando murió, casi todos sus hijos eran pequeños: sólo dos llevaban las armas. Por supuesto, algunos señores vecinos intentaron aprovecharse de la situación. «Sin embargo, Gislebert, conde de Brionne, confiando en su valor, y con el afán de extender el límite de sus posesiones, tuvo la osadía de lanzarse con un valeroso ejército sobre esos jóvenes huérfanos, y trató de quitarles Montreuil por la fuerza. Ellos reunieron enseguida a sus parientes y sus soldados, se presentaron valientemente en el campo de batalla, enfrentaron a Gislebert, hicieron una gran matanza entre sus tropas y las derrotaron. En el ardor de su venganza, le quitaron por la fuerza la aldea que se llama Le Sap».

Los conflictos eran permanentes. El duque Robert le había dado el castillo de Exmes a Gislebert, hijo de Engenulf de l'Aigle, para recompensarlo y defender la región, y «resultó que Robert de Bellème, amargado por la hiel de la envidia y la cólera, reunió un ejército y, en la primera semana de enero, sitió durante cuatro días esa plaza, contra la que lanzó duros asaltos, a pesar de las lluvias y las heladas del invierno».

La amargura del cronista es comprensible. «La provincia

entera cayó en la disolución, los bandidos recorrían en grupos tanto los Burgos como las campiñas, y bandas de ladrones se entregaron a toda clase de excesos contra el pueblo desarmado. El duque no tomó ninguna medida contra esos malhechores que, durante ocho años, bajo ese príncipe débil, ejercieron su furor sobre una población indefensa».

La venganza familiar, que constituyó una de las primeras formas organizadas de la justicia, se remonta a un pasado lejano. En el siglo XIII, Philippe de Beaumanoir no les reconocía a los plebeyos el derecho de administrarse justicia, pero también debió reconocer que los burgueses se atribuían el derecho de venganza y no siempre eran castigados. En consecuencia, las cartas de remisión, ya se tratara de un noble, un comerciante, un artesano o un agricultor, informaban sobre largas y sangrientas disputas que provocaban verdaderas batallas campales. Los nobles tenían bandas a su servicio. Jean de Gavre era «diariamente acompañado por varios sirvientes y criados armados y provistos de palos para llevar a cabo su guerra», señalaba una carta de remisión de julio de 1460. Los plebeyos no tenían tantos recursos económicos como para actuar de esa manera, pero podían contar con sus «parientes y amigos», y los burgueses, cuando tenían que vengarse, eran «aguerridos».

Las disputas se originaban casi siempre en cuestiones de intereses, de ataques contra el amor propio o contra el honor. Se llegaba rápidamente a los golpes, y los parientes y amigos acudían en ayuda de los interesados. Veamos algunos conflictos que tuvieron lugar en los Países Bajos bajo el reinado de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, de 1419 a 1467. Hellin y Mahieu Annesen se habían peleado con los hermanos bastardos del joven Parceval de le Woestine. Al ver pasar frente a su casa a Perceval y su madre, se arrojaron sobre ellos, en compañía de otras diez personas, para matar al

adolescente, que tenía dieciséis años. Este logró escapar, pero su madre, que estaba embarazada, murió de terror.

El conflicto podía terminar así. Pero muchas veces se desencadenaban largas guerras, porque la familia ofendida trataba de vengar al miembro que había recibido los golpes o había resultado muerto. Podía recurrir a la justicia, pero no era lo más frecuente. Parceval de le Woestine se dirigió en expedición a Deulémont en compañía de sus hermanos bastardos. Estos mataron a Jean Willays, que había ayudado a sus sobrinos Mahieu y Hellin Annesen a atacar a Parceval.

Quennon Agaiche, que había hablado mal de Jean de le Mote, recibió bastonazos del hijo de este último. Decidió vengarse, junto con sus parientes. Todos ellos atacaron la casa de su enemigo: Jean, su esposa, sus hijos, sus hijas y un pariente cercano lograron rechazar el asalto, pero muchos de los combatientes resultaron heridos, y uno de ellos murió.

A veces existía una tercera fase, ya que la venganza provocaba a su vez una revancha. Como consecuencia de una discusión en una taberna de Audenarde, en enero de 1458, Laurens Bertin y Jean van Coye se insultaron mutuamente. Cuando volvió a su domicilio, Laurens se puso al acecho hasta que vio salir a Adrien van Coye, hermano de Jean, que vivía cerca de su casa, le asestó una cuchillada y lo hirió gravemente. Al enterarse de esta agresión, Jean van Coye fue a buscar a Laurens Bertin con un compañero: lo mataron a hachazos y bastonazos. La familia Bertin decidió vengarse a su vez, y el hijo de Laurens intentó matar a Liévin, otro hermano de Jean van Coye. Todas estas agresiones se desarrollaron en un corto lapso, en algunas semanas, o tal vez algunos días.

Rebeliones populares

Marcaron en particular dos períodos: uno se ubica en el siglo XII, y el otro, en los siglos XIV-XV. La primera rebelión estuvo relacionada con el movimiento comunal que enfrentó, especialmente en el norte de Francia, a los burgueses, apoyados por el pueblo, con los señores feudales, para conseguir una determinada cantidad de derechos, tanto en el plano económico como en el jurídico y político. En Italia también se produjeron rebeliones de los habitantes contra el emperador o el Papa. Esos movimientos evidentemente provocaron actos violentos. Pero dejemos hablar a Guibert de Nogent, de la comuna de Laon (1115): «Por toda la ciudad estalló el tumulto de la gente que gritaba: “¡Comuna!”. Al mismo tiempo, pasando por el interior de la iglesia Notre-Dame, y utilizando la misma puerta por la que antaño habían entrado y salido los asesinos de Gérard [señor de Quierzy], una enorme cantidad de habitantes, llevando espadas, hachas dobles, arcos, lanzas y picas, invadieron el palacio episcopal. Entonces se vio llegar de todas partes, en dirección al obispo, a los nobles que habían tenido conocimiento de esta subversión». Guimar, señor de un castillo, fue herido de un hachazo en la nuca. Luego, el marido de una prima de Guibert fue alcanzado desde atrás por un golpe de pica y arrojado al suelo. Poco después, el fuego que ardía en el palacio consumió la parte inferior de su cuerpo. El señor Adon, que logró abatir a tres de sus adversarios, recibió heridas en las rodillas, pero sin embargo siguió luchando hasta que lo atravesaron con una lanza. Su cuerpo fue reducido a cenizas por el incendio de los edificios.

«Por último, el populacho insolente, que vociferaba frente a las murallas del palacio, atacó al obispo. Este, ayudado por

algunos de los que habían acudido en su auxilio, mantuvo al enemigo a raya mientras pudo, arrojando piedras y lanzando flechas. En ese momento, como anteriormente, reafirmó el rigor para el combate que siempre lo caracterizó». El obispo se vistió con las ropas de un sirviente y se escondió en un pequeño tonel, pero lo descubrieron y lo mataron de un hachazo.

El segundo período de intensas revueltas se situó, a escala europea, entre 1350 y 1450 aproximadamente, tanto en las ciudades como en el campo. Pero también se produjeron otros movimientos, de los siervos contra sus señores, por ejemplo, o, especialmente en Flandes, de los habitantes de las ciudades contra los patricios que ejercían el poder.

Algunas crisis fueron originadas por situaciones políticas difíciles. Juan el Bueno fue derrotado y tomado prisionero en Poitiers en 1356. En ausencia del rey, el delfín, el futuro Carlos V, debió enfrentar una insurrección dirigida en París por el regidor Étienne Marcel. La sublevación que tuvo lugar en la cuenca parisina en mayo-junio de 1358 debe vincularse con los movimientos que se produjeron entonces en las ciudades de Flandes. El relato de Froissart reflejó los actos violentos perpetrados por los campesinos, y luego por los nobles, en el momento de la represión.

«Entonces los campesinos partieron, sin consejo ni armadura, llevando sólo palos reforzados con hierro y cuchillos, y se dirigieron a la casa de un caballero que vivía cerca de allí. Destruyeron la casa y mataron al caballero, a la dama y a los hijos, pequeños y grandes, y quemaron la vivienda...».

«Lo mismo hicieron en varios castillos y mansiones, y su número aumentó hasta el punto de que pronto fueron seis mil. Los caballeros y sus damas, los escuderos, sus mujeres y sus

hijos huyeron. Las damas y las señoritas llevaron a sus hijos a diez o veinte leguas, a lugares donde podían encontrar seguridad, y dejaron sus casas sin protección. Y esos canallas reunidos, sin jefes y sin armaduras, saquearon y quemaron todo, mataron a los gentileshombres que encontraron y forzaron a todas las damas y a las doncellas, sin piedad ni misericordia, como perros rabiosos».

Pero fue en los años 1378-1382 cuando se produjeron las crisis más importantes en los diferentes países europeos: Francia, los Países Bajos, Inglaterra, Italia y el Imperio Romano-Germánico. En Francia, las insurrecciones comenzaron en el sur, en 1378 y 1379, y a partir del año siguiente, cuando murió Carlos V, se manifestaron sobre todo en el norte, en particular en Rouen y París en 1382. Ese mismo año se inició la represión, que continuó en 1383. En los Países Bajos, en 1379, los barqueros de Gante, armados con palas y picos, agredieron a los trabajadores que estaban construyendo un canal para unir directamente el Lys y el río de Brujas, el Reie, algo que era muy perjudicial para el comercio fluvial de Gante. Los tejedores acudieron en ayuda de los barqueros. Abrieron las prisiones, incendiaron el castillo condal y mataron al representante del rey. Gante resistió durante tres años frente al conde y los poderosos. En Inglaterra, después del voto del Poll Tax en 1380, estalló una revuelta a fines de mayo de 1381, en Essex, y luego se propagó y terminó con la entrada de los rebeldes en Londres el 13 de junio de 1381. Tras la muerte de Wat Tyler dos días más tarde, en julio-agosto empezó la represión. En Italia, los *ciompi* (humildes obreros) que se levantaron en Florencia en julio de 1378 fueron finalmente derrotados en enero de 1382. En el Imperio Romano-Germánico se produjeron disturbios en Dantzig, Brunswick, Lübeck, durante los años 1378-1381, pero los conjurados de Lübeck, por ejemplo, sólo fueron arrestados el

17 de septiembre de 1385.

Las revueltas, tan frecuentes en los siglos XIV y XV, eran generalmente iniciadas por quienes estaban obligados a pagar los impuestos porque no eran ni tan privilegiados ni lo suficientemente pobres como para ser eximidos de la talla. Luego se manifestaron los marginales, y los pobres se rebelaron contra los ricos. Después de los movimientos contra los recaudadores de impuestos, apareció la hostilidad contra las personas adineradas. Aquí intervenían otros factores. Los carniceros, por ejemplo, gozaban de cierta fortuna, pero su oficio era despreciado: de ahí su participación en la insurrección parisina en 1413. Al no haber diálogo entre los poderosos y los humildes, estos recurrían a la violencia, que engendraba otra violencia, la de la represión, en formas un poco diferentes, ya que los campesinos disponían de armas rudimentarias frente a los caballeros.

Claude Gauvard señala que «la rebelión tiene algunos puntos en común con la fiesta, que son característicos de los ritos colectivos». Las fechas eran significativas, ya que estaban relacionadas con la cuaresma o el carnaval, momentos de reforma o de impugnación. El tiempo podía estar invertido, porque el movimiento se iniciaba a menudo en las vísperas y proseguía durante la noche. Se trastocaba el tiempo, y también el espacio. Cerraban la ciudad y abrían las cárceles. Pero las referencias habituales no podían ser transgredidas por mucho tiempo. Y la violencia se extinguía en poco tiempo.

De la insurrección popular a la guerra civil, es decir, a una guerra que se desarrolla en el interior de un Estado y enfrenta a dos fuerzas de naturaleza equivalente, suele haber poca distancia. Además, ambas pueden mezclarse.

Una de las más terribles guerras civiles que atravesó Francia se produjo a principios del siglo XV, entre los

Armagnac^[2] y los borgoñones, con el telón de fondo de una guerra internacional que enfrentó a franceses e ingleses, es decir, la guerra de los Cien Años.

El asesinato de Luis de Orléans, hermano de Carlos VI, por instigación de su primo, el duque de Borgoña Juan Sin Miedo, fue el origen de este conflicto, cuyos excesos pueden verse a través del testimonio de un cronista anónimo, profesor de la Universidad, favorable a los borgoñones, que relató en un diario los acontecimientos de los años 1405 a 1449. Los Armagnac se instalaron en 1411 en el norte de París y atacaron Saint-Denis: «Hicieron tanto mal, como lo hubiesen hecho los sarracenos, porque colgaban a algunas personas de los pulgares, a otras de los pies, extorsionaban y mataban a otros, violaban a las mujeres e incendiaban, y sin importar quiénes eran los verdaderos autores, la gente decía: “son los Armagnac”, y no quedaba nadie en las aldeas salvo ellos. Pero Pierre des Essarts fue a París, y volvió a ser regidor, e hizo tanto que en París gritaban que abandonaban a los Armagnac, y que quien pudiera matarlos, los matara, y tomara sus bienes. Fueron allí muchas personas a las que habían causado daños varias veces, y especialmente los compañeros de la aldea, a los que llamaban bandidos, que se reunieron e hicieron mucho mal so pretexto de matar a los Armagnac». Se desarrolló un bandolerismo campesino, con el permiso de las autoridades. En general estaba dirigido contra los Armagnac, pero en realidad prácticamente no era controlado, y atacaba a los nobles y a los ricos en general.

Invasiones y guerras entre estados

Es imposible imaginar a la Edad Media sin guerra. A pesar de sus reticencias, la Iglesia vivía en simbiosis con ella. La vida espiritual se asimilaba a una lucha constante contra las fuerzas del mal. Y el caballero fue la figura emblemática de esa época.

Sólo en los comienzos de la Edad Media hubo invasiones. Aunque en general no existieron conflictos destinados a asegurar la hegemonía sobre un inmenso territorio, en cambio se emprendía la conquista o la reconquista de los dominios a expensas de los paganos o de los musulmanes. De las guerras entre los diferentes pequeños reinos de la Galia merovingia, se pasó a disputas que enfrentaban a Estados mucho más extendidos, para terminar en la guerra de los Cien Años al final de la Edad Media.

Hubo dos olas de invasiones: una en los siglos IV-VII, y la otra en los siglos VII-XI. Generaron una gran violencia, y los vándalos que devastaron la Galia, España del sur y África del norte hicieron que la palabra «vándalo» se transformara luego en un sustantivo común que significa «destructor brutal, ignorante».

Los que combatían eran relativamente pocos, y quienes más sufrieron las consecuencias de esas invasiones fueron los civiles. Las fuentes permiten seguir, sobre todo en Italia, los movimientos de los refugiados. En el año 408, una ley fustigó la reducción a la esclavitud de los ilirianos, quienes tuvieron que huir por los italianos. En 410, fueron los italianos quienes debieron abandonar Roma durante su saqueo. Los poderosos no sufrían demasiado las consecuencias, pero los pobres eran muy maltratados: Jerónimo acusó a un conde de África de haber vendido varias jóvenes y mujeres refugiadas a casas de tolerancia de Oriente. Algunos años más tarde, llegaron a Italia

otros refugiados, aquitanos que huían de Alarico, quien había salido de la región para dirigirse a Galia. Cuando Genserico destruyó Roma en 456, muchos prisioneros fueron llevados a África. Los encerraron en Cartago en dos iglesias, para ser vendidos.

Las autoridades eran incapaces de socorrer a los humildes, mientras que los poderosos conseguían refugiarse en regiones apartadas. En cuanto a la ayuda ofrecida por la Iglesia, era bastante limitada.

Los siglos VII-IX estuvieron marcados por las invasiones normandas, sarracenas y húngaras.

Lo que motivaba a los normandos no era la guerra ni la conquista del suelo, sino la búsqueda del dinero y del botín. En cuanto los obtenían, volvían a partir. Por supuesto, les atraían los monasterios y las iglesias, pero en general operaban en edificios abandonados por sus ocupantes. Las fuentes señalan con frecuencia la huida de los religiosos frente a los invasores. Si bien ante los normandos hubo una primera fase pasiva, la segunda fue activa, y se comenzó a organizar la defensa del territorio. Los normandos eran considerados como instrumentos de un juicio de Dios. Los obispos reunidos en Meaux en 845 lo afirmaron en forma explícita: «Los cristianos no han obedecido los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Por eso, la Providencia condujo a los paganos más crueles, los enemigos más encarnizados del cristianismo, al seno del reino y hasta París». Al decir que había que convertirse a través del sufrimiento, los clérigos retrasaron el momento en que los agredidos entendieron que debían tomar su destino en sus propias manos. Cuando comenzó la resistencia, y los cristianos vencieron, los clérigos colaboraron en la lucha.

Y esa lucha debía llevarse contra los musulmanes. En Occidente, estos habían iniciado en 711 la conquista de

España, y ocuparon toda la península sin duda hacia 714. Carlos Martel los interceptó en 732 cerca de Poitiers. Pero permanecieron en la región narbonesa durante una gran parte del reinado de Pepino el Breve. En el siglo IX, especialmente gracias a las victorias de Carlomagno, la Galia se vio libre de las incursiones terrestres de los musulmanes, que en ese momento descubrieron su vocación marítima. Los piratas buscaban el provecho económico, y las motivaciones religiosas eran secundarias.

Los húngaros efectuaron incursiones típicas de un pueblo nómada. Para invadir con mayor facilidad, solían dividirse, manteniendo la comunicación a través de fuego y humo. Durante las batallas, lanzaban gritos para amedrentar al enemigo. Su ejército mostraba una gran movilidad: preparado para las invasiones rápidas, apenas era capaz de ocupar territorios habitados por poblaciones sedentarias. Se los consideraba una expresión de la cólera divina, y les atribuían costumbres horribles. Según Liutprand de Cremona (ca. 920-ca. 972), bebían la sangre de los muertos. Otros autores sostenían que eran antropófagos.

La guerra de los Cien Años que enfrentó a Francia e Inglaterra, fue un paradigma de esos conflictos entre Estados. La violencia se manifestó de muchas maneras. En el plano militar, es preciso diferenciar entre las luchas en el campo de batalla, en las que combatían soldados, y los sitios, en los que con mucha frecuencia se unían los militares y los civiles de la oposición con los sitiadores. Además, los soldados saqueaban, violaban y masacraban durante sus desplazamientos, y sus fechorías eran aún más terribles durante las treguas.

La batalla de Azincourt, en 1415, diezmó a la flor y nata de la nobleza francesa. Según el relato del Monje de Saint-Denis, los ingleses lanzaban sin cesar sobre las tropas francesas «una

terrible lluvia de flechas... Como tenían un armamento ligero, y sus filas no estaban demasiado pobladas, tenían total libertad de movimientos y podían asestar cómodamente golpes mortales. Además habían adoptado en gran parte una especie de arma no usada hasta entonces: eran unas mazas de plomo, que con un solo golpe podían matar a un hombre o derribarlo haciéndole perder el conocimiento. Así se mantuvieron en ventaja en medio de esa sangrienta refriega, aunque muchos de los suyos cayeron, combatiendo con gran fervor, sobre todo porque sabían que era una cuestión de vida o muerte. Por último, en un esfuerzo desesperado, rompieron la línea de batalla de los franceses y se abrieron paso en muchos puntos. Entonces tomaron prisioneros a los nobles de Francia, como si fueran un vil rebaño de esclavos, y estos murieron bajo los golpes de una oscura soldadesca». La batalla de Azincourt fue particularmente sangrienta, y a la nobleza francesa le costó mucho recuperarse. Según el Monje de Saint-Denis, los mensajeros enviados al rey le informaron que más de cuatro mil de los mejores hombres de armas habían muerto, y cuatrocientos caballeros habían sido tomados como rehenes. En cambio, según Monstrelet y Lefevre de Saint-Rémy, la cantidad de muertos se había elevado a diez mil, de los cuales entre siete y ocho mil eran nobles, y los demás eran arqueros o sirvientes.

La violencia que se ejercía durante los asedios mostraba notables diferencias con la que se observaba en el campo de batalla. En los sitios, las víctimas eran civiles, y no sólo las armas causaban sufrimiento, sino también el hambre. Muchas veces, los sitiados sólo se rendían empujados por la falta de agua y de comida.

Las treguas no llevaban tranquilidad, porque a menudo el ejército, compuesto en buena parte por mercenarios habituados a vivir en guerra, sin ocupación, causaba más

daños durante esos períodos que durante los combates. Fue lo que ocurrió después de la batalla de Poitiers de 1356. Los miembros de las Compañías, dirigidas por jóvenes de la nobleza a los que se habían unido muchos individuos inescrupulosos, saquearon y asaltaron. Como tomaron prisioneros a muchos señores, les fue fácil apoderarse de sus castillos e instalarse en ellos. Esos aventureros no dudaban en torturar a sus víctimas, les daban latigazos de día y los encerraban de noche en un armario, los ponían cabeza abajo en una bolsa después de atarlos de pies y manos, y les aplastaban el vientre bajo pesados yunques hasta hacerles salir espuma de la boca. Incendiaban sus campos sembrados y sus casas, y se apoderaban de sus animales. Violaban a las jóvenes, a las religiosas y a las mujeres casadas, mataban a los ancianos y a los niños, cuando no pedían rescate por ellos. Durante el reinado de Carlos VII, los «desolladores» actuaron de la misma manera, dejando a Francia exangüe, según Thomas Basin. «Y en su tiempo, el susodicho reino [...] quedó en un estado de devastación tal, que desde el Loire hasta el Sena, y desde allí hasta el Somme, los campesinos habían sido asesinados u obligados a huir, y por lo tanto casi todos los campos permanecieron mucho tiempo, durante años, no sólo sin cultivar, sino sin hombres capaces de cultivarlos, salvo algunas escasas porciones de tierra, donde lo poco que se podía cultivar lejos de las ciudades, plazas o castillos, no podía extenderse, a causa de las frecuentes incursiones de los saqueadores».

Reinaba, pues, un clima de violencia, que era indirectamente alimentado. En efecto, la guerra producía una enorme presión fiscal. La inseguridad de los caminos fomentaba la criminalidad. Y los conflictos creaban un clima psicológico favorable a esa violencia.

Pero el clima de violencia no significaba anarquía, salvo

algunas excepciones.

Cuando el poder real se fortaleció, trató de poner fin a las guerras privadas que habían sido prohibidas por san Luís en 1245, antes de partir hacia las Cruzadas, y también en 1257, pero las ordenanzas reales no se aplicaban demasiado. En 1296, Felipe IV prohibió las guerras privadas, los duelos y los torneos mientras durara la guerra. Esa reglamentación daba a entender que las guerras privadas estaban autorizadas en tiempos de paz. Pero en 1304, en una orden dirigida al senescal de Toulouse, Felipe el Hermoso las condenó sin reservas. Esa orden tenía por objeto dar satisfacción a los habitantes de Toulouse, y también debe relacionarse con la encarnizada lucha que libraban las casas de Foix y de Armagnac. De manera que el rey de Francia impuso la paz. Pero en 1308, el conde de Foix volvió a tomar las armas contra el conde de Armagnac y Amanieu de Albret. En varias oportunidades, en 1311 y en 1314, Felipe reiteró su prohibición, ya fuera porque quería reservar las fuerzas de los nobles para sus propias guerras, o porque deseaba ganarse la confianza de los habitantes no nobles de algunas regiones. En cambio, su hijo Luis X confirmó la antigua costumbre de la guerra privada. En 1339, a pedido del señor de Albret, y de otros barones aquitanos, Felipe VI les otorgó el derecho de batirse entre ellos, pero si alguien quería emprender una guerra privada, debía lanzar antes un desafío a su adversario, y este debía aceptarlo. Cuando el propio rey hacía la guerra, primero debían terminar las guerras privadas. Tras la paz de Brétigny, los nobles creyeron que estas volvían a estar permitidas, se enviaron desafíos y convocaron a sus aliados. Juan el Bueno se preocupó por estas actitudes y en 1361, prohibió las guerras privadas, incluso en tiempos de paz. Pero dos años más tarde, fueron proscritas solamente en los momentos en que las bandas asaltaban el país. Carlos V

también reconoció su legalidad en el caso de que los adversarios se pusieran de acuerdo para llevarlas a cabo.

De manera que existía una legislación, pero era una legislación incoherente, salvo en un solo punto: la prohibición de las guerras privadas cuando el mismo rey estaba haciendo la guerra. Estos reglamentos debían ser repetidos con frecuencia, ya que se los olvidaba rápidamente.

A veces, los dirigentes de los Estados trataban de arreglar los problemas por las vías diplomáticas. Por ejemplo, en 1259, mediante el tratado de París, san Luís intentó poner fin al secular conflicto que oponía a Francia e Inglaterra. Para eso, no dudó en hacer algunas concesiones, que suscitaron las críticas de sus consejeros. Joinville escribió: «Sucedió que el santo rey negoció que el rey de Inglaterra, su esposa y sus hijos vinieran a Francia para tratar la paz entre él y ellos. Los integrantes de su consejo se oponían absolutamente a esa paz, y le dijeron lo siguiente: “Señor, estamos extremadamente sorprendidos de que vuestra voluntad sea tal que queráis darle al rey de Inglaterra una parte tan grande de vuestra tierra, que vos y vuestros predecesores habéis conquistado sobre él y a las que él renunció. Nos parece que, si consideráis que no tenéis derecho sobre ella, no le hacéis una restitución justa al rey de Inglaterra al no devolverle todas las conquistas que vos y vuestros predecesores habéis hecho. Y si consideráis que tenéis derecho sobre ella, creemos que perdéis todo lo que le entregáis”. A esto respondió el santo rey de la siguiente manera: “Señores, estoy seguro de que los predecesores del rey de Inglaterra han perdido con toda justicia la conquista que yo ocupó. Y la tierra que le entrego, no se la entrego en razón de una obligación que supuestamente tendría hacia él y hacia sus herederos, sino para establecer el amor entre mis hijos y los suyos, que son primos hermanos. Y me parece que hago un buen empleo de lo que le doy, porque él no estaba entre mis

hombres, y ahora tengo su fidelidad”».

Los señores no siempre estaban dispuestos a hacer la guerra. Cuando el rey de Francia Felipe VI convocó a sus vasallos nobles para combatir contra los ingleses, encontró mala voluntad, e incluso rechazo. La guerra era muy cara para los nobles, sin contar la pérdida de vidas humanas.

Y hay que tener en cuenta que el marco espacio-temporal de las guerras medievales era muy diferente del de las guerras contemporáneas. Por la lentitud de las comunicaciones, podía ser que una batalla tuviera lugar cerca de un lugar donde sus habitantes vivían apaciblemente. Además, los combates no eran continuos. La guerra de los Cien Años fue un excelente ejemplo de ello.

Violencia individual^[4]

En razón de las fuentes documentales que tenemos hasta ahora, elegiremos dos diferentes enfoques: uno cronológico, concerniente al período que se extiende desde el siglo VI hasta el siglo XIII, y el otro temático, que esboza una tipología de esa violencia al final de la Edad Media.

Del siglo VI al siglo XIII

«Si alguien encuentra un hombre libre en un cruce de caminos, sin manos ni pies, abandonado allí por sus enemigos, y lo ultima, y esto se prueba contra él, cosa que le corresponde al tribunal en el caso de “hombre libre mutilado sobre la hierba”, que sea condenado a una multa de 400 denarios, que hacen 100 sueldos», decía la Ley Sállica, es decir, la ley de los francos salios, escrita a principios del siglo VI, y luego modificada y completada.

Pasaron los siglos. Las autoridades civiles y religiosas promulgaron reglamentos para tratar de limitar la violencia. Los resultados no fueron demasiado convincentes, a juzgar por el testimonio de Hincmar relativo a la conducta de los aristócratas carolingios con respecto a sus esposas.

No sorprende entonces que los libros Penitenciales dedicaran muchos artículos a la violencia. Burchard de Worms, en el comienzo del siglo XI, recomendaba a los confesores que formularan, entre otras, las siguientes preguntas:

¿Has cometido un homicidio voluntariamente y sin necesidad, fuera de la guerra, por codicia, para apropiarte de los bienes de otro? [...] ¿Has cometido un homicidio para vengar a tus parientes? [...] ¿Has aconsejado cometer un homicidio, sin llevarlo a cabo tú mismo, y alguien fue asesinado a causa de tus consejos?

¿Has atacado a un hombre, en compañía de otras personas, en su propia casa, o en la casa de otro, o en cualquier otra parte donde se hubiera refugiado, y has lanzado una piedra contra él, o una flecha o una jabalina, para matarlo? ¿Fue muerto ese hombre por alguno de tu banda, sin que tú mismo lo hirieras o mataras? [...] ¿Has cometido un parricidio, es decir, has matado a tu padre, a tu madre, a tu hermano, a tu hermana, a tu tío paterno o materno, a tu tía u otra parienta? Si lo hiciste en forma accidental, involuntaria y sin cólera, harás penitencia como por un homicidio voluntario. Pero si cometiste ese parricidio con premeditación o cólera, harás penitencia como sigue [...]

¿Has matado a tu patrón, has tomado parte en un complot urdido contra él? ¿Has matado a tu esposa, que es una parte de ti? [...] ¿Has matado, o has tomado parte en un complot urdido contra un penitente público vestido con el hábito que usan los que ayunan una cuarentena? [...]

¿Le has cortado la mano o el pie a tu prójimo? ¿Le has arrancado los ojos o lo

has herido? [...]

¿Has matado con tus propias manos, o has incitado a otro a matar a un eclesiástico, un salmista, un portero, un lector, un exorcista, un acólito, un subdiácono, un diácono o un sacerdote?

Siglos XIV y XV

El núcleo conyugal

A pesar de la crítica de algunos intelectuales, Jean de Meun o Eustache Deschamps, el matrimonio era la base de la sociedad y un ideal buscado por las personas en general. Pero la vida en común no estaba exenta de conflictos, como lo reconocía una carta de remisión a fines del siglo xv: «Cuestión y debate de palabra se produce entre el peticionario y su esposa, como sucede tantas veces en un matrimonio».

Ya hemos hablado bastante de la violencia de los maridos; no es necesario volver sobre el tema.

En cuanto a la mujer, pocas veces actuaba por sí misma: en la mayoría de los casos era cómplice o instigadora. Y solía utilizar más la astucia que la violencia. La esposa de un carpintero de La Rochelle, que tenía alrededor de dieciocho años, recurrió a unas «hechiceras» para desembarazarse de su marido. Estas confeccionaron una figura de cera que representaba al marido, para que ella la colocara debajo de su

cama durante un período de siete a quince días. Ningún resultado. Las hechiceras pusieron a hervir una camisa del esposo y le hicieron beber el agua. Nuevo fracaso. Entonces le dieron sulfuro de arsénico rojo con vidrio molido^[3]. También existían mujeres fuertes que golpeaban, como una tal Isabel, esposa de Jean de Lairent, que insultó y trató duramente a sus sucesivos esposos (1416). Pero pocas veces se salían con la suya.

En general, la vida conyugal no estaba exenta de violencia, pero cuando la discusión involucraba a varias personas, los esposos se unían, en lugar de enfrentarse. ¿Acaso la función del matrimonio no era permitirles vivir «juntos en paz y amor»?

Los pedagogos aconsejaban a los padres castigar a sus hijos, pero no se trataba forzosamente de aplicarles castigos corporales, sino de reprimirlos cuando no se esforzaban lo suficiente. Aunque algunos tratados mencionaban los castigos físicos, generalmente sugerían recurrir a ellos en última instancia. También existían conflictos entre generaciones, como en todas las épocas. Louis Fraigneau tenía dos hijos. Uno se quedó con sus padres y se ocupó de ellos, junto con su esposa. El otro, en cambio, le pegaba a su padre porque quería apoderarse de sus bienes, y tuvo que alejarse.

Parientes y vecinos

Guillaume Rochier, labrador de Chef-Boutonne, que ya había sido objeto de muchas vejaciones por parte de su hermano

mayor Huguet, estaba segando un prado con él, cuando este volvió a atacarlo. Para defenderse, le dio un golpe con la guadaña, que le causó una herida en la cabeza y luego la muerte (1395). Del mismo modo, Jean Bonnitaud, hostigado por su hermano mayor Guillaume, que no dejaba de buscar pelea, lo hirió mortalmente durante una riña (1460). La cohabitación podía ser fuente de disputas. Louis Raoul, feligrés de Saint-Philibert de Luçon, y Guillaume Boyneau, que se habían casado con dos hermanas, vivieron juntos sin ningún problema durante mucho tiempo. Pero un domingo a la noche, mientras les daban de comer a sus animales, los dos hombres, que ese día habían estado bebiendo en forma excesiva, se pelearon porque Guillaume no quiso ir a buscar heno para los animales, como lo había hecho Louis, que era el mayor y dirigía la explotación. El ruido atrajo a dos mujeres, la viuda del padre de las dos esposas y la mujer de Louis, que los separaron. Entonces Guillaume tomó una horquilla y golpeó a Louis en la cabeza. Cuando intentó repetir el golpe, este tomó el cuchillo que usaba para cortar el pan e hirió a su cuñado, que murió (1447).

Los culpables y las víctimas solían vivir en un radio de menos de cinco kilómetros. En casi la mitad de los casos, los padres y los hijos compartían la misma vivienda. Por lo tanto, muchos homicidios involucraban a personas que vivían en la misma aldea o en aldeas vecinas. A los campesinos no les gustaba demasiado recorrer largas distancias. Sólo el 2% de ellos se aventuraba a más de 30 kilómetros de su lugar de residencia. De manera que era en un ambiente familiar donde tenían lugar los crímenes comunes, como los homicidios, los robos, o las violaciones, mientras que los crímenes colectivos, como los saqueos, se efectuaban en el nivel del reino.

A menudo, los vecinos participaban en los crímenes ayudando al culpable, más que a la víctima. Y los habitantes de

las aldeas solían denunciar las infracciones a las reglas, especialmente en materia de sexualidad. En Laon, a principios del siglo xv, Tristan Hanotin quería seducir a la joven Pierrette, y Jeannette la Alfarera le sirvió de intermediaria, probablemente con la complicidad de los padres. Los vecinos vieron las idas y venidas de Tristan, y notaron que la muchacha se vestía mejor que antes. La madre decidió hacer recaer la culpa sobre Jeannette, quien, por su instigación, fue desfigurada. Durante el proceso, Tristan declaró que había sido víctima de los vecinos, pues había oído decir que amaba a una joven, sin ninguna precisión, y que «algunas mujeres lo habían visto».

Tipología

Sexo

La criminalidad femenina era baja. En París, sobre 56 casos mencionados en el registro criminal del Châtelet desde el 6 de septiembre de 1389 hasta el 18 de mayo de 1392, sólo 16, es decir, menos de un tercio, se referían a mujeres. En la región lionesa, entre los 521 delincuentes juzgados entre febrero de 1427 y septiembre de 1433, había 85 mujeres, es decir, un porcentaje levemente superior al 16%; si se toma en cuenta la

complicidad, esa cifra se eleva al 20%. En la región del Loire medio, hacia fines del siglo XIV, sólo había un 6,5% de mujeres entre los acusados que solicitaron una carta de remisión, y fueron menos aún en la primera mitad del siglo XV. Las infracciones femeninas correspondían más a la pequeña y mediana delincuencia que a la grande. Tenían que ver en general con las costumbres y los bienes. Los principales crímenes por los que obtenían remisión eran el robo y el infanticidio, y el robo se efectuaba sin violencia, que era patrimonio del hombre. Según Claude Gauvard, en la Francia de la baja Edad Media, el 99% de los culpables de homicidio y el 79% de las víctimas pertenecían al sexo masculino.

La violencia entre mujeres podía calificarse como primaria. Ellas peleaban con las manos, se arañaban, se arrancaban los cabellos, se pisaban los pies. En cuanto a los instrumentos que usaban, tomaban cualquier cosa que tuvieran a mano. En Lyon, Jeannette Chastellain, esposa de un artesano, golpeó con sus puños a una tal Philippa y le mordió cruelmente un dedo. Peronnette Millet estaba tan enardecida, que su víctima la acusó de haberle desgarrado la primera falange al mordérsela. También se producían frecuentes peleas entre sirvientas y dueñas de casa o entre vecinas. La madre de Humbert Béguin le dio una cachetada a la sirvienta de Jean Volet. La criada del cuidador del hospital de Saint-Catherine recibió violentos bastonazos en la cabeza, propinados por la esposa de un cordelero. Pero en la mayoría de los casos, las mujeres se limitaban a los insultos. Pernelle Sagette, una mujer disoluta que vivía en Saint-Maixent en Poitou, tenía la costumbre de insultar a un tal Chardebeuf en cuanto lo veía, gritándole desde la ventana: «Chardebeuf, canalla, rufián, sinvergüenza, vendedor de carne viva a los monjes», así como otras palabras ultrajantes.

Las querellas entre mujeres pocas veces terminaban en

homicidios, que, en ese caso, sólo ocurrían por casualidad. Cuando comenzaba una riña, la mujer podía intervenir, pero era difícil que tuviera alguna relación física con el origen de la pelea. Por otra parte, ella no llevaba encima el cuchillo para cortar pan. Muy pocas veces asestaba golpes mortales. Actuaba con los extraños de la misma manera que con su marido: se limitaba a impulsar a otro a cometer el delito. Cuando Macé du Pois trató a Jean Gabory de ladrón, la mujer de este le dijo que le apretara la garganta a Macé para que retirara sus palabras. Jean Gabory obedeció. Después, con la ayuda de uno de sus hijos, la mujer le dio bastonazos a Macé en la cabeza y en el cuerpo. Robine, esposa de Étienne el Constructor, de Bellencombres, sorprendida en flagrante delito de adulterio con un sacerdote por un muchacho que había ido a buscar vino al sótano, le dijo a su amante: «Si no lo matas, estamos perdidos». Entonces el sacerdote le dio una cuchillada al joven, quien murió dos semanas más tarde.

Pero había un homicidio que era cometido por las mujeres: el infanticidio. Por obvias razones, las culpables no solían ser mujeres casadas, sino muchachas solteras o mujeres viudas, que temían el deshonor si se descubría su falta. Colette Wardavoire, de quince años, había podido ocultar su estado. Cuando su embarazo llegó a término, se dirigió a las letrinas, donde su hijo nació y comenzó a llorar. Asustada, la niña se dio a la fuga (1390). Guillemette de Thorry, de Louviers, de dieciocho años, también había podido llegar a término sin despertar sospechas. Temiendo que su padre y su madre la oyeran gritar y quejarse, se tapó la boca con un trozo de tela, pero el dolor era tan grande que se desvaneció. Cuando volvió en sí, vio que había dado a luz a un bebé que yacía sin vida. Al día siguiente, se levantó y fue a trabajar a los viñedos (1414).

La mujer era más frecuentemente víctima que culpable, y la violencia que sufría era ante todo la violación. Todas las

categorías sociales estaban involucradas, como lo señaló A. Porteau-Bitker. Los autores podían ser clérigos, desde el simple tonsurado hasta el canónigo, nobles, escuderos y caballeros, funcionarios públicos, artesanos, maestros y compañeros, criados. Los nobles no solían ser perseguidos sólo por cometer violaciones: en general, el crimen era cometido en el transcurso de operaciones militares. Pero no hay que confiar en las apariencias, porque lo que ocurría era que las víctimas, generalmente de condición humilde, no se atrevían a hacer las denuncias. Para algunos delincuentes, la violación no era más que una infracción entre otras. Veamos algunos ejemplos. Guillaume Maingot, señor de Surgères, fue llevado a París por forzar a Phelippe Danielle, a quien había raptado y desflorado. Este caballero también había violado antes a Margot Perroteau y a otra mujer llamada La Botellera (1335). Algunos ni siquiera retrocedían ante los establecimientos religiosos. Hardouin de la Porte, escudero de unos veinte años, escaló los muros del priorato de Tourtenay, raptó a la llavera Guillemette Chrétien y la violó. Aprovechando la situación, Hardouin y sus compañeros también violaron a Thomasse, esposa de Aimery Chaillou (1386).

A veces el delito se veía facilitado por los vínculos de parentesco o de subordinación entre el autor de la violación y su víctima. En la región de Senlis, Thomas el Cerero fue acusado de violar a la hija de su mujer, la joven Belote, de sólo once años. La violación incluso habría tenido lugar en el lecho conyugal, en presencia de la madre, que fue amenazada de muerte si trataba de interponerse, ya que Thomas había colocado su espada en el medio de la cama. Jean Pénigault d'Iteuil, de Poitou, abusó de Guillemette Rousseau, la esposa de su sobrino Étienne Nicolas. Algunos funcionarios señoriales o reales aprovechaban su poder. Jean Brunet,

funcionario judicial en Bourges, forzó a dos mujeres, amenazando a una de ellas con la prisión si no accedía a tener relaciones sexuales con él, y prometiéndole a la otra la liberación de su marido si le otorgaba sus favores.

Sin embargo, el número de violaciones, individuales o colectivas, era bastante bajo, ya que no superaba el 3% de los delitos denunciados. Aunque seguramente esta cifra era inferior a la real, porque en general la sociedad solía acusar en cierto modo a la víctima de su desgracia. Para evitar las consecuencias infamantes de la violación, muchas mujeres preferían guardar silencio. Pero el deshonor variaba según la condición social de la víctima. En Manosque, costaba cinco veces menos violar a una mujer adulta sola que a la esposa de un burgués o a una joven casadera. En efecto, se solía sospechar que la mujer de cierta edad que permanecía soltera o la viuda que no se volvía a casar llevaban una vida licenciosa, y por lo tanto, el hecho de forzarlas parecía menos grave. En Lyon, entre 1429 y 1441, la violación de una viuda se pagaba con una multa de 1 a 2 libras tornesas, mientras que la de una virgen costaba 6 libras tornesas. No sorprende entonces que la tercera parte de los acusados invocara, como circunstancia atenuante, la mala reputación de la víctima. Estos términos se aplicaban en realidad a tres categorías de mujeres: las prostitutas, las que estaban en una situación precaria (sirvientas, viudas, solteras), y por último, las muchachas jóvenes y las mujeres casadas. Al parecer, la violencia sexual establecía diferencias entre las mujeres permitidas, cuyo número los hombres buscaban aumentar, y las otras, que, por ser casadas, le estaban vedadas a la comunidad masculina.

Edad

En las cartas de remisión, sólo el 25% de los peticionarios daban una edad concreta, y el 36% una edad cualitativa, como «hombre joven». Por otra parte, no se solía mencionar la edad en forma espontánea, sino sólo cuando podía servir como circunstancia atenuante. Claude Gauvard dice que los jóvenes de quince a veinte años todavía no estaban instalados en la vida, e intervenían poco en el plano de la criminalidad. La mayoría de los «jóvenes» eran solteros: sólo alrededor del 20% de ellos estaban casados. Y el 80% de ellos no indicaban profesión. No se trataba verdaderamente de una clase de edad. La expresión «hombre joven» se aplicaba sobre todo a la franja entre veinte y treinta años, con una media de veintisiete años. Los hombres jóvenes formaban un grupo heterogéneo.

Los «jóvenes» eran presentados como individuos que no podían controlarse. Su temperamento efervescente al mismo tiempo que irreflexivo, los llevaba a cometer homicidios, y parecían fácilmente influenciables. Se explicaba su criminalidad por el deseo de compensar aquello que estaba fuera de su alcance: la riqueza y las mujeres. Thomas Le Cornadel, de veintidós años de edad, violó a la viuda de Jean Bouligny: «Y cuando la vio caída en el piso, con el vestido tan levantado que se le veían los muslos, Thomas se acostó sobre Marion y se excitó tanto que, tentado por el enemigo, la conoció carnalmente» (1406). Pero la dificultad de ser joven no llevaba automáticamente a la rebeldía ni a la desesperación. Y la violencia no era privativa de la juventud.

El vocabulario relativo a las personas de más edad era difícil de definir. A partir de los cuarenta años, y de manera significativa, a partir de los cincuenta, se consideraba que las personas eran adultas o ancianas. Los peticionarios que tenían

más de cincuenta años eran dos veces menos numerosos que los de treinta y cinco, y cinco veces menos que los que se hallaban entre los quince y los treinta años, aunque no faltaban criminales entre ellos. Los de más de cincuenta años seguían ejerciendo una profesión. Por eso, su criminalidad no tenía nada de específico. El homicidio estaba siempre en primer lugar, con 67% de los delitos cometidos. Pero los criminales de más de cincuenta años se desplazaban menos que los otros. Solían ir a la taberna para beber y jugar. Incluso abusaban de la bebida, y alrededor del 60% de los mayores de sesenta años estaban ebrios cuando cometían un crimen. Algunos conservaban su vigor, a pesar de la edad. A los ochenta años, Jehannet Rasoleau no tenía ningún problema en pelear: «Entonces Rasoleau tomó la piedra en su puño y golpeó con la piedra y el puño juntos al susodicho Olivier que, tomándolo por el brazo, lo arrojó al suelo debajo de él y lo tomó por el cuello, pero Rasoleau se debatió tanto que logró colocarse encima de Olivier, le apoyó la rodilla sobre el vientre y le dio varios golpes en la sien con la piedra que sostenía» (1405). Los viejos solían definirse a sí mismos como más «débiles» y «pobres» que los demás, para obtener con más facilidad su remisión.

¿Qué relaciones existían entre los jóvenes y los viejos? En general, la criminalidad se manifestaba en el interior de las mismas franjas etarias, especialmente en los casos de los «jóvenes» y los «hombres». La oposición entre jóvenes y hombres mayores se daba sobre todo en el plano del poder. Las peleas que llevaban a las personas de edad al crimen eran las que los enfrentaban a sus hijos o a sus sirvientes. Sin embargo, no había demasiada criminalidad derivada de conflictos entre generaciones.

Condición social

Las cartas de remisión también involucraban a los clérigos, pero aunque ellos eran víctimas en más del 12% de los casos, sólo eran culpables en cerca del 4% de los casos, algo que parece lógico considerando su estado. Sin embargo, se peleaban y robaban casi tanto como las otras categorías profesionales. Las riñas constituían el 50% de los crímenes que se les atribuían. Más que excluirlos de la comunidad de la aldea, la criminalidad los integraba a ella. Con todo, esa sociedad intentaba actuar de manera que mantuvieran la especificidad propia de su función.

Entre los laicos, la mayor parte de los criminales trabajaba. El 20% de los culpables se definían como trabajadores. En su mayoría, eran agricultores, y algunos ejercían un oficio artesanal. Había muchas similitudes entre estos dos grupos: unos eran trabajadores rurales y los otros, trabajadores manuales.

Las actividades de los artesanos los llevaban a desplazarse más que los agricultores. Pero no eran mundos demasiado diferentes. Un estudio referente al Estado pontificio de Avignon distinguía entre oficios poco violentos (hombres de leyes, médicos...), oficios en los que la delincuencia era reducida pero el empleo de la violencia, relativamente frecuente (construcción, indumentaria), oficios en los que la violencia y el fraude tenían una importancia equivalente (taberneros, alimentación, especialmente los carniceros), y por último, oficios muy violentos (administración, especialmente por los guardias municipales, transportes, domésticos, agricultores).

La violencia solía producirse entre iguales. Los patrones entraban en conflicto con sus sirvientes sólo en el 7% de los

casos, mientras que defendían sus intereses frente a sus iguales en el 41% de los casos. Lo mismo ocurría entre criados.

Los nobles usaban la espada con facilidad. El 75% de sus crímenes eran homicidios en riñas, una cantidad netamente superior a un promedio general ya elevado para este tipo de violencia, que era del 57%. El lugar del crimen era siempre la vivienda de un noble. Esto significa que los nobles solían enfrentarse con personas a las que frecuentaban regularmente. Casi siempre triunfaban los miembros de la nobleza: sólo una de cada diez víctimas era de origen noble.

Se desvalorizaba mucho más al que no era noble con respecto al noble, que al criado frente al patrón. Durante una disputa entre Jean de Neuffle, que era «de buena y honesta estirpe», y Massot Enfroy, pastelero, hombre de «condición humilde», ambos hombres se refirieron a sus orígenes: «Massot le dijo pérfidamente que si lo hubiera engendrado el padre de Jean, él sería tan gentilhombre como Jean». Massot pagó con su vida esas «palabras arrogantes». Esta superioridad colocaba a los nobles por encima de toda justicia. Y su condición social explicaba la ausencia o la poca frecuencia de ciertos crímenes. En ese sentido, el infanticidio cometido por la joven esposa de Antoine de Claerhout constituyó una excepción (1455).

La única división en esa sociedad era la que separaba a los nobles de quienes no eran nobles, pero no originaba muchos crímenes.

Desde el comienzo de la Edad Media, la violencia no fue anárquica, a pesar de que el Estado no intervenía demasiado. Lo más importante era respetar la ley del talión, es decir, definir una reparación igual a la del daño ocasionado. Más adelante, la justicia señorial, la justicia urbana y la justicia real permitieron frenar, al menos en parte, esa violencia. En

primer lugar, se impuso en las ciudades una restricción para llevar armas. Esa restricción, que variaba según los lugares, las épocas y las categorías sociales, tendió a ampliarse, pero los habitantes de las ciudades usaban armas de reemplazo.

En los siglos XIV y XV, los guardias municipales se encargaban de la policía municipal y de la policía judicial. En las ciudades pequeñas eran pocos, pero los efectivos del Châtelet de París se elevaban a cuatrocientos cincuenta hombres. Como generalmente actuaban solos, tenían problemas para intervenir cuando había una riña, por ejemplo. En algunas ciudades se realizaba una ronda nocturna, pero a los habitantes no les gustaba que los molestaran en sus hábitos nocturnos, como ocurrió con ese lionés que fue llevado a prisión, en 1462, porque fue sorprendido después de la queda, armado y sin luz, por el ayudante del arzobispo de Lyon y su guardia.

El *asseurement* era un pacto de no agresión. Se trataba de un contrato privado que se celebraba ante una corte de justicia, y se convertía así en un acto público cuya violación acarrearía sanciones penales. Fue el caso de Jehanotte Bassot y Jehanotte Le Verpillot, esposas de dos ayudantes de carniceros de Dijon. Cuando una de ellas le solicitó al alcalde «un buen y leal *asseurement*» con la otra, que la había injuriado, el edil «puso a las susodichas mujeres bajo vigilancia de la ciudad y les prohibió, so pena de 60 sueldos de multa para dicha ciudad, que atentasen o cometieran cualquier acto reprobable una contra la otra». Poco más tarde, una de las mujeres violó el juramento y fue encarcelada.

Existían otras maneras de reducir la violencia: la intervención de los mismos habitantes —«es de provecho común que cada uno sea un guardián y tenga el poder de arrestar a los malhechores», escribió Philippe de Beaumanoir

—, aunque en general, estos preferían quedarse en sus casas; la observancia de los consejos prodigados por los hombres de la Iglesia, que predicaban la paz en sus sermones; el control de las instituciones para la juventud, que canalizaban los ardores juveniles.

Las fuentes muestran que a fines de la Edad Media el mundo de los criminales era «un mundo ordinario». La frecuencia de los homicidios se explicaba porque todo el mundo llevaba armas. Pero la brutalidad cotidiana, común, tenía que ver especialmente con la defensa del honor: en ese caso, no era verdaderamente considerada como criminalidad.

9

Una intolerancia «de cronología variable»

En el transcurso de la primera Edad Media, las tensiones entre judíos y cristianos eran relativamente reducidas, pero a partir del siglo XII la situación cambió. Desde el siglo XII hasta la mitad del siglo XIV, las políticas de la Iglesia y del Estado con respecto a los judíos eran parecidas, incluso competían entre sí. Más tarde, el antisemitismo se desarrolló en las masas populares. Se produjo una evolución similar a propósito de la hechicería y la homosexualidad, aunque con una cronología diferente, ya que la represión se manifestó sobre todo a partir del siglo XIII.

Aceptación

Los judíos

La imagen del judío perseguido no es válida para la alta Edad Media, como lo muestra Bernhard Blumenkranz. En esa época, la población cristiana, lejos de atacar a los judíos, parecía coexistir con ellos sin mayores problemas. A veces, incluso los apoyaba. Cuando en 582, Pathir, que se había vuelto cristiano hacía poco tiempo, mató al judío Priscus en París, tuvo que refugiarse con sus criados en la iglesia de Saint-Julien-le-Pauvre. Sin duda temía que la masa le hiciera pagar caro su crimen. Logró huir, pero uno de sus sirvientes fue salvajemente asesinado cuando salía de la iglesia.

A principios de la Edad Media, existían comunidades judías más o menos importantes tanto en Italia y Alemania, donde se habían establecido en la Antigüedad, al igual que en Francia y en la península ibérica. En el imperio carolingio, bajo el reinado de los sucesores de Carlomagno, y en particular, de Luís el Piadoso, esas comunidades prosperaron. Incluso se había instituido un «magistrado de los judíos» para resolver los litigios entre judíos y cristianos.

El poder civil rara vez tomaba medidas contra los judíos. Por el contrario, a menudo actuaba en contra de las presiones ejercidas por las autoridades eclesiásticas. El pueblo sencillo y el bajo clero tuvieron a veces la misma actitud. El obispo Rathier de Verona se quejaba, en 965, de que los fieles no compartieran su propia hostilidad hacia los judíos.

El poder civil adoptaba esa posición sobre todo por los servicios que les prestaban los judíos en el plano económico. Estos ejercían muchos oficios, por cierto, pero los cristianos conocían especialmente aquellos que los ponían en relación con ellos, es decir, el comercio y el préstamo de dinero. Como la Iglesia prohibía el préstamo a interés, algunos judíos ricos actuaron como banqueros en el siglo XII, mientras se producía un importante desarrollo económico. Sin embargo, al

transformarse los oficios en corporaciones religiosas, los judíos ya no podían practicar el artesanado, ni el comercio con el mundo no judío. De manera que el préstamo a interés era su único medio de contacto con los cristianos en el plano de los negocios. Pero como estaba reglamentado, y debió sufrir la competencia de los lombardos o de instituciones de origen cristiano como los montepíos, pronto comenzó a declinar visiblemente. Se redujo, salvo excepciones, a préstamos con garantía destinados a una clientela modesta. Hay que decir también que, pese a las prohibiciones de la Iglesia, había cristianos, incluyendo a clérigos y prelados, que no se privaban de practicar el préstamo a interés...

Así fue como algunos judíos pudieron reunir importantes fortunas. Sara, esposa de Davin de Capestang, miembro de la comunidad judía de Perpignan, dejó en 1286 un testamento que mostraba la importancia de los recursos obtenidos por el préstamo a interés. Además de lo que dejó para la dote de jóvenes judías pobres, y de las rentas de sus casas de Narbona, que constituían una buena parte de su fortuna, legó 1200 sueldos melgorianos. En esa época, 100 sueldos melgorianos correspondían al salario anual de un jornalero bien remunerado.

El caso de Sara no era excepcional. Hasta el final del siglo XIII, las comunidades judías del sur de Francia parecían relativamente prósperas. El arzobispo de Narbona, Pedro IV de Montbrun, otorgó una carta de franquicia a los judíos de su ciudad, mediante el precio de entrada de 10 libras tornesas y una renta anual de 10 sueldos por casa habitada.

3. Si un cristiano o una cristiana que habita en la jurisdicción del arzobispo tiene obligaciones por razones comerciales con un judío o una judía del arzobispo, tendrá que pagar ante dicha corte y deberá hacerlo so pena de sanciones

espirituales y temporales según ordena el derecho [...].

8. Si hay alguna duda sobre quiénes deben garantías, se hará justicia tanto a los judíos como a sus deudores.

9. Si un judío recibió una garantía de dinero y la recibió durante dos años, y si recibió efectos mobiliarios durante un año, una vez pasados dos años para el dinero, y un año para los efectos mobiliarios, después de obtener el permiso del provisor de la corte del arzobispo, podrá vender esos bienes para recuperar sus fondos.

No cabe duda de que en el transcurso de la alta Edad Media los judíos no gozaban de los mismos derechos que los cristianos, pero las expulsiones o las amenazas de expulsión destinadas a conseguir conversiones provenían ante todo del clero, y pocas veces del soberano. En el siglo X, el papa León VII, respondiendo al arzobispo de Maguncia que le había preguntado si había que obligar a los judíos a bautizarse o bien expulsarlos, le recomendó que les predicara la buena palabra, pero sin obligarlos a bautizarse, aunque debía amenazarlos con el exilio si no se convertían.

Los brujos

La «bruja nocturna» no fue un invento medieval. En los dos primeros siglos de nuestra era, los escritos de los romanos mencionaban a menudo a una criatura que volaba de noche, lanzaba gritos y era aficionada a la carne y la sangre de los desdichados seres humanos.

A principios del siglo XI, Burchard, obispo de Worms,

escribía: «¿Has compartido la creencia de muchas mujeres, de seguir a Satán? ¿Que en el silencio de la noche, después de haberte acostado en tu cama y mientras tu marido descansa sobre tu seno, tienes el poder, aunque seas corporal, de salir por la puerta cerrada y recorrer el espacio con otras mujeres parecidas a ti? ¿Que tienes el poder de matar, con armas invisibles, a cristianos bautizados y redimidos por la sangre de Cristo, comer su carne después de cocinarla, y poner paja o cualquier otro objeto en el lugar de su corazón? ¿Que después de comerlos, tienes el poder de hacerlos resucitar y de otorgarles una prórroga para vivir?». Hasta el siglo XIII, los letrados rechazaban la creencia en esta bruja nocturna, mientras que el pueblo persistía en su credulidad.

En su libro Penitencial, el mismo Burchard de Worms les pedía a los confesores que formularan la siguiente pregunta: «¿Has creído o has participado en una superstición a la que se entregan las mujeres perversas, agentes de Satán y engañadas por fantasmas diabólicos? De noche, con Diana, la diosa pagana, y en compañía de muchas otras mujeres, cabalgan sobre animales, recorren grandes distancias en el silencio de la noche profunda, obedecen las órdenes de Diana como si fuera su ama y se ponen a su servicio en noches bien determinadas. ¡Si al menos esas brujas pudieran perecer en su impiedad sin arrastrar en su perdición a muchas otras! En efecto, muchas personas inducidas a error creen que esas cabalgatas de Diana existen realmente, y se separan de la verdadera fe, caen en el error de los paganos al creer que puede existir una divinidad o una diosa fuera del único Dios». Y Burchard añadía: «¿Quién puede ser conducido fuera de sí mismo —si no es en sueños y en las pesadillas nocturnas— y ver mientras duerme lo que nunca ha visto despierto? ¿Quién puede ser tan tonto y tan estúpido como para imaginar que esos fantasmas, frutos de la imaginación, aparecen corporalmente?». Notemos que en este

caso se trata de una creencia, no en brujas nocturnas caníbales, sino en mujeres que son súbditas de una reina sobrenatural que las dirige durante sus vuelos nocturnos.

Así coexistieron dos antiguas creencias populares en viajeras nocturnas.

Por supuesto, como hemos visto, la élite intelectual negaba su existencia. Sin duda, los demonios podían empujar al pecado a los seres humanos cuando soñaban, pero imaginar que los sueños constituían la realidad, que se pudiera participar en vuelos nocturnos, era contrario a la fe. Sin embargo, hasta el siglo XIII, la Iglesia no condenó severamente esas creencias. Sí lo hizo con posterioridad.

Los homosexuales

La erótica antigua era misógina, y desconfiaba de la mujer y de la pasión que ella podía inspirar. Claro que admitía que esta podía proporcionar placer. Pero la amistad homosexual siempre rivalizó con la pasión heterosexual. Según el historiador norteamericano John Boswell, hasta el siglo XIII la homosexualidad estuvo difundida en el Occidente cristiano, y no fue objeto de condenas virulentas. En los libros Penitenciales, dice Boswell, la homosexualidad no tenía un lugar privilegiado con respecto a los demás pecados. Sin embargo, san Colombano condenaba severamente al laico que se unía a un hombre como se hace con una mujer. Esto también aparecía en las visiones. El monje Wetti, muerto en 824 en Reichenau, declaró que en el transcurso de un viaje al

más allá, un ángel le había dicho que nada ofendía más a Dios que el pecado contra natura.

Las cosas cambiaron a fines del siglo x. Hacia 1051, san Pedro Damiano escribió *El Libro de Gomorra*, en el que denunciaba las relaciones sexuales entre hombres, sobre todo entre clérigos, que describía con lujo de detalles. Aelred, abad del monasterio cisterciense de Rielvaux, se dedicó a mostrar el valor del amor entre personas del mismo sexo. Por otra parte, la atracción entre hombres siempre desempeñó un papel importante en su vida. Incluso a veces pasó al acto, en busca de placer, «en la época en que los bajos impulsos de la carne y el bullente manantial de la adolescencia hacía elevarse una nube de deseo».

En lo que concierne al mundo caballeresco, Georges Duby escribe en su libro sobre Guillermo el Mariscal, muerto hacia 1219: «Así, en este asunto todo gira en torno al amor, pero no nos engañemos: en torno al amor entre hombres. Esto ya no nos sorprende. Empezamos a descubrir que el amor, el que cantaban, después de los trovadores, los troveros, el amor que siente el caballero por la dama elegida, quizá disimulaba lo esencial, o más bien, proyectaba en el terreno del juego la imagen invertida de lo esencial: intercambios amorosos entre guerreros». Pero ¿implicaba ese amor relaciones carnales? En todo caso, los ritos de amistad, como darse besos y compartir la misma cama, le permitían expresarse libremente en el plano sexual.

La homosexualidad estaba difundida en esa época en los diversos países del Occidente cristiano, así como en los países escandinavos y en Tierra Santa. Hildebert de Lavardin, arzobispo de Tours desde 1125 hasta 1133, dio a entender claramente que la homosexualidad involucraba a muchas personas, incluso algunas de las más eminentes.

Innumerables Ganimedes honran innumerables altares.

Y Juno se lamenta porque ya no recibe lo acostumbrado.

Se manchan con ese vicio el hombre joven, el hombre hecho y el viejo.

Y ningún rango está exento de ello.

Otro texto decía que Chartres, Sens, Orléans y París eran centros de amor homosexual. Gautier de Chatillon aseguraba que los jóvenes nobles descubrían la homosexualidad durante sus estudios, y que él había conocido una gran cantidad de clérigos sodomitas. Escribió que «los príncipes han hecho de este crimen un hábito». De hecho, parece ser que Ricardo Corazón de León era homosexual, o más exactamente, bisexual. En realidad, era un libertino, como su padre Enrique II.

Pero esto cambió, especialmente a partir del siglo XIII. Después de la tolerancia, vino la represión, aunque eso no puso fin a la homosexualidad.

Rechazo

Los judíos

A comienzos del siglo XI, se produjo un movimiento, relatado por Raoul Glaber, que anunciaba las futuras persecuciones, aunque el giro decisivo tuvo lugar en la época de la primera cruzada. Ese movimiento estalló en Francia y en Italia como

respuesta a un presunto pacto entre judíos y musulmanes. Se decía que los judíos de Orléans habían advertido al sultán El Hakem que si no destruía rápidamente la iglesia del Santo Sepulcro, los cristianos irían a ocupar su reino. El Hakem ordenó entonces, en 1009, que se destruyera el lugar sagrado. «Objetos del odio universal, expulsados de las ciudades, algunos pasados por el filo de la espada, otros ahogados en los ríos, asesinados de mil maneras diferentes, incluso algunos de ellos se suicidaron en diversas formas. De modo que después de esas justas represalias, apenas podían encontrarse algunos de ellos en el mundo romano». Seguramente estas palabras no deben tomarse al pie de la letra. Pero los judíos debieron abandonar Maguncia en 1012. En todo caso, las medidas de expulsión fueron coyunturales. «Sin embargo —reconoce Raoul Glaber— los judíos fugitivos y errantes que, ocultos en lugares alejados, habían escapado a la masacre anteriormente descrita, comenzaron a mostrarse nuevamente en pequeñas cantidades en las ciudades, cinco años después de la destrucción del santuario. Y como era necesario, aunque en verdad esto resulte confuso, que quedaran siempre algunos de ellos vivos para servir como prueba permanente de su propio crimen o ser un testimonio de la sangre derramada por Cristo, por esa razón, creemos, la Providencia quiso que el odio de los cristianos hacia ellos se morigerara durante un tiempo».

Pero se inició un cambio. En primer lugar, por la extensión del terreno en el que tenía lugar la persecución. Luego, porque la llevaban a cabo al mismo tiempo el poder civil y el poder religioso, ya que los soberanos —el rey de Francia Roberto el Piadoso y el emperador de Alemania Enrique II— se aliaron con los obispos. Por último, y sobre todo, por la acusación de traición, que obtuvo la adhesión de la población a las medidas tomadas por los príncipes y los obispos. El judío que vivía al margen de la sociedad cristiana

era considerado ahora un ser maléfico. Cuando en 1020, el día de Viernes Santo, un terremoto devastó Roma, se atribuyó la responsabilidad a los judíos. Raoul Glaber señaló que, en la misma época, en Toulouse existía una costumbre brutal. «Al darle una bofetada a un judío, como se acostumbraba hacer en ese lugar todos los años en la fiesta de Pascua, [el capellán del vizconde de Rochechouart] súbitamente hizo saltar los sesos y los ojos de la cabeza del pérfido, que cayeron al suelo: el judío murió en el acto».

Los judíos eran excluidos de las Cruzadas, que, por otra parte, le quitaban valor al papel que desempeñaban en el comercio. A la eliminación social se agregó una eliminación económica. Mientras que anteriormente el poder civil no ejercía demasiada violencia contra ellos, a partir del siglo XI, los señores feudales estuvieron más dispuestos a ejecutar las decisiones eclesiásticas. «El siglo XI anunció el cambio, y las Cruzadas marcaron el punto de inflexión» (Bernhard Blumenkranz).

Las amenazas que se esgrimieron en el siglo XII provocaron represión y con frecuencia, expulsiones, en los siglos XIII y XIV. Esa situación se produjo en primer lugar en Inglaterra, Francia y Alemania. En España tuvo lugar un siglo más tarde, mientras que en Italia, las relaciones judeocristianas siguieron siendo bastante buenas. «Considerado al principio como diferente, luego como extranjero, el judío se convirtió en el enemigo» (Georges Dahan), capaz de provocar graves perjuicios. Se lo hacía responsable de diversos delitos. Y en primer lugar, de asesinatos rituales. El esquema era casi siempre el mismo. Al descubrir un cadáver, generalmente el de un niño pequeño, las sospechas recaían en los judíos, que, tras un proceso, eran condenados.

Veamos cómo se desarrollaba esta acusación. Rigord,

historiógrafo de Felipe Augusto, relató: «El rey había oído decir a menudo, en boca de los niños que habían sido educados al mismo tiempo que él en el palacio, y lo recordaba perfectamente, que los judíos que vivían en París mataban todos los años a un cristiano, para mostrar su desprecio hacia la religión cristiana, en sacrificio, por así decir, y se escondían en criptas subterráneas el día de la Cena o durante la Semana Santa. Como perseveraron durante mucho tiempo en esa clase de delitos por su astucia diabólica, fueron arrestados en muchas oportunidades durante el reinado de su padre y entregados al fuego».

El tono de una nota que se encontró en un manuscrito hebreo era, por supuesto, muy diferente. En 1236, se dijo en Narbona que los judíos habían asesinado a un niño cristiano. Entonces los cónsules reunieron a los habitantes en la iglesia Saint-Étienne, y luego se dirigieron al palacio del vizconde. «Toda la población de la ciudad de Narbona se unió contra nosotros con el fin de destruirnos. Llegaron y entraron a nuestras casas y a nuestros dormitorios. Sin embargo, nadie de nuestro pueblo fue herido ni cayó en sus manos, porque Dios no lo permitió. [El vizconde y los notables de la ciudad se habían opuesto a las intenciones de los atacantes]... Todo esto sucedió porque un francés empezó a discutir con un pecador [es decir, un cristiano] y le golpeó la cabeza con una herramienta de madera. Las personas se reunieron y llevaron al herido a casa de un médico cristiano, que lo dejó morir, siguiendo el consejo de otro pecador que detestaba a los judíos y que se llamaba Paulivina. Entonces, otras personas se unieron a este e hicieron lo que hemos escrito más arriba».

Otra acusación, que puede parecernos menos grave, sin duda no lo era para los hombres de la Edad Media: la profanación de hostias. También en este caso, los relatos siguen generalmente un esquema bien establecido. El judío, a

menudo un prestamista, conseguía mediante artimañas una hostia, que sufría ofensas y empezaba a sangrar. Los vecinos denunciaban el crimen, y eso provocaba un proceso y una condena. A veces, se masacraba a toda la comunidad judía.

Pero los judíos eran odiados por otros motivos. Ellos hacían préstamos de dinero, porque los cristianos tenían prohibido cobrar intereses, que se consideraba usura, y a veces cumplían funciones de recaudadores de impuestos para los príncipes. La prescripción bíblica: «Podrás prestar a interés al extranjero, pero no a tu hermano» (Deuteronomio 23,21), parecía autorizar a los judíos a prestar a los cristianos que, para ellos, no eran hermanos. El emperador Federico II lo dijo claramente en 1231: aunque la usura constituía un delito público para los cristianos, «no se puede sostener que sea ilícito para los judíos. La ley divina no lo prohíbe. Ellos no están sometidos a las leyes establecidas por nuestros muy santos padres».

Sin embargo, en el transcurso del siglo XIII, la legislación se volvió más restrictiva, tanto por parte de las autoridades civiles como de las eclesiásticas. El canon 67 del IV Concilio de Letrán, realizado en 1215, trató de reglamentar el préstamo de los judíos a los cristianos, aunque sin lograrlo realmente. «Cuanto más se esfuerza la religión cristiana por rechazar las prácticas usurarias, más se difunden estas con perfidia entre los judíos: ellos pueden llegar a acabar en breve plazo con las riquezas de los cristianos. Queremos ayudar en nuestras regiones a los cristianos a escapar de las sevicias de los judíos. Por lo tanto, establecemos lo siguiente por decreto sinodal: si en el futuro, bajo cualquier pretexto, los judíos arrancan intereses usurarios a los cristianos, todo comercio entre judíos y cristianos deberá cesar hasta una justa reparación de los graves perjuicios infligidos. Los mismos cristianos, si fuera necesario, serán obligados por censura eclesiástica inapelable a

cesar todo comercio con ellos. Ordenamos sin embargo a los príncipes que ayuden en este sentido a los cristianos, dedicándose más bien a evitar que los judíos cometan tan graves injusticias...».

La Iglesia se opuso con mayor fuerza aún a la usura en el siglo XIV. El Concilio de Vienne (1311-1312) declaró que legitimar la usura era hacerse culpable de herejía: «Si alguien cae en el error de creer o de afirmar que practicar la usura no es un pecado, ordenamos que sea castigado como hereje, e intimamos con mucha firmeza a los jueces ordinarios y a los inquisidores que no omitan proceder contra los que sean difamados o sospechosos de tales errores, como sospechosos o públicamente acusados de herejía». Esta amenaza no estaba dirigida solamente contra los cristianos, sino también contra los judíos. En 1342, en Manosque, se llevó a cabo un proceso contra un judío llamado Simón David, porque había afirmado públicamente que «la usura no era un pecado».

Eran frecuentes los actos de violencia, tanto privados como colectivos, relacionados con la usura. El 3 de enero de 1276, Joseph de Ales, miembro influyente de la comunidad judía de Manosque, fue herido en el rostro por negarse a devolverle la garantía a uno de sus deudores. Según Guillaume de Newburgh, la agresión del 1 de marzo de 1190 que terminó con el asesinato o el suicidio de muchos miembros de la comunidad judía de York, en Inglaterra, fue provocada por «algunos nobles, endeudados en grandes sumas con esos prestamistas impíos. Algunos de ellos habían entregado sus bienes como prenda por el dinero prestado, y sufrían una gran penuria. Otros, obligados por sus propias garantías, eran intimados por el fisco a satisfacer a los usureros judíos del rey». Después de describir las atrocidades de esa noche, el cronista exponía las razones de sus autores: «Cuando terminó la masacre, los conjurados se dirigieron inmediatamente a la

catedral y obligaron a los aterrorizados guardias, bajo amenaza de violencias, a que les entregaran los registros de las deudas, depositados en ese lugar, mediante los cuales los cristianos eran oprimidos por los usureros judíos del rey, y destruyeron esos instrumentos de una avaricia profana en las llamas solemnes en el medio de la iglesia, tanto para su propia liberación como para la de muchos otros» (texto citado por Joseph Shatzmiller). Escenas semejantes se desarrollaron en muchas regiones de Europa durante la Peste Negra de 1348-1349. Al mismo tiempo que los judíos eran acusados de haber provocado la epidemia, el populacho no olvidaba destruir las pruebas de las deudas.

Los príncipes, por su parte, también actuaban.

Expulsión y explotación: tal fue la política llevada a cabo por los reyes de Francia de una manera cada vez más brutal. Cuando los beneficios directos obtenidos por las actividades financieras de los judíos parecían insuficientes, los reyes exigían desembolsos suplementarios para protegerlos y recuperar sus bienes. A veces los expulsaban del reino y luego les pedían más dinero para tener el derecho de regresar. Poco después de su coronación, Felipe Augusto mandó arrestar a los judíos y confiscar sus bienes. Dos años más tarde, en 1182, los judíos fueron expulsados del dominio real. Tenían derecho a vender sus bienes muebles, pero el rey se quedó con sus casas, sus campos, sus viñedos y sus lagares... Muchos de ellos se refugiaron en las tierras del conde de Champagne. El acuerdo celebrado en 1198 entre éste y el rey no dejaba ninguna duda sobre las motivaciones de ambos hombres. Esa política continuó hasta la expulsión definitiva de los judíos de Francia en 1394.

En Inglaterra, la situación de los judíos empeoró bajo el reinado de Enrique III. En 1275, el rey de Inglaterra Eduardo I

decretó: «Por el honor de Dios y el bien común del pueblo, que a partir de ahora ningún judío practique en ninguna forma la usura». En efecto, «en el pasado, muchos hombres honestos perdieron sus tierras por la usura de los judíos, y muchos pecados resultaron de ello». Pero esta orden quedó como letra muerta, de modo que quince años más tarde el monarca ordenó la expulsión de todos los judíos del reino. Por supuesto, la culpa recaía sobre estos últimos, que no habían querido «vivir de su propio comercio y trabajo», y no habían dejado de practicar la usura, en forma aún más perniciosa que antes. Pero hay que señalar que las comunidades judías de Inglaterra debían pagar pesados impuestos y sufrían la competencia de las compañías italianas. Les era imposible modificar su actividad con tanta rapidez. Si se volvían pobres, dejaban de despertar interés. Su expulsión del reino en 1291 no fue resultado de la animosidad de los cristianos sino de las necesidades financieras, que el rey Eduardo quiso solucionar mediante esta expoliación.

En 1348, Alfonso X de Castilla declaró que la usura no sólo era un gran pecado, sino que provocaba problemas en los lugares donde se practicaba. Entonces les pidió insistentemente a los judíos que reemplazaran su actividad de usureros por ocupaciones más útiles. Este pedido era evidentemente una expresión de deseos, mientras que la expulsión constituía una solución más fácil de realizar.

De modo que las persecuciones a los judíos se debieron a diversos factores. Algunos, que acabamos de analizar, eran de orden económico y social. Los judíos, a quienes se vinculaba con los ricos, fueron los primeros afectados, porque bajo aspectos religiosos se disimulaban las motivaciones sociopolíticas.

Por otra parte, a medida que se abría al mundo, Occidente

consideraba enemigos a todos los que no se ajustaban al modelo cristiano. Durante el siglo XIII, comenzaron a aparecer los dibujos que representaban a los judíos con rasgos distintivos (nariz ganchuda, labios gruesos). Una pregunta escolar, al comienzo de los años 1300, sugirió la hipótesis de que existía una diferencia de naturaleza entre el cristiano y el judío. Se trataba de establecer si el judío sufría a intervalos regulares de un flujo sanguíneo parecido a las reglas femeninas. La respuesta fue afirmativa. Para los intelectuales, el judío se transformó poco a poco en el Otro, alguien que pertenecía a una especie particular.

Los textos legislativos mostraban esta evolución. El Concilio de Letrán de 1215 deploraba que a veces no se pudiera distinguir a los judíos de los cristianos. «En algunas provincias, los judíos y los sarracenos se distinguen de los cristianos porque llevan una vestimenta diferente. En otras, en cambio, reina tal confusión que nada los diferencia. De ahí resulta a veces que, engañados, los cristianos se unen a mujeres judías o sarracenas, y algunos sarracenos o judíos toman esposas cristianas. Para evitar que tan reprensibles uniones puedan invocar en el futuro la excusa de la vestimenta, establecemos lo siguiente: en todas las provincias cristianas y en todo momento, esas personas, de uno u otro sexo, se distinguirán públicamente de otras poblaciones por la vestimenta». En 1283, el rey de Francia Felipe III retomó los reglamentos de su padre, san Luís. «Os mandamos y pedimos insistentemente que hagáis aplicar el estatuto anteriormente promulgado sobre los judíos: que puedan diferenciarse fácilmente de los cristianos llevando un pequeño círculo de fieltro en el pecho y otro en la espalda... Además, en nuestro reino, no deben vivir en las ciudades pequeñas, en medio de simples cristianos, sino en grandes ciudades y los lugares más importantes y los barrios en los que habitan desde hace mucho

tiempo».

Esta manera de considerar a los judíos explica las persecuciones basadas en las acusaciones de envenenamiento de pozos, en complicidad con los leprosos, y de la propagación de la Peste Negra en 1348. Juan el Hermoso escribió en su Crónica, a propósito de los hechos ocurridos en Lieja en 1349: «Cuando vieron que esa mortandad y pestilencia no cesaba a pesar de los actos de penitencia, nació un rumor según el cual esa mortandad provenía de los judíos, y que los judíos habían arrojado ponzoña y veneno en los pozos y las fuentes del mundo entero, con el objeto de envenenar a toda la cristiandad, para tomar el poder en toda la tierra. Por eso, todos, poderosos o humildes, están tan indignados contra ellos que los señores y la Justicia local los quemaban y los mataban en todos los lugares por donde pasaban».

Los perseguidores invocaban siempre su deseo de vengar a Cristo, pero las causas religiosas no eran forzosamente las predominantes. A fines de la Edad Media, empezaron a proliferar los pogromos, cuya motivación era más específicamente religiosa, aunque las consideraciones económicas y sociales no estaban excluidas. Los más importantes se desarrollaron en España. David Nirenberg estudió con precisión la masacre de trescientos treinta y siete judíos en el castillo real de Montclus en Aragón, un día del verano de 1320. Los sobrevivientes acusaron a «ciertas personas, tanto funcionarios como otros súbditos del rey y de nuestro reino... de haber participado sin sentir temor en los crímenes perpetrados recientemente contra los judíos de Montclus por quienes se designan como los pastorcillos, consintiendo e incluso colaborando en los crímenes cometidos por los mismos pastorcillos sobre los bienes de los judíos». Pero fue en 1391 cuando tuvieron lugar los pogromos más terribles.

Se podría calcular que los judíos, que hacia 1370 eran alrededor de 200 000, representaban entre el 3% y el 5% de la población total de España. Entre ellos, una minoría de grandes financistas estaba en cierto modo aislada del resto de la comunidad. Algunos de esos judíos ocupaban cargos de recaudadores de impuestos, gracias a su experiencia y sus riquezas, aunque ese papel los hacía impopulares. Y la opinión pública no diferenciaba entre esos privilegiados y la masa de judíos, en la que no había sólo usureros, sino también agricultores, artesanos y comerciantes.

El conflicto fue más agudo en Castilla, porque allí tenía lugar una disputa dinástica entre el rey Pedro I el Cruel, que se apoyaba manifiestamente en los judíos, y su medio hermano Enrique de Trastámara, cuyas tropas saqueaban los barrios en los que residían. Los judíos terminaron por unirse a Enrique II, que venció en 1369. Pero aquí estaba el germen de los acontecimientos de 1391. Las quejas de orden económico se difundían a través de la propaganda de los conversos, no muy numerosos pero encolerizados, y de los fanáticos, entre los cuales ocupaba un lugar importante Ferrán Martínez, archidiácono de Écija, a quien Juan I de Castilla se vio obligado a moderar. Pero el rey murió el 9 de octubre de 1390 y, al comienzo del reinado de su heredero Enrique III, todavía menor de edad, se desencadenó una gran agitación.

En ese contexto comenzaron a producirse los pogromos. En primer lugar, en Sevilla, el 6 de junio de 1391: dos sinagogas fueron transformadas en iglesias, y hubo una gran cantidad de asesinatos y robos. Casi toda la arquidiócesis fue el teatro de actos violentos. Los desórdenes llegaron a Córdoba, Cuenca, donde varios miembros del consejo municipal tomaron parte en la masacre, y Toledo. Era el 18 de junio. El incendio se propagó hasta Valencia, y luego llegó a Cataluña, donde, en Barcelona, durante cuatro días, se

cometieron las peores atrocidades. En esa ciudad, el sábado 5 de agosto, al comenzar la tarde, una pequeña tropa compuesta por marinos castellanos, proveniente del puerto, puso fuego al pórtico del barrio judío y masacró a un centenar de sus habitantes. El saqueo duró toda la tarde y toda la noche, y los judíos sobrevivientes hallaron refugio en el vecino Castillo Nuevo real. El domingo 6 hubo una cierta distensión y se empezó a controlar la situación. Pero el lunes 7, cuando estaban por colgar a diez castellanos, hacia la una de la tarde, estalló un levantamiento popular. Los sublevados devolvieron la libertad a los detenidos. Tocaron a rebato en la catedral. Durante la noche, se incendiaron los archivos judiciales. El martes 8 de agosto, los judíos refugiados en el Castillo Nuevo, que no habían podido comer ni beber, tuvieron que rendirse. Muchos de ellos fueron bautizados por la fuerza. Pero muchos otros, alrededor de trescientos, especialmente mujeres, se negaron y fueron asesinados. Comenzó entonces un período en cuyo transcurso Barcelona vivió bajo la amenaza popular. Pero a partir del 9 de octubre, se restablecieron los consejos en su composición anterior. Se generalizó la represión. La entrada del rey y de la reina pudo tener lugar el 10 de enero de 1392.

En España, los esfuerzos de la Iglesia, y luego del poder real, que pronunció muchas condenas a la hoguera, terminaron en fracaso. De manera que en 1492, los soberanos optaron por la solución de la expulsión. Aunque subsistieron algunas comunidades judías en Occidente, esa fecha marcó el final del judaísmo medieval en Occidente.

Los brujos

Al principios del siglo XIV, tuvieron lugar algunos procesos que sacaron a la luz la obsesión satánica. Hubo templarios que confesaron bajo tortura haber renegado de Cristo y haber escupido sobre la cruz. Un obispo de Troyes fue acusado de haber utilizado la magia para matar a una reina de Francia. En 1317, Mahaut de Artois también fue acusada de haberle encargado filtros y venenos a una hechicera de Hesdin. En este contexto, el papa de Avignon, Juan XXII, promulgó una bula, en 1326, en la que equiparaba la brujería con la herejía. Entonces, comenzaron a intervenir los inquisidores.

A fines del siglo XIV y a lo largo de todo el siglo XV, se desarrollaron muchos procesos contra la brujería y se escribieron libros sobre el tema. Entre 1320 y 1420 se publicaron trece tratados sobre hechicería, y otros veintiocho entre *El hormiguero* (1435-1437), del prior de los dominicos de Basilea Jean Nider, y *El martillo de las brujas*, aparecido en 1486. El tratado de Jean Nider fue la primera obra demonológica que insistió en la importancia de las mujeres en materia de hechicería: ellas fabricaban filtros de amor, robaban niños, practicaban la antropofagia.

En el invierno de 1486-1487, poco después de la bula de Inocencio VIII (1484) en la que pedía a los obispos alemanes que reforzaran la lucha contra la brujería, apareció el famoso libro *El martillo de las brujas*, con la firma de dos inquisidores dominicos alemanes, Heinrich Institoris y Jakob Sprenger. El libro tuvo un éxito inmediato, ya que se publicaron catorce ediciones entre 1487 y 1520. Ponía el acento casi exclusivamente en el papel de la mujer en la secta diabólica.

Según *El martillo de las brujas*, los hombres eran atacados por la locura amorosa alrededor de la cual giraban la

impotencia masculina, la frigidez femenina, la esterilidad, los abortos, los adulterios y la fornicación. El maleficio provenía en primer lugar de la mujer. En efecto, había que traicionar la fe, y la mujer estaba predispuesta a ello por su credulidad, su débil inteligencia, su impresionabilidad. Había que conocer la magia y comunicarla, y la mujer lo hacía por medio del chismorreo que le era propio. Había que entregarse sin moderación a los celos y la cólera, y la débil voluntad de la mujer la inclinaba a hacerlo. Había que ser capaz de bajezas morales, y las mujeres, insaciables en el plano sexual, podían hacerlo perfectamente.

El inquisidor debía emplear todos los medios que estaban a su alcance para hacer confesar a la bruja, desde la astucia hasta la violencia.

El primer punto es que un juez no debe apresurarse a someter a la bruja al tormento. Por el contrario, debe observar ciertos signos [...].

El segundo punto es que el juez debe ser cuidadoso en dictar su sentencia de tortura de la siguiente manera: «Hemos encontrado que tus confesiones son inciertas. Dices, por ejemplo, que has proferido esas amenazas sin intención de perjudicar. Sin embargo, hay indicios que nos parecen suficientes para someterte al tormento y a la tortura[...]».

La manera de comenzar este tormento es la siguiente: mientras los «ministros» se preparan, se desnuda a la acusada... Cuando están listos los instrumentos, el juez en persona o por intermedio de hombres honestos y celosos de la fe invitará a la acusada a decir la verdad voluntariamente. Luego, si ella se niega, ordenará a los verdugos que la aten con cuerdas y le apliquen otros instrumentos de tortura: ellos deben obedecer de inmediato, no con alegría, sino como con una turbación interior. A continuación, el juez solicitará que la

saquen, por pedido de algunos, que la pongan a un lado para volver a convencerla. Y al hacer esto, que le informen que podría no ser condenada a muerte.

Se instauró la represión. Apareció con mayor virulencia en el siglo XVI, pero se manifestó y se intensificó a partir del final de la Edad Media. En Europa se han encontrado informes — aunque por supuesto, estos elementos no son exhaustivos— sobre 12 procesos por brujería llevados a cabo por la Inquisición entre 1320 y 1420, y 34 entre 1421 y 1486, 24 juzgados por tribunales laicos de 1320 a 1420, y 120 entre 1420 y 1486.

Las ejecuciones de brujos, y sobre todo de brujas, eran cada vez más frecuentes. Según el diario de Jehan Aubrion, burgués de Metz, referente al año 1488, en tres meses (17 de junio al 22 de septiembre), unas treinta mujeres fueron condenadas por brujería y casi todas fueron quemadas.

Y no hacía falta mucho para que una mujer fuera acusada de brujería. Un simple rumor... Fue lo que sucedió en Marmande en 1453.

Ese año, una epidemia provocó la muerte de algunos habitantes. Se difundió el rumor de que esa mortandad se debía a la presencia de brujas. Como los peticionarios —este asunto está relatado en una carta de remisión— eran cónsules, dijeron que un tal Gaubert Chamfré había ido a verlos y les había dicho, en sustancia: «Señores cónsules, en mi casa hay un hombre que viene de Armagnac, y acusa de brujería a una mujer llamada Jeanne Canay». Entonces los peticionarios y el representante el rey fueron a ver a la mujer, de noche, la detuvieron y la llevaron a la cárcel, sin más averiguaciones. Mientras la llevaban a la prisión, la gente se asomaba a las ventanas y preguntaba qué había pasado. La respuesta fue que se trataba de una bruja. Los pobladores dijeron entonces a los

peticionarios que había muchas otras brujas en la ciudad, y que debían encarcelarlas. Providos de palos, encolerizados, les exigieron que fueran a detenerlas. Ante la excitación popular, y como era de noche, los peticionarios regresaron a sus casas. Al ver eso, los doscientos o más pobladores reunidos se dividieron en dos grupos, eligieron dos jefes y fueron a prender ellos mismos a otras mujeres, diez u once, a las que enviaron a prisión junto con Jeanne Canay. Luego llamaron a los peticionarios para saber qué convenía hacer con esas mujeres, diciendo que eran brujas. Se decidió que los peticionarios las tuvieran bajo vigilancia, que al día siguiente arrestarían a Péronne de Benville, considerada bruja, y que los habitantes se reunirían para decidir la suerte de todas esas mujeres. Los peticionarios se resistieron, porque Péronne era la madrina de uno de ellos, pero el pueblo se reunió al día siguiente en el priorato de la ciudad: había de doscientas a trescientas personas. Estaba previsto que las mujeres detenidas serían torturadas, y que detendrían a Péronne. Uno o dos días más tarde, las desdichadas fueron sometidas a los tormentos, sin más formalidad. Bajo el efecto del dolor, tres de ellas confesaron que eran brujas y que habían hecho morir a varios niños. Por lo tanto, fueron condenadas, y los peticionarios aceptaron que las quemaran. Como Péronne de Benville y Jeanne Canay no reiteraron las confesiones arrancadas bajo la tortura, el magistrado y los peticionarios se opusieron a una condena a muerte. Esto irritó sobremanera a los pobladores, que se apoderaron de Péronne y Jeanne, y las hicieron quemar. Una mujer de Beulaigne y otra de Condon no quisieron confesar y fueron torturadas hasta tal extremo que murieron uno o dos días más tarde. Las demás mujeres, tras sufrir los tormentos sin confesar nada, fueron liberadas.

Los homosexuales

A partir del siglo XIII, se manifestó un cambio de actitud. Ya en 1179, el III Concilio de Letrán había dictado una condena que parecía referirse a los homosexuales: «Toda persona que sea reconocida culpable de haber cometido ese acto de incontinencia contra natura, si se trata de un clérigo, será reducido al estado laico, o encerrado en un monasterio para hacer penitencia; si se trata de un laico, será excomulgado y separado de la comunidad de los fieles». Los homosexuales también sufrieron el efecto de ciertos sentimientos provocados por las Cruzadas. En efecto, muchos textos occidentales atribuían una sexualidad desenfrenada a los musulmanes. Según Jacques de Vitry, Mahoma, «enemigo de la naturaleza, introdujo el vicio de la sodomía en su pueblo. Sus adeptos fuerzan a tener relaciones sexuales con ellos, no solamente a personas de ambos sexos, sino también a los animales».

La mayoría de las legislaciones occidentales del siglo XIII muestran este desarrollo. En Francia, la Escuela de Derecho de Orléans publicó un código que ordenaba la castración a la primera falta —sin duda, la ablación de los testículos—; la ablación de un miembro, a la segunda —seguramente la del pene—, y la pena de la hoguera para la tercera. La misma disposición se aplicaba a las mujeres (aunque el castigo relativo a las dos primeras faltas no se entiende demasiado). Se dictaba la confiscación de los bienes en favor del soberano, y esto constituía una invitación a los reyes, siempre faltos de recursos, a extirpar la homosexualidad de sus Estados. Aunque las leyes eran muy severas, se aplicaban de manera irregular, especialmente porque se suponía que las faltas sexuales correspondían a la justicia eclesiástica.

Los registros del inquisidor Jacques Fournier (1318-1325) permiten entender la homosexualidad en forma concreta a través del ejemplo de Arnaud de Verniolle. Este relató cómo había sido iniciado en su juventud por un camarada mayor que él, que luego fue sacerdote. Entre sus diez y sus doce años, su padre lo había enviado a estudiar gramática con Pons de Massabuc. «Dormí durante seis semanas en la misma cama que Arnaud Auréol. Cuando ya había compartido su cama dos o tres noches, él, creyendo que yo estaba dormido, me tomó entre sus brazos, me colocó entre sus muslos, y colocando también su miembro viril entre mis muslos, se movió como si estuviera con una mujer, y eyaculó entre mis muslos. Reiteró este pecado casi todas las noches, durante todo el tiempo que dormí con él».

Pasaron los años, y Arnaud de Verniolle declaró tener relaciones con personas de ambos sexos. Pero una aventura lo hizo renunciar a las mujeres. En la época en que quemaban a los leprosos, vivía en Toulouse, donde hacía sus estudios y tenía relaciones con una prostituta. Poco después, se le empezó a hinchar el rostro, y temió haber sido atacado por la lepra. En ese momento, juró no volver a tener relaciones carnales con ninguna mujer.

A partir de ese momento, Arnaud comenzó a coleccionar aventuras, especialmente con adolescentes. Cuando un muchacho de Toulouse, de dieciocho años, le preguntó si podía conseguirle un lugar para alojarse, lo invitó a su casa. Se acostaron completamente desnudos en la misma cama durante una noche. A veces, para conseguir sus fines, prometía un empleo con un canónigo homosexual. Así logró tener relaciones con un estudiante llamado Guillaume Rous.

También le habló de ese canónigo a un joven aprendiz de dieciocho años. Mientras conversaban, entraron a un jardín y

se instalaron sobre un montículo de estiércol. El aprendiz puso a Arnaud debajo de él, pero este le dijo que sabía hacerlo e invirtió las posiciones. El joven quiso entonces mostrarle otra manera de proceder: colocarse ambos de costado. Una vez más, Arnaud dijo que conocía esa técnica.

Arnaud fue condenado «al “Muro estrictísimo”, a pan y agua, y a reclusión perpetua».

A comienzos del siglo XIV, el rey de Inglaterra Eduardo II, esposo de Isabel, hija de Felipe el Hermoso, con quien tenía varios hijos, era notoriamente homosexual. Después de su primer amante, un tal Piers Gaveston, mantuvo relaciones con Hugues le Despenser. Pero ambos amantes murieron trágicamente. Froissart escribió que los órganos genitales de Hugues fueron cortados y quemados públicamente antes de su decapitación. En cuanto a Eduardo, le introdujeron un hierro candente en el ano.

Al final de la Edad Media, los procesos contra los sodomitas aumentaron: en esa época era indispensable procrear, en países donde abundaban las epidemias y las guerras. En 1343, en la región lionesa, el señor Mathieu de Colombetes fue condenado a una multa de 300 florines, es decir, cien veces más alta que la multa aplicada a un concubino. La sodomía podía llevar a la hoguera, porque, como decía la acusación hecha contra el aviñonés Raymond Pascal, se trataba de un «horrible, detestable y enorme crimen».

La intolerancia parece ser una de las características mayores de la Edad Media. Pero la realidad tenía algunos matices. Cuando sobrevenían grandes dificultades, las poblaciones buscaban un chivo expiatorio. Se trataba de una mentalidad primitiva que volvía a surgir periódicamente frente a la adversidad, y siempre había letrados sádicos o

poderosos ambiciosos que sabían manejar esos bajos instintos. En esto, el siglo XX no tiene nada que envidiarle a la baja Edad Media. Pero antes de eso, durante muchos siglos prevaleció cierta tolerancia. De modo que habría que dejar de atribuirle todos los males a la época medieval y de mostrarla en sus aspectos más oscuros sin hacer las necesarias reservas.

10

Las distracciones^[5]

La Edad Media no es ese período triste que se suele describir. Aunque algunos hombres de la Iglesia, y especialmente los monjes, pregonaban el «desprecio por el mundo», algunos pensadores consideraban que el placer era legítimo. Y sobre todo, los hombres de esa época querían disfrutar de la vida, y aspiraban a divertirse.

«Las palabras y las acciones en las que sólo se busca el placer del alma, se llaman diversiones o esparcimientos. Es necesario usarlos de vez en cuando, como medios de darle un descanso al alma. Es lo que decía Aristóteles, cuando afirmaba que “en el transcurso de esta vida, se encuentra cierto descanso en el juego”. Por eso, hay que practicarlos de vez en cuando». Y santo Tomás de Aquino señalaba: «Si se lo hace moderadamente, está permitido utilizar el juego».

De manera que el juego era tolerado —los juegos de la juventud incluso eran considerados con benevolencia—, si se respetaban ciertas condiciones, algunas externas, como el contexto, y otras internas, es decir, la manera de jugar. Olivier de la Marche escribió que «el que juega a cualquier juego, debe tener en cuenta que la voluntad o las sensaciones no deben gobernar a la razón, porque a menudo de ello han resultado o podrían resultar grandes males».

Incluso era posible hacer el elogio de los juegos «en la

medida en que sean útiles y beneficiosos para la vida humana», como dijo Juan el Hermoso en el siglo XIV. Podían aportar satisfacciones físicas. Cristina de Pisan decía que era bueno ejercitar el cuerpo practicando con mesura juegos como la pelota o las carreras pedestres. La poetisa consideraba además que la acción beneficiosa del juego sobre el cuerpo y el espíritu facilitaba el estudio.

Los juegos

En el norte de Francia, era muy popular un juego de pelota llamado soule. En el soule de pie, la pelota se pateaba. Había otra variante, en la que para lanzar la pelota los jugadores utilizaban un palo con la punta curvada. El partido de soule solía jugarse entre distintas regiones, o entre habitantes de la misma aldea, y en este caso, muchas veces entre solteros y casados. Los burgueses preferían el juego de la «palma» (paurne), que debía su nombre al hecho de que en el origen se lanzaba la pelota con la palma de la mano. Hacia fines del siglo XV y principios del siglo XVI, se reemplazó la mano por una raqueta.

A los señores feudales les gustaba jugar al estafermo. Se trataba de una especie de muñeco colocado sobre un poste, que giraba sobre un eje, y tenía un escudo en la mano izquierda y un palo o una espada en la mano derecha. Los jinetes debían pasar y darle un golpe de lanza exactamente en la mitad del pecho. Si erraban, el muñeco giraba y golpeaba al participante.

Los nobles apreciaban mucho los torneos. En el siglo XII, estos se desarrollaban como un deporte de dos equipos contrarios, un grupo de hombres a caballo y el otro, de hombres a pie. El placer de luchar en forma de juego —aunque a veces ocurrían accidentes— era acompañado por ventajas materiales para los vencedores.

Algunos juegos exigían más reflexión que fuerza o habilidad. Era el caso del ajedrez, reservado a la aristocracia. Seguramente los caballeros templarios encontraban placer en practicarlo, ya que san Bernardo los exhortaba a detestar «el ajedrez y los dados».

El contacto con la naturaleza

Ya estaba relacionado con algunos juegos al aire libre, pero se manifestaba plenamente en los paseos y en la caza. Cuando llegaba la primavera, los señores, los burgueses y los habitantes de las ciudades en general se dedicaban a pasear. El pueblo de París solía ir al prado de Saint-Germain, cerca de la abadía. Además, como puede verse en las miniaturas de fines de la Edad Media, las damas elegantes y los señores apreciaban los jardines bien diseñados, circundados por altos setos cuidadosamente podados, y provistos de césped y flores. En París, los de Saint-Pol, la residencia preferida de Isabel de Baviera, poseían una gran cantidad de patios unidos entre sí con emparrados. Los patios estaban rodeados de galerías. También habían construido un pabellón, salas para baños de vapor, un espacio para el juego de la «palma», y una pajarera.

Cazar constituía una de las distracciones favoritas de la aristocracia. En el siglo XIV, la caza mayor se organizaba con mucha precisión, según consta en el famoso tratado del conde de Foix Gaston Phébus. El día anterior a la caza, los cazadores se reunían y se distribuían las búsquedas. Una vez localizado el ciervo, y después de marcar el territorio en el que se encontraba, los cazadores salían en busca del animal. «Ahora te demostraré que los cazadores viven en este mundo con mayor felicidad que ninguna otra persona... Cuando pasan los perros, el cazador se pone a cabalgar detrás de ellos y grita a voz en cuello, tan fuerte como le es posible. Entonces siente gran alegría y gran placer, y les juro que no piensa en ningún otro pecado ni en ningún mal», escribió el conde de Foix en su Libro de la caza.

En cuanto a la volatería, según el Libro de caza del rey Modus (siglo XIV), procuraba cuatro placeres. El vuelo de los gavilanes constituía un espectáculo bellísimo. Además, se practicaba en buena compañía: cada cazador tenía su pájaro, lo que permitía comparar las hazañas de cada uno de ellos. Las mujeres podían participar en esta actividad, mientras que la caza mayor estaba reservada, en principio, a los hombres. Por último, se disfrutaba de la naturaleza, en primavera, cuando el clima era templado y agradable.

Espectáculos y fiestas

Las calles de las ciudades, desde el amanecer hasta la hora de la queda, estaban llenas de movimiento y bullicio. En las plazas,

los juglares entretenían a los habitantes. Aparecían especialmente en los días de fiesta. A la multitud le gustaba reunirse para contemplar a los acróbatas, oír a los narradores de cuentos y a los cantores.

Las fiestas públicas celebraban los grandes acontecimientos: victorias militares, nacimientos o casamientos reales. El martes 6 de febrero de 1392, a la misma hora en que Carlos, hijo del rey de Francia, llegó al mundo, se rindieron solemnes Acciones de Gracias en todas las iglesias de París, que hicieron sonar las campanas, según contó el Monje de Saint-Denis, quien añadió: «Todos los habitantes de ambos sexos, nobles y gente del pueblo, recorrían las calles a la luz de las antorchas y al son de armoniosos instrumentos, a los que se unían voces melodiosas y cantos de una admirable pureza. Durante toda la noche, bailaron las muchachas y los comediantes representaron curiosas pantomimas. En los cruces, el pueblo dejaba oír sus aclamaciones en honor del rey. Habían colocado en las calles mesas cargadas de vinos y especias, que las damas y las doncellas del más alto rango ofrecían graciosamente a todos los que pasaban».

En las entradas reales, los monarcas hacían un despliegue de lujo, y el público admiraba un espectáculo que se fue haciendo cada vez más fastuoso a través de los siglos: cuando Juan el Bueno entró a París por primera vez, en 1350, los festejos duraron una semana. Los miembros del cortejo solían vestirse con una librea especialmente confeccionada para esa circunstancia. El rey era recibido al son de las trompetas y de otros instrumentos. La ceremonia se convertía en una fiesta bulliciosa y colorida. Además, la entrada daba lugar a espectáculos, especialmente representaciones teatrales, y al mismo tiempo se glorificaba a la monarquía.

El público apreciaba mucho el teatro, que al principio era

edificante, y muy pronto también resultó un entretenimiento. El teatro cómico francés, nacido tardíamente en el siglo XIII, se manifestó en primer lugar en Tournai y Arras. En el siglo XV, a pesar de los desastres de la época, se multiplicaron las representaciones profanas o cómicas. Predominaban algunos géneros: la comedia escolar latina, la comedia moral y la farsa, la más famosas de las cuales fue la Farsa de Maese Patelín, escrita probablemente en el invierno de 1464. El teatro tenía mucho éxito. Los espectadores eran numerosos, y a veces venían desde muy lejos.

Los hombres de la Edad Media también disfrutaban de espectáculos menos agradables, como las ejecuciones capitales. Los ciudadanos de Mons llegaron a comprar muy caro a un bandido por el placer de ver cómo lo descuartizaban: «El pueblo se veía más feliz que si hubiera resucitado un nuevo cuerpo santo», escribió el cronista borgoñés Jean Molinet.

La ciudad de fiesta podía expresar sus propios valores y su visión del mundo, que terminaba por imponer a los campesinos. Pero la fiesta que se desarrollaba en la ciudad encontraba a veces su significado en las costumbres rurales.

Los campesinos, que constituían la gran mayoría de la población, tenían sus propias fiestas relacionadas con el calendario agrario: la cosecha, la vendimia, la matanza de los cerdos. En el tiempo de la cosecha, además de la cena que se realizaba para celebrar la última gavilla, tenían lugar escenas pintorescas, como la elección de una reina. Una carta de remisión señalaba que «el cuarto día de agosto pasado, Jacques Gallet, su mujer Jeannette, su hija Galoise y otros segadores de nuestro amado Guillaume de Soyecourt, señor de Torchy, estando en los jardines del susodicho Guillaume, hicieron alegremente un estandarte y elevaron a Jeannette a la dignidad de reina de su campo, como acostumbran hacer en esa época

los segadores de esa región para divertirse».

La ciudad y el campo no podían existir en forma separada. Estaban unidos en la diversificación de los placeres relacionados con los ritmos temporales.

Muchas fiestas estaban vinculadas con el año litúrgico, como el ciclo de los doce días desde Navidad hasta Epifanía, o el de carnaval-cuaresma. En invierno, a fines de diciembre y principios de enero, como se reducía el trabajo, todas las fiestas, incluso las de origen religioso, ofrecían la oportunidad de divertirse, incluso de entregarse al libertinaje. Se unieron dos temas, los niños y los humildes, y dieron lugar a ceremonias que al principio fueron religiosas y luego, cada vez más profanas. En el siglo XIII, se perfeccionó la organización de esas fiestas, y su éxito fue cada vez más grande. Se llevaban a cabo ante todo en Europa del norte, mientras que los países meridionales, especialmente en Italia, mostraban más reserva.

La Fiesta de los Inocentes y los Niños, y la del Asno, que tenían connotaciones religiosas, se reunieron en la Fiesta de los Locos, una celebración completamente profana. Esta Fiesta de los Locos se desarrollaba en dos tiempos.

En el interior de la iglesia, se observaba un ritual muy preciso. Pero las manifestaciones, inocentes en su origen, terminaron por provocar desbordes dentro del mismo edificio. Los empleados de la iglesia elegían a uno de ellos como obispo. Es fácil imaginar que esa elección daba lugar a escenas burlescas. Se distribuía vino generosamente, de manera que pronto el santuario se llenaba de gritos y risas. ¡Todo era una enorme bufonada! Se decía, por ejemplo, que los clérigos incensaban el ambiente quemando sus viejos zapatos. Esto produjo virulentas condenas.

Segunda fase: el desfile por las calles de la ciudad. El obispo de los locos era llevado en primer lugar al atrio, o cerca

de la iglesia. Mediante posiciones indecentes, palabras burlonas e impías, los actores se dedicaban a hacer reír al pueblo, que se apretujaba para ver el espectáculo. Luego el cortejo se ponía en movimiento y recorría la ciudad con gritos, cantos, risotadas y bromas salaces. El aspecto religioso se había desvanecido.

Hubo que esperar hasta el siglo XVI para que el concepto de lo sagrado se impusiera realmente con la Contrarreforma, y la Fiesta de los Locos fue desapareciendo para dejar lugar a otras formas cómicas, esencialmente profanas.

Antes de los ayunos de cuaresma, el carnaval constituía una especie de desahogo. Eran los últimos días en que se podía comer libremente carne, beber y divertirse, antes de someterse a una estricta disciplina. En Alemania y en Francia, el carnaval se adueñaba de la ciudad. Entre risas, los bailarines arrojaban sobre los transeúntes y las personas acodadas en las ventanas, cáscaras de huevo llenas de agua, a menudo perfumada, o flores. Algunos corredores se abrían paso entre los espectadores con ramas, y a veces los amenazaban con picas romas. A fines del siglo XV, en Alemania, los criados llevaban incluso cohetes, pero las autoridades prohibieron su uso porque eran peligrosos. Los músicos tocaban, y la procesión avanzaba lentamente, deteniéndose de tanto en tanto en las esquinas. En este desfile se incluían espectáculos, como san Jorge luchando contra el dragón. Este era colocado sobre un carro y escupía fuego, y gracias a una mecánica camuflada, movía la boca y la cola. El carnaval era, como lo señaló Sébastien Brant, autor de *La nave de los locos*, obra aparecida en 1494, una fiesta de la locura. Las risas groseras eran características de esos festejos, y los desbordes que se cometían entonces habrían sido prohibidos en cualquier otro momento. Las risas del carnaval no se parecían en nada a las de la vida corriente, sino que constituían un desahogo. Pero no

socavaban los cimientos de la vida social y la moral cristiana.

En efecto, los desfiles del carnaval no atacaban tanto a la jerarquía como la Fiesta de los Locos. Se trataba solamente de una manifestación abierta a todos, destinada a divertirse y criticar a algunas personas, como a los comerciantes, que eran representados como avaros y codiciosos. Es cierto que algunas veces se cuestionaba también a los dignatarios eclesiásticos, como sucedía a fines del siglo xv, especialmente en Alemania. Entre los bailarines figuraba el Vendedor de Indulgencias. Era una ironía, más que una impugnación. Para no malquistarse con sus administrados, los gobiernos aceptaban esas farsas sin mayores consecuencias sociales ni políticas. Pero había que mantenerse dentro de ciertos límites y no perturbar el orden público. Por eso, la ciudad trataba de tomar a su cargo la organización de la fiesta.

Los hombres debían pensar ante todo en su salvación, y sólo cuando triunfó la doctrina aristotélica se rehabilitó el concepto de placer. Efectivamente, para Aristóteles el placer es un sentimiento subjetivo vinculado al cumplimiento de un acto. Como no constituye un acto en sí mismo, no puede ser juzgado en el plano moral. Pero juzgar un acto lleva a juzgar el placer que lo acompañaba. Por lo tanto, el placer relacionado con una actividad válida es bueno, y el que está unido a una actividad indigna es malo.

Tomás de Aquino, que intentó armonizar la fe y la razón, compartía esta opinión. El placer sigue al acto que lo originó, y por lo tanto, se otorga a ambos el mismo juicio. Y santo Tomás también aplicaba esos principios al placer sexual. Como las relaciones conyugales destinadas a la procreación eran buenas, el placer que se sentía también era bueno: «El placer que nace del acto conyugal, aunque muy grande, no excede los límites fijados por la razón antes de su comienzo, incluso cuando en el

transcurso de ese placer, la razón no puede fijar sus límites». Tomás afirmaba incluso que Dios, para impulsar al hombre al acto que cubre las deficiencias de la especie, había vinculado el placer con la unión.

¿Por qué entonces, preguntaba santo Tomás, la búsqueda del placer puede constituir por lo menos un pecado venial? Sucede que las posibilidades agradables puestas a disposición del hombre están ordenadas tanto a las necesidades de la vida como a su fin. Por lo tanto, el hombre moderado actúa en función de sus necesidades, encuentra el placer al actuar, pero no actúa para encontrar el placer.

El franciscano inglés Thomas Middleton fue más lejos. En 1272, presentó una defensa del placer como fin. Se trataba, decía, de la opinión de algunos teólogos, pero admitía que se podían hallar argumentos en favor de esa tesis. La búsqueda de un placer moderado no significaba abandonarse a la concupiscencia. El placer no podía ser malo en sí mismo, porque en ese caso la templanza, que consiste en atenuarlo, ya no podría ser considerada una virtud. La unión del hombre con su esposa es casta por el sacramento del matrimonio: por lo tanto, el placer moderado constituye un fin aceptable de la unión conyugal. Así se justifica la actitud de las personas casadas que no piensan explícitamente en la procreación cuando tienen relaciones.

Pero las ideas de Middleton no encontraron ningún eco durante los dos siglos siguientes.

Si no era ilícito admitir, con algunas reservas, los placeres del cuerpo, con mayor razón podían tolerarse los del espíritu.

Según santo Tomás de Aquino, hay tres categorías de goces puramente psíquicos. En primer lugar, están los placeres morales y científicos, luego los placeres estéticos, y por último, los que se refieren a bienes exteriores, como poseer una

fortuna.

Los hombres de la Edad Media eran sensibles a todo lo que brilla. A Froissart le fascinaba el reflejo del sol en los yelmos, las corazas y las puntas de las lanzas, y los colores resplandecientes de los estandartes de un grupo de jinetes. Las vestimentas de los ricos señores estaban adornadas a veces con una gran cantidad de piedras preciosas.

Algunos textos permiten percibir las impresiones provocadas por ciertas obras de arte, por ejemplo, por la catedral de Santiago de Compostela. El obispo Henry de Winchester, en el siglo XII, compró en Roma varias estatuas antiguas y las llevó a su país. Sir Gregory, su contemporáneo y compatriota, persuadido de la vanidad de esas obras, manifestó sin embargo una gran admiración ante su belleza. El Coloso de Rodas, del que sólo quedaba en ese tiempo la cabeza y la mano, lo maravillaba por su magnitud. Pero también elogiaba su perfección, impresionado por el aspecto natural de su fina cabellera y la vida que animaba a esa enorme figura. Mostró aún más entusiasmo frente a una estatua de Venus, representada desnuda y con un arte tan maravilloso que parecía una criatura viviente más que una imagen. Ese placer estético no provenía solamente de las formas, sino también de los colores, que debían ser durables y brillantes, porque esas cualidades engendraban la belleza.

El franciscano inglés Roger Bacon (ca. 1220-ca. 1292) pensaba que los oídos se deleitaban con la música instrumental y el canto de la voz humana, pero que además existía una música plástica, la danza, que incluía gestos, saltos y flexiones del cuerpo. Y el placer estético total sólo podía ser producido por la unión entre la música sonora y la danza plástica.

Es fácil entender que una élite protegiera a los músicos y

apreciara sus obras. Según Philippe de Mézières, era «cosa conveniente que el rey tuviera sus trovadores de instrumentos bajos para recrearse y poder tener una buena digestión después de los consejos y los trabajos». Del mismo modo, los príncipes, como Carlos de Orléans o los duques de Borgoña Felipe el Bueno y Carlos el Temerario, le otorgaban a la música un lugar importante entre sus distracciones. Así lo escribió Guillaume de Machaut:

*La música es una ciencia
Que quiere que la gente ría y cante y baile:
No hace caso de la melancolía...
Dondequiera que esté, aporta alegría,
Reconforta a los desdichados,
Y sólo basta con oírla
Para que la gente se deleite.*

El amor por los libros y el placer de leer existieron durante toda la Edad Media. Al principio sólo se circunscribía a una cantidad muy limitada de personas, sobre todo a los clérigos, pero luego se difundió bastante entre los aristócratas laicos.

En los siglos XIV y XV, a muchos grandes señores les gustaba rodearse de intelectuales. A Carlos V le encantaba frecuentar a los escritores y tenerlos cerca. Es muy conocida la escena en que un clérigo, de rodillas frente a él, le presenta un libro recientemente ilustrado. Gilles Malet, ayuda de cámara del rey, confeccionó en 1373 el catálogo de la biblioteca de su amo: incluía algo más de mil volúmenes. Raoul de Presles escribió: «Habéis honrado siempre la ciencia, habéis amado a los buenos clérigos, y habéis estudiado continuamente en diversos libros y ciencias». De Felipe el Bueno se decía que era el padre de los escritores, «que toda su vida, para entretenerse, se alimentó con historias».

Con frecuencia, los nobles se interesaban ante todo por el libro en cuanto objeto material, único, precioso, y mucho

menos por el texto. No siempre era así, pero no leían forzosamente por sí mismos. Alart le Fèvre, deán de Leuze, era conocido como «lector» de Felipe el Bueno.

A los hombres siempre les gustó divertirse, tal vez más en la Edad Media que en otras épocas. Más cerca de la naturaleza, sin disponer, como nosotros, de técnicas que deshumanizan, experimentaban la necesidad de reunirse y de disfrutar en compañía las alegrías de una vida que, por otra parte, estaba llena de dificultades.

Conclusión

Sombras y luces... Después de leer este libro, puede quedar la impresión de una Edad Media oscura, ya que las páginas dedicadas a las dificultades y los defectos de esa época son mucho más numerosas que las que se refieren a sus méritos. Empero, no es conveniente sacar conclusiones precipitadas de este hecho. En la actualidad, cuando leemos los diarios o miramos televisión, vemos que siempre se pone el acento en los accidentes y en los delitos. Los automovilistas que regresan a sus casas sin problema, las personas que llevan una vida honesta, son ignorados por las fuentes de información. Lo mismo ocurre con la Edad Media. Se dice que los pueblos felices no tienen historia; sin embargo, no es así: tienen una historia, pero no es espectacular. La historia es una ciencia que se construye con documentos de toda clase. Cuando no existen, el historiador no puede decir nada: sólo puede afirmar su ausencia. En el límite, un acontecimiento fundamental que no haya dejado ningún rastro no existe para él.

Sin duda, la vida no era fácil en la Edad Media. Tampoco lo es en la actualidad. Tomemos algunos temas abordados en este libro, que, por supuesto, no pretende ser exhaustivo. Por un lado, debemos reconocer los avances de nuestra época en el plano de la alimentación y en el de la salud, pero por el otro, está el problema de la polución, que no es solamente un fenómeno urbano, sino que afecta a toda la Tierra. Lo mismo ocurre con las hambrunas y las epidemias. La sociedad se ha

transformado pero, aunque los campesinos constituyen en nuestros países una pequeña minoría, siguen existiendo poderosos y débiles. Siguen existiendo la violencia y la intolerancia, si bien en forma diferente. En nuestra época, muchos progresos técnicos se vuelven contra el hombre en el terreno militar. No existe ninguna comparación entre la cantidad de muertos en las dos guerras mundiales del siglo XX y los de la guerra de los Cien Años. La relación ocio-trabajo ha cambiado, pero su evolución podría prestarse a controversia.

Todas las épocas, como todos los hombres, son ambivalentes. Lo importante es entender los diferentes aspectos con un espíritu crítico, ciertamente, pero impregnado de simpatía. Dejando de lado las frases hechas sobre las hambrunas que coexistían con los banquetes en las grandes ocasiones, sobre la intolerancia —cuyas manifestaciones se han exagerado—, sobre la misoginia —que no impidió que las mujeres desempeñaran un papel importante, especialmente en el marco familiar—, preferimos la pureza del arte cisterciense y la risa de los jóvenes en las fiestas de San Juan.

Una vez, Joinville le dijo al rey san Luís, que estaba sentado bajo una tienda, que afuera, unos peregrinos armenios que se dirigían a Jerusalén le habían pedido ver al «santo rey», y añadió: «Pero yo todavía no quiero besar vuestros huesos». «Y él se rio con una risa cristalina y me dijo que los fuera a buscar». La risa del rey santo responde a quienes ven en la Edad Media un período oscuro...

La Edad Media está constituida por diez siglos durante los cuales el tiempo parece en cierto modo suspendido, pero que, sin embargo, tuvo períodos de sombra y de luz. Era un mundo aparentemente limitado en su manera de pensar, pero también deseoso de abrirse a otros horizontes; un mundo en el cual muchos permanecieron en sus aldeas, pero una gran cantidad

de peregrinos y mercaderes se desplazaban de un lugar a otro; un mundo de clérigos a menudo misóginos, pero en el cual la mujer conoció espacios de libertad; un tiempo de falta de confort, pero también el tiempo de las catedrales.

Es un período que, por algún motivo, sigue ejerciendo una gran fascinación sobre nuestros contemporáneos.



JEAN VERDON (Chatellerault, Francia, 1937). Historiador medievalista francés. Después de asistir a la universidad Descartes, consigue la licenciatura de Historia. Entre 1963 y 1968 da clases en institutos, antes de ser nombrado profesor de la Universidad de Limoges.

Ha obtenido dos premios de la Academia Francesa por: *Les Françaises pendant la guerre de Cent Ans*, en 1991, y *Boire au Moyen Âge*, en 2002.

Ha publicado varios libros, entre los que destaca: *Sombras y luces de la Edad Media* y *Las supersticiones en la Edad Media*.

Notas

[1] Las páginas que siguen le deben mucho al libro de Jean-Pierre Leguay, *La Pollution au Moyen Âge*. <<

[2] «Los Armagnac» tomaron su nombre de Bernardo VII, conde de Armagnac, suegro de Carlos, hijo de Luís de Orléans. <<

[3] Las anécdotas narradas en las páginas que siguen están tomadas de cartas de remisión de la segunda mitad del siglo XIV y del siglo XV. Las fechas indicadas entre paréntesis se refieren a la carta de remisión, y no al delito, que a veces se había cometido varios años atrás. <<

[4] Las páginas que siguen le deben mucho al libro de Nicole Gonthier, *Le Châtiment du crime au Moyen Âge* <<

[5] Este capítulo es deliberadamente corto, porque hemos tratado este tema en otros libros. El estado de las fuentes obliga a privilegiar los siglos XIII a XV. <<

Índice

Sombras y luces de la Edad Media	3
Prefacio	5
Introducción: Un término impropio	7
1. El marco	9
Un bosque muy útil	9
Una ciudad de dos caras	13
2. La comida	22
¿Hambruna o carestía?	23
Una alimentación bastante adecuada	28
3. La salud	36
Las epidemias	36
Siglos VI-XIII	36
La Peste Negra	41
Siglo XV	44
Los progresos de la medicina	46
La exclusión como remedio	59
4. La Iglesia	75
El peso de la religión	75
El pecado	75
El infierno	78
Una actitud ambivalente	90
¿La Inquisición difamada?	103
Clérigos insertos en la sociedad	113

5. Los débiles	126
El mito de Pedro el Labrador	126
Artesanos hábiles	139
6. Los poderosos tan caricaturizados	153
Señores activos	153
Funcionarios reales competentes	164
Ilustrados hombres de negocios	172
7. Las mujeres	187
La misoginia: ¿un falso problema?	187
Un lugar fundamental dentro de la familia	196
Su papel en la sociedad	207
Vida económica	207
Vida política	212
Vida cultural	215
Vida religiosa	217
8. La violencia	220
Violencia colectiva	221
Guerras privadas	221
Rebeliones populares	225
Invasiones y guerras entre estados	229
Violencia individual	237
Del siglo VI al siglo XIII	237
Siglos XIV y XV	239
El núcleo conyugal	239
Parientes y vecinos	240
Tipología	242

Sexo	242
Edad	247
Condición social	249
9. Una intolerancia «de cronología variable»	253
Aceptación	253
Los judíos	253
Los brujos	256
Los homosexuales	258
Rechazo	260
Los judíos	260
Los brujos	272
Los homosexuales	276
10. Las distracciones	280
Los juegos	281
El contacto con la naturaleza	282
Espectáculos y fiestas	283
Conclusión	293
Autor	296
Notas	297